This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~54 C. 6~~

Vet. Span. III A.144

~~BSQ 7685 A.1~~

~~338 D. 23~~

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXI.

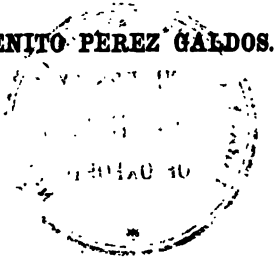
LA

FONTANA DE ORO.

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON BENITO PEREZ GALDOS.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
—
1872.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
24 APR. 1930
OF OXFORD

Los hechos históricos ó novelescos, contados en este libro, se refieren á uno de los períodos de turbacion política y social mas graves é interesantes en la gran época de reorganizacion, que principió en 1812 y no parece próxima á terminar todavía. Mucho despues de escrito el libro, pues solo sus últimas páginas son posteriores á la Revolucion de Setiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los dias que atravesamos, por la relacion que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos, y algo de lo que hoy pasa; relacion nacida sin duda de la semejanza que la crísis actual tiene con el memorable período de 1820—23. Esta es la principal de las razones que me han inducido á publicarlo.

Diciembre de 1870.

B. P. G.

INDICE.

		Pág.
I.	La carrera de San Jerónimo en 1821	1
II.	El Club patriótico	15
III.	Un lance patriótico y sus consecuencias	26
IV.	Coletilla	42
V.	La compañera de Coletilla	48
VI.	El sobrino de coletilla	58
VII.	La voz interior	65
VIII.	Hoy llega	70
IX.	Los primeros pasos	78
X.	La primera batalla	89
XI.	La tragedia de Los Gracos	98
XII.	La batalla de platerías	105
XIII.	No llega el esperado. Llegada de un importuno	112
XIV.	La determinacion	118
XV.	Las tres ruinas	124
XVI.	El siglo décimo octavo	137
XVII.	El sueño del liberal	145
XVIII.	Diálogo entre ayer y hoy	149
XIX.	El Abate	156
XX.	Bozmediano	166
XXI.	¡Libre!	175
XXII.	El via-crucis de Lázaro	179
XXIII.	La Inquisicion	189
XXIV.	Rosa mística	194
XXV.	Virgo prudentíssima	200
XXVI.	Los disidentes de la Fontana	207
XXVII.	Se queda sola	215
XXVIII.	El ridículo	222
XXIX.	Las horas fatales	227

		Pág.
XXX.	Virgo fidelis	241
XXXI.	La reunion misteriosa	252
XXXII.	La Fontanilla	257
XXXIII.	Las harpías se ponen tristes	265
XXXIV.	El complot. — Triunfo de Lázaro	270
XXXV.	El bonete del Nuncio	280
XXXVI.	Aclaraciones	293
XXXVII.	El via-crucis de Clara	300
XXXVIII.	Continuacion del via-crucis	309
XXXIX.	Un momento de calma	319
XL.	El gran atentado	325
XLI.	Fernando el Deseado	336
XLII.	Virgo potens	348
XLIII.	Conclusion	360

LA FONTANA DE ORO.

CAPITULO PRIMERO.

LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO EN 1821.

Durante los seis inolvidables años que mediaron entre 1814 y 1820, la villa de Madrid presenció muchos festejos oficiales con motivo de ciertos sucesos declarados *faustos* en la *Gaceta* de entónces. Se alzaban arcos de triunfo, se tendian colgaduras de damasco; salian á la calle las comunidades y cofradías con sus pendones al frente; y en todas las esquinas se ponian escudos y tarjetones, donde el poeta Arriaza estampaba sus pobres versos de circunstancias. En aquellas fiestas, el pueblo no se manifestaba sino como un convidado mas añadido á la lista de alcaldes, funcionarios, gentiles-hombres, frailes y generales; no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa, y desempeñaba como tal el papel que la etiqueta le prescribia.

Las cosas pasaron de distinta manera en el período del 20 al 23, en que ocurrieron los sucesos que aquí referimos. Entónces la ceremonia no existia; el pueblo se manifestaba diariamente sin previa designacion de puestos impresa en la *Gaceta;* y sin necesidad de arcos, ni oriflamas, ni banderas, ni escudos, ponia en movimiento á la villa entera; hacia de sus calles un gran teatro de inmenso regocijo ó inmensa locura; turbaba con un solo grito la calma de aquel que se llamó *el Deseado* por una burla de la historia, y solia agruparse

con sordo rumor junto á las puertas del palacio, de la casa de villa ó de la iglesia de Doña María de Aragon, donde las Cortes desempeñaban tambien ruidosamente su saludable tarea.

¡Años de muchos lances fueron aquellos para la villa! Madrid era entónces una poblacion destartalada, sucia, incómoda, desapacible y oscura. Sin embargo, no era ya aquel lugaron fastuoso del tiempo de los reyes tudescos; sus gloriosas jornadas del 2 de Mayo y del 3 de Diciembre, su iniciativa en los asuntos políticos, la enaltecian sobremanera. Era, ademas, el foro de la legislacion constituyente de aquella época, y la cátedra en que la juventud mas brillante de España ejercia con elocuencia la enseñanza del nuevo derecho.

A pesar de todos estos honores, la villa y corte tenia un aspecto muy desagradable. Mari-Blanca continuaba en la Puerta del Sol como la mas concreta espresion artística de la cultura matritense. Inmutable en su grosero pedestal, la estatua, que en anteriores siglos habia asistido al tumulto de Oropesa y al motin de Esquilache, presidia ahora el espectáculo de la actividad revolucionaria de este pueblo, que siempre convergia á aquel sitio en sus ovaciones y en sus trastornos.

Si fuera posible trasladar al lector á las gradas de San Felipe, capitolio de la chismografía política y social, ó sentarle en el húmedo escaño de la fuente de Mari-Blanca, punto de reunion de un público mas plebeyo, comprenderia cuán distinto de lo que hoy vemos era lo que veian nuestros abuelos hace medio siglo. De fijo llamaria su atencion que una gran parte de los ociosos, que en aquel sitio se reunen desde que existe, lo abandonaban á la caida de la tarde para dirigirse á la Carrera de San Jerónimo ó á otra de las calles inmediatas. Aquel público va á los clubs, á las reuniones patrióticas, á *La Fontana de Oro*, al *Grande Oriente*, á *Lorencini*, á la *Cruz de Malta*. En los grupos sobresalen algunas personas que, por su ademan solemne, su mirada protectora parecen ser tenidos en grande estima por los demas. Aparentan querer imponer silencio á la multitud; otra vez estienden los brazos en cruz, volviéndose atras como quien pide atencion; y todo esto lo hacen con una oficiosa gravedad que indica un influjo muy grande ó una presuncion no pequeña.

La mayor parte se dirigen á la Carrera. Es porque allí esta

el club mas concurrido, el mas agitado, el mas popular de los clubs, la *Fontana de Oro*. Ya entraremos tambien en el café revolucionario. Antes crucemos desde el Buen Suceso á los Italianos, esta alegre y animada Carrera de los padres Jerónimos, que era entónces lo que es hoy y lo que será siempre, la calle mas concurrida de la capital.

Pero hoy, cuando veis que la mayor parte de la calle está formada por viviendas particulares, no podeis comprender lo que era entónces una via pública ocupada casi totalmente por los tristes paredones de tres ó cuatro conventos. Imposible es comprender hoy la oscuridad que proyectaban sobre la entrada de la Carrera el ancho paredon del convento de la Victoria por un lado, y la sucia y corroida tapia del Buen Suceso por otro. Mas allá formaban en línea de batalla las monjas de Pinto; por encima de la tapia que servia de prolongacion al convento se veian las copas de los cipreses plantados junto á las tumbas. Enfrente campeaba la ermita de los Italianos, no menos ridícula entónces que hoy; y mas abajo, en lo mas rápido del declive, el Espíritu Santo, que despues fué Congreso de los Diputados. Las paredes de estos conventos estaban construidas con la ingeniosa mampostería, que ha hecho célebre la arquitectura madrileña: eran esas aglomeraciones de ladrillos que el tiempo descarna, humedece y apolilla, digámoslo así, cubriendo de una especie de lepra el edificio.

Las casas de los grandes alternaban con los conventos. En lo mas bajo de la calle se veia la vasta fachada del palacio de Medinaceli con su ancho escudo, sus innumerables ventanas, su jardin á un lado, y su fundacion piadosa á otro; enfrente los Valmedianos, los Pignatellis y Gonzagas; mas acá los Pandos y Macedas, y finalmente la casa de Hijar, que hasta hace poco ostentaba en su puerta la cadena histórica, distintivo de la hospitalidad ofrecida á un monarca. Quedaba para casas particulares, para tiendas y sitios públicos la tercera parte de la calle; esto es lo que describiremos con mas detencion, porque es importante dar á conocer el gran escenario donde tendrán lugar algunos importantes hechos de esta historia.

Entrando por la Puerta del Sol, y pasado el convento de la Victoria, se hallaba un gran pórtico, entrada de una anti-

quísima casa que, á pesar de su escudo decorativo, grabado en la clave del balcon, era en aquel tiempo una casa de vecindad en que vivian hasta media docena de honradas familias. Su noble orígen era indudable; pero fué adquirida no sabemos cómo por la comunidad vecina, que la alquiló para atender á las necesidades del convento. En dicho portal, que tenia el espacio suficiente para que entraran por él las enormes carrozas de su primitivo señor, tenia su establecimiento un memorialista, secretario de certificaciones y misivas; y en el mismo portal, un poco mas adentro, tenia sus almacenes de quincalla un hermano de dicho memorialista, que habia venido de Ocaña á la Corte para *hacer carrera* en el comercio. Constaba su tienda de tres pequeños cajoncillos, en que habia algunos paquetes de peines, unas cuantas cajas de obleas, juguetes de chicos y un gran manojo de rosarios con cruces y medallones de estaño.

La parte de la izquierda, y especialmente el rincon contiguo á la puerta, era un lugar en que el público ejercia un incontestable derecho de servidumbre. Era un centro urinario: la secrecion pública habia trocado aquel rincon en foco de inmundicia; y especialmente por las noches, la ofrenda líquida aumentaba de tal modo, que el escribiente y su hermano hacian propósito firme de abandonar el local. En vano se amonestaba al público con terribles pragmáticas de policía urbana, promulgadas por la autorizada voz del memorialista. El público no renunciaba por esto á su costumbre; y de seguro lo hubieran pasado mal los dos hermanos si hubieran tratado de impedir por la fuerza la libertad mingitoria, autorizada por un derecho consuetudinario que, segun la feliz espresion de un parroquiano de aquel sitio, radicaba en la naturaleza del hombre y en la hospitalidad forzosa del vecindario.

Enfrente de este portal clásico habia una pequeña puerta; y por los dos yelmos de Mambrino, labrados en finísimo metal de Andújar, y colocados á un lado y otro, se venia en conocimiento de que aquello era una barbería. Por mucho de notable que tuviera el esterior de este establecimiento, con su puerta verde, sus cortinas blancas, su redoma de sanguijuelas, su cartel de letras rojas, adornado con dos viñetas dignas de Maella, que representaban la una un individuo en

el momento de ser afeitado, y la otra una dama á quien sangraban en un pié, mucho mas notable era su interior. Tres mozos, capitaneados por el maestro Calleja, rapaban semanalmente las barbas de un centenar de liberales de los mas recalcitrantes. Allí se discutia, se hablaba del Rey, de las Córtes, del Congreso de Verona, de la *Santa Alianza*. Oiriais allí la peroracion contundente del oficial primero y mas antiguo, mozo que se decia pariente de Porlier, el mártir de la libertad. Al compas de la navaja se recitaban versos amenizados con agudezas políticas; y las voces *camarilla*, *coletilla*, *trágala*, *Elío*, *la Bisbal*, *Vinuesa* formaban el fondo de la conversacion. Pero lo mas notable de la barbería mas notable de Madrid era su dueño Gaspar Calleja (se habia quitado el Don despues de 1820), héroe de la revolucion, y uno de los mayores enemigos que tuvo Fernando el año 14. Así lo decia él.

Mas léjos estaba la tienda de géneros de unos irlandeses establecidos aquí desde el siglo pasado. Vendian juntamente con el raso y el organdí, encajes flamencos y catalanes, alepin para chalecos, ante para pantalones, corbatas de color de las llamadas *guirindolas*, y *carrikes* de cuatro cuellos, que estaban entónces en moda. El patron era un irlandes gordo y suculento, de cara encendida, lustrosa y redonda como un queso de Flándes. Tenia fama de ser un servilon de á folio; pero, si esto era cierto, las circunstancias constitucionales del país, y especialmente de la Carrera de San Jerónimo, le obligaban á disimurlarlo. Fundábanse los que tan feo vicio imputaban al irlandes, en que cuando pasaba por la calle la Majestad de Fernando ó Amalia, la Alteza de *mi tio el doctor* ó de don Cárlos, el buen comerciante dejaba apresuradamente su vara y su escritorio para correr á la puerta, asomándose con ansiedad y mirando la real comitiva con muestras de ternura y adhesion. Pero esto pasaba, y el irlandes volvia á su habitual tarea haciendo todas las protestas que sus amigos exigian.

Cerca de la tienda del irlandes se abria la puerta de una librería, en cuyo mezquino escaparate se mostraban abiertos por su primera hoja algunos libros, tales como la *Historia de España*, por Duchesne, las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo, *Las noches*, de Young, el *Viajador sensible* y la novela de *Arturo y Arabella*, que gozaba de gran

popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijóo, un tratado del lenguaje de las flores y la *Guia del comadron* completaban el repertorio.

Al lado, y como formando juego con este templo literario, estaba una tienda de perfumería y de bisutería con algunos objetos de caza, de tocador y de cocina, que todo esto formaba comercio comun en aquellos dias. Por entre los potes de pomadas y cosméticos; por entre las cajas de alfileres y juguetes se descubria el perfil arqueológico de una vieja que era ama, dependiente, y aun fabricante de algunas drogas. Mas allá habia otra tienda oscura, estrecha y casi subterránea en que se vendian papel, tinta y cosas de escritorio, amen de algun braguero ú otro aparato ortopédico de singular forma. En la puerta pendia colgado de una espetera un manojo de plumas de ganso, y en lo mas profundo y mas oscuro de la tienda lucian como los ojos de un lechuzo en el recinto de una caverna, los dos espejuelos resplandecientes de don Anatalio Mas, gran jefe de aquel gran comercio.

Enfrente habia una tienda de comestibles, pero de comestibles aristocráticos. Existia allí un horno célebre, que asaba por Navidades mas de cuatrocientos pavos de distintos calibres. Las empanadas de perdices y de liebres no tenian rival; sus pasteles eran celebérrimos, y nada igualaba á los lechoncillos asados que salian de aquel gran laboratorio. En dias de convite, de cumpleaños ó de boda, no encargar los principales platos á casa de *Perico el mahonés* (así le llamaban), hubiera sido indisculpable desacato. Al por menor se vendian en la tienda rosquillas, bizcochos, galletas de Inglaterra y mantecadas de Astorga.

No léjos de esta tienda se hallaban las sedas, los hilos, los algodones, las lanas, las madejas y cintas de Doña Ambrosia (antes de 1820 la llamaban la tia Ambrosia), respetable matrona, comerciante en hilado: el esterior de su tienda parecia la boca escénica de un teatro de aldea. Por aquí colgaba á guisa de pendon una pieza de lanilla encarnada; por allí un ceñidor de chulo; mas allá ostentaba una madeja sus innumerables hilos blancos, semejando los pistilos de una gigantesca flor; de lo alto pendia algun camisolin, algunos infantiles trajes de mameluco, cenefas de percal, sartas de pañuelos,

refajos y colgaduras. Encima de todo esto una larga tabla en figura de media, pintada de negro, fija en la muralla y perpendicular á ella, servia de muestra principal. En el interior todo era armonía y buen gusto; en la trípode del centro tenian poderoso cimiento las caderas de Doña Ambrosia, y mas arriba se ostentaba el pecho ciclopeo y corpulento busto de la misma. Era una española rancia, manchega y natural de Quintanar de la Orden, por mas señas señora de muy nobles y cristianos sentimientos. Respecto á sus ideas políticas, cosa esencial entónces, baste decir que quedó resuelto despues de grandes controversias en toda la calle, que era una servilona de lo mas exagerado.

Estas tiendas con sus respectivos muestrarios y sus respectivos tenderos constituian la decoracion de la calle; habia, ademas, una decoracion movible no ménos pintoresca y variada que la primera, decoracion formada por el gentío que en todas direcciones cruzaba como hoy por aquel sitio. Entónces los trajes eran singularísimos. ¿Quién podria describir hoy la oscilacion de aquellos puntiagudos faldones de casaca? Y aquellos sombreros de felpa con el ala retorcida y la copa aguda como pilon de azúcar? ¿Se comprenden hoy los tremendos sellos de reló, pesados como los badajos de una campana, que iban marcando con impertinente retintin el paso del individuo? Pues ¿y las botas á la *farolé* y las mangas de jamon que serian el último grado de la ridiculez, si no existieran los tupés hiperbólicos que asimilaban perfectamente la cabeza de un cristiano á la cabeza de un guacamayo?

El gremio cocheril exhibia allí tambien sus mas característicos individuos; lo ménos veinte veces al dia pasaban por esta calle las carrozas de los grandes que en las inmediaciones vivian. Estas carrozas, que ya se han sumergido en los oscuros abismos del no ser, se componian de una especie de navío de línea colocado sobre una armazon de hierro; esta armazon se movia merced á la pausada y solemne oscilacion de cuatro ruedas, que no tenian velocidad mas que para recojer el fango del piso y arrojarlo sobre la gente de á pié. El vehículo era un inmenso cajon: los de los dias gordos estaban adornados con placas de carey. Por lo comun las paredes de los ordinarios eran de nogal bruñido, ó de caoba, con finísi-

mas incrustaciones de marfil ó metal blanco. En lo profundo de aquel antro se veia el nobilísimo perfil de algun prócer esclarecido, ó de alguna vieja esclarecidamente fea. Detras de esta máquina, clavados en pié sobre una tabla, y asidos á unas pesadas borlas, se observaban dos grandes levitones que, en union de dos enormes sombreros, servian para patentizar la presencia de dos graves lacayos, figuras simbólicas de la etiqueta, sin alma, sin movimiento y sin vida. En la proa se elevaba el cochero, que en pesadez y gordura tenia por únicos rivales á las mulas, aunque estas solian ser mas racionales que él.

Rodaba por otro lado el vehículo público, tartana, diligencia ó galera, el carromato tirado por una reata de bestias escuálidas; y entre todo esto el esportillero con su carga, el mozo con sus cuerdas, el aguador con su cuba, el prendero con su saco y una pila de seis ó siete sombreros en la cabeza, el ciego con su guitarra y el chispero con su sarten.

Miéntras nos detenemos en esta descripcion, los grupos avanzan hácia la mitad de la calle y desaparecen por una puerta estrecha, entrada á un local, que no debe ser pequeño, pues tiene capacidad para tanta gente. Aquella es la célebre *Fontana de Oro, café y fonda,* segun el cartel que hay sobre la puerta; es el centro de reunion de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiracion, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y de oir su aplauso irreflexivo. Allí se habia constituido un club, el mas célebre é influyente de aquella época. Sus oradores, entónces neófitos exaltados de un nuevo culto, han dirigido en lo sucesivo la política del país; mucho de ellos viven hoy, y no son por cierto tan amantes del bello principio que entónces predicaban.

Pero no tenemos que considerar lo que muchos de aquellos jóvenes fueron en años posteriores. Nuestra historia no pasa mas acá de 1812. Entónces una democracia nacida en los trastornos de una gran revolucion y de un alzamiento nacional, fundaba el moderno criterio político, que en cincuenta años se ha ido difícilmente elaborando. Grandes delirios bastardearon un tanto los nobles esfuerzos de aquella juventud, que tomó sobre sí la gran tarea de formar y educar la opinion que hasta entónces no existia. Los clubs, que

comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestras de la discusion científica, salieron del círculo de sus funciones propias aspirando á dirigir los negocios públicos, á amonestar á los gobiernos é imponerse á la nacion. En este terreno fue fácil que las personalidades sucedieran á los principios, que se despertaran las ambiciones; y lo que es peor, que la venalidad, cáncer de la política, penetrara allí. Los verdaderos patriotas lucharon mucho tiempo contra esta invasion. El absolutismo, disfrazado con la máscara de la mas abominable demagogia socavó los clubs, los corrompió, los vendió al fin. Es que aquella juventud, llena de fe y de valor, fué demasiado crédula ó demasiado generosa. O no conoció la falacia de sus supuestos amigos, ó conociéndola, creyó posible el vencerles con armas nobles, con la persuasion y la propaganda.

En el curso de esta narracion veremos cómo se manifestaron estos elementos en las congregaciones políticas. El uno, ardoroso y creyente, con demasiada confianza en sus principios y poca esperiencia al practicarlos; el otro, hipócrita mentiroso, con la libertad en los labios y el despotismo en el corazon, minando los cimientos aun no seguros de una sociedad nueva, combatiéndola en todas partes con seguridad y con éxito, porque se fingia su amigo.

Una sociedad decrépita, pero conservando aun esa tenacidad incontrastable que distingue á algunos viejos, sostenia encarnizada guerra con una sociedad lozana y vigorosa llamada á la procesion del porvenir. En este libro asistiremos á algunos de sus encuentros.

Sigamos nuestra narracion. Los curiosos se paraban ante la *Fontana;* salian los tenderos á las puertas; el barbero Calleja, que se hacia llamar *ciudadano Calleja*, estaba en su puerta tambien pasando una navaja, y contemplando el club y sus parroquianos con una mirada presuntuosa, que queria decir: «si yo fuera allá...»

Algunas personas se acercaron á la barbería y formaron corro alrededor del maestro. Uno llegó muy presuroso, y preguntó:

—¿Qué hay? ¿Ocurre algo?

Antes de consignar la respuesta que Calleja dió al recien venido, vamos á describirle, por ser algo importante en esta historia.

Era uno de esos individuos de edad indefinible; de esos que parecen viejos ó jóvenes, segun la fuerza de la luz ó la espresion que dan al semblante. Su estatura era pequeña, y tenia la cabeza casi inmediatamente adherida al tronco, sin mas cuello que el necesario para no ser enteramente jorobado. El abdómen le abultaba bastante, y generalmente cruzaba las manos sobre él con un movimiento de cariñosa conservacion. Sus ojos eran medio cerrados y pequeños, pero muy vivos, formando armoniosa simetría con sus labios delgados largos y elásticos, que en los momentos mas calurosos de la conversacion avanzaban formando un tubo acústico, que daba á su voz una intensidad estraordinaria. A pesar de su traje seglar, habia en este personaje no sé qué de frailuno. Su cabeza parecia hecha para la redondez del cerquillo, y el ancho gaban que envolvia su cuerpo, mas que gaban parecia un hábito. Tenia la voz muy destemplada y acre; pero sus movimientos eran sumamente espresivos y vehementes.

Para concluir diremos que este hombre se llamaba Gil de nombre y Carrascosa de apellido; educáronle los frailes agustinos de Móstoles, y ya estaba dispuesto para profesar, cuando se marchó del convento, dejando á los padres con tres palmos de boca abierta. A fines del siglo logró, por amistades palaciegas, que lo hicieran abate; mas en 1812 perdió el beneficio, y depuso el capisayo. Desde entónces fué ardiente liberal hasta la vuelta de Fernando, en que sus relaciones con el favorito Alagon le proporcionaron un destino de covachuelista con diez mil reales. Entónces era un absolutista decidido; pero la jura de la Constitucion por Fernando en 1820 le hizo variar de opiniones, hasta el punto de llegar á alistarse en la sociedad de los *Comuneros* y formar pandilla con los mas exaltados. Cuando tengamos ocasion de penetrar en la vida privada de Carrascosa, sabremos algunos detalles de cierta aventura con una beldad quintañona de la calle de Gorguera, y sabremos tambien los malos ratos que con este motivo le hizo pasar cierto estudiantillo, poeta clásico, autor de la nunca bien ponderada tragedia de los Gracos.

—¿Pues no ha de occurrir?—dijo Calleja.—Hoy tenemos sesion estraordinaria en la *Fontana*. Se trata de pedir al Rey que nombre un ministerio exaltado, porque el que está no nos gusta. Tendremos discurso de Alcalá Galiano.

— Aquel andaluz feo...

— Sí, ese mismo. El que el mes pasado dijo: «*No haya perdon ni tregua para los enemigos de la libertad. Qué quieren esos espíritus oscuros, esos...*» Y por aquí seguia con un pico de oro...

— Ya les dará que hacer, — dijo Carrascosa. — Qué elocuencia! ¡Qué talento el de ese muchacho!

— Pues yo, Sr. D. Gil, — dijo Calleja; — respetando la opinion de Vd., para mi tan competente, diré...

Y aquí tosió dos veces, emitió un par de gruñidos por via de proemio, y continuó:

— Diré que, aunque admiro como el que mas las dotes del jóven Alcalá Galiano, prefiero á Romero Alpuente, porque es mas espresivo, mas fuerte, mas... pues. Dice todas las cosas con un arranque... por ejemplo, aquello de «¡*al que quiera hierro, hierro*!» y aquello de «¡*no buscan los tiranos su apoyo en la vara de la justicia*; *búscanla en los maderos del cadalso, en el hombro deshonrado del verdugo*!» Si le digo á Vd. que es un...

— Pues yo — contestó el ex-abate — aunque admiro tambien á Romero Alpuente, prefiero á Alcalá Galiano, porque es mas exacto, mas razonador...

— Se engaña Vd., amigo Carrascosa. No mo compare usted á ese hombre con el mio; que todos los oradores de España no llegan al zancajo de Romero Alpuente. Pues ¿y aquel pasaje de los *abajos?* Cuando decia: «*Abajo los privilegios, abajo lo superfluo, abajo ese lujo que se llama rey?...*» ¡Ah! Si es mucha boca aquella.

Calleja repetia estos trozos de discursos con mucho énfasis y afectacion. Recordaba la mitad de lo que oia, y al llegar la ocasion comenzaba á desembuchar aquel arsenal oratorio, mezclándolo todo y haciendo de distintos retazos una homilia disparatada é inconexa. Se nos olvidaba decir que este ciudadano Calleja era un hombre muy corpulento y obeso; pero aunque parecia hecho espresamente por la naturaleza para patentizar los puntos de semejanza que puede haber entre un ser humano y un toro, su voz era tan clueca, fallida y aternerada, que daba risa oirle declamar los trozos de discurso que aprendia en la *Fontana*.

— Pues no estamos conformes — contestó Carrascosa, accio-

nando con mucho aplomo — porque qué tiene que ver esa elocuencia con la de Alcalá, que es hombre que cuando dice «allá voy,» le levanta á uno los piés del suelo?

— Es verdad, dijo, terciando en el debate uno de los circunstantes que debia ser torero, á juzgar por su traje y la trenza que en el cogote tenia. — Es verdad. Cuando Alcalá embiste á los tiranos y se empieza á calentar... Pues no fué mal puyazo el que le metió el otro dia á la inquisicion. Pero sobre todo, lo que mas me gusta es cuando empieza bajito y despues va subiendo, subiendo la voz... Les digo á Vds. que es el espada de los *oraores*.

— Señores — dija Calleja; — repito que todos esos son unos muñecos al lado de Romero Alpuente. ¡Cómo puso á los frailes hace dos noches! ¿A que no saben Vds. lo que les dijo? ¿A que no saben?... Ni al mismo demonio se le ocurre... Pues los llamó... «¡*sepulcros blanqueados*!...» Miren qué mollera de hombre...

— No se empeñe Vd., Calleja — dijo el ex-covachuelista con alguna impertinencia.

— Pero venga Vd. acá, Sr. D. Gil — dijo Calleja haciendo todo lo posible por engrosar la voz. — ¡Si sabré yo quién es Alcalá Galiano y los puntillos qua calzan todos ellos! ¡A mí con esas! Yo, que los calo á todos desde que los veo, y no tengo mas que oirles decir *castañas* para saber de qué palo están hechos.

— Creo, Sr. D. Gaspar, que está Vd. muy equivocado; y no sé por qué se cree Vd. tan competente — dijo Carracosa en tono muy grave.

— ¿Pues no he de serlo? ¡Yo, que paso las noches oyéndolos á todos, no saber lo que son! Vamos, que algunos que se tienen por muy buenos, no son mas que ingenios de racion y quitacion.

— Es verdad tambien que Romero Alpuente no es ningun rana — dijo otro de los presentes.

— ¿Cómo rana? — esclamó animándose Calleja. — Que le sobra talento por los tejados!.. Y á Vd., Sr. Carrascosa, ¿quién le ha dicho que yo no soy competente? ¿Quién es Vd. para saberlo?

— ¿Qué quién soy? ¿Y Vd. qué entiende de discursos, contestó el otro.

— Vamos, Sr. D. Gil, no apure Vd. mi paciencia. Le digo á Vd. que le tengo por un ignorante lleno de presuncion.

— Respete Vd., Sr. Calleja, — esclamó D. Gil un poco conmovido; — respete Vd. á los que por sus estudios están en el caso de... Yo... yo soy graduado en cánones en la Complutense.

— Cánones, ya. Eso es cosa de latin. ¿Qué tiene que ver eso con la política? No se meta Vd. en estas cuestionos que no son para cabezas ramplonas y de cuatro suelas.

—Vd. es el que no debe meterse en ellas, — es clamó Carrascosa sin poderse contener; — y el tiempo que le dejan libre las barbas de sus parroquianos debe emplearlo en gobernar su casa.

— Oiga Vd., señor pedante complutense, canonista, teatino, ó lo que sea. Váyase á mondar patatas al convento de Móstoles, donde estará mas en su lugar que aquí.

— Caballero, — dijo Carrascosa, poniéndose del color de un tomate, y mirando á todos lados para pedir auxilio; porque aunque tenia al barbero por lo que era, por un solemne gallina, no se atrevia con aquel corpachon de ocho piés.

— Y ahora que recuerdo, — contestó con desden el rapista, — no me ha pagado Vd. las sanguijuelas que llevó para esa señora de la calle de la Gorguera, hermana del tambor mayor de la guardia real.

— ¿Tambien me llama Vd. estafador? Mejor haria el ciudadano Calleja en acordarse de los diez y nueve reales que le prestó mi primo, el que tiene la pollería en la calle Mayor, reales que le ha pagado como mi abuela.

— Vamos que tú y el pollero sois los dos del mismo estambre.

— Sí, y acuérdese de la guitarrilla que le robó á Perico Sardina el dia de la merienda en Migas Calientes.

— La guitarrilla, ¿eh? ¿Dice Vd. que yo le robé una guitarrilla? Vamos; no me venga Vd. á mí con indirectas... — contestó el barbero queriendo aparecer sereno.

— Véngase Vd. aquí con pamplinas; si no le conoceremos, señor *Callejon angosto.*

— Anda que te quedaste con la colecta el dia de San Anton el año pasado. ¡Catorce pesos! Pero entónces eras realista y andabas al rabo de Ostolaza para que te hiciera limpia-

polvos de alguna oficina. Entónces dabas vivas al rey absoluto, y en la estudiantina del carnaval le ofreciste un ramillete en el Prado. Anda; aprende conmigo que, aunque barbero, he sido siempre liberal, sí señores. Liberal, aunque barbero: que yo no soy cualquier vendehumos, sino un ciudadano honrado y liberal como cualquiera. Pero miren á estos realistones; ahora han cambiado de casaca. Despues que con sus delaciones tenian las cárceles atarugadas de gente, se agarran á la Constitucion, y ya están en campaña como toro en plaza, dando vivas á la libertad.

— Sr. Calleja, ¡Vd. es un insolente!

— ¡Servilon!

Esta voz era el mayor de los insultos en aquella época. Cuando se pronunciaba no habia remedio: era preciso reñir.

Ya el arma ingeniosa, que la industria ha creado para el mejoramiento y cultivo de las barbas de la mitad del género humano, se alzaba en la mano del iracundo barbero; ya el agudo filo resplandecia en lo alto, próximo á caer sobre el indefenso cráneo del que fué lego, abate y covachuelista, cuando otra mano providencial atajó el golpe tremendo que iba á partir en dos tajadas á todo un graduado en cánones de la Complutense. Esta mano protectora era la mano robusta de la mujer de Calleja, la cual, desconcertada y trémula al ver desde el rincon de su tienda la actitud terriblemente agresiva de su esposo, dejó con rapidez la labor, echó en tierra al chicuelo, que en uno de sus monumentales pechos se alimentaba, y arreglándose lo mejor que pudo el mal encubierto seno, corrió á la puerta y libró al pobre Carrascosa de una muerte segura.

Las tres figuras permanecieron algunos segundos formando un bello grupo. Calleja con el brazo alzado y el rostro encendido; su esposa, que era tan gigantesca como él, le sostenia el brazo; el pobre Gil mudo y petrificado de espanto. Doña Teresa Burguillos, que así se llamaba la dama, era de formas colosales y bastas; pero tenia en aquellos momentos cierta majestad en su actitud, que recordaba á Minerva en el momento de detener la mano de Aquíles, pronta á desnudar el terrible acero clásico. El Agamenon de la Covachuela ofrecia un aspecto poco académico en verdad.

— Ciudadano Calleja, — dijo aquella señora en tono muy

reposado: — no emplees tus armas contra ese pelon, que se pudre á todo pudrir: guárdalas para los tiranos.

Calleja cerró la navaja y la guardó para los tiranos.

D. Gil se apartó de allí, llevado por algunos amigos, que quisieron impedir una catástrofe; y poco despues el grupo que allí se habia formado estaba disuelto.

La amazona cerró la puerta y dentro continuó su peroracion interrumpida. No queremos referir las muchas cosas buenas que dijo, mientras el muchacho se apoderaba otra vez del pecho, que tan bruscamente habia perdido. Basta decir, para que se comprenda lo que valia. D. Teresa Burguillos, que sabia leer, aunque con muchas dificultades, hallándose espuesta á entender las cosas al revés; que á fuerza de mascullones podia enterarse de algunos discursos escritos, reteniéndolos en la memoria; que, alentada por la barberil elocuencia y liberalesca conducta de su esposo, se habia hecho una gran política; y que era muy entusiasta de Riego y de Quiroga, aunque mas que los *hombres de sable* la gustaban los *hombres de palabra*, llegando hasta decir que no conocia caballero mas galantemente discreto que *Paco* (así mismo) Martinez de la Rosa. Es casi seguro que manifestó deseos de tener delante al *bárbaro Elio* para clavarle sus tijeras en el corazon.

Penetremos ahora en la *Fontana*.

CAPITULO II.

EL CLUB PATRIÓTICO.

En la *Fontana* es preciso demarcar dos recintos, dos hemisferios; el correspondiente al café y el correspondiente á la política. En el primer recinto habia unas cuantas mesas destinadas al servicio. Mas al fondo y formando un ángulo, estaba el local en que se celebraban las sesiones. Al principio el orador se ponia en pié sobre una mesa y hablaba: despues el dueño del café se vió en la necesidad de construir una tribuna. El gentío que allí concurria era tan considerable,

ble, que fué preciso arreglar el local poniendo bancos *ad hoc*: despues á consecuencia de los altercados que este club tuvo con el *Grande Oriente*, se demarcaron las filiaciones políticas, los exaltados se encastillaron en la *Fontana*, y espulsaron á los que no lo eran. Por último se determinó que las sesiones fueran secretas, y entónces se trasladó el club al piso principal. Los que abajo hacian el gasto tomando café ó chocolate, sentian en los momentos agitados de la polémica un estruendo espantoso en las regiones superiores, de tal modo que algunos, temiendo que se les viniera encima el techo con toda la mole patriótica que sustentaba, tomaron las de Villadiego, abandonando la costumbre inveterada de concurrir al café.

Una de las cuestiones que mas preocupaban al dueño fué la manera de armonizar lo mejor posible el patriotismo y el negocio, las sesiones del club y las visitas de los parroquianos. Dirigió conciliadoras amonestaciones para que no hicieron ruido; pero esto parece que fué interpretado como un primer conato de servilismo, y aumentó el ruido, y se fueron los parroquianos.

En la época á que nuestra historia se refiere, las sesiones estaban todavía en la planta baja. Aquellos fueron los buenos dias de la *Fontana*. Cada bebedor de café formaba parte del público.

Entre los numerosos defectos de aquel local, no se contaba el de ser escesivamente espacioso: era por el contrario estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenian el techo, no guardaban simetría: para formar el café fué preciso derribar algunos tabiques, dejando en pié aquellas vigas; y una vez obtenido el espacio suficiente se pensó en decorarlo con arte.

Los artistas escogidos para esto eran los mas hábiles pintores de muestras de la Villa. Tendieron su mirada de águila por las estrechas paredes, las pesadas columnas y el pesado techo del local, y unánimes convinieron en que lo principal era poner unos capiteles á aquellas columnas. Improvisaron unas volutas, que parecian tener por modelo las morcillas estremeñas, y las clavaron, pintándolas despues de amarillo. Se pensó despues en una cenefa que hiciera el papel de friso en todo lo largo del salon; mas

como ninguno de los artistas sabia tallar bajos relieves, ni se conocian las maravillas del carton-piedra, se convino en que lo mejor seria comprar un liston de papel pintado en los almacenes de un marselles recientemente establecido en la calle de Majaderitos. Así se hizo, y un dia despues la cenefa, engrudada por los mozos del café, fué puesta en su sitio. Representaba unos cráneos de macho cabrio, de cuyos cuernos pendian unas cintas de flores, que iban á enredarse simétricamente en unos tirsos adornados con manojos de frutas, formando todo un conjunto anacreóntico-fúnebre de muy mal efecto. Las columnas fueron pintadas de blanco con unas ráfagas de rosa y verde, destinadas á hacer creer que eran de jaspe. En los dos testeros próximos á la entrada se colocaron dos espejos como de á vara; pero no enterizos, sino formados por dos trozos de cristal, unidos por una barra de hojalata. Estos espejos fueron cubiertos con un velo verde para impedir el uso de los derechos de domicilio que allí pretendian tener todas las moscas de la calle. A cada lado de estos espejos se colocó un quinqué sostenido por una peana anacreóntico-fúnebre tambien, donde se apoyaba el receptáculo; y este recibia diariamente de las entrañas de una alcuza, que detras del mostrador habia, la sustancia necesaria para arder macilento humeante, triste y hediondo hasta mas de media noche, hora en que su luz, cansada de alumbrar, vacilaba á un lado y otro como quien dice *no*, y se extinguia dejando que salvaran la patria á oscuras los apóstoles de la libertad.

El humo de estos quinqués, el humo de los cigarros, el humo del café habian causado considerable deterioro en el dorado de los espejos, en el amarillo de los capiteles, en los jaspes pretenciosos, y en el friso clásico. Solo por tradicion se sabia la figura y color de las pinturas del techo, debidas al pincel del peor de los discípulos de Maella.

Los muebles eran muy modestos; reducíanse á unas mesas de palo, pintadas de color castaño, simulando caoba en la parte inferior, y embadurnadas de blanco, imitando mármol en la parte superior, con unos banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuyo crin, por innumerables agujeros, se salia con mucho gusto de su encierro.

El mostrador, colocado en un ángulo, adonde convergian

todas las evoluciones del techo y todas las irregularidades del local, era la única cosa monumental que allí existia. Era ancho; estaba colocado sobre un escalon, y en la fachada, digámoslo así, tenia un medallon donde las iniciales del amo se entrelazaban en confuso jeroglífico. Detras de este catafalco asomaba la imperturbable imágen del cafetero; y á un lado y á otro de este, dos estantes donde se encerraban hasta cuatro docenas de botellas. Al traves de la mitad de estos cristales se veian tambien bollos, libras de chocolate y algunas naranjas; y decimos la mitad de los cristales, porque la otra mitad no existia, siendo sustituida por unos pedazos de papel escrito, perfectamente pegados con obleas encarnadas en las roturas. Por encima de las botellas, por encima del estante, por encima de los hombres del amo se veia saltar un gato enorme, que pasaba la mayor parte del dia acurrucado en un rincon, durmiendo el sueño de la felicidad y de la hartura. Era un gato prudente, que jamas interrumpia la discusion, ni se permitia mahullar ni derribar ninguna botella en los momentos críticos. Este gato se llamaba Robespierre.

En el local que hemos descrito se reunia aquella juventud ardiente. ¿De dónde habian salido aquellos jóvenes? Unos salieron de las Constituyentes del año 12, esfuerzo de unos pocos, que acabó iluminando á muchos. Otros se educaron en los seis años de opresion posteriores á la vuelta de Fernando. Algunos brotaron en el trastorno del año 20, mas fecundo tal vez que el del 12. ¿Qué fué de ellos? Unos vagaron proscritos en tierra estranjera durante los diez años de Calomarde; otros perecieron en los aciagos dias que siguieron á la triste victoria de los cien mil nietos de San Luis. Entre los que existieron despues de la muerte del inicuo Fernando, algunos siguieron sustentando el mismo principio con igual entereza; otros, creyendo sustentarle, tropezaron con las exigencias de una generacion nueva. Encontráronse con qre la generacion posterior avanzaba mas que ellos, y no quisieron seguirla.

Pero no nos apartemos de nuestro período.

La juventud de 1820 tenia mucha fe y mucha confianza, y si no fué fecunda, hay que atribuirlo á que entónces la esplanacion de los principios tropezaba con el inconveniente de la ignorancia del pueblo, que no lo conocia, y los

bastardeaba. Entónces era nueva la teoría y la práctica de la libertad; y si los ardientes propagadores de aquellas nobles ideas cometieron errores, deploremos su inesperiencia tan solo; que esos errores eran motivados por la exageracion de un generoso movimiento hácia el bien.

Al crearse el club no tuvo mas objeto que discutir en principio las cuestiones políticas; pero poco á poco aquel noble palenque, abierto para esclarecer la inteligencia del pueblo, se bastardeó. Comenzaron las personalidades, y de las teorías descendieron á los hombres: los discursos no fueron al fin mas que diatribas. Quisieron los fontanistas tener influjo mas allá de la opinion; quisieron tener influencia directa en el gobierno. Pedian solemnemente la destitucion de un ministro, el nombramiento de una autoridad. Demarcaron los dos partidos *moderado* y *exaltado*, estableciendo una barrera entre ambos. ¡Ah! Pero aun descendieron mas. Como en la *Fontana* se agitaban las pasiones del pueblo, el gobierno permitia sus escesos para amedrentar al rey, que era su enemigo. El rey, entretanto, fomentaba secretamente el ardor de la *Fontana*, porque veia en él un peligro para la libertad. La tradicion nos ha enseñado que Fernando corrompió á algunos de sus oradores é introdujo allí ciertos malvados que fraguaban motines y disturbios con objeto de desacreditar el sistema constitucional. Pero los ministros, que descubrian esta astucia de Fernando, cerraban la *Fontana*; y entónces esta se irritaba contra el gobierno y trataba de derribarlo. Fomentaba el rey el escándalo por medio de agentes disfrazados; ayudaba el club á los ministros; estos le herian; vengábase aquel, y giraban todos en un círculo de intrigas, sin que los crédulos y generosos patriotas que allí formaban la opinion conociesen la oculta trascendencia de sus disputas.

Pero oigamos á Calleja, que pide á voz en cuello que comience la sesion. Dos elementos de desórden minaban la Fontana; la ignorancia y la perfidia. En el primero ocupaba un lugar de preferencia el barbero Calleja. Este patriota capitaneaba una turba de aplaudidores semejantes á él, y esta cuadrilla alborotaba de tal modo cuando subia á la tribuna un orador que no era de su gusto, que se pensó sériamente en prohibirle la entrada.

En la noche á que nos referimos, nuestro hombre daba

con sus pesadas manos unas palmadas, que sonaban como golpes de batan; y los demas metian ruido dando porrazos en el suelo con los bastones. En vano pedian silencio y moderacion los del interior; personas entre las cuales habia diputados, militares de alta graduacion, oradores famosos. Los alborotadores no callaron hasta que subió á la tribuna Alcalá Galiano.

Era este un jóven de estatura mas que regular, erguido, delgado, de cabeza grande y modales desenvueltos y francos. Tenia el rostro bastante grosero y la cabeza poblada de encrespados cabellos. Su boca era grande y muy toscos los labios; pero en el conjunto de la fisonomía habia una clara espresion de noble osadía, y en su mirada profunda la penetracion y el fuego de los ingenios de la antigua raza.

Comenzó á hablar relatando un suceso de la sesion anterior, que habia dado ocasion á que salieran de la *Fontana* Garelli, Toreno y Martinez de la Rosa. Indicó las diferencias de principios que en lo sucesivo habian de separar á los moderados de los exaltados, y pintó la situacion del gobierno con exactitud y delicadeza. Pero cuando con mas robusta voz y elocuencia mas vigorosa hacia un cuadro de las pasadas desdichas de la nacion, ocurrió un incidente que le obligó á interrumpir su discurso. Era que se oia en la calle un gran ruido de voces, ruido que creció formando una gran algazara. La mayor parte se levantaron y salieron. El auditorio empezó á disminuir, y al fin disminuyó de tal modo, que el orador no tuvo mas remedio que callarse.

Cortado y colérico estaba el andaluz, cuando bajó de la tribuna [1]). El tumulto aumentaba fuera; y por fin no quedaron en el café sino cinco ó seis personas. Estas tambien querian satisfacer la curiosidad, y acompañadas del mismo Galiano, salieron tambien.

En diez minutos la *Fontana* se quedó sin gente, y el rumor esterior pasaba, se oia cada vez mas lejano, porque andaba á buen paso la oleada del pueblo que lo producia. Todas las señales eran de que habia comenzado una de aquellas asonadas, tan frecuentes entónces.

---

[1]) El mismo Alcalá Galiano refiere con mucha franqueza este suceso en sus anotaciones á la *Historia de España*, por Dunham.

Era ya tarde, los quinqués habian llegado al tercer período de su reverberacion dificultosa, es decir, estaban en los instantes precursores de su completo aniquilamiento, y las mechas despedian un humo mas hediondo y abundante. Uno de los mozos se habia marchado á dormir; otro dormia junto á la puerta, y el tercero habia salido con los parroquianos. A lo léjos se oia un eco de voces siniestras, las voces del tumulto popular, que rodaba por la ciudad agitándola toda.

El cafetero continuaba inmóvil en su trípode; dos luminosos puntos de claridad verdosa brillaban detras de él. Era Robespierre que se acercaba á su amo; y saltando por encima de sus hombros, se ponia delante para recibir una caricia. El hombre del café le pasó la mano cariñosamente por el lomo; y el animal, agradecido, alzó el rabo, arqueó el elpinazo, se lamió los bigotes, y habiéndose estirado muy á sabor, se volvió á su rincon, donde se agazapó de nuevo.

Frente por frente al mostrador, y en el mas oscuro sitio del café, principió á destacarse una figura humana, invisible hasta entónces. Esta persona salia de la sombra, y avanzando lentamente hácia el mostrador, entraba en el foco de la escasa luz que aclaraba el recinto, siendo posible observar las formas de aquel silencioso y estraño personaje.

Era un hombre de edad avanzada; pero en vez de la decrepitud propia de sus años, mostraba entereza, vigor y energía. Su cara era huesosa, irregular, sumamente abultada en la parte superior; la frente tenia una exagerada convexidad, miéntras la boca y los carrillos quedaban reducidos á muy mezquinas proporciones. A esto contribuia la falta absoluta de dientes que, habiendo hecho de la boca una concavidad vacía, determinaba en sus labios y en sus mejillas depresiones profundas que hacian resaltar mas la angulosa armazon de sus quijadas. En su cuello, los tendones, los huesos y los nervios tenian forma de una serie de piezas articuladas, cuyo movimiento mecánico se observaba muy bien, á pesar de la piel que las cubria. Los ojos eran grandes y revelaban haber sido muy hermosos: por un estraño fenómeno, miéntras los cabellos habian enblanquecido enteramente, las cejas conservaban el color de la juventud y estaban formadas de pelos muy fuertes, rígidos y erizados. Su nariz era corva y fina, nariz que debió tambien haber sido muy hermosa, aunque

al fin, por la fuerza de los años, se habia afilado y encorvado mas, hasta el punto de ser enteramente igual al pico de un ave de rapiña. Alrededor de su boca, que no era mas que una hendidura, y encima de sus quijadas, que no eran otra cosa que una armazon, crecia un vello tenaz, los fuertes retoños blancos de su barba que, afeitada semanalmente en cuarenta años, despuntaban rígidos y brillantes, como alambres de plata. Hacian mas singular el aspecto de esta cara dos enormes orejas estendidas, colgantes y trasparentes; la amplitud de estos pabellones cartilaginosos correspondia á la estrema delicadeza timpánica del individuo, la cual, en vez de disminuir, parecia aumentar con la edad. Su mirada era como la mirada de los pájaros nocturnos; intensa, luminosa y mas siniestra por el contraste oscuro de sus grandes cejas, por la elasticidad y sutileza de sus párpados sombríos, que en la oscuridad se dilataban mostrando dos pupilas muy claras; estas, ademas de ver mucho, parecia que iluminaban lo que veian. Esta mirada anunciaba la vitalidad de un espíritu, sostenido á pesar del deterioro del cuerpo, el cual era inclinado hacia adelante, delgado y de poca talla. Sus manos eran muy flacas, pudiéndose contar en ellas las venas y los nervios; los dedos parecian por lo angulosos y puntiagudos garras de pájaro rapaz. La piel de la frente era amarilla y arrugada como las hojas de un libro incunable; y miéntras hablaba, esta piel se movia rápidamente y se replegaba sobre las cejas, formando una serie de círculos concéntricos alrededor de los ojos, que acababan de establecer su completa semejanza con un lechuzo. Vestia de negro, y en la cabeza llevaba una gorrilla de terciopelo.

Cuando este hombre se halló cerca del mostrador, levantóse el cafetero con recelo, se acercó á la puerta de calle y escuchó atentamente algun tiempo, volvió, se asomó á un ventanillo que daba al patio, y despues repitió la misma operacion en una puerta que daba á la escalera. De los tres mozos del café, uno solo estaba allí roncando sobre un banco; el amo le despertó y le despidió; atrancó bien la puerta, volvió á su trípode, y estableciéndose en ella, miró al del gorro, como si esperara de él una gran cosa.

— ¡Buena la han armado! — dijo en voz alta, seguro de no ser escuchado por voces estranas. — ¡Otro alboroto esta noche!

Y dicen que la Guardia Real prepara un gran tumulto. Usted, D. Elías, debe saberlo.

— Deje Vd. andar, amigo; deje Vd. andar que ya llegarán, — dijo el flaco con voz sonora y profunda.

Y metiendo la mano en el bolsillo, sacó un pequeño envoltorio que, por el sonido que produjo al ser puesto sobre la mesa, indicaba contener dinero. El cafetero miró con singular espresion de cariño el envoltorio, miéntras el viejo lo desenvolvió con mucha cachaza, y sacando unas onzas que dentro habia, comenzó á contar.

Al ruido de las monedas, Robespierre abrió los ojos; y viendo que no era cosa que le interesaba, los volvió á cerrar, quedándose otra vez dormido. El viejo contó diez medias onzas, y se las dió al del café.

— Vamos, Sr. D. Elías, — dijo este descontento. ¿Qué hago yo con cinco onzas?

— Por cinco onzas se vende la diosa misma de la libertad, — dijo Elías sin mirar al cafetero.

— Quite Vd. allá; aquí hay patriotas que no dirán «Viva el rey» por todo el oro del mundo.

— Sí; es mucha entereza la de esos señores, — esclamó Elías con un acento de ironía, que parecia ser el acento habitual de su palabra.

— Vaya Vd. á ofrecer dinero á Alcalá Galiano y á Moreno Guerra...

— Esos alborotan allá, en las Cortes; de esos no se trata. Tratamos de los que alborotan aquí.

— Pues le aseguro á Vd., Sr. D. Elías de mi alma, que con lo que me ha dado no tengo ni para la correa del zapato del orador mas malo de este club.

— Le digo á Vd. que basta con eso. El rey no está para gastos.

— ¡Y qué tacaño se va volviendo el rey absoluto! Mala landre le mate, si con estas miserias logra derribar la Constitucion.

— Deje Vd. andar, deje Vd. andar, que ya se arreglará esto, — contestó el viejo dando un suspiro. Y al darlo cerró la boca de tal modo, que parecia que la mandíbula inferior se le quedaba incrustada dentro de la superior.

— Pero D. Elías de mis pecados, ¿qué quiere Vd. que haga yo con cinco onzas?... ¿Qué le pareció aquel sargenton que habló anoche? Dicen que es un bruto: pero lo cierto es que hace ruido y nos sirve bien. Pues me cuesta un ojo de la cara cada párrafo de aquellos que sublevan la multitud y ponen al pueblo encendido... ¡Y hay otros tan reacios, D. Elías! Anteanoche subió á la tribuna uno que suele venir ahí con el barbero Calleja; ¡qué voz de becerro tenia! Empezó á hablar de la Convencion, y dijo que era preciso cortar las cabezas de adormidera. Le aplaudieron mucho, y yo confieso que fué una gran cosa, aunque, á decir verdad, no le entendí mas que si hubiera hablado en judío. Cuando acabó la sesion, quise picarle para que hablara segunda vez, pero no sé si caló mis intenciones; lo cierto es que dijo que me iba á cortar el pescuezo, añadiendo que no me descuidara. ¡Qué susto me llevé! ¡Y esto se me paga tan mal! Aquel discurso que pronunció anoche á última hora el estudiantillo valenciano, me costó dos raciones de carne estofada y dos botellas de vino. ¡Ay! Si llegaran á saber estos manejos Alcalá Galiano y Florez Estrada... le digo á Vd. que me voy á reir de gusto.

— Esas son las cabezas de adormidera que es preciso cortar, — exclamó el viejo, guiñando el ojo y haciendo con la mano derecha, movida horizontalmente, la señal de quien corta alguna cosa.

— Pues fuera una lástima, porque son buenos chicos. Yo, francamente se lo digo á Vd.; aunque soy en lo íntimo de mi corazon partidario amantísimo de mi rey absoluto, cuando oigo á esos muchachos, y especialmente cuando veo á Alcalá Galiano subir á la tribuna, y empieza á echar flores por aquella boca, y despues culebras, me da un escarabajeo tan grande, que me baila el corazon y me dan ganas de abrazarle.

— Déjalos que griten: eso precisamente es lo que se busca. Mira el motin de esta noche: á ellos se les debe. Con muchos así, pronto estallará la cuerda. Eso es lo que quiere el rey. ¡Oh! Ya verás que pronto se despedazarán unos á otros.

— ¿Pero qué hago yo con cinco onzas? — volvió á decir el amo del café.

— Ya lo he dicho. El rey no está para despilfarros; y para levantar de cascos á esta gente no es preciso mucho dinero.

— ¿Que no? Pregúnteselo Vd. á aquel lego exclaustrado que escribe *El Azote*: ya me tiene comidas tres onzas de las que usted me trajo la semana pesada. ¿Pues y aquel oficialito que pronunció hace dias aquel fuerte discurso, en que dijo: *Calendas Cartago....?*

— *Delenda est Carthago*, querrá Vd. decir.

— Eso es: *dilenda* ó *calenda*, lo mismo da, dijo el del café. ¡Pues ese oficialito tiene unas tragaderas! Me comió dos empanadas de conejo, como dos ruedas de molino. Y sobre todo, con decirle á Vd. que para conseguir que Andresillo Corho saliera por esas calles gritando, como Vd. vió muy bien el domingo, tuve que pagarle todas sus deudas, que eran ocho meses al casero, y qué sé cuántos piquillos sueltos á los amigos. Y luego no gana uno para sustos, D. Elías. Vuelvo á repetirle á Vd. que si los liberales de copete descubren estas socaliñas, no me dejarán un hueso en su lugar.

— Mucha cautela, ten mucha cautela: nada de papeles escritos, no me dirijas cartas, no fies al papel ni una idea sobre este punto, — le dijo Elías con severidad.

— Y dígame Vd. — continuó el del café, bajando la voz como si temiera ser oido por Robespierre; — dígame Vd., ¿cuándo se alza la guardia real?

— No sé — dijo Elías, encogiéndose de hombros.

— Dicen que la *Santa Alianza* ha escrito al rey.

Elías debia ser hombre prudentísimo, porque contestó «no sé» á secas como á la primera pregunta.

Entónces se oyó otra vez, aunque muy lejano, el mismo ruido de voces que hizo salir del club á toda la concurrencia.

— Creo que piensan allanar la casa de Toreno.

— Bien: me alegro — dijo el viejo con siniestra satisfaccion. — Veo que empiezan á devorarse unos á otros. No podia suceder otra cosa. ¡Oh! Yo entiendo á esta canalla. ¿Y qué habia de suceder? ¿España podrá estar mucho tiempo en manos de una gavilla de pensadores desesperados? Si esto durara, yo dudaria de la Providencia, que arregla las naciones como da alimento á los individuos. España está sin rey, que es estar sin gloria, sin vida y sin honor. ¿Habia, por ventura, Constitucion cuando España fué el primer país del mundo? Eso de hacer el pueblo las leyes es lo mas monstruoso que cabe. ¿Cuando se ha visto que el que ha de ser mandado haga las

leyes? ¿Seria justo que nuestros criados nos mandaran? Aquí no hay rey ni Dios. Pero esto se acabará: yo te juro que se acabará.

Al decir esto, el viejo abria los ojos y apretaba los puños con furor. El del café no pudo resistir al encanto de tanta elocuencia, levantóse de su trípode y le abrazó. Al alargar sus manos con entusiasmo, una botella cayó y fué rodando hasta dár un golpe á Robespierre, el cual, despertando súbitamente, dió un atroz mayido y fué á buscar regiones mas tranquilas en lo alto del armario de los bizcochos.

Elías sacó de su bolsillo una pequeña faja negra que le servia de tapabocas, se la envolvió al cuello y se dispuso á salir. El cafetero con su oficiosidad acostumbrada en presencia de aquel personaje, se dirigió á abrirle la puerta. Ya principiaba á despuntar el dia. El viejo realista salió sin saludar á su amigo, y tomó la direccion de su casa.

CAPITULO III.

UN LANCE PATRIÓTICO Y SUS CONSECUENCIAS.

D. Elías cruzaba la Carrera de San Jerónimo, cuando vió que hácia él venian unos cuantos hombres que reian y gritaban dando vivas á la Constitucion y á Riego. Trató de evitar el encuentro, y tomó la otra acera; pero ellos pasaron tambien, y uno le detuvo.

Eran cinco individuos; y de ellos, tres por lo ménos estaban completamente embriagados. Nuestro ya conocido Calleja les mandaba. Componíase la cuadrilla de un chalan del barrio de las Peñuelas y un matutero del Salitre, un caballero particular conocido en Madrid por sus trampas y gran prestigio en la plazuela de la Cebada, y finalmente, un moceton alto, flaco y negro, que tenia fama de gran guerrillero, y del cual se contaban maravillas en las campañas de 1809 y despues en los sucesos del 20. El sello de sus hazañas marcaba siniestramente su rostro en un chirlo que le cogia desde

la frente hasta el carrillo, cegándole un ojo y abollándole media nariz.

Los cinco detuvieron al anciano.

— ¡Mátale, mátale! — dijo con aguardentosa voz el matutero, pinchando con la varita que llevaba en la mano el pecho de Elías.

— No, déjale, Perico: ¿de qué vale espachurrar á este bicho?

— Si es Coletilla — esclamó el del chirlo, reconociéndole. — Coletilla, el amigo de Vinuesa, el amigo de Vinuesa, el que anda por los clubs, para contarle al rey lo que pasa.

— ¡Que cante el *trágala!* — dijo el chalan, que estaba envuelto desde el pescuezo á la rabadilla en un ceñidor encarnado, por entre cuyos pliegues asomaba el puño de uno de aquellos célebres alfileres de Albacete, que tanto dan que hacer á la justicia.

— Tres Pesetas, coge por ese brazo al señorito.

El chalan del ceñidor se llamaba Tres Pesetas.

Tres Pesetas puso su mano sobre el gorro de Elías y se lo tiró al suelo, dejando al aire la pelada calva del anciano. Una carcajada sonora acogió este movimiento.

— ¡Miren qué orejazas de mochuelo! — añadió el guerrillero tirándole de la derecha hasta inclinarle la cabeza sobre el hombro.

— *Pos* no tiene mala cabeza *e pelailla pa* jugar á los truscos — dijo el matutero dándole un papirotazo en mitad del cráneo.

El realista estaba lívido de cólera: apretaba los puños en una convulsion nerviosa, y en sus ojos brillaron lágrimas de despecho. En esto Calleja, que parecia tener gran autoridad entre aquella gente, se agarró al brazo de Elías, y exclamó riendo con la desenfrenada hilaridad de la embriaguez:

— Ven bravucon, ven con nosostros. Ciudadanos — añadió volviéndose á los otros: — ¡este es el gran Coletilla, el mismo Coletilla. Seamos amigos. Nos va á presentar al rey constitucional, para que nos haga....

— *¡Menistros!* — dijo el matutero, enarbolando su vara.

— ¡Ciudadanos; viva el rey absoluto, viva Coletilla!

— Vamos á *jaserle* comunero de la gran *comunía!* — dijo el matutero. — Primera prueba. ¡Que salte!

— ¡Que salte!

— ¡Que salte!

Y uno de ellos tomó de la mano á Elías, como para hacerle saltar, miéntras otro empujándole con violencia le hizo caer al suelo.

—*Zegunda* prueba — dijo Tres Pesetas: — ¡toma esta espada, pincha á uno de nosotros!

Y sacando un sable le dió de plano tan fuerte golpe que le obligó á caer en opuesto sentido.

— Dí: «¡Viva la Constitucion!»

—¿Pues no lo ha *é ezir?* Y si no, yo tengo aquí unas *esplicaeras*... — dijo el matutero sacando su navaja.

— Este tunante fué el que delató al cojo de Málaga — dijo el caballero particular.

— Y el amigo de Vinuesa.

— Señores: este no es mas que Coletilla, el gran Coletilla — dijo Calleja con mucha gravedad.

La ferocidad se pintaba en los ojos del matutero y del chalan. El de la cicatriz cogió por el cuello á Elías y con su mano vigorosa le apretó contra el suelo.

— Suéltalo, Chaleco, déjalo tendido.

Es de advertir que el matutero era conocido entre los de su calaña por el extravagante nombre de Chaleco.

— Déjamele á mí, — exclamó el chalan — *Tríncalo por el pizcuezo*: *quio* ver lo que tienen esos realistas en el buche.

Muy mal parado estaba el infeliz Elías; y ya se encomendaba á Dios con toda su alma, cuando la inesperada llegada de un nuevo personaje puso tregua á la cólera de sus enemigos, salvándole de una muerte segura.

Era un militar alto, jóven, bien parecido y persona de noble casa sin duda, porque á pesar de su edad llevaba los galones de un alta graduacion. Traia un largo capote azul, y uno de aquellos antiguos y pesados sables, capaces de cercenar de un tajo la cabeza de un enemigo. Al verle que se interponia en defensa del viejo, los otros se apartaron con cierto respeto, y ninguno se atrevió á insistir.

— Vamos, señores, dejen Vdes. en paz á ese pobre viejo, que no les hace ningun daño, — dijo el militar.

— Si es Coletilla, el mismo Coletilla.

— Pero sois cinco contra él; y él es un pobre viejo indefenso.

— Eso mismo decia yo, — esclamó Calleja con la misma risa de borracho.

— *Poz* que diga: «viva el Rey Constitucional.»

— Lo dirá cuando se vea libre de vosotros. Yo respondo de que es buen liberal y hombre de bien.

— ¡Si es un servilon! — esclamó Chaleco.

— ¿Y qué quereis hacer con él? — preguntó el militar.

— Poca cosa, — dijo Tres Pesetas, que era el mas atrevido.

— No mas que abrirle un tragaluz en la barriga, *pa* que salgan á misa las *asauras.*

— Vamos, marcháos á vuestras casas, — dijo el militar con mucha entereza, — yo le defiendo.

— ¿Usía?

— Sí, yo. Marcháos: yo respondo de él.

— Pues si no *ice*: Viva la.....

— Dí: ¡viva la Constitucion! — esclamaron todos á la vez, ménos Calleja, que se estaba riendo como un idiota.

— Vamos, — dijo el militar, dirigiéndose á Elías, decídlo: es cosa que cuesta poco, y ademas hoy debe decirlo todo buen español.

— ¡Que lo diga!

— ¡Que lo diga pronto!

El militar persistia en que dijera aquellas palabras, como un medio de verse libre; pero Elías continuaba en silencio.

— Vamos, padrito, pronto, — dijo el matutero.

— No! — esclamó Elías con profunda voz y trémulo de indignacion.

Entónces Tres Pesetas alzó la vara sobre el viejo, los demas se dispusieron á acometerle; y fué preciso que el militar empleara todas sus fuerzas y todo su prestigio para impedir un mal desenlace.

— Decid «viva la constitucion.»

— ¡No! — repitió Elías. — Y como si recibiera una inspiracion, en un arrebato de supremo valor exclamó: ¡Muera!

Los cuatro desalmados rugieron con ira; pero el militar parecia resuelto á defender á Elías hasta el último trance.

— Apartáos, — dijo. — Este hombre está loco. ¿No conoceis que está loco?

— ¡Que retire esas palabras! — dijo riendo siempre, Calleja, que aun en la embriaguez blasonaba de usar con propiedad las fórmulas parlamentarias.

— ¿Qué *ritire* ni *ritire*? — dijo el chalan.

— Sí: está loco, — dijo Chaleco; — y si no está loco, está bo... bo... borracho.

— ¡Eso es... eso... borracho! — dijo Calleja, que al fin habia necesitado apoyarse en la pared para no caer en tierra.

Algunos vecinos se habian asomado, algunos transeuntes trabaron conversacion con el venerable Tres Pesetas, y ya sea que un ebrio se distrae fácilmente, ya que les impusiera temor la actitud firme del militar, lo cierto es que los cuatro amigos de Calleja dejaron en paz á Elías, el cual ayudado de su protector, se levantó como pudo y se puso el gorro que casi habia perdido la forma bajo los piés del matutero. El militar, al detener con un vigoroso esfuerzo el movimiento agresivo de Chaleco contra Elías, se rozó la mano izquierda con la estremidad puntiaguda de la empuñadura de la navaja que el mozo llevaba en la faja. Esta rozadura le levantó un poco la piel y le hizo derramar alguna sangre. El militar se envolvió la mano en un pañuelo y con la derecha tomó el brazo del viejo. Este se hallaba magullado, roto y en un estado de desfallecimiento tal que no podia andar sino á pasos cortos y vacilando á cada momento.

El militar le sostuvo con fuerza, y andando con él muy lentamente, le preguntó dónde estaba su casa para llevarle á ella. Elías, sin contestarle, le encaminó haciéndole señas por la calle de Alcalá, dirigiéndose á la del Barquillo para tomar al fin la de Válgame Dios, donde aquel buen hombre vivia.

El jóven militar era sin duda poco amante del silencio, y de carácter alegre y comunicativo, porque por el camino comenzó á hablar con singular volubilidad, pareciendo que el obstinado mutismo del viejo estimulaba mas su prodija locuacidad.

No podemos trascibir los términos precisos en que habló este, que desde ahora es nuestro amigo, y nos acompañará en todo el tránsito de esta dilatada historia; pero conociendo su carácter como lo conocemos, es seguro que no será aventurado poner en boca suya estas ó parecidas palabras.

— Hay que deplorar, amigo mio, en esta imperfecta vida hu-

mana, que las cosas mejores y mas bellas tienen siempre un lado malo; fatal oscuridad que proyecta en breve parte de su esfera lo mas resplandeciente y luminoso. Las instituciones mas justas y buenas, ideadas por el hombre para producir efectos de bien comun, ofrecen en los primeros tiempos de práctica estraños resultados, que hacen dudar á los de poca fe de la bondad y justicia de esas instituciones. Los hombres mismos que fabrican un objeto de sútil mecanismo, vacilan en los primeros momentos del uso y no aciertan á regular su compas y reposado movimiento. La libertad política, aplicacion al gobierno del mas bello de los atributos del hombre es el ideal de los Estados. Pero ¡qué penosos son los primeros dias de práctica! ¡Cómo nos aturde y desespera el primer ensayo de esta máquina!

El mayor inconveniente es la impaciencia. Hay que tener perseverancia y fe; esperar á que la libertad dé sus frutos, y no condenarla desde el primer dia. ¿No seria loco el que plantando un árbol le arrancara desesperado al ver que no echaba raíces, crecia y daba flores y frutos el primer dia?

Es probable que el militar no empleara estos mismos términos; pero es seguro que las ideas eran las mismas. Lo cierto es que al concluir esperó á ver si su peroracion producia algun efecto en el viejo; pero este, sumamente abstraido, daba muestras de no atender á sus palabras y de hacer en su interior otras consideraciones no ménos trascendentales y profundas.

— Es de deplorar, — continuó el militar reforzando su elocuencia con un poco de mímica; — es de deplorar que los primeros derechos concedidos por la libertad sean mal empleados por algunos hombres. El hábito de la libertad es uno de los mas difíciles de adquirir, y tenemos que sufrir los desaciertos de los que por su natural rudeza tardan mas en adquirir este hábito. Pero no desconfiemos por eso, amigo. Usted, que es sin duda buen liberal, y yo, que lo soy muy mucho, sabremos esperar. No maldigamos al sol porque en los primeros momentos de la mañana produce molestia en nuestros ojos, cuando salen bruscamente de la oscuridad y del sueño.

Paróse por segunda vez el jóven para tomar aliento y ver si la fisonomía del viejo daba señales de aprobacion; pero no

observó en aquel rostro singular otra cosa que abstraccion y melancolía.

— Esos que le han detenido á Vd., — continuó el militar, — no son liberales. O son agentes ocultos del absolutismo, ó ignorantes soeces sin razon ni conciencia. O libertinos sin instruccion, ó alborotadores asalariados. ¿Será preciso quitarles la libertad y no devolvérsela hasta que reciban educacion ó castigo? Entónces ¿habrá libertad para unos y para otros no? Ha de haberla para todos, ó quitársela á todos. ¿Y es justo renunciar á los beneficios de un sistema por el mal uso que algunos pocos hacen de él? No; mas vale que tengan libertad ciento que no la comprenden, que que la pierda uno solo que conoce su valor. Los males que con ella pudieran ocasionar los ignorantes, son inferiores al inmenso bien que un solo hombre ilustrado puede hacer con ella. No privemos de la libertad á un discreto por quitársela á cien imprudentes.

El jóven se paró por tercera vez por dos razones: primera, porque no tenia mas que decir (insistimos en que no empleó las mismas palabras), y segundo, porque el viejo, al llegar á su calle, se detuvo en una puerta, y dijo: «Aquí». El viaje habia concluido, y el militar iba á dejar á su nuevo amigo; pero notó que estaba cada vez mas desfallecido y corria peligro de no poder subir si le abandonaba. El locuaz y discreto militar entró, pues, en la casa sosteniendo al realista, que apénas podia dar un paso.

La mansion de Elías se ostentaba en la mitad de la calle de Válgame Dios, donde hacia veces de palacio. Colocada entre dos casas *á la malicia*, aparecia allí con proporciones gigantescas, sin que por eso tuviera mas que dos pisos altos, de los cuales el superior gozaba la singular preeminencia de ser habitado por nuestro héroe.

La fachada era mezquina, fea. El cuarto bajo servia de oficina á las ruidosas ocupaciones de un machacador de hierro, que surtia de sartenes, asadores y herraduras á todo el barrio del Barquillo. Los balcones del principal eran fiel remedo de los jardines colgantes de Babilonia, porque habia en ellos muchos tiestos con flores, muchas matas que estaban en camino de ser árboles, juntamente con tres jaulas de codornices y dos reclamos, que por la noche daban armonía á toda

la calle. En medio de esta selva y de estos gorjeos se veia una muestra de *Prestamista sobre alhajas.*

El portal era angosto y muy largo. Para llegar á la escalera, que estaba en lo profundo, se corrian mil peligros á causa de las sinuosidades del terreno, en el cual los hoyos, llenos de inmundicia, alternaban con puntiagudos guijarros, alzados media cuarta. La escalera era angosta, y sus paredes, blanqueadas en tiempo de Felipe V, cuando ménos, se hallaban en el presente siglo cubiertas de una venerable capa de mugre, escepto en la faja ó zona por donde rozaban los codos de los que subian, la cual tenia un singular pulimento. En uno de los tramos habia, no un candil, sino el sitio de un candil manifestado en una gran chorrera de aceite hácia abajo, una gran chorrera de humo hácia arriba, y en la convergencia de ambas manchas un clavo ennegrecido.

Llegaron al segundo, y el militar llamó. Sin duda, alguna persona esperaba con impaciencia, porque la puerta se abrió al momento. Abrióla una jóven como de diez y ocho años de edad, que al ver el aspecto abatido del viejo, y sobre todo al ver que un desconocido le acompañaba, cosa sin duda muy rara en él, dejó escapar una esclamacion de temor y sorpresa.

— ¿Qué hay? ¿Qué le ha pasado á Vd? — dijo cerrando la puerta, despues que los dos estaban en el pasillo.

E inmediatamente marchó delante y abrió la puerta de una sala, donde entraron los tres. El viejo no habló palabra, y se dejó caer en un sillon con muestras de dolor.

— ¿Pero está Vd. herido? ¿A ver? nada, — dijo la jóven examinando con mucha solicitud á Elías y tomándole la mano.

— No ha sido nada, — dijo el militar, que se habia descubierto respetuosamente. — No ha sido nada; pasaba hace un momento por la calle, y cinco hombres soeces que le encontraron quisieron que cantara no sé qué cosa, y el señor, que no estaba para cantos, se negó.

La jóven miró al militar con espresion de estupor. Parecia no comprender nada de lo que este habia dicho.

— Eran unos borrachos que quisieron hacerle daño; pero pasé yo felizmente... No se asuste Vd.; no tiene nada.

Elías pareció un poco repuesto; apartó con despego á la jóven, y su semblante principió á serenarse.

— ¿Y qué hombres eran esos? — preguntó la jóven al militar.

— Desalmados y holgazanes que se ocupan en alborotar.

— ¡Ay! qué miedo he tenido esta noche, — dijo la jóven. — Esperándole toda la noche y sin parecer. Luego esos alborotos en la calle... A media noche pasaron por ahí unos hombres gritando. Pascuala y yo nos escondimos allí dentro, y nos sentámos en un rincon temblando de miedo. ¡Cómo gritaban! Despues sentímos muchos golpes... decian que iban á matar á uno. Nosotras nos pusimos á llorar. Pascuala se desmayó; pero yo procuré animarme, y juntas empezamos á rezar de rodillas delante de la Vírgen que está allí dentro. Despues se fué alejando el ruido; sentímos unos quejidos en la calle. ¡Ay! no lo quiero recordar. Todavía no se me ha quitado el susto.

El militar oyó con interes estas palabras; pero sin dejar de oirlas dirigió su atencion á reconocer el sitio en que se hallaba, y á examinar el aspecto de la amable persona que en él vivia.

La casa era modesta; pero la sencillez y el aseo revelaban en ella un bienestar pacífico.

La jóven llamó su atencion mas que la casa. Clara (se llamaba Clara) representaba mas de diez y ocho años, y menos de veinte y dos. Sin embargo, estamos seguros de que no tenia mas que diez y siete. Su estatura era mas bien alta que baja, y su talle, su busto, su cuerpo todo tenian las formas gallardas y las bellas proporciones que han sido siempre patrimonio de las hijas de las dos Castillas. El color de su rostro, propiamente castellano tambien, era muy pálido, no con esa palidez intensa y calenturienta de las andaluzas, sino con la marmórea y fresca blancura de las hijas de Alcalá, Segovia y Madrid. En los ojos negros y grandes habia puesto todos sus signos de espresion la tristeza. Su nariz era delgada y correcta, aunque demasiado pequeña; su frente pequeña tambien, pero de un corte muy bello; su boca muy hermosa, y embellecida mas por la graciosa forma de la barba y la garganta, cuya voluptuosidad y redondez contribuia á hacer de su semblante uno de los mas encantadores palmos de cara que se habian ofrecido á las miradas del militar des-

conocido, el cual (digámoslo de paso) era hombre corrido en asuntos femeninos.

El peinado de Clara podia rigorosamente ser tachado de provinciano, porque se alzaba en un moño de tres tramos sobre la corona. Este modo de peinarse era ya desusado en la corte; pero la belleza suele generalmente triunfar de la moda, y Clara estaba muy bien con su trenza piramidal. El traje era de los que usaba entónces la clase no acomodada, pero tampoco pobre, es decir, un guardapiés de tela clara con pintas de flores, mangas estre — chas hasta el puño, talle un poco alto y el corte del cuello cuadrado y adornado de múltiples encajes.

La investigacion del militar duró mucho ménos de lo que hemos empleado en describir la figura. Durante algunos segundos estuvieron los tres personajes inmóviles el uno frente al otro sin decir palabra, hasta que el viejo, como continuando una peroracion interior, esclamó con un repentino acceso de ira, y lanzando de sus ojos, rápidamente iluminados, una mirada feroz.

— ¡Infames, perros! Quisiera tener en mi mano un arma terrible, que en un momento acabara con todos esos miserables. ¡Ah! Pero ellos no tienen la culpa. Tienen la culpa los otros, los sabios, los declamadores, los que les educan, esos malvados charlatanes, que profanan el don de la palabra, en los infames conciliábulos de las Cortes. Tienen la culpa los revolucionarios, rebeldes á su rey, blasfemos de su Dios, escarnio del linaje humano. ¡Oh! Dios de justicia! ¿No veré yo el dia de la venganza?

El militar estaba atónito y algo corrido. Parecíale que aquello era una réplica indirecta á su espresiva disertacion del camino; y aunque se le ocurrió contestarla, vió en el rostro de Elías una espresion de contumacia y ferocidad que le intimidó. Su atencion estaba en parte reconcentrada en la compañera del realista. Clara miraba al viejo con la indiferencia propia de la costumbre, y al mismo tiempo miraba á su protector como si se avergonzara de la estrañeza que le causaban las palabras del viejo.

El militar, poco cuidadoso al fin de las imprecaciones del realista, comenzó á sentir interes hácia aquella pobrecilla,

que sin saber por qué le inspiró mucha lástima desde el principio.

Pero llegó un momento en que el jóven sintió su situacion embarazosa. Elías continuaba en voz baja su soliloquio sin cuidarse de él. Era preciso marcharse; y eso de marcharse sin satisfacer un poco la curiosidad y hablar otro poco con la jóven, no le gustaba. Miró á Elías con insistencia y se acercó á él; pero este no daba muestras de fijar en él la atencion, ni tenia gratitud, ni afecto, ni cortesía, ni era al parecer, cortado por el comun patron de los demas hombres. Al fin, viéndole tan abstraido, resolvió tomar pretesto de la proteccion que le habia dispensado para hacer hablar á la muchacha.

— No tema Vd. nada — le dijo en voz baja y apartándose hácia la ventana. — No ha recibido golpe ninguno. Está aterrado por la sorpresa y la ira; pero se calmará.

— Sí: se calmará..... un poco.

— Y se pondrá contento.

— Contento, no.

— Cuidado por Vd. no estará triste.

Esto que podia pasar por una galantería, no hizo efecto ninguno en Clara. Volvióse para mirar á Elías que continuaba en la misma postura, gesticulando á solas. De tiempo en tiempo proferia sus adjetivos predilectos: ¡Malvados, perros!

El militar arriesgó entónces la pregunta y bajando mas la voz, y apartándose hasta llegar al hueco de la ventana, dijo:

— Tal vez será indiscrecion la pregunta que voy á hacerle á Vd.; pero me disculpa el gran interes que por ese caballero me he tomado, y el deseo de servirle bien en lo que pueda. ¿Este señor está en su cabal juicio?

Clara miró al militar con espresion de gran asombro, y como si la pregunta fuera una revelacion, contestó:

— ¿Loco?.... Y despues de una pausa añadió encogiéndose de hombros: — no sé.

La curiosidad del militar creció.

— No lo tome Vd. á agravio: pero su conducta, sus palabras en aquella pendencia, lo sombrío de su aspecto, lo que ahora acaba de decir me hace creer que padece una enagenacion.

Clara miraba al jóven con una espresion que tenia algo de afirmativa.

— Yo no sé — dijo al fin. — El pobrecito padece mucho. Yo tambien padezco de verle. No está nunca alegre: á veces creo que se me va á morir en un arrebato de ira. Pasa las noches leyendo libros, escribiendo cartas, y á veces habla consigo mismo como ahora. A Pascuala y á mí nos da mucho miedo: lo sentimos levantarse y pasear precipitadamente dando vueltas en este cuarto. De dia sale temprano, y está fuera toda la noche.

El militar sintió aumentarse la compasion que Clara le inspiró desde el principio; porque le parecia que aquella infeliz era una mártir, que sufria resignada los atropellos de un loco.

— Pero Vd., — dijo con el mayor interes — ¿no es víctima de sus bruscos ademanes? ¿No la maltrata á Vd.? Entónces seria cosa de declararle rematado.

— ¿A mí? no — dijo Clara: — no me ha maltratado nunca.

Parecerá estraño que Clara sin conocer al militar le hiciera declaraciones que parecen de íntima confianza; pero esto que en circunstancias ordinarias seria raro, en este caso no lo era. Clara habia vivido siempre en compañía de aquel viejo: era huérfana, no tenia parientes ni amigas, no salia nunca, no se comunicaba con nadie, se consumia en el desierto de aquella casa, sin otra cosa que algunos recuerdos y algunas esperanzas, que luego conoceremos. Su carácter era estremadamente sencillo: un incidente imprevisto le ponia delante á un hombre cortes y generoso que para satisfacer su curiosidad empleaba hábiles recursos de conversacion, y ella le dijo lo que queria saber; se lo dijo obedeciendo á una poderosa necesidad de desahogo, hija de su aislamiento y melancolía.

El curioso no se atrevia á continuar investigando: ya iba á despedirse mal de su grado, cuando Clara advirtió que tenia una mano ensangrentada, y esclamó sobrecogida:

— ¡Está Vd. herido!

— No es nada: un rasguño.

— Pero sale mucha sangre. ¡Jesus! tiene Vd. la mano destrozada.

— ¡Oh! no es nada... Con un poco de agua.....

— Voy al momento.

Clara se marchó muy aprisa y volvió á poco rato, entrando

en la habitacion inmediata: traia una jofaina, que puso sobre una mesa, y llamó al militar, que no tardó en acercarse.

— ¿Y tiene familia? — dijo este tocando el agua con la mano para ver si estaba muy fria.

— ¿Familia? — contestó Clara con su naturalidad acostumbrada. — No: me queria mucho. Yo deseo tanto que se le quiten de la cabeza esas manías..... Antes era muy bueno para mí, y estaba muy alegre..... Yo era muy niña entónces.

— Antes era muy bueno. ¿Y ahora no lo es?

— Sí; pero ahora..... Como tiene tantas cosas en que pensar.....

— ¿Y desde cuándo ha variado?

— Hace mucho tiempo, cuando hubo muchos alborotos, y dijeron que iban á matar á... ¿al rey?... no sé á quien. Pero ántes de eso, ya estaba casi siempre alterado. Cuando yo era muy niña, no... Entónces salíamos los domingos á paseo, y me llevaba á Chamartin y comíamos en el campo con Pascuala.

— ¿Y ahora no sale Vd. nunca de aquí?

— ¡Nunca! — dijo Clara, como si aquella soledad en que vivia, fuera la cosa mas natural del mundo.

El militar se interesaba cada vez mas por la persona que tan repentinamente habia conocido. Cada vez comprendia mas que aquella infeliz era víctima de las brutalidades del fanático. Desde el sitio en que se hallaba, veia al viejo sentado en un sillon y entregado á su mudo frenesí. Mirando despues á Clara, cuya gracia sencilla y melancólica franqueza formaban contraste con el terrible realista, se aumentó su confusion, su curiosidad y sus temores.

— ¿Y Vd. no sale para distraerse, para ver y reponerse de estar aquí, encerrada tanto tiempo? — le dijo, casi conmovido.

— ¿Yo?.... ¿para qué salgo? Me pongo triste cuando salgo. No veo la calle sino cuando voy á las Góngoras los domingos muy temprano; pero al verme fuera, me parece que estoy mas sola que aquí.

— ¿Y él no tiene empeño en que Vd. se divierta, en que pase agradablemente la vida? — dijo el militar casi asustado de su curiosidad, y mirando de soslayo á Elías para ver si atendia á su conversacion.

—¿El? Pero yo no quiero divertirme..... porque..... ¿qué voy yo á hacer fuera de aquí? El dice que debo estar siempre en la casa.

— ¿Pero Vd. no trata á nadie, no ve á nadie?

— A Pascuala, que me quiere mucho.

Ya el militar tenia ganas de saber quien era aquella Pascuala.

— ¿Y esa Pascuala es amiga de Vd.?

— Es la criada.

— Ya... ¿Y no tiene Vd. mas amigas? A la edad de Vd. es natural y conveniente la amistad de las jóvenes; y sobre todo, no se puede vivir de esa manera. Es preciso.....

— Yo estoy bien así. El dice que no debo conocer á nadie.

— ¿Y la obliga á Vd. á llevar esta vida tan triste?

— No me obliga. Vd. si quisiera, podria salir. El no está nunca aquí. Pero yo..... Dios me libre..... ¿A dónde habia de ir?

El militar no sabia qué pensar. ¿Qué relaciones existian entre aquel monomaniaco y aquella jóven? ¿Seria su padre, su marido?... No; decia para sí. — Es repugnante sospechar que puedan existir los vínculos del matrimonio entre los dos.

— No estrañe Vd. mis preguntas — dijo continuando con ansiedad; pero me interesan mucho Vds. dos. — ¿Y á él nadie le visita, nadie viene á verle?

— Conoce mucho á unas señoras, que llaman las señoras de Porreño. Son nobles y fueron muy ricas.

— ¿Y vienen aquí?

— Muy pocas veces. El las quiere mucho.

— Y esas, que presumo serán personas de buenos sentimientos, ¿no le tienen á Vd. cariño, no la aman?

— ¿A mí? Una vez me dijeron que yo parecia ser una buena muchacha.

— ¿Y nada mas? ¿No le han dicho mas?

— ¡Ah! son muy buenas. El dice que son muy buenas. Una de ellas dicen que es santa.

Estas declaraciones eran hechas por Clara con una ingenuidad tan espontánea que conmovia al que pudiera oirlas. Para que el lector, que aun no conoce la infinita bondad de este carácter, no estrañe la franqueza leal y la sublime

indiscrecion de la pobre Clara, añadiremos que durante años enteros, esta desgraciada no veia mas personas que D. Elías, Pascuala, y á veces, muy de tarde en tarde, las tres melancólicas efigies de las señoras de Porreño. Su vida era un silencio prolongado y un bastío lento. Tan solo pudieron reanimarla y darle alguna felicidad los cuarenta dias que, seis meses ántes de estos sucesos, habia pasado en Ateca, pueblo de Aragon, á donde Elías la mandó para que disfrutara del campo. Mas adelante veremos por qué tomó Elías esta determinacion, y lo que resultó del viaje de Clara.

— Pero es posible, — continuó el militar, olvidado de que Elías estaba cerca; — es posible que pase Vd. la vida de esta manera, sin mas compañía que la de ese hombre? ¿Y no ha salido Vd. nunca de aquí, no ha ido al campo?

— Sí, estuve unos dias fuera, hace seis meses.

— ¿En donde?

— En Ateca. El me mandó. Me puse mala y fuí allá á restablecerme. Estuve en su pueblo.

— Ya... — dijo el militar contento de haber encontrado un motivo, aunque pequeño, para suponer que aquel hombre no era enteramente feroz.

— ¿Y lo pasó Vd. bien?

— ¡Ah! sí: me alegré mucho de estar allí.

— ¿Y no quiere Vd. volver?

— ¡Oh! sí, — esclamó Clara sin poder contener una esclamacion espansiva.

— Usted no debe estar aquí, Vd. tiene el corazon mas bondadoso que puede existir. ¿Para qué, sino para la sociedad puede haber creado Dios un conjunto de gracias y méritos semejantes? ¡A cuántos podria Vd. hacer felices! ¿No ha pensado en esto? Piense Vd. en esto.

Clara no pareció hacer caso de la galantería. Quedó en silencio y con los ojos bajos, tal vez ocupada en *pensar en aquello*, como el jóven le aconsejó. ¿Quién sabe cuáles serian sus reflexiones en aquellos momentos?

El curioso esperaba una contestacion, cuando Elías, mirando hácia la habitacion en que hablaban, esclamó:

— Clara, Clara!

El militar se dirigió rápidamente hácia él, y, disimulando su turbacion, le dijo:

— Caballero: no he querido marcharme hasta estar seguro de su mejoría. Aquí le contaba á esta niña el caso, y le hacia una relacion de la imprudencia de aquellos hombres. Ya le veo á Vd. tranquilo y fuerte, y me retiro, diciéndole que puede disponer de mí para cuanto yo pueda serle útil.

— Gracias, — contestó secamente Elías. — Clara: acompaña á ese caballero.

Era preciso retirarse: ya no habia pretesto alguno para permanecer allí. Su mano estaba perfectamente vendada, y su protegido le habia indicado la puerta. El impresionable jóven no sabia qué hacer para no salir. Miró á Clara para ver si leia en sus ojos el deseo de que no se marchara; pero ella manifestaba la mayor indiferencia, y hasta se habia adelantado á abrir la puerta.

No habia mas remedio. El militar tendió una mano al realista, que alargó dos dedos frios y huesosos, y salió de la sala: al llegar á la puerta, quiso entablar de nuevo la conversacion; pero la reverencia que le hizo la jóven, acabó de desesperarle. Salió, y se paró fuera otra vez.

— No olvide Vd. lo que le he dicho. Vd. no puede vivir de esta manera — dijo bajando el primer escalon. — Es preciso que Vd...

— ¡Clara, Clara! — esclamó el fanático desde dentro con voz fuerte.

Clara cerró la puerta y el militar se quedó cortado y aturdido en la escalera. Su primer intento fué llamar otra vez, llamar hasta que ella saliera; pero reflexionó en lo imprudente de semejante conducta. Bajó con lentitud. — ¿Qué misterio hay en esta casa? decia para sí. — Al hallarse en la calle, sintió mas viva su curiosidad, y la compasion hácia la jóven era mas intensa. — ¿Es su hija, es su mujer, es su sobrina, es su protegida? esclamó. ¡Oh! No es posible renunciar á saber los secretos de esta casa. ¿Cómo renunciar á oirlos de la boca de Clara, que los confiaba con tanta ingenuidad?

Anduvo un buen trecho por la calle y se paró, miró á la casa. — Ella misma no me recibirá, dijo; esto ha sido una casualidad. Y si vuelvo, ¿con qué pretesto?... ¡Cuánto debe

padecer esa infeliz! tiene cara de sufrir mucho... en compañía de esa fiera, sin ver á nadie, ni hablar con nadie...

Maquinalmente se dirigió otra vez á la casa, y continuado su soliloquio, decia: — Tal vez la riña por haber hablado conmigo; tal vez aparentando distraccion, oyó cuanto me dijo, se habrá ofendido y la maltratará.

Entró, subió, procurando no ser sentido. Llegó á la puerta y se detuvo. Su mano tomó maquinalmente el cordon de la campanilla. Si hubiera sentido el menor rumor de disputa; si hubiera sentido la voz agria del viejo, hubiera llamado con todas sus fuerzas. Pero nada sintió; aplicó el oido. Un silencio sepulcral reinaba en la casa. De repente sintió una voz de mujer que cantaba; sintió pasar una persona rápidamente por el pasillo en que estaba la puerta; sintió el ruido del traje, rozando con las paredes al correr, y sintió la voz, la voz que al pasar tan cerca resonó con timbre delicado y espresivo. Era Clara que cantaba y corria. ¿Era acaso feliz? Nuevo misterio.

El curioso se sintió mas confundido; soltó el cordon, y paso á paso, y muy quedito, bajó mirando á todos lados con cautela como un ladron. Salió á la calle, marchó resuelto á alejarse; llegó á la esquina, se paró, miró á la casa; y al fin, tomando una resolucion, tomó su camino en direccion á su casa, donde le dejaremos por ahora preocupado y aturdido para volver á ocuparnos de los amigos de la calle de Válgame Dios, cuya vida y caracteres necesitan historia y esplicacion.

CAPITULO IV.

COLETILLA.

El hombre estraño, que conocemos con el nombre de Elías, nació allá en el año de 1762 en el pueblo de Ateca, lugar aragones, que se encuentra como vamos de Sigüenza á Calatayud. Fueron sus felices padres Estéban Orejon y Valdemorillo y Nicolasa Paredes; él, labrador honrado; ella, hija

única del vinculero mas rico del vecino pueblo de Cariñena. A los nueve meses justos de matrimonio nació un tierno vástago que, por las circunstancias que á la preñez y al parto acompañaron, á grandes empresas y notables prodigios estaba destinado. Es el caso que Doña Nicolasa tuvo allá por el quinto mes un sueño estraordinario, en el cual vió que el fruto de su vientre, ya crecido y entrado en años, era arrebatado al cielo en un carro de fuego; mas tarde la buena señora daba en soñar todas las noches que su hijo era consejero del despacho, padre provincial, veinticuatro, racionero, dean, y hasta obispo, rey, emperante, ó cuando ménos papa ó archi-papa.

Llegó al fin el alumbramiento, y encomendándose á Dios y á cierto comadron que habia en Ateca, hombre de gran ingenio, dió á luz un niño, el cual no entró en el mundo con señales de elegido entre los elegidos, sino tan flaco, enteco y encanijado, que no parecia sino que su madre, distraida en aquel perpetuo soñar de coronas y tiaras, habia apartado un organismo de la nutricion del muchachejo.

Pero aunque este nació como cualquier hijo del hombre, no por eso dejaron de verificarse al esterior algunos prodigios. Observóse en el cielo de Ateca la conjuncion nunca vista de las siete cabrillas con Mereurio; la luna apareció en figura de un anillo, y al fin salió por el horizonte un cometa que se paseó por la bóveda del cielo como Pedro por su casa. El boticario del pueblo, que se daba á observar los astros, entendia algo de judiciaria y tenia sus pélos de nigromante, vió todas aquellas cosas celestiales aparecidas en el cielo de Ateca, y dijo con gran solemnidad que eran señales de que aquel niño seria pasmo y gloria del universo mundo. La conjuncion significaba que dos naciones se unirian contra él; el cometa que él los venceria á todos, y el anillo de la luna á cualquiera se le alcanzaba que era signo de la inmortalidad.

— Porque, — decia D. Pablo (que así se llamaba el boticario), — porque á mí no se me escapa nada en esto de círculos celestiales; y cosa que yo barrunto, ello ha de ser verdad, como esto es chocolate.

Efectivamente, chocolate, y del mejor de Torroba, era el

que durante los solemnes augurios tomaba, merced á la gratitud generosa de los Orejones.

En el bautismo hubo un holgorio que déjelo Vd. estar. Hubo en gran abundancia vino aragones, grandes ensaimadas, bollos de á cuarta, hogazas de á media vara, gran pierna de carnero, pimientos riojanos y unos bizcochos como el puño, fabricados por las monjas del Cármen Descalzo de Daroca. El mas obsequiado era D. Pablo á causa de sus augurios, que él consideraba dignos de grabarse en bronces y pintarse en tablas. Entusiasmado por la generosidad con que pagaban sus trabajos astronómicos, compuso una décima en que llamaba á los Orejones *protectores de la ciencia.*

El niño crecia. Inútil es decir que durante su infancia parecian adquirir fundamento las esperanzas de sus padres. ¡Qué precocidad! Todo lo que el niño hacia era prodigioso; nunca visto ni oido. Abria la boca para articular una sílaba, ya habia dicho una sentencia. ¿Pedia la teta? Aquello era, segun la opinion del astrólogo, un incomprensible aforismo.

Pasaban dos, cuatro y seis años, y con la edad crecia la fama del jóven Orejoncito.

— ¿Sabe Vd. lo que he visto, señora Nicolasa? — decia el farmacéutico un dia con cierto tono de misterio que asustó á la buena mujer.

— ¿Qué hay, Sr. D. Pablo Bragas?

— Que Elisico estaba ayer jugando con unas gallinas, y les pegaba á los pollos con una caña, que á ser manejada por mas fuertes manos, no les dejara con vida. «Muchacho, le dije, ¿por qué castigas á esos animalejos?» — «Porque son pollos, contestó, y los quiero matar.» — «¿Y qué te han hecho, verduguillo?» — «Les estoy mandando que digan *pio*, y no quieren.« Vea Vd., señora Doña Nicolasa, vea Vd. Esto está fuera de lo comun por la sentencia y el gran tuétano que encierra. *Quia pulli sunt.* Lo mismo dijo el Dialéctico cuando zurraba á los jansenistas: *¡Quia hæretici sunt!*

Doña Nicolasa Paredes, dicho sea en honor de la verdad, no comprendia muy bien el *tuétano* que encerraban las palabras de su hijo; pero agradecida á las cariñosas profecías de D. Pablo Bragas, tendió un mantel y puso delante del amigo una taza de sopas en caldo gordo, que darian rabia á un teatino.

Elías creció mas, y siguiendo la discreta opinion de un lector del convento de dominicos de Tarazona, que fué á predicar á Ateca el dia de la patrona del pueblo, le mandaron á estudiar humanidades con los padres de dicho convento. Ya tenia doce años; allí creció su reputacion, y á poco fué tan gran latino, que ni Polibio, ni Eusebio, ni Casiodoro se le igualaran.

Tenia quince años cuando se celebró un consejo de familia para resolver si se le mandaba al seminario de Tudela ó á la universidad de Alcalá; pero al fin fueron tantas y de tanto peso las razones de D. Pablo Bragas en favor de la Cumplutense, que se adoptó su dictámen. El prodigio de la naturaleza fué puesto sobre un macho en compañía de unas alforjas, que encerraban algunas tortas y dos azumbres de vino; y despues de algunos lloriqueos de Doña Nicolasa y de algunos dísticos que ensartó el de los astros, Elías partió en direccion de la patria del inmortal Cervantes, adonde llegó en cuatro dias de viaje.

Entónces Doña Nicolasa tuvo una hija. Ningun trastorno sufrió la naturaleza en su nacimiento.

Elías estudió en Alcalá cánones y teología. Durante sus estudios, en que mostró grande aplicacion, los maestros no cesaron de poner en las mismas nubes al que tanto honraba la ilustre estirpe de los Orejones. Unos esperaban en él un Luis Vives, otro un Escobar, cuál un Sanchez, cuál un Vazquez ó un Arias Montano. Y efectivamente, el jóven era aplicado. Pasábase las noches en vela devorando á Eusebio, á Cavalario y á Grotius. Atarugábase con enormes raciones diarias del libro *De locis teologicis*, y cuando iba á clase descollaba entre todos. Entónces principiaron á marcarse los rasgos fundamentales de su carácter, el cual consistia en un orgullo muy grande, unido á una gran sequedad de trato y á una rigidez de maneras, por lo cual sus compañeros no le tenian ningun cariño.

Pero su reputacion de sabio era general. Fué á su pueblo, y al entrar en él, lo primero que vió fué la venerable efigie de D. Pablo Bragas, que le saludó con un pomposo arqueo de cintura. Junto á él estaban el alcalde, el cura y lo mas notable de Ateca, incluso el herrador. Bragas sacó un papel del bolsillo y leyó un discurso, mitad en latin y mitad en castellano, que aplaudieron todos, ménos el obsequiado. En

la casa le esperaban la señora Nicolasa, que se estaba poniendo vieja, y Orejon *senior*, que se conservaba muy fuerte. Su pequeña hermana era ya una muchacha; pero la pobre mas fama tenia de traviesa que de sábia. Hubo una pequeña fiestecilla de confianza con abundancia de bollos, de los cuales la mitad (sea dicho en honor de la imparcialidad) fueron consumidos por D. Pablo Bragas.

En el pueblo continuó Elías consagrado al estudio. Su sequedad aumentó, y se determinó mas su orgullo; pero los padres no notaban tal cosa, y estaban amartelados con el jóven. Si alguna vez les ofendia momentáneamente la rigidez de su trato, contentábanse luego con oir de boca de Bragas un panegírico, cuyo epílogo era siempre un tazon de chocolate ó una magra de gran calibre.

Elías tenia treinta años cuando marchó á la corte. No sabemos si él, al tomar esta determinacion, soñó con adquirir la gloria que los astros por boca de un sabio habian anunciado. El, sin duda, tenia dispuesto algun plan. Al llegar á Madrid trabó relaciones muy íntimas con los padres del convento de Trinitarios, que eran sabios como unos templos. Hizo asimismo estrechas amistades con un señor de la nobleza perteneciente á la casa ilustre de los Porreños y Venegas, marqueses de la Jarandilla; y tomó tal aficion á esta familia, que la sirvió fielmente en la prosperidad, y fué su mayordomo, aun despues de la ruina de la casa, acontecida despues de la guerra. Al estallar esta en 1808, Elías dejó sus costumbres sedentarias, sus Pandectas, su Digesto y sus Decretales para militar en las filas de Echevarri y el Empecinado; hizo con el primero toda la campaña de Navarra, y organizó una porcion de somatenes en Castilla al pasar Napoleon de vuelta de Madrid.

Concluida la guerra, pasó por su pueblo; su padre habia muerto; su hermana era ya mujer, y se habia casado con un pariente labrador; su madre estaba tullida y enferma. Bragas habia perdido su buen humor y su aficion á los astros; pero no su amor á Elisico, ni el convencimiento profundo de que *dos naciones se unirian contra él, y que él las venceria á las dos.*

En Ateca supo el incremento que tomaba el partido constitucional y el entusiasmo con que en toda la Peninsula era

mirada la Asamblea de Cádiz. Advirtamos que Elías detestaba de muerte á los constitucionales. Aquel hombre, que desde que tuvo uso de razon no vivió sino con la inteligencia, ni en su juventud esperimentó los naturales sentimientos de amistad y afecto, estaba á los cuarenta años enardecido con una fuerte y violentísima pasion. Esta pasion era el amor al despotismo, el odio á toda tolerancia, á toda libertad: era un realista furibundo, atroz; y su fanatismo llegaba hasta hacerle capaz de la mayor abnegacion, del sacrificio, del martirio. Su carácter era apasionado por naturaleza, aunque los asiduos estudios le habian comprimido y desfigurado. Pero al llegar á aquella época, en que era imposible á todo español apartar la vista del gran problema que se trataba de resolver, la escondida vehemencia de sentimientos de Elías se manifestó, y no en forma de amor, ni de avaricia, ni de ambicion; se manifestó en forma de pasion política, de adhesion frenética á un sistema y odio profundo al contrario.

Como consecuencia de esta evolucion de su carácter se desarrollaron en él una fuerza de carácter y una energía tales, que le hubieran llevado á los mas grandes hechos, á tener ocasion para ello. Su inteligencia, que era muy perspicaz y cultivada del modo que hemos dicho, prestaba mas fuerza á aquel sentimiento exagerado; y el consorcio estraño de sus facultades intelectuales con su gran pasion, unido á su trato indomable, hacia de él uno de esos seres monstruosos, que la observacion superficial califica ligeramente de este modo: «un loco.»

Hundido el sistema constitucional en 1814, Elías fué feliz, pero no por eso vivió tranquilo, porque comenzó á tomar parte en la vida activa de la política, que es en todas ocasiones una vida poco agradable. Trabó amistad con el duque de Alagon, individuo de la odiosa camarilla; entraba en los conciliábulos de palacio, y *se honró* con la amistad de aquel príncipe, que deshonró á su patria. Entónces tomaba parte en los sordos manejos de aquella corte infame.

Pero vino el año 20, y nuestro personaje entró en el período de rabia crónica, de desórden moral y frenética tenacidad en que le hemos conocido. Ya sabemos poco mas ó ménos

como vivia; su actividad habia redoblado y conspiraba con una constancia de que no se ha visto ejemplo. En relaciones secretas con la corte procuraba organizar una reaccion, y todos los medios se adoptaban si conducian al fin deseado. Iba á los clubs, atizaba alborotos, frecuentaba las reuniones de realistas y aun de los liberales. Todo lo averiguaba y lo aprovechaba todo. Pero ya sonaban públicamente algunas acusaciones contra él; ya se decia que habia pertenecido á la camarilla; ya se le indicaba como conspirador, y mas de una vez se vió amenazado por gentes que pretendian conocerle ó le conocian en efecto.

Todos los que le conocian de vista en los círculos patrióticos le llamaban *Coletilla*, apodo elaborado en la barbería de Calleja, algunos dias despues del famoso aditamento que puso el rey al discurso de la corona. Aquel apéndice literario, que tan mal efecto produjo, era designado en el pueblo con la palabra *coletilla*. La idea de que Elias era amigo del rey, unió en la mente del pueblo la persona del fanático y aquella palabra: los nombres que el pueblo graba en la frente de un individuo con su sello de fuego, no se borran nunca. Así es que Elías se llamaba así para todo el mundo: sus pocos amigos únicamente se cuidaban bien de nombrarle así.

Concluiremos consagrando un recuerdo á uno de los principales héroes de este capítulo. Nuestro amigo D. Pablo Bragas murió en Ateca á los noventa y un años de edad de unas calenturas gástricas, debidas al doble efecto de un hartazgo de salpicon y de un constipado que cogió examinando la conjuncion de Arcturus con Marte en una noche de Enero.

Desde entónces la astronomía está en Ateca en una lastimosa decadencia.

CAPITULO V.

LA COMPAÑERA DE COLETILLA.

En Diciembre de 1808 militaba Elías, como hemos dicho, en una partida que habia levantado en Segovia el Empecinado. Tuvieron varios encuentros con los franceses, hasta

que Soult, que salió en persecucion de Moore, encontró á los guerrilleros y les hizo retroceder hácia Valladolid; de allí siguieron avanzando hacia el Norte y llegaron hasta Astorga. Elías se quedó en Sahagun con unos cuantos hombres, dispuestos á organizar allí una partida considerable que hostilizara á Ney en su salida de Galicia.

En Sahagun habia un coronel segoviano que, habiéndose casado allí, vivia retirado del servicio militar. Era hombre de elevado carácter, de mucho corazon y de bien cultivada inteligencia; habia sido muy rico, pero deparóle el cielo ó el infierno una esposa, que ni de encargo hubiera salido tan díscola, intratable y antojadiza. El pobre militar hacia cuanto era imaginable para dominar el carácter de aquel basilisco, en quien parecian haberse reunido todas las malas cualidades que la naturaleza suele emplear en la elaboracion de las mujeres. Empezó por hacerse escesivamente devota, y era tal su mojigatería, que abandonaba á su marido y su casa para pasarse todo el santo dia entre monjas, padres graves, cofrades, penitentes, sin ocuparse mas que de rosarios, escapularios, letanías, horas, antífonas y cabildeos. Vivia entre el confesonario, el locutorio, la celda y la sacristía, hecha un santo de palo, con el cuello torcido, la mirada en el suelo, avinagrado el gesto, y la voz siempre clueca y comprimida.

En los pocos momentos que pasaba en su casa era intratable. En todo cuanto decia su pobre marido encontraba ella pensamientos pecaminosos, todas sus acciones eran mundanas, le quemaba los libros, le sacaba el dinero para obras pias, le llenaba la casa de padres misioneros, teatinos y premonstratenses; y en cuanto se hablaba de conciencia y de pecados, empezaba á mentar los de todo el mundo, sacando á la publicidad de una tertulia frailuna la vida y milagros del vecindario, para condenarla como escandalosa y corruptora de las buenas costumbres. En tocando á este punto le daban arrebatos de santa cólera, y entónces no se la podia aguantar.

Pero de repente la insoportable beata se volvió del reves; el fondo de su carácter era una volubilidad estremada. Cambiando repentinamente, adoptó un género de vida muy mundano; se salia de casa y se andaba por esos mundos dando zancajos con el pretesto de que tenia una fuerte afeccion

moral y necesitaba distraccion. Acompañábala algun militar jóven ó algun abate verde. Su marido, viendo que era imposible detenerla en casa, tuvo que consentir en aquella vida volandera, que si bien le costaba una parte de su fortuna, le libraba por algun tiempo de las impertinencias de aquel demonio.

La tercera metamórfosis de Doña Clara fué peor. Le dió por ponerse enferma, y entónces no habia malestar, ni dolencia, ni afeccion crónica, ni ataque agudo que no viniera á afligir su cuerpo. Agotó todos los ungüentos, específicos y tisanas; puso sobre un pié á todos los boticarios, curanderos, médicos y protomédicos, y visitó todos los baños minerales de España, desde Ledesma á Paracuellos, desde Lanjaron á Fitero. Lo único que parecia aliviarla era el circunstanciado relato de sus males que hacia á todos los teatinos, franciscanos, mínimos y premonstratenses, con quienes volvió á entablar místicas relaciones.

Chacon, su pobre esposo, cogia el cielo con las manos, y aun llegó á aplicarle el eficaz cauterio de unos cuantos palos que no produjeron otro efecto que recrudecer la feroz impertinencia de aquel enemigo.

Al mismo tiempo la fortuna del matrimonio tocaba á su término, y el desventurado marido temblaba al considerar qué seria en lo porvenir de su pobre hija, entónces de cinco años de edad. La devota, la enferma habia tenido, ántes de ser enferma y devota, una niña que se llamaba Clara, como ella, único fruto de aquel mal aventurado matrimonio.

Doña Clara se curó cuando lo tuvo por conveniente, y se entregó de nuevo á las cosas de la iglesia, tomándolo tan á pechos, que no habia dia en que no se mortificase con unos disciplinazos que se oian desde la calle. Estábase de rodillas y en cruz una hora seguida; y cuando empezaba á contar los éxtasis que... *le daban* y las visiones que... *tenia*, era el cuento de las cabras de Sancho. El esposo pedia á Dios que le librara de aquel infierno vivo. Doña Clara no amaba á su hija, ni á su esposo, y este que le habia amado mucho, concluyó por aborrecerla.

Al fin *la Chacona* (así la llamaban en el pueblo) dejó otra vez la vida devota, y de la noche á la mañana se marchó á Portugal á *tomar aires*. Felizmente, Dios la iluminó, y de

Portugal se fué al Brasil con unos misioneros. No se supo mas de ella. El pundonoroso y leal esposo respiró; estaba libre, pero pobre, enteramente pobre, sin otra cosa que un sueldo mezquino; tranquilo en cuanto á lo presente, pero inquieto siempre que pensaba en aquella niña infeliz, que iba á quedar en la miseria.

En la mitad de Diciembre de 1808 todo el pueblo de Sahagun salió al camino real lleno de curiosidad. El emperador Napoleon I pasaba por allí para dirigirse á Astorga en persecucion de los ingleses. Llegó al pueblo, descansó dos horas, y siguió su camino, seguido de una gran parte del ejército que ocupaba á España. Cuando los franceses, guiados por Napoleon, estuvieron léjos, Sahagun se atumultuó; tomaron las armas todos los jóvenes; y mandados por Elías y el cura de Carrion, se disponian á pelear con unos regimientos franceses, que al dia siguiente habian de pasar tambien por allí para unirse al cuerpo del ejército.

Aquella tarde Chacon abrazaba y besaba tiernamente á su hija, que al ver llorar á su padre, lloraba tambien sin saber por qué. El coronel tenia un proyecto, el único que podia darle alguna esperanza de asegurar en lo futuro el bienestar de Clara. Habia resuelto entrar en campaña, avanzar en su carrera y servir á la nacion en aquella crísis, seguro de que le pagaria sus servicios. Escribió al Empecinado pidiéndole órdenes, y este le contestó que se pusiera al frente de los 500 hombres de Sahagun, y procurase batir á los regimientos franceses que iban á unirse con Napoleon á Astorga. El bravo militar, aclamado jefe de la partida que Elías y el cura de Carrion organizaron, salió aquella noche, dejando á su hija en poder de dos antiguas criadas. Situáronse á un cuarto de legua del pueblo, y al amanecer del siguiente dia se vieron brillar á lo léjos las bayonetas de los franceses. La guerrilla les hostilizó con fuegos esparcidos; al principio, los franceses vacilaron con la sorpresa; mas repuestos un poco, atacaron á los nuestros. El combate fué encarnizado. Elías y Chacon se miraron con angustia. — ¡Son tres veces mas que nosotros! dijo Chacon, pero *no importa*: ¡adelante!

Retrocedieron hasta la entrada del pueblo; allí la lucha fué horrible. Desde las ventanas, desde las esquinas disparaban los paisanos contra el enemigo cuyas filas se diezma-

ban. El coronel mandaba á los suyos con un denuedo sin ejemplo. A la partida unióse al fin el resto del pueblo. Un esfuerzo mas, y los franceses eran vencidos. Este esfuerzo se hizo; costó muchas vidas, pero los franceses, no queriendo perder mas gente, emprendieron la retirada hácia Valencia de Don Juan.

El pueblo todo les siguió con Chacon á la cabeza; pero aun no habia andado este veinte pasos, cuando fué herido por una bala; dió un grito y cayó bañado en su sangre. Las mujeres le rodearon, lloraron todas al verle herido, él dijo algunas palabras, volvieron los suyos, y entre cuatro le llevaron á su casa. Antes de llegar á ella ya estaba muerto.

Reinaba en el pueblo la consternacion, porque habian perecido muchos hijos y muchos esposos; las madres y las esposas gritaban por las calles con amargos y dolorosos lamentos. Delante de la puerta de la casa de Chacon habia un grupo de mujeres silenciosas que contemplaban el cadáver del coronel, teñido en sangre, con la frente partida y destrozado el pecho. Algunos niños, en quienes podia mas la curiosidad que el miedo, se habian acercado hasta tocarle los dedos, las espuelas y el cinturon. Nadie hablaba en aquella escena; y solo la pobre Clarita, consternada al ver que todos la miraban llorando, comenzó á llamar con fuertes voces á su padre, cuya muerte no comprendia.

— ¿Qué niña es esta? — preguntó Elías.

— Es su hija, — contestó una mujer que la tenia abrazada.

— ¿Y no tiene madre?

— No señor.

— ¿Y qué vamos á hacer de ella? — dijo Elías mirando al cura de Carrion y á los demas cabecillas del tumulto.

Todos se encogieron de hombros y besaron á Clara.

— Nosotros nos quedaremos con ella, — dijeron las dos mujeres que habian servido al coronel cuando era rico.

— No, — dijo Elías, — yo la recojo. Me la llevaré conmigo, la educaré.

Las mujeres aquellas eran muy pobres. Gran cariño les inspiraba Clarita; pero al tenerla á su lado la condenaban á ser pobre, como ellas, para toda la vida. Consideraban á don Elías como persona de posicion y carácter, y no dudaron por lo tanto en dejarle la niña.

Permaneció, sin embargo, en Sahagun hasta 1812, época en que el realista dejó las armas y se retiró á Madrid. Entónces le acompañó Clara, que no pudo separarse de sus pobres amigas sin llorar mucho, ni pudo acostumbrarse tampoco á mirar cara á cara á su protector, porque le daba mucho miedo.

Grande fué su tristeza cuando al despertar en un hermoso dia de Mayo se encontró entre las oscuras paredes de la casa que conocemos en la calle de Válgame Dios; y esta tristeza aumentó cuando la llevaron al convento-colegio de ciertas hermanas del *Sagrado Corazon de Jesus*, que enseñaban á las niñas del barrio lo poquito que sabian. Tenia la escuela todo lo sombrío del convento, sin tener su claustro melancólico y su dulce paz. Dirigíanla unas cuantas viejas, entre quienes descollaba por su displicencia, fealdad y decrepitud una tal madre Angustias, que usaba una caña muy larga para castigar á las niñas, y unas antiparras verdes, que mas que para verlas mejor, le servian para que las pobrecillas no conocieran cuándo las miraba.

Las niñas se levantaban muy temprano, rezaban, almorzaban unas sopas de ajos, en que solia nadar tal cual garbanzo de la víspera, y despues pasaban al estudio, que era ejercicio de lectura, en el cual desempeñaba el principal papel la caña de Doña Angustias. Trazaban luego por espacio de dos horas sendos garabatos en un papel rayado; y despues de contestar de memoria á las preguntas de un catecismo, cosian tres horas largas, hasta que llegaba la del juego. El recreo tenia lugar en un patio oscuro y hediendo, cuya vegetacion consistia en un pobre clavel amarillento y tísico, que crecia en un puchero inservible, erigido en tiesto de flores. Las niñas jugaban un rato en aquella pocilga, hasta que la madre Angustias sonaba desde su cuarto una siniestra campanilla, que reunia en torno á su caña á los tristes ángeles del muladar.

Despues de comer, llevaba el rosario la madre Brígida por no poder hacerlo la madre Angustias á causa del asma que la afligia, entrecortándole la voz. Aquel rosario era interminable, porque detras de sus infinitos paternoster venian las letanías, llagas, misterios, jaculatorias, oraciones, gozos y endechas místicas. La noche las sorprendia en aquel devoto

ejercicio, y era muy comun que alguna de las chiquillas, rendida bajo el peso moral de aquel monótono y cansado rezo, bostezara tres veces y se durmiera al fin benditamente. Parapetada detras de sus antiparras, la madre Angustias observaba los bostezos y acariciaba su caña dictatorial sin decir palabra á la culpable, esperando á que se durmiera, y entónces, ¡ira de Dios! le sacudia un cañazo, seguido de una retahila de insinuaciones coléricas. Las otras niñas, que no esperaban mas que un motivo de distraccion y entretenimiento, al ver la triste figura que hacia su compañera al despertar bruscamente, soltaban la risa, se interrumpia el rezo, gruñia la madre Brígida, cacareaba la madre Angustias, y llovian los cañazos á diestra y siniestra.

Al anochecer continuaban las lecciones y el catecismo. La madre Angustias les decia:

—Ahora el ca... ca... catecismo. Madre Brí... Brí... Brígida; la que no lo sepa, al ca... ca... caramanchon.

Y se marchaba á acostar, porque padecia de ciertos ahoguillos, y tenia que ponerse todas las noches unos paños calientes en el estómago.

Clarita y otras niñas de la escuela creian á pié juntillas que la madre Angustias no tenia ojos, y que todas sus facultades ópticas residian en aquellos dos temibles vidrios verdes, engastados en una armazon rancia y enmohecida; y acontecia que para imitarla cortaban dos redondeles de papel verde del forro del catecismo, y se los pegaban con saliva en los ojos, con lo cual se morian de risa. Como no podian ver gota con aquellos parches, sorprendiólas un dia la madre Petronila, que era un vinagre, y despues de darles muchos coscorrones, las condenó á no comer ni jugar aquel dia. ¡Qué dia pasaron las pobres!

Otro dia se hallaban todas en el patio, y ocurriósele á un pajarito muy flaco meterse allí por el tejado y posarse, despues de chocar en los muros, en el entristecido clavel. ¡Qué algazara se armó! Aquel fué el mayor acontecimiento del año. Con pañuelos, con mantos, con cuanto hallaron á mano, le persiguieron hasta cogerle; atáronle un hilo en una de las patas, y Clara le guardó muy bien en un cajoncillo donde tenia la costura. A escondidas le echaban de comer por las noches, pero el animalito enflaquecia y se ponia mas triste

cada vez. Una noche, en el momento en que el rezo iba á principiar, Clara tenia abierto el costurero, y fingiendo arreglar dentro de él alguna cosa, se ocupaba en abrirle la boca al pajarito y meterle á la fuerza unas migajas de pan que habia guardado en el bolsillo, cuando de repente alzó el vuelo el animal, revoloteó por la habitacion con el hilo atado en la pata y fué á pararse, ¿dónde creereis? en la misma cabeza de Doña Angustias, que al verse profanada de aquel modo, tomó tal cólera, que el asma le ahogó la voz y estuvo gestionando en silencio diez minutos, roja como un tomate. Clara se quedó yerta de miedo.

—Cla... Cla... Cla... rita, —esclamó la madre Angustias ciega de furor. —¡Niña mal... mal criada! ¿Qué desaca... ca... cato es este? Esta noche al ca... ca... caramanchon.

Clara fué condenada aquella noche á dormir en el caramanchon, última pena, que solo se aplicaba muy de tarde en tarde á los mas negros y raros delitos. Doña Angustias continuó en su cacareo hasta que vió cumplida la terrible órden; y á la hora en que acostumbraban á recogerse, Clara fué llevada al presidio, que era un desvan oscuro, fétido y pavoroso. La pobrecilla no cabia en sí de miedo al verse sola en aquel tugurio, entre mil objetos cuya forma no podia apreciar, tendida en un miserable jergon y espuesta al aire colado que por una ventanilla entraba. En su desvelo, sintió las pisadas de los ratones que en aquellos climas vivian: pisadas que en sus oidos resonaban como si fueran producidas por los piés de un ejército de gigantes. Se encogió, se envolvió toda en sus manta, escondiendo los piés, las manos y la cabeza; pero las ratas corrian por encima, y saltaban, iban y venian con una algarabía espantosa. Tambien contribuyó á aumentar el pavor de la niña una disputa que en el tejado vecino se trabó entre dos gatos bullangueros, que lanzaban unos mayidos lúgubres y desentonados. La pobre no pudo dormir, y el dia la encontró hecha un ovillo, empapada en sudor frio y temblando de miedo.

Entre estos sucesos estraordinarios y la ordinaria tarea del estudio y la costura, aterrada siempre por la fascinacion terrible de los espejuelos de la madre Angustias, pasó Clara cuatro años, hasta que cumplidos los once, vino Elías por ella y se la llevó á su casa.

El realista no sabia al principio qué hacer de aquella niña; ocurrióle hacerla monja, pero impulsado por un repentino egoismo, resolvió conservarla á su lado: era solo; su casa necesitaba una mujer. ¿Quién mejor que Clara? Su inteligencia no estaba bien cultivada, que no sabia sino leer, escribir y hacer algunas cuentas; pero en cambio cosia muy bien y entendia de toda clase de labores.

La hija de la Chacona creció en casa de Coletilla, y fué mujer. Creció sin juegos, sin amables compañeras, sin alegrías, sin esas saludables y útiles espansiones que conducen felizmente de la niñez á la juventud. Elías no la trataba mal, pero tampoco era muy cariñoso con ella. Los domingos la solia llevar á la Florida ó á la Virgen del Puerto; una vez la llevó al teatro, y Clara creyó que era verdad lo que estaban representando. Los paseos dominicales cesaron cuando Elías tuvo ocupaciones y preocupaciones que le apartaban de su casa: entónces ella se limitó á oir misa muy de mañana en las monjas de Góngora, que estaban á dos pasos, y en esta espedicion le acompañaba una criada alcarreña llamada Pascuala, que Coletilla habia tomado á su servicio.

Este encierro perpetuo hubiera agriado y pervertido tal vez otro carácter ménos dulce y bondadoso que el de Clara, la cual llegó á creer que aquella vida era cosa muy natural, y que no debia aspirar á otra cosa; así es que vivia tranquila, melancólicamente feliz, y á veces alegre. Y sin embargo, semanas enteras pasaban sin que una persona estraña penetrara en la casa del fanático. Parecia que toda la sociedad queria huir de aquella jaula en que estaba encerrado su mayor enemigo.

Solo una escepcion existia en aquel aislamiento normal. Ya hemos dicho que D. Elías fué amigo y servidor de una antigua é ilustre casa. Despues de la ruina de los Porreños y Venegas solo quedaron tres individuos, tres dueñas venerables que conservaron relaciones amistosas con el realista. Muy de tarde en tarde iban á visitarle. Tenian un trato seco; eran intolerantes, rígidas, orgullosas. Nunca hablaban á Clara sino con palabras solemnes, que daban tristeza y abatian el ánimo. No podian prescindir de la etiqueta, ni aun delante de una pobre muchacha, y eran tan ceremoniosas y tiesas que Clara las llegó á tomar antipatía, porque siempre que iban á

la casa dejaban allí una sombra de tristeza, que duraba mucho tiempo en el alma de la huérfana.

En los últimos años Coletilla entraba, como hemos dicho, en el período álgido de sa frenesí político; la cólera era su estado normal, y era cosa imposible que en sus fanáticas obsesiones pudiera aquella alma irascible tener cariños y finezas para la pobre compañera que tanto las necesitaba. Por el contrario, mostrábase muy duro con ella; se estaba sin hablarle semanas enteras; otras veces la reprendia con acrimonia y sin motivo, la llamaba frívola y casquivana. Un dia al ver que la desventurada se habia peinado con menos sencillez que de ordinario, y se habia vestido, reformando un poco su natural elegancia con el poderoso instinto de la moda, que las mujeres mas apartadas del mundo poseen, la riñó repitiéndole muchas veces esta frase que le costó lágrimas á la infeliz: — Clara, te has echado á perder.

Generalmente no se cuidaba de ella; y al ver su abstraccion continua, la muchacha hubiera podido muy bien realizar impunemente todos sus antojos, si los hubiera tenido. Otras veces le daba al viejo por vigilarla, y le prohibia asomarse al balcon y abrir la puerta, es decir, la abandonaba ó la martirizaba, segun el estado de aquel espíritu perturbador y cruel.

Clara se puso mala; se iba agotando con lentitud como el clavel que crecia difícilmente en el patio de la escuela. Su melancolía creció, se puso descolorida y estenuada, y llegó á hacer temer graves peligros para su salud. Coletilla no pudo permanecer indiferente á su enfermedad, y trajo un médico, el cual espresó su dictámen muy brevemente, diciendo: Si usted no manda á esta chica al campo, se muere ántes de un mes.

El realista pensó que la muerte de aquella muchacha seria un contratiempo. Recordó que su hermana vivia en Ateca con su familia, y formó su plan. Escribió dos letras, y algunos dios despues Clara entraba en el pueblo con el corazon rebosando de alegría.

Una benéfica reaccion se verificó en su salud, y su espíritu, tanto tiempo abatido por el fastidio y el encierro, se reanimó con el pleno goce de la naturaleza y el trato de personas alegres que la atendian y la amaban. Aquellos dias fue-

ron una segunda vida para la desdichada mártir, porque se regeneró materialmente, adquiriendo lozanía, frescura y vigor: sus ojos, acostumbrados á la oscuridad de cuatro paredes, recorrian ya un largo horizonte; sus pasos la llevaban á grandes distancias; su voz era escuchada por amigas joviales y francas, por jóvenes sencillos, por viejos cariñosos; su alegría era comprendida y compartida por otros; sus inocentes deseos satisfechos, conocia la amistad, la vida familiar, la confianza, gozaba de un cielo hermoso, de un aire puro, de un bienestar sobrio y tranquilo, de felices y no monótonos dias, de sosegadas y apacibles noches.

Pero durante la permanencia de Clara en Ateca pasaron cosas que influyeron poderosamente en el resto de su vida. Vamos á referirlas, porque de ellas se derivan casi todos los sucesos de esta historia; y por tan importantes y graves, las dejamos para el capítulo siguiente, donde las verá el lector, si está decidido á no abandonarnos.

CAPITULO VI.

EL SOBRINO DE COLETILLA.

Marta, la hermana de Elías, habia quedado viuda con un hijo llamado Lázaro, que despues de estudiar humanidades en Tudela, pasó á la universidad de Zaragoza. Era este un mozo como de veintitres á veinticinco años, de agradable presencia, de ingenio muy precoz, de imaginacion viva, de palabra fácil y difusa, muy impresionable y vehemente, y con un recto y noble corazon.

Las nuevas ideas, que entónces conmovian profundamente el corazon de la juventud, habian hallado en el jóven Lázaro un creyente decidido, y era uno de los que, brotados en el tumulto de un aula de filosofía, militaban con pasion generosa en las filas de los propagadores políticos, entónces tan necesarios.

Sucedió que los estudiantes zaragozanos trabaron una pendencia con los socios de cierto club político: el asunto tomó

proporciones, intervino la autoridad universitaria, y Lázaro se vió obligado á salir de Zaragoza, perdiendo curso. Esto pasaba en los dias en que, destituido Riego del mando de capitan general de Aragon, hubo en aquella ciudad tumultos y manifestaciones, que el gobierno quiso reprimir. Lázaro, que estaba á punto de concluir la carrera, conoció la gravedad de su situacion y el disgusto que tendria su madre y su abuelo, á quien amaba mucho. Quiso reclamar, pero fué inútil, y tuvo que retirarse á su pueblo triste, avergonzado y lleno de dudas y temores.

Pero al entrar en su casa, agitado por la zozobra y los remordimientos, vió en compañía de su madre á una persona desconocida que, desde el primer momento, le produjo una secreta impresion de alegría, imponiéndole, sin saber por qué, consuelo y esperanza. Confesó lo que le pasaba, sin disminuir la gravedad del caso, por lo cual D. Fermin, su abuelo paterno, se puso serio y quiso enfadarse, y su madre lloró un poco. Pero la persona desconocida, que parecia estar allí para alegrar la casa, disipó la cólera del primero y secó las lágrimas de la segunda, miéntras Lázaro, con la cabeza baja y humedecidos los ojos, permanecia inmóvil delante de sus jueces y de su defensor sin decir palabra, aunque á la verdad no era preciso, porque la jóven le defendia muy bien sin desplegar gran elocuencia, ni emplear otros recursos que su claro y natural sentido, su acrisolado y generoso sentimiento. Sabido es que no necesitan ellas mucha verbosidad para convencer ni persuadir.

El pobre Lázaro estaba tan turbado que se le figuraba que aquella persona era una aparicion, un ser enviado del cielo para ampararle en aquellos apurados momentos. Esperaba verla desaparecer al concluir su mision, y la miraba con ese estupor silencioso que causa lo sobrenatural y desconocido. No tenia antecedentes de aquella jóven, ni habia sospechado que existiera y se encontrara allí. Pero la imágen no se desvanecia, y por el contrario, continuaba siendo á sus ojos una jóven, adornada con todos los encantos físicos y morales que pueden poseer los ángeles de este mundo.

No se habló mas del asunto. Lázaro fué perdonado, pero no salió de sus confusiones. Esplicáronle quién era Clara y por qué estaba allí, mas no por eso pudo dominar el estu-

diante la respetuosa y fuerte sorpresa que le habia producido.

Estuvo encogido y como asombrado todo el dia, y temblóle la voz cuando quiso hablar con ella, y se calló al fin por temor de decir mil disparates. Al dia siguiente despertó con una alegría exaltada, á la que sucedia bruscamente una tristeza sin igual. Su aturdimiento tomaba fases muy diversas; tan pronto se veia atacado de un apetito insaciable de verbosidad que no podia contener; tan pronto hacia esfuerzos inauditos para pronunciar una palabra, sin llegar á conseguirlo. Era un politicómano ferviente, y en Zaragoza se habia distinguido por sus elocuentes arengas en los clubs, que le habian dado mucha celebridad: en sus conversaciones privadas se espresaba tambien con mucho entusiasmo y correccion; pero esta vez de todo hablaba ménos de política. Parecia que no existian ya para él ni la revolucion francesa, ni el Emilio de Rousseau, ni las cartas de Talleyrand, ni el diccionario de Voltaire. Se habia olvidado de todo esto, y solo pensaba en la fórmula mas espresiva y exacta para decirle á Clara que la habia visto en sueños aquella noche. Recurrió al sistema de las circunlocuciones, pensó despues en decirlo á secas y sin ambajes, acordóse de que las alegorías se habian inventado para aquel caso, y probó todos los medios sin lograr con ninguno su objeto.

Pasaron dos ó tres dias sin que hallara un modo de ser esplícito. Cuando estaba solo, sí, entónces hablaba, hablaba consigo mismo, y aun parecia entablar misteriosos diálogos con aquel hermoso espíritu, que encontraba siempre en todas partes, acompañándole en sus soledades é insomnios; espíritu lleno de luz y con formas de mujer, que brotaba del seno mismo de la noche para mirarle inmóvil, callado y sereno. Delante de esta sombra era Lázaro muy elocuente, y siempre acertaba á espresar lo que sentia; y sentia tanto el pobre, que á veces le daba uno de esos acesos vehementes, en que el organismo se conmueve todo, quebrantado y oprimido por la enorme espansion del espíritu. Salia de la casa por no hallarse bien en ella, y volvia á entrar por no hallarse bien fuera. Por fin habia logrado formular un diálogo con Clara; la primera vez que pudo hablar con ella un cuarto de hora seguido se mostró muy enojado. Enojado? Por qué? Despues empezó

á darle las gracias. Las gracias? Por qué? Despues le pidió perdon. Perdon? De qué? Y acto continuo le dijo que se iba á volver loco. Loco?... Su andar era errante. Se dirigia á todas partes, y no llegaba á ninguna; se hallaba siempre donde no queria estar.. Pero á pesar de estas evoluciones de ciego, acontecia que si Clara iba á alguna parte, ¡qué casualidad! encontraba en ella á Lázaro, que la esperaba.

El alma de la muchacha no estaba sujeta á estas estrañas perturbaciones. Siempre sensible y feliz en su serenidad inocente, se dejaba llevar por la corriente de una vida sin agitacion ni contratiempos. En un sitio propio para dar paz al ánimo y descanso á la fantasía, vivia sin sentirlo, digámoslo así; y si alguna vez la entristecia algun pensamiento, era el pensamiento de volver á la calle de Válgame Dios.

La amistad, casi desconocida por ella, fué entonces causa de que adquiriera esa sutil delicadeza, que caracteriza los afectos femeninos, y esa fluidez de ingenio que tanto las embellece y adorna.

Habia en el pueblo otra jóven de la misma edad é idéntico carácter, llamada Ana, hija de un rico labrador. Ana y Clara se hicieron íntimas amigas en pocos dias de trato. Ibanse todas las tardes á una huerta perteneciendo al padre de Ana; y allí, entretenidas con sus labores, se pasaban conversando largas horas. En esta comunicacion de las dos jóvenes, Clara se desarrollaba moralmente con una rapidez desconocida. Para quien habia pasado su juventud en compañía de un viejo escéntrico é insociable, aquellas franquezas inocentes y el cambio simultáneo de pensamientos, espresados con ingenuidad de sentimientos, comunicados sin disimulo y en toda su hermosa sencillez natural, realizaron en el alma de la huérfana una revelacion de sí misma, que fijó y fortaleció mas su bello carácter.

Cuando las dos amigas iban á la huerta, la maldita casualidad hacia que Lázaro pasara por la entrada precisamente en el mismo momento en que ellas llegaban. La conversacion empezaba todas las tardes á las cuatro, y duraba hasta el anochecer. Ni un solo dia en todo el tiempo que pasó Clara en Ateca dejaron de ir á la huerta las dos muchachas, y ni un solo dia dejó Lázaro de encontrarlas allí por causalidad.

En aquellas conversaciones, que eran cada vez mas íntimas, se notaba algunas veces que por efecto de los accidentes del diálogo escénico, Ana callaba, ó hablaba aparte en voz baja, miéntras el bueno del estudiante y la pícara Clara charlaban muy quedito y muy juntos el uno del otro. La cara angustiosa á veces, á veces pálida, ya animada, ya triste del jóven, anunciaba que el tema del coloquio era muy interesante. ¿Qué decian? De pronto unas largas pausas en que uno y otro se estaban mirando á la tierra un buen rato, permitian á Ana alguna alusion ingeniosa, cuya gracia alababa y reia ella sola. Clara y Lázaro parecia que no estaban para risa. Callaban hasta que un monosílabo aquí, un gesto allá volvian á estimular de nuevo la conversacion. A veces él se ponia á meditar, como recapitulando lo que iba á decir; y él que tan buena memoria tenia, se encontraba con que se le habian olvidado (¡otra casualidad!) los admirables trozos de elocuencia que tenia preparados. ¿Hablaban del pasado, del presente, del porvenir? ¿Trazaban un plan, planteaban un proyecto? Es probable que nada de esto fuera objeto de aquellos íntimos debates: no hacian sus voces otra cosa que espresar mil inquietudes interiores, pintar ciertas turbaciones del espíritu, formular preguntas intensamente apasionadas, cuyas réplicas aumentaban la pasion, confesar secretos, cuya profundidad crecia al ser confesados, hacer juramentos, manifestar ciertas dudas, cuya resolucion daba orígen á otras mil dudas, pedir esplicaciones de misterios, que engendraban misterios sin fin, esplicar lo inesplicable, medir lo infinito, agotar lo inagotable.

A veces interrumpia Ana estas comunicaciones impenetrables, diciendo:

— Pero mujer, ¿no ves cómo va ese bordado? ¿En qué estás pensando?

En efecto, Clara, que estaba bordando sobre cañamazo con lanas de colores una cabecita de ángel rodeada por una guirnalda de flores, le habia hecho los ojos de estambre rojo y los labios con estambre negro; las flores tenian todos los colores tan trastornados que no se sabia lo que aquello era.

Al oir la observacion de su amiga, Clara se puso del color de los ojos del ángel.

Veinte y treinta dias se pasan muy pronto cuando hay citas cuotidianas en una huerta, diálogos anhelantes, dudas no resueltas, preguntas mal contestadas y angelitos bordados con los labios negros. Así es que llegó un dia en que Lázaro se puso á jurar por todos los santos del cielo que no permitia que Clara se fuera de allí. Se ponia fastidioso al tocar este punto, repetia la misma cosa infinitas veces, y á lo mejor empezaba á relatar un sueño que habia tenido la noche anterior, del cual sueño se desprendia la imposibilidad absoluta de que él y Clara se pudieran separar. Ella se ponia muy pensativa y no decia palabra en media hora: los pobres chicos miraban al cielo alternativamente, como si en el cielo se hallara escrita la solucion de aquel problema.

Se separaban: Clara depositaba sus amarguras en el seno de su amiga Ana. Lázaro confiaba á las profundidades de la noche el gran vértigo que sentia dentro de sí: no dormia, porque una serie interminable y rapidísima de razonamientos confusos, mezclados con imágenes vagamente percibidas, le sostenian en una vigilia invencible y dolorosa. El dia volvia á darles esperanza, la tarde volvia á unirlos, el anochecer volvia á entristecerlos. Así se acercaba el dia funesto.

Cuando se teme de ese modo la llegada de un dia que nos ha de traer algo malo, la imaginacion tiene como una estraordinaria fuerza de odio, con la cual personifica ese dia que se detesta; la imaginacion ve acercarse este dia, y lo ve en figura de no sé qué monstruo amenazador, que avanza con la mano alzada y la mirada llena de ira. Hay dias en que el sol no debiera salir.

Pero el designado para el regreso de Clara á Madrid, el sol, ¡qué crueldad! salió. Sus primeros rayos llevaron la desolacion al alma de los dos jóvenes, amenazados de una separacion. Parece que cuando se verifica una separacion de esa clase; cuando se disuelve y destruye esa unidad misteriosa y fundamental de la vida humana; unidad constituida por la totalidad complementaria de dos individuos, parece, decimos, que debia ocurrir un cataclismo en la naturaleza; pero eso que llamamos comunmente los elementos es ciego é insensible. Se hunde un continente y se chocan dos océanos por la mas insignificante de esas causas mecánicas que nacen en el centro de la materia; pero nada sucede, nada se mueve

en la inerte y ciega máquina del mundo, cuando se altera el grande, el inmenso equilibrio de los corazones.

Aquella mañana sintió Lázaro un dolor desconocido. Avanzaba el dia; el estudiante fué á casa de Ana y la encontró llorando; se asustó de verla llorar, volvió á su casa, quiso entrar en el cuarto donde Clara hacia los preparativos de su viaje, pero se tuvo miedo á sí mismo. La vió salir despues pálida y con los ojos cansados de llorar. Al ver que se despedia de su madre y de su abuelo, Lázaro corrió fuera por temor de que intentara tambien despedirse de él. Salió y anduvo á prisa mucho tiempo; salió del pueblo y se internó en el camino, léjos, muy léjos del pueblo. De pronto sintió el ruido de la diligencia, que se acercaba. El jóven se detuvo, retrocedió; la diligencia pasó rápidamente. Allí iba la huérfana desolada, con el rostro oculto entre las manos; las demas personas que iban con ella se reian de verla así. Lázaro la nombró, la llamó, dando un fuerte grito, y sin darse cuenta de ello, corrió tras el coche un larguísimo trecho, hasta que el cansancio le obligó á detenerse. La diligencia desapareció.

Regresó al pueblo ya entrada la noche: al pasar por la huerta notó que unos pájaros que acostumbraban dormir allí formaban una diabólica algazara con sus cantos disparatados y su inquieto aleteo. Apresuró el paso para no oir aquello, y entró en su casa. Su madre y su abuelo estaban muy pensativos y melancólicos: ni les habló, ni le hablaron. Quedóse solo; se encerró y quiso leer un libro; quiso dormir y quiso arrancarse de la mente una como corona de hierro inflamado, que se la quemaba y oprimia! pero era imposible. Aquello era una irradiacion, que á ser visible, hubiera parecido una aureola. En su fiebre se quedó aletargado, y en su letargo le pareció que de su cabeza brotaban llamas vivísimas, que no podia sofocar, y que sus sesos hervian como un metal derretido.

CAPITULO VII.

LA VOZ INTERIOR.

Aquel muchacho era sumamente impresionable, nervioso, con uno de esos temperamentos propensos al idealismo, dispuestos á vivir siempre de lo imaginario. Nadie le igualaba en forjar incidentes venideros, enlazándolos para hacer con ellos una vida muy dramática y muy interesante: trabajaba involuntariamente con el pensamiento en la elaboracion de estas acciones futuras; y siempre tenia ante la imaginacion aquella gran perspectiva de hechos en que desempeña la principal parte una sola figura, él solo, Lázaro. Esta vision perpetua, propia de la juventud, tenia en él proporciones estraordinarias; su fantasía tenia una espantosa fuerza conceptiva, y puede asegurarse que esta gran facultad era para él un enemigo implacable, un demonio atormentador que martirizaba su naturaleza toda, sujetándola á terribles trastornos.

Con este carácter fácil era que brotaran en él todas las grandes pasiones espansivas, y que crecieran hasta llevarle á la exaltacion. En épocas como aquella, la política, el proselitismo, el espíritu de secta puede engendrar grandes pasiones. El heroismo cívico, la abnegacion y esa tenacidad catoniana que brillan en algunos personajes de todas las revoluciones, la venalidad solapada, la traicion, la sanguinaria crueldad y el encono vengativo que se han visto en otros, provienen de la pasion política. Lázaro tuvo esta pasion; sintió en sí el ardor del patriotismo; creyóse llamado á ser apóstol de las nuevas ideas, y abrazó la nueva doctrina con ardiente fe y noble sentimiento.

Pero ¿existen estas resoluciones inquebrantables sin mezcla de egoismo? Egoismo sublime, pero egoismo al fin. Lázaro tenia ambicion. ¿Pero qué clase de ambicion? Esa que no se dirige sino al enaltecimiento moral del individuo, esa que solo aspira á un premio muy sencillo, á la simple gratitud. Pero la gratitud de la humanidad ó de un pueblo es la cosa de mas valor que hay en la tierra. El que es digno de ella

la tendrá; porque un hombre puede ser ingrato; pero un pueblo en la serie de la historia, jamas. En una vida cabe el error; pero en las cien generaciones de un pueblo, generaciones que se analizan unas á otras, no cabe el error, y el que ha merecido esa gratitud, la tiene sin remedio, aunque sea tarde.

La gratitud y la admiracion, reservadas por todo un pueblo para un solo individuo, son lo que el hombre que aspira á ellas conoce con el nombre de gloria.

Lázaro aspiraba á la gloria; queria satisfacer una vanidad: cada hombre tiene su vanidad. La del jóven aragones consistia en cumplir una gran mision, en realizar alguna empresa gigantesca. Cuál era esta mision, es cosa que no sabia á punto fijo. Los jóvenes como aquel no gustan de concretar las cosas porque temen la realidad: creen demasiado en la predestinacion, y engañados por la brillantez del sueño, creen que los sucesos han de venir á buscarlos, en vez de buscar ellos á los sucesos.

Despues que se retiró de Zaragoza y fué á Ateca, una figura iba perpetuamente unida á la suya en aquellas escenas futuras. ¡Insensato! ¿Qué piensas hacer de ella? Una reina. ¿De dónde? Será simplemente la mujer de un grande hombre. Ménos tal vez: la mujer de un hombre oscuro. Entónces él concretaba el objeto de todas sus quimeras á un retiro pacífico, á un matrimonio feliz.

Pero era preciso meditar, trazar un plan, ver la manera mas fácil de unirse á ella.

Clara era huérfana, él pobre. Hé aquí dos contratiempos ocurridos desde el principio. ¡Ah! Pero él trabajaria; seria activo, ingenioso, astuto. Bien sabia él que tenia talento. Pero ¿debia ser un simple agricultor? No: eso era poco para él. Debia ir á Madrid, hacerse oir, buscar un nombre, un puesto. Esto seria cosa muy fácil para quien tenia tales aptitudes. ¿No era seguro que al llegar Lázaro á la corte, centro entónces, como ahora, de la actividad intelectual del país, adquiriria nombre, posicion, fortuna? Sin duda. Ya debian conocerle de oidas por sus discursos pronunciados en Zaragoza. En aquel tiempo los jóvenes se abrian paso fácilmente entre la multitud decrépita; aquellos, que con todo el vigor de la fe y toda la fuerza de la edad primera, emprendian la

propagacion de las nuevas ideas, se imponian infaliblemente, adquiriendo una alta y envidiada posicion social. El se creia superior, ¿á qué negarlo? En la profundidad de su conciencia sentia él una voz, que sin cesar decia: «yo valgo. Es preciso buscar los sucesos ántes que ellos vengan á buscarnos. Animo, pues.»

Estos pensamientos eran los que ocupaban la mente de Lázaro en los dias que siguieron á la partida de Clara. Cuando su determinacion se hizo firme, vió con estraordinario entusiasmo que su inteligencia adquirió mas vigor, y su pecho mas osadía. Parecíale que su voz era capaz de emitir los mas profundos, los mas calurosos, los mas verdaderos acentos en defensa de los nobles principios de la época; le parecia que nada igualaba á su facilidad de espresion, á su lógica terrible, á su frase pintoresca y espresiva. En lo mas callado de la noche, cuando en parajes solitarios se entregaba á sus meditaciones, se oia, se estaba oyendo. Una voz elocuente resonaba dentro de sí; y mudo y reconcentrado asistia á las maravillosas é internas manifestaciones de su propio genio. Era auditorio de sí mismo, y le parecia que jamas habia tenido el verbo humano frases mas bellas, lógica mas segura, entonacion mas vigorosa. Se aplaudia, le parecia que en torno suyo una multitud infinita de sombras aglomeradas, le aplaudian tambien; que resonaba un intenso palmoteo, cuyo fragor llenaba toda la tierra.

De vuelta á su casa, dormia, y durante el sueño continuaba resonando en su cerebro la misma voz que hacia estremecer miles de corazones; que llevaba el entusiasmo ó el espanto á ejércitos enteros de ciudadanos; y entónces se le figuraba que dentro de su ser habia una misteriosa entidad sonora, un espíritu locuaz, que sostenia perpetuamente allá en su profundo nucleo la mas brillante y enérgica peroracion.

Lázaro tenia el genio de la elocuencia. El lo conocia: estaba seguro de ello. Cada dia que pasaba sin que un gran auditorio le escuchara, le parecia que se perdian en el vacío y en el silencio de un desierto aquellas voces admirables que sentia dentro de sí. No habia tiempo que perder.

Dijo á su abuelo que se iba á Madrid. El pobre viejo se

puso á llorar, y dijo entre sollozos y babas que aquella resolucion era muy grave, y convenia meditarla.

— ¿Y qué vas tú á hacer allá — decia despues queriendo aparecer incomodado — ¡tienes una letra tan mala!...

Estaba entónces en Ateca un tal D. Gil Carrascosa (el mismo personaje á quien vimos sostener una pendencia con cierto barbero en el primer capítulo de esta historia), el cual tenia amistad con Coletilla. El abuelo consultó con el exabate la resolucion de Lázaro, y este opinó que se debia escribir al tio. El viejo tomó la pluma y con vacilante mano trazó esta carta, que recibió el realista pocos dias despues:

* * *

«Querido y respetable Señor: Lazarillo, mi nieto y sobrino de Vmd., quiere ir á Madrid. Se le ha puesto en la cabeza que ahí podrá hacer fortuna: dice que no puede estar en el pueblo. Y en efecto, querido Señor: esto está malo. La cosecha de este año no nos da ni la simiente, y el pobre chico tiene mas aficion á los libros que al arado. Le diré á Vmd., respetable Señor, que Lázaro es un mozo muy despierto: sabe muchos libros de memoria y ha leido cuatro veces de la cruz á la fecha un tomo que llaman, *Los Grandes hombres de Plutarco*, el cual me ha asegurado no ser cosa de herejía; que si lo fuera no lo habia de leer en mis dias. Entiende de leyes y á veces se pone á escribir y llena unos cuadernos de cosas muy buenas, aunque yo no las entiendo. Es buen cristiano y muy respetuoso y cortés con todo él mundo. No ocultaré sus defectos, respetable Señor; y por lo mismo que le quiero, diré á Vmd., cuál es su gran defecto, para ver si con su talento y su gran sabiduría le puede corregir. Es el caso que difícilmente podrá hacer cosa buena en la Corte, porque tiene muy mala letra, y no le luce lo que sabe. Siento mucho tener que revelar esta flaqueza suya; pero ántes que nada es mi conciencia, y por todo el oro del mundo no ocultaria sus defectos. Creo, sin embargo que con un buen maestro, como los hay en la Corte, podrá corregirse si se aplica. De este modo llegará andando el tiempo á ser apto para desempeñar una plaza de dos mil reales en alguna

covachuela, como mi señor abuelo, que en paz descanse. Yo deseo que haga fortuna, porque le quiero con toda mi alma; y así, deseo que Vmd. con su gran tino y universal sabiduría me informe si será posible sacar algo de provecho de este muchacho, diciéndome al mismo tiempo si puedo contar con su proteccion. Hágalo Vmd., por Dios; que es el único hijo de su hermana; y nosotros, que estamos pobres, no podemos hacerle feliz.

Su respetuoso y reverente Servidor
FERMIN...»

Pasaron tres meses sin que D. Elías contestara. Al fin contestó, advirtiendo que esperara un poco; que avisaria si podia venir ó no. Un mes despues escribió de nuevo, llamando á Lázaro á su lado y añadiendo que de su comportamiento y disposiciones dependia el que hiciera fortuna.

Lázaro no cabia en sí de gozo. Quiso partir el mismo dia; pero los ruegos de su madre y de su abuelo le obligaron á aguardar dos dias mas.

El jóven estudiante sabia por las tradiciones de la familia, que su tio era un hombre muy sabio, y se le habia antojado que habia de ser un gran liberal. No comprendia que un hombre muy sabio dejara de ser muy amante de la libertad.

La carta de Coletilla fué recibida en los primeros dias de Setiembre de 1821, en que ocurren los primeros acontecimientos que hemos referido. Poco despues de la lamentable escena de la barbería y de la entrada del militar en la casa de Clara, tuvo lugar el viaje de Lázaro á Madrid. Clara no lo supo ántes del dia en que debia llegar.

Ahora podemos seguir naturalmente el curso de los sucesos de esta puntual historia. Dejaremos á Lázaro preparándose á partir. Su madre y su abuelo le despiden llorando, el alcalde le abraza diciendo que ya ve en él nada ménos que un secretario del despacho; el cura le da dos bollos maimones para el camino y le echa un sermon fastidioso. El estudiante sube á la galera, y con mas ilusiones que dineros toma el camino de la corte.

CAPITULO VIII.

HOY LLEGA.

Tres dias despues de la aventura descrita en el capítulo segundo, estaba Clara muy de mañana encerrada en el cuarto que le servia de habitacion. El fanático le habia dicho pocas horas ántes que esperaba á su sobrino, y que era preciso acomodarle allí hasta que se mudaran todos á una nueva casa que pensaba tomar.

Clara se quedó absorta al oir esta noticia, y no pudo contestar palabra, porque la sorpresa le embargaba la voz. Cuando quedó sola se encerró en su cuarto.

Era la habitacion de Clara pequeña é irregular: estaba en lo mas interior de la casa, y tenia una ventana estrecha, con vidrios de dudosa trasparencia, que daba á un patio, de esos que por lo profundos y estrechos parecen verdaderos pozos. Enfrente y á los lados se abrian tres filas de ventanas mezquinas, respiraderos de otras tantas celdas, donde se albergaban familias bulliciosas. El cuarto de Clara tenia el usufructo de un rayo de luz desde las once á las once y media, hora en que pasaba á iluminar las regiones tropicales del tercer piso. Aquel rayo de luz no traia nunca colores, ni paisaje, ni horizonte, ni alegría.

El patio era un recinto populoso, el centro de un enjambre humano. A ciertas horas asomaban por aquellos agujeros otras tantas cabezas: esto sucedia en los grandes acontecimientos, cuando la herrera del piso bajo y la planchadora del cuarto, resolvian al aire libre alguna cuestion de honor, ó cuando la manola del tercero y la zurcidora de enfrente entablaban pleito sobre la propiedad de la ropa tendida.

Por lo demas, allí reinaba siempre una paz octaviana, y era cosa de ver la amable franqueza con que la esterera pedia prestada su sarten á la vecina de la izquierda, y la confianza íntima con que dialogaban en el quinto el soldado y la mujer del zapatero. Enlazaban unas ventanas con otras, á guisa de circúitos telegráficos, unas cuerdas de donde colgaban algunas despilfarradas camisas, y de vez en cuando tal cual

lonja de tasajo, sobre el cual descendia en el silencio de la noche una caña con anzuelo, manejada por las hábiles manos del estudiante del sotabanco.

La vidriera del cuarto de Clara no se abria nunca. Elías la habia clavado por dentro desde que ocupó la casa.

Si la perspectiva del patio era desapacible, el interior de la habitacion tenia indudablemente cierto encanto no porque en él hubiera cosas bellas, sino por la sencillez y modestia que allí reinaba, y el cuidadoso aseo y esmero, única elegancia de los pobres. Veíase en primer término una voluminosa cómoda, compuesta de seis enormes gabetas con sus labores de talla junto á las cerraduras, y algunas incrustaciones un poco carcomidas; encima un mueble decorativo bastante viejo, que representaba una figura de Parca con una de las manos alzada en actitud de sostener algo; pero en lugar del reló que en otro tiempo cargaba, sostenia en tiempo de Clara una caja forrada en papeles de color, la cual debia guardar utensilios de labor femenina. En lugar de la redoma de cristal, tapaba todo esto un pedazo de gasa, sujeto con cintas azules á las piernas de la diosa, la cual ostentaba en su profano pecho un escapulario de la virgen del Cármen.

Una mesa de tocador, tres sillas de viejo nogal, pesadas y lustrosas, un cojincillo erizado de agujas y alfileres, una banqueta y una cama de caoba de muy voluminosa arquitectura, cubierta con una colcha palentina, completaban el ajuar.

Clara estaba delante de su espejo y se ocupaba en enredarse en la coronilla una gruesa trenza de pelo negro, recientemente tejida y terminada en la punta con un atadijo del mismo pelo y un lazo encarnado. Dos órdenes de pequeños rizos, guedejas sutiles, retorcidas con negligencia, le adornaban la frente, y de las sienes blancas, cuya piel transparentaba lijeramente la raya azulada de alguna vena, le caian dos airosos mechones.

No hay actitud mas propia para apreciar debidamente las formas académicas de una mujer, que esa que toma cuando alza las manos y se enrolla una trenza en la cabeza, dejando ver el busto, el talle, el cuello en toda su redondez. Tiéndense los músculos del pecho, se contornea la espalda, y el ángulo del codo y las suaves curvas del hombro describen en su

dilatacion graciosas líneas que dan armoniosa espresion escultural á toda la figura.

Concluida la operacion del peinado, Clara echó una mirada de deseo y desconfianza á la última gabeta de la enorme cómoda en donde tenia su ropa. Es que allí existia, guardado con singular esmero, un traje que Elías le habia comprado algunos años ántes, cuando era ménos adusto y gruñon. Este traje, que era lo mas lujoso y bello que la huérfana poseia, tenia la forma y los colores mas en moda en aquella época: cuerpo de terciopelo negro con prolijos dibujos de pasamanería y guardapiés de seda pajizo, adornado con una gran franja, como de á tercia, de encaje negro. Dudaba si sacarlo ó no: queria ponérselo y temia ponérselo; queria lucir aquel dia su mejor vestido, y temia al mismo tiempo estar demasiado guapa con él. ¿Por qué? Y se detenia pensativa y triste, sin atreverse á sacar á la luz pública aquel tesoro tanto tiempo escondido. ¿Por qué? Porque Elías se habia puesto tan fastidioso (así decia ella), estaba tan maniático y la reñia tanto sin motivo!... Véase qué singularidad. La semana anterior estaba cosiendo y arreglando la cenefa del vestido que se habia roto, cuando entró aquel hombre, y bruscamente le dijo:

— ¿Qué haces ahí?... Siempre pensando en componerte. ¿Para qué te ocupas en esas fruslerías?

Ella, la verdad sea dicha, aunque tenia una razonable contestacion que dar á aquella pregunta, no se atrevió; y doblando tristemente su obra, fué á sepultarla en la cómoda. Elías no se ablandó por esta prueba de sumision, y en tono mas agrio y severo le dijo al verla tirar de la gabeta:

— Cuando digo que te has echado á perder...

Pero no fué esto lo peor que escuchó la pobrecilla, miéntras llena de vergüenza devolvia á la tumba aquel despojo que habia querido profanar sacándolo de tan venerable asilo. No fué esto lo peor que oyó, porque el viejo, bajando la voz y como si hablara consigo mismo, dijo:

— Al fin tendré que tomar una determinacion contigo.

¡Jesus, santos y santas del cielo! Qué determinacion será esa... Si querrá tambien el viejo encerrarla á ella en la misma gabeta como una prenda sin uso...

Aquello de la determinacion la tuvo preocupada muchos

dias. En vano trató de sondear el ánimo del viejo. ¡Ah! Pero si ella no sabia sondear ánimos de nadie... El único medio de que se hubiera valido para averiguarlo, era preguntárselo sencillamente, y á esto no se atrevia.

Aun hubo mas. Por la triste calle de Válgame Dios solia pasar una ramilletera que en su cesta llevaba algunos manojos de claveles, dos docenas de rosas y muchas, muchísimas violetas. Clara observaba al traves de los cristales el paso de aquellos frescos colores que le atraian el alma, de aquellos suaves perfumes, que hacia esfuerzos por poder aspirar desde el balcon. Un dia se decidió á comprar unas flores, y mandó á Pascuela por ellas. Clara las tomó, las besó mil veces, les puso agua, las acarició, se las puso en el seno, en la cabeza, y no pudo ménos de mirarse al espejo con aquel atavío; las volvió á poner en el agua, y por último las dejó quietas en un búcaro que tuvo la imprudencia de colocar donde Coletilla ponia su baston y su sombrero cuando llegaba de la calle. ¡Oh! Sin duda él al entrar se habia de poner alegre viendo las flores. Las flores le gustarian mucho. ¡Qué sorpresa tendria!... Esto pensaba ella. Decididamente era una tonta.

El fanático llegó y se acercó á la mesa; pero al poner en ella su sombrero, chocó este con el vaso, que cayó al suelo, soltando las flores y vertiendo el agua en las mismas piernas del realista.

El hombre montó en cólera y mirando con furor á la huérfana, que estaba temblando, dijo:

— ¿Qué flores son estas? ¿Quién te ha mandado comprar estas flores? Clara, ¿qué devaneos son estos? ¡Coqueta! No hay ya remedio. Te has echado á perder. ¿Tambien quieres llenarme de flores la casa?

Clara quiso contestarle, pero aunque hizo todo lo posible, no le contestó nada. Elías pisoteó las flores con furia.

— Estoy resuelto á tomar la determinacion.

Otra vez la determinacion. Qué determinacion seria aquella, pensaba Clara en el colmo de su confusion y de su miedo. Despues, retirada á su cuarto pensó en aquello, y decia para sí: «¿Querrá matarme?»

Aquella noche no pudo dormir. A eso de las doce sintió que Elías se paseaba en su cuarto con mas agitacion que de ordinario. Hasta le pareció oir algunas palabras, que no de-

bian ser cosa buena. Levantóse Clara muy quedito movida de la curiosidad, y poco á poco se acercó con mucha cautela á la puerta del cuarto de Elías, y miró por el agujero de la llave. Elías gesticulaba marchando; de pronto se paró, se acercó á una gabeta y sacó un cuchillo muy grande, muy grande y muy afilado, resplandeciente y fino. Lo estuvo mirando á la luz, examinólo bien, y despues lo volvió á guardar. Clara, al ver esto, estuvo á punto de desmayarse. Retiróse á su cuarto y se acostó temblando, arropándose bien. Desde la noche que pasó en el caramanchon de Doña Angustias en compañía de los ratones, no habia tenido un miedo igual. A la madrugada se adormeció un poco; pero en su sueño se le presentaban multitud de cuchillos como el que habia visto, y á veces uno solo; pero tan grande, que bastara por sí á cercenar cincuenta cabezas á la vez. Arropábase mas á cada momento, creyendo en el estravío del sueño que el cuchillo, á pesar de su puntiaguada forma y de su brillante filo, no podia penetrar las sábanas.

Al dia siguiente se serenó, y despues se reia de haber temido que Elías podria matarla.

Pero sin embargo no se atrevia á ponerse el traje. Aquella bella prenda pecaminosa habia de dormir el sueño de la eternidad en lo mas hondo de la cómoda, donde seria pasto de gusanos.

Clara no habia podido determinar en su entendimiento lo que para ella podia resultar de la venida de Lázaro. En su grande alegría no veia en aquello mas que un suceso muy feliz, sin detenerse á considerar los sucesos que posteriormente se podian derivar de aquella llegada. Algunas ideas vagas acompañaron tan solo aquel sentimiento espansivo y desinteresado. El seria un jóven de posicion. ¿Cómo no? Sin discurrir en el medio, Clara pensó en un cambio de suerte. Sin saber cómo, se unian en su entendimiento con fusion indisoluble la idea de la llegada de Lázaro y la idea de emanciparse un poco de la fastidiosa (no la calificaba de otra manera) tutela de D. Elías. A su mente vino la idea del matrimonio. Vino, sí, varias veces, pero casi no era idea aquello: era una percepcion confusa, una esperanza tímida y como recelosa. Por último, ya llegó á pensar, á pensar verdaderamente en esto. Una percepcion confusa, dijimos, sí: esta percepcion

la ocupaba constantemente. Lázaro iba á ser su marido. Clara tambien sabia ver los dias futuros, y veia á su marido junto á ella en un sitio que no era aquel, en una casa que no era aquella, en otros sitios, en otra tierra. ¿Y en otro mundo, por qué no? Esto hubiera sido lo mas acertado.

Aquel dia estaba muy alegre, reia por la menor causa, se ruborizaba estando sola, estaba inquieta y sin sosiego, quedábase pensativa un largo rato, y despues parecia hablar consigo misma.

Las nueve serian cuando Pascuala volvió de la calle, y entró en el cuarto de Clara.

Era Pascuala una mujer que formaba á su lado el contraste mas violento que puede existir entre dos ejemplares de la familia humana. Era una moza vigorosa y hombruna, apacentada en los campos alcarreños, alta de pechos, ancha de caderas, de mejillas rojas, boca grande, nariz chica, frente estrecha, pelo recogido en un gran moño, color encendido, pesadas manos, ojos grandes y negros.

Acercóse á la jóven, y misteriosamente le dijo:

— ¿Sabe Vd. lo que me ha *pasao?*

— ¿Qué? — dijo Clara alarmada.

— Que he visto al *melitarito* del otro dia, el que estuvo aquí cuando el señorito vino malo.

— ¿Y qué?

— ¿Qué? Nada, sino que me *asustao*, porque me dijo que queria entrar, y como estamos solas, pensé que me pasaria algo... porque como es una así tan guapetona... y no tiene una mala cara... Ya ve Vd.

— ¡Ah! ¿El militar aquel del otro dia... ¿Y dices que se queria meter aquí?

— Sí, y despues me preguntó por Vd.

— ¿Por mí? ¿Y qué le dijiste?

— Que estaba *güena*. Despues dijo que si estaba aquí *el viejo*. Ya ve Vd. qué poco respeto. ¡El viejo! ¡Qué irreverencia! Yo le dije que no. El me dijo que queria entrar á hablar conmigo... Pero vamos... yo soy muy maliciosa, y yo me malicio...

— ¿Qué?

— A mí no me engañan así con palabritas. Como es una tan guapetona...

— No tengas cuidado, — dijo Clara riendo. — Es que está enamorado de tí y quiere casarse contigo. Si lo sabe el tabernero...

— ¿Mi Pascual? No lo sobrá... porque si sabe Pascual que hay un señorito que dice chicoleos á Pascuala...

Advirtamos que esta fregona tenia por novio á un Pascual que habia fundado nada ménos que una taberna en la calle del Humilladero. Aquellas relaciones honestas y nobles, parecian muy encaminadas al matrimonio; y como ella era *así tan guapetona*, habia probabilidades de que aquel par de Pascuales se unieran ante la iglesia para dar hijos al mundo y agua al vino.

— Pues como Pascual lo llegue á saber...

— Pero yo soy muy pícara... y se me ha puesto en la cabeza... ¿Sabe Vd. lo que se me ha puesto en la cabeza?

— ¿Qué?

— Que él no quiere entrar aquí por mí, sino por Vd.

— ¿Por mí? No seas tonta — dijo Clara riendo con la mayor naturalidad.

— ¿Le dejo entrar?

— No: cuidado. Por Dios, no hagas tal. No vuelvas á hablarle mas. ¿A qué tiene que venir aquí ese caballero?

— Yo me malicio... Aunque una es así tan guapetona... Yo me malicio que á mí no me quiere *pa* maldita de Dios la cosa... porque al fin, siempre es una criada y él un caballero... Pues parece persona muy principal. Digo... ¿Le dejo entrar?

— Jesus, Pascuala: no lo vuelvas á decir — esclamó seriamente Clara. — ¿Pero á qué quiere entrar aquí ese caballero?

— Toma: á verla á Vd.

— ¿Y para qué quiere verme á mí?

— Toma: para verla.

— ¡Qué ocurrencia! — dijo un poco pensativa.

En esto se sintió un campanillazo. Abrieron y entró Coletilla.

Las dos muchachas seguian su coloquio, cuando sintieron ruido en la calle, rumor de voces agitadas, algunos gritos y

pasos precipitados. Asomáronse los tres, y vieron que discurrian varios grupos por la calle. Los chisperos mas famosos del barrio dejaban sus hierros, y salian á la calle en busca de aventuras. Coletilla lanzó una mirada de rencoroso desden sobre los transeuntes y cerrando con estrépito el balcon, dijo:

— ¡Otra asonada!

Las dos muchachas temblaron acordándose del miedo que tuvieron pocas noches ántes.

— ¡Ay, cuándo se acabarán estas cosas! — dijo Clara.

— ¡Pronto! — dijo con sequedad el viejo sentándose y tomando una carta que habia sobre la mesa. — ¿Quién ha traido esta carta?

— Una vieja, muy vieja, dijo Pascuala.

— Es de las señoras de Porreño — dijo en voz baja Elías, abriendo la esquela.

La leyó; despues tomó su capa y su sombrero y dijo á las chicas:

— Voy á salir, tengo que hacer: no volveré en toda la tarde. Mi sobrino llegará esta noche á eso de las ocho: yo no vendré hasta las diez, lo mas temprano. Que me espere aquí.

Y embozándose en su capa, miró un triste reló, que contaba con triste compas la vida en uno de los testeros de la sala.

— No abrais á nadie: cuidado con la puerta, — continuó. — Echad todos los cerrojos. Cuando venga mi sobrino, dadle algo que comer, y que me aguarde.

— ¿Pero cómo va Vd. á salir con esos alborotos? — dijo Clara con temor. — No nos deje Vd. solas: tenemos mucho miedo.

— ¡A mí! ¿qué me han de hacer á mí? ¡Ay de ellos! — esclamó con furor. — Tened cuidado con la puerta, os repito.

Y despues, como hablando consigo mismo, dijo en voz baja:

— Sí: es preciso tomar una determinacion... buena determinacion.

Clara pudo oirlo, y pensó en la cómoda, en el traje, en las flores, en el cuchillo y en la determinacion, en aquella mal-

dita determinacion, que no conocia. Pero aun esto, que la tuvo cabizbaja y melancólica un buen rato, no fué bastante para quitarle la felicidad que aquel dia rebosaba en su alma.

CAPITULO IX.

LOS PRIMEROS PASOS.

Los grupos de la calle crecian. La poblacion toda presentaba ese aspecto estraño y desordenado que no es tumulto popular, pero sí lo que le precede. Aquella tarde, que era la del 18 de Setiembre de 1821, presentaba Madrid ese aspecto. La mayor parte de sus habitantes estaban en la calle. El ansioso «¿Qué hay?» salia de todas las bocas. Basta que se paren dos para que en seguida se vayan adhiriendo otros hasta formar un espeso grupo. Entónces todos los que vemos nos parecen *malas caras.* El accidente mas curioso en tales dias es el que ofrece la llegada de la persona que se supone enterada de lo que va á haber. Rodéanle: el *enterado* se hace de rogar, principia á hablar en lenguaje simbólico, para aumentar la curiosidad, sienta por base que sin la mas profunda discrecion y la promesa de guardar el secreto, no puede decir lo que sabe. Todos le juran por lo mas sagrado que guardarán el secreto, y por fin, el hombre empieza á contar la cosa con mucha oscuridad; escitado por los oyentes, se decide á ser claro, y les encaja tres ó cuatro bolas de tente-tieso, que los otros se tragan con avidez, desbandándose en seguida para ir á vomitarla en otros grupos; tan indigestos son esta clase de secretos.

La tarde á que nos referimos era casualmente cierto lo que nuestro amigo Calleja, *enterado* oficial de la *Fontana,* dijo en uno de los principales grupos, formados en la Carrera.

— Pues qué, ¿no saben Vds.? — decia bajando la voz y haciendo unos gestos dignos del único espartano, que escapado en las Termópilas, llevó á Aténas la noticia de aquella catástrofe memorable. — ¿No saben Vds.? Pues no hay mas sino

que mañana habrá gran procesion cívica en honor de Riego, cuyo retrato será paseado por todas las calles de la corte.

— Bien, bien — dijo uno de los agentes. — ¿Ibamos á consentir en que se maltratara al héroe de las Cabezas, al fundador de las libertades de España?

— Pues lo grave es que el gobierno está decidido á que no haya procesion. Pero es cosa decidida. Le *Fontana* lo ha resuelto y se hará: ya está preparado el retrato. Y por cierto que es una linda obra: está representado de uniforme, y con el libro de la Constitucion en la mano. ¡Gran retrato! Como que lo hizo mi primo, el que pintó la muestra del café *Vicentini*.

— ¿Y el gobierno prohibe la fiesta?

— Sí: no le gustan estas cosas. Pero habrá procesion ó no somos españoles. El gobierno la prohibe.

En efecto, en aquel momento las esquinas recibian un emplasto oficial, en que se leia el bando prohibiendo la fiesta preparada por los clubs para el siguiente dia. La tropa estaba sobre las armas.

— Y esta noche tenemos gran sesion en la *Fontana*.

— Mira, Perico, guárdame un buen sitio esta noche; — dijo un jóven que formaba parte del grupo — guárdame un puesto, que tengo que ir esta noche á primera hora al parador del *Agujero* á recibir unos amigos que vienen de Zaragoza.

Y despues añadió con misterio, dirigiéndose á otros dos ó tres que parecian amigos suyos.

— Buenos chicos, aquellos chicos de Zaragoza, de que os he hablado. Esta noche llegan. Son del club republicano de allá. Buenos chicos.

— ¿Y llegan esta noche?

— Sí: en cuanto vengan, les llevaré allá. A ver si nos haceis un lugarcito. Esta noche no se puede perder la sesion.

El grupo se disolvió: al mismo tiempo la siniestra figura de Tres-Pesetas cruzaba por la calle, unida á la no ménos desapacible de Chaleco.

Del grupo salieron tres jóvenes de los que hablaron anteriormente. Eran tres mancebos como de veinte y cino años.

No podemos llamarles lechuguinos netos; pero tampoco podia decirse de ellos que carecian de toda distincion y elegancia. Eran amigos íntimos, que compartian sus fatigas y sus goces, las fatigas de la pobreza estudiantil y los goces del aura popular, conquistada con artículos de periódico y discursos en el club.

El uno era un jóven de familia distinguida, un segundon, á quien habian mandado á estudiar cánones y sagrada teología á Salamanca, con el objeto de que fuera sacerdote y disfrutara unas pingües capellanías que habian pertenecido á un tio suyo, chantre de la catedral de Calahorra. Capellan te vean mis ojos, que obispo como tenerlo en el puño. En efecto, Javier, que así se llamaba el muchacho, hubiera sido obispo, porque su familia tenia gran influencia. Pero el chico que no amaba los hábitos, y se sentia impresionado por las nuevas ideas, hizo su hatillo, y falto de dineros, aunque no de osadía, se puso en camino, y se plantó en Madrid en el mismo bendito año de 1820. Vagó por las calles solo; pero pronto tuvo bastantes amigos, escribió á su abuelita, que le concedió un medio perdon y algunos cuartos (pocos; porque la familia, aunque la mas noble del territorio leonés, se hallaba en situacion muy precaria); marchó despues á Zaragoza, donde vivió algunos meses, figurando mucho en los clubs democráticos, y volvió despues á la corte no muy bien comido ni bebido; pero alegre en demasía. Escribia en *El Universal* furibundos artículos, y contento con su poquito de gloria, iba pasando la vida, pobre, aunque bien quisto. Cautivaba á todos por la amabilidad de su carácter y lo generoso de sus sentimientos. En política profesaba opiniones muy radicales y pertenecia á la fraccion llamada entónces *exaltada.*

A la misma pertenecia el segundo de estos tres amigos que describimos, el cual era andaluz, de veinte y tres años, delgado, pequeño y flexible. En Ecija, su patria, pasaba el tiempo escribiendo versos á Marica, á Ramona, á Paca, á la fuente, á la luna y á todo. Pero todo cansa, y la poesía á secas no es de lo que mas entretiene: un dia se encontró aburrido y pensó salir del pueblo. Pasó por allí á la sazon el ejército de Riego, y aquellas tropas escitaron su curiosidad.

Preguntó: le dijeron que eran los soldados de la libertad, y esto resonó en sus oidos con cierta agradable armonía. «Me voy con ellos» dijo á sus padres. Estos eran muy pobres y contestaron: «Hijo, véte con Dios, y que El te haga bueno y feliz: pórtate bien, y no te olvides de nosotros.»

El poeta siguió el ejército: lloraron sus padres y aun es fama que lloraron á escondidas tres de las chicas mas guapas de Ecija. Al llegar á Madrid, el jóven volvió á ser poeta, y entónces hacia versos al rey cuando abria las Cortes, á Amalia, á Riego, á Alcalá Galiano, á Quiroga, á Argüelles. En su vida cortesana, este poeta, que, como despues veremos, pertenecia á la escuela clásica en todo su vigor, pasó algunos apurillos clásicos; mas despues, escribiendo en casa de un abogado, desempeñando funciones modestas en el periódico *El Censor*, vivia, siempre alegre, siempre poeta, siempre clásico, apreciado de sus amigos, con alguna fama de calavera, pero tambien con opinion de jóven listo y de buen fondo.

La fisonomía del tercero no era tan agradable ni predisponia tanto en su favor como la de los anteriores. Sin embargo, tenia fama de buen chico, y en cuanto á opiniones políticas, no podia echársele en cara la tibieza, porque era frenético republicano. Algunos mal intencionados decian que en el fondo era realista, y que solo por cálculo hacia alarde de aquel radicalismo intransigente. Pero aun no tenemos motivos para aceptar esta aseveracion que es quizá una calumnia. Llamábanle el doctrino, porque habia estudiado primeras letras en el colegio de San Ildefonso. No podia negarse que habia en su carácter cierta astucia disimulada, y en sus modales alguna afectacion bastante notoria. Era hijo natural de un vidriero, que le reconoció al morir, dejándole una pequeña fortuna; pero los albaceas testamentarios, á quienes el difunto dió amplios poderes, hicieron un inventario del cual resultaba que el vidriero no habia dejado en el mundo cosa alguna de valor. El doctrino les pedia dinero, y ellos le solian decir: «Tome Vd. para un semestre.» Y le daban una onza.

Pero sus amigos le ayudaban á vivir, le mantenian y le compraban algun leviton de pana. Era curioso (y aun llegó á tratarse seriamente del asunto) que poco ántes de la época

en que esta historia comienza, el doctrino gastaba mas dinero que de costumbre; y cuando sus amigos le preguntaban el orígen de aquel caudal, respondia evasivamente y mudaba de conversacion.

Estos tres jóvenes eran inseparables, sin que alteraran la paz las desventuras pasajeras del uno, ni las ganancias fortuitas del otro. La onza semestral del doctrino perecia en *Lorencini* ó en la *Fontana* en dos dias de café, chocolate y Jerez; pero despues Javier escribia un artículo tremendo sobre la soberanía nacional para comprarle unas botas al poeta clásico, y el mismo doctrino sacaba de un misterioso bolsillo un doblon de á cinco para atender á las necesidades amorosas de Javier, que tenia pendiente cierta cuestion con la hija de un coronel de caballería, hombre atroz y fiero como un cosaco.

Estos tres jóvenes vagaron juntos por las calles, acercándose á los grupos, preguntando á todos, contando noticias fraguadas por la fecunda imaginacion del poeta, hasta que, llegada la noche, se dirigieron al parador del *Agujero*, sito en la calle del Fúcar, á esperar á unos amigos de Javier, que llegaban aquella misma noche de Zaragoza.

Ni en la arquitectura antigua ni en la moderna, se ha conocido un monumento que justificara mejor su nombre que el parador del *Agujero* en la calle del Fúcar. Este nombre creado por la imaginacion popular, habia llegado á ser oficial y á verse escrito con enormes y torcidas letras de negro humo sobre la pared blanquecina de la fachada. Un portalon ancho pero no muy alto, le daba entrada; y esta puerta, cuyo dintel consistia en una inmensa viga horizontal y un poco encorvada por el peso de los pisos principales, era la entrada de un largo y oscuro callejon que daba á un destartalado patio. Este patio estaba rodeado por unos pesados corredores de madera en los cuales se veian algunas puertas numeradas.

En lo alto residia el establecimiento patronil de *La Riojana*, antonomasia imperecedera que se conservó por tres generaciones. Allí se servia á los viajeros, recien descoyuntados y molidos por el suave movimiento de las galeras, algun pedazo de atun con cebolla, algun capon, si era Navidad ó por San Isidro, callos á discrecion, lonjas escasas de queso manchego, perdiz manida, con Valdepeñas y Pardillo. Esta comida

frugal, servida en estrechos recintos y no muy limpios manteles, era la primera estacion que corria el viajero para entrar despues en el *via crucis* de las posadas y albergues de la villa.

Dos veces al dia un ruido áspero y creciente aumentaba la normal algarabía del barrio. Se oian las campanillas, el chasquido del látigo y un estrépito de ruedas, que de bache en bache, de guijarro en guijarro, iban saltando. La máquina llegaba frente al portal, y aquí era donde se probaba la habilidad náutico-cocheril del mayoral: la máquina daba una vuelta, los machos entraban en el portal, y tras ellos el vehículo, siendo entónces el ruido tan formidable, que la casa parecia venirse al suelo. El navío daba fondo en el patio, los brutos eran desenganchados, el mayoral bajaba de lo alto de su trono, y los viajeros, que aun se mantenian con la cabeza inclinada, y muy agachados, resabio de cuando atravesaron el portal, notaban al fin que no tenian el techo en la corona, se admiraban de verse con vida, y descendian tambien.

Aquí, si habia parientes esperando, empezaban los abrazos, los besos, las felicitaciones. Era propinado con algun real mal contado el cochero, y cada cual se iba por su camino, siendo costumbre tomar allí mismo en los aposentos de la Riojana un preámbulo estomacal para poder subir la calle de Atocha, que era entónces algo mas inaccesible que ahora.

Esta vez, cuando la nave hizo su parada definitiva en el patio, hubo una aclamacion general. El doctrino abrazó á sus amigos. Por otro lado, una jóven esposa abrazaba á su esposo, y un viejo abrazaba á una niña. Uno de los que mas tarde se han bajado del coche se detiene admirado delante de los tres amigos, y esclama:

— ¡Javier!

— ¡Lázaro!

Y se abrazaron con efusion. Despues de los monosílabos de alegría y sorpresa, el segundo dijo al primero:

— ¿Tú en Madrid?... ¡al fin! ¿Vienes de Ateca?

— Sí.

— Bien. No podias llegar mas á tiempo. ¿Y los amigos de Zaragoza? ¿Pero de dónde vienes?... ¿Y el club... y nuestro club?...

— Ya sabes que nos lo disolvieron. Hace seis meses que estoy en Ateca.

— ¿Y estarás mucho aquí?

— ¡Siempre!

— Bien. Aquí la juventud, la vida. Y si he de decirte la verdad... hacemos falta.

— Sí... ¿eh?

— Señores: aquí teneis á mi amigo, el grande orador del club de Zaragoza, mi amigo y compañero.

Los demas jóvenes, tanto viajeros como visitadores, rodearon al aragones.

Espliquemos. Cuando Javier estuvo en Zaragoza trabó amistad muy íntima con Lázaro. En el club fueron los que contribuyeron á la propagacion de las ideas democráticas (democracia de 1820), que entónces cundieron rápidamente por aquella noble ciudad. Privadamente estos dos jóvenes, afines por carácter y temperamento, se miraban como hermanos, tenian una misma bolsa, comian en un mismo plato, y confundian en un comun sentimiento sus pesares y alegrías. Desde la salida de Lázaro para su pueblo no se habian visto.

— ¡Cuánto me alegro de que vengas acá! — dijo Javier, abrazándole otra vez. — Hacen falta jóvenes como tú. La juventud de ayer se va corrompiendo: unos se enervan, otros retroceden, y algunos se venden por falta de fe.

— Señores: vamos á *Vicentini*, — dijo el doctrino, llevándose á sus amigos.

— ¿Qué *Vicentini*?... á *La Cruz de Malta*, — dijo otro. — Allí hay muchos aragoneses; todos son aragoneses.

— Este no viene sino á la *Fontana*, — dijo Javier, señalando á su amigo.

— ¡Viva la *Fontana*, el rey de los clubs! — esclamó el poeta.

— Y el club de los reyes, — dijo uno que se escurrió como si hubiera dicho una imprudencia.

— ¿Quién ha dicho eso? — esclamó el doctrino furioso.

— No hagas caso; es uno de los que creen esas calumnias, — dijo Javier. — Vamos, señores, esta noche hay gran sesion en la *Fontana*.

— Mañana me llevarás allá, — dijo Lázaro á su amigo con empeño.

— ¿Cómo mañana? Esta noche misma, ahora mismo. ¿Vas á perder la mas importante sesion que se ha visto ni verá?

— ¿Pero cómo puedo ir esta noche? Si acabo de llegar. Tengo que ir á casa de mi tio.

— ¿Tienes aquí un tio? ¿Es liberal?

— Presumo que sí: no le conozco.

— ¿Y ahora vas allá?

— Naturalmente.

— ¡Qué disparate! Déjate ahora de tios. Vénte á la *Fontana*. Son las ocho: ya va á empezar. A la salida te vas á tu casa.

— Hombre... eso no me parece bien, — dijo Lázaro suspenso.

— ¿Pero cómo vas á perder esta sesion? Habla Alcalá Galiano, Romero Alpuente, Florez Estrada, Garelli y Moreno Guerra. No habrá otra sesion como esta. ¿Qué mas da que vayas á tu casa ahora ó á las doce? Tu tio creerá que no ha llegado la diligencia.

— Hombre, no. Estoy cansado. Me esperan tal vez en su casa.

— No seas tonto. Vénte á la *Fontana*. No hay mas remedio sino que vas. ¿Dónde vive tu tio?

— Calle de Válgame Dios.

— ¡Jesus, qué léjos! No vayas allá ahora.

Lázaro tenia un vivo deseo de llegar pronto á casa de su tio: ya se comprenderá por qué. Pero le era humanamente imposible, porque su cariñoso amigo le llevaba casi por fuerza al club. Ademas las razones con que disculpaba aquella determinacion tenian tambien algun peso en su mente. Aquel recibimiento caluroso, la noticia de aquella gran sesion de la *Fontana* que consideraba como la mas solemne, inteligente y brillante de España, estimularon el entusiasmo á que siempre propendia su carácter, y se dejó llevar.

Quién sabe si habia algo de providencial en aquella estemporánea visita á la *Fontana*. Fuera cosa de ver que sin sacudir el polvo del camino (esto pensaba él) le acogieran con aplauso en el club mas ilustre y célebre de la monarquía. Tal vez le conocian ya de oidas por sus brillantes discursos de Zaragoza. ¿Cómo tal vez? Sin duda le conocian ya. A estos

pensamientos se mezclaba el orgullo de que á oidos de Clara llegara al dia siguiente su nombre, llevado por la fama. Una apoteósis se le presentaba confusamente ante la vista. ¿Por qué no? Sin duda aquello era providencial.

Así es que la resistencia que al principio puso á la idea de Javier de llevarle tan fuera de tiempo á la *Fontana*, se fué desminuyendo á medida que se acercaba allá. No le tengais por loco todavía.

Llegaron. La puerta estaba obstruida por un inmenso gentío. Pero el doctrino con los suyos y Javier con Lázaro y el poeta tuvieron medio de entrar por un patio interior. La sesion era muy agitada. Un orador acusaba al gobierno de la destitucion de Riego. Contó lo que habia pasado en Zaragoza, y acusó á los habitantes de esta ciudad por no haber defendido á su general.

— Poner la mano — decia — en un héroe como Riego es la mayor de las profanaciones. ¿Y qué ha hecho Zaragoza? ¡Oh! la ciudad en que tal cosa ha pasado, permaneció muda y permitió que su capitan general fuera destituido; dejó que un vil esbirro manchara la sagrada nocion de la autoridad, despojando de ella á Riego! (*Grandes aplausos.*) Se ha dado el pretesto de que Riego fomentaba el desórden en todo Aragon. Esto no es cierto: es una mentira fraguada en esos oscuros conciliábulos de cierto palacio que no quiero nombrar. (*Rumores y risas.*) Se le manda de cuartel á Lérida como un sospechoso y se entrega el mando al jefe político. ¿Quién es ese jefe político? Siempre fué enemigo de la libertad. Todos le conoceis: es un enemigo encubierto de la libertad. ¡Abajo los disfraces! (*Aplausos.*) Lo que se quiere, bien lo conoceis, es ir apartando poco á poco de los cargos públicos á los buenos liberales, para poner en ellos á esos hipócritas que se llaman nuestros amigos, y nos detestan en el fondo de sus corazones corrompidos. (*¡Sí! ¡sí! ¡sí!*) ¿Qué se pretende? ¿A dónde nos conducen? ¿Qué va á resultar de esto? ¡Ay de la libertad que hemos conquistado! Mucha atencion, ciudadanos. No os descuideis. Estad alerta, ó si no, ¡ay de la libertad! (*¡Bien, bien!*)

Pero, lo repito, señores: ¡de quien tengo mas quejas es del pueblo de Zaragoza, de ese pueblo, que yo creí el mas

grande de la tierra, y que no lo es!... ¡No, no lo es! (*Rumores*) ¿Por qué permitió que Riego fuera destituido? ¿Por qué le dejó marchar? ¿Y es esta la ciudad de 1808? No: yo diré á esa ciudad: no te conozco, Zaragoza. Tú no eres Zaragoza. Ya no sabes levantarte como un solo aragones. Has dejado atropellar á Riego. ¡Tú nos salvaste en otro tiempo! Pero hoy, Zaragoza, nos has perdido! *(Grandes y continuados aplausos.)*

Un jóven se levantó (era aragones).

— Protesto, dijo, con la mayor energía contra las acusaciones lanzadas á mi patria, á la noble capital de Aragon, por ese señor cuyo nombre no sé... ni quiero saberlo. *(Una voz dice: Alcalá Galiano.)* Mi patria no ha olvidado su honor. ¿Qué quereis que hiciera contra lo mandado en un decreto del gobierno constitucional?...

— ¡Desobedecerlo! — gritaron varias voces.

— Señores: dejadme continuar.

— ¡Que siga! que siga!

— Protesto en nombre de mis paisanos, y afirmo que es Zaragoza el pueblo de España que mas ha hecho en todos tiempos por la libertad. ¿No se la acusa de ser un foco de exaltacion republicana? ¿No se ha dicho que de allí salen las ideas mas disolventes, que allí se elabora una conspiracion para sostener la república?

— Hechos quiero, y no palabras — dijo el primer orador.

— Pues hechos tendreis. ¿No sabeis que existe en Zaragoza un club cuya influencia y prestigio alcanza á todo Aragon? Ese club, llamado *democrático*, ha sido en dos años la mas entusiasta y eficaz asamblea de la nacion. Lo que allí se ha predicado, bien lo sabeis. Las voces elocuentes que allí han resonado, bien autorizadas son. La propaganda que allí se ha hecho, ha llegado hasta aquí. *(Rumores.)*

— No sabemos lo que es ese club. Siempre nos hablan ustedes los aragoneses del club de Zaragoza, y aun hoy no sabemos lo que es eso. ¿Qué es eso? Mucho discurso democrático pero ningun acierto para hacer propaganda y formar un partido. Pero en último resultado, ¿cuáles son las teorías de ese club tan decantado? Yo desconfío de él. ¿Quién habla en ese club? Conozcamos á sus hombres. Creo que la mayor parte de los que estamos aquí reunidos, miraran á

esa insignificante reunion con el desden que merece. *(Voces y algazara.)*

Muchos aragoneses se levantaron apostrofando al orador. Lázaro escuchaba todo inmutándose por grados. Sus amigos le decian en voz baja que defendiese al club de Zaragoza. De repente un aragones se levantó en medio de la sala, y señalando al sitio donde se hallaba Lázaro con los demas llegados aquella noche, dijo:

— Prèsentes están algunos señores que han pertenecido á ese club.

Todos miraron á aquel sitio.

— Bien — dijo el orador. — Si están ahí esos señores, que hablen; que nos digan lo que es ese club y qué ha hecho. Queremos oirles: que hablen.

— ¡Aquí está el orador mas notable del club democrático de Zaragoza! — dijo en voz muy alta Javier, señalando á su amigo.

— ¡Sí, sí! — dijeron todos los aragoneses que habia en el recinto, reconociendo á su compatriota. Defiéndanos Vd., defiéndanos.

Todas las miradas se fijaron en Lázaro ¡Cosa singular! En aquel momento, una súbita trasformacion se verificó en el ánimo del jóven. Se sintió turbado, se esforzó en saludar, quiso hablar y no pudo. Pero le impelian hácia la tribuna, y no habia remedio. Si no hablaba ¿qué dirian de él? Lázaro habia brillado en Zaragoza por su elocuencia: habia aprendido á dominar la multitud, á sobreponerse á ella, á manejarla á su antojo. Pero en aquella ocasion se encontraba novicio, se desconocia, tenia miedo.

— ¡Que hable, que hable!

— Abrid paso, esclamó uno de los diputados mas notables de las Cortes de entónces.

Lázaro tuvo una inspiracion: el recuerdo de su jóven y amable amiga le fortalecia; y á la manera de aquellos caballeros antiguos, que invocaban el auxilio soberano de su dama ántes de entrar en combate, procuró evocar todas las imágenes de gloria y felicidad que le habian dado estímulo. Ensanchado el pecho con esto, subió á la tribuna. Desde arriba miró aquella multitud de cabezas apiñadas, y recibió de un golpe las miradas curiosas de tantos ojos.

Aquello le pareció un abismo. Su rostro, encendido por la turbacion, se puso bruscamente muy pálido. Hubiera querido hablar con los ojos cerrados. Aquellos diputados, aquellos escritores, aquellos políticos eminentes que veia en torno suyo, le daban miedo. Pero él tenia mucho corazon y logró dominarse un poco. ¿Pero cómo iba á empezar? ¿Qué iba á decir? En un supremo esfuerzo de inteligencia, recogió sus ideas, formuló mentalmente una oracion, miró al auditorio... El auditorio le miró á él y observó que estaba pálido como un cadáver. Lázaro tosió; el auditorio tosió tambien. La primera palabra se hacia esperar mucho: por fin el orador tomó aliento, y desafiando aquel abismo de curiosidad que se abria ante él, comenzó á hablar.

CAPITULO X.

LA PRIMERA BATALLA.

Lázaro era un poco retórico en la augusta cátedra del club democrático de Zaragoza. Parece que allí tenian buena acogida ciertas fórmulas del decir que nuestro jóven habia aprendido con su maestro de humanidades de Tudela, varon docto de la escuela pura de Luzan. El jóven tenia, sin embargo, el instinto de la elocuencia tribunicia, seca, rotunda, incisiva, desnuda. Pero á pesar de esto era un poco retórico, y la *Fontana*, por desgracia en aquella ocasion, era enemiga declarada de la retórica, y mas enemiga aun de las frases hechas, de los lugares comunes y de esos preámbulos oficiosos, neciamente corteses y en estremo fastidiosos de la oratoria académica.

Lázaro tuvo la mala tentacion (porque tentacion del demonio fué sin duda) de empezar con aquello de *su pequeñez en presencia de tantos grandes hombres*, y lo *escogido é ilustrado del auditorio*, siguiendo despues lo de *su confusion* y su *necesidad de indulgencia*, sus *escasas fuerzas*, etc., etc.

El exordio fué largo: otra desventura. Algunas voces dijeron: «al grano, al grano».

Pero á Lázaro le fué un poco difícil dar con el grano, lo cual no es de estrañar, porque no estaba preparado, ni habia vuelto aun de la sorpresa. En vano hizo una sinécdoque de las mas espresivas; en vano quiso dominar al público con cuatro litótes y dos ó tres metonimias: no era aquel el camino. Dijo algunas generalidades que á él le parecian muy nuevas; pero que en realidad eran viejísimas, y concluyó un párrafo con dos ó tres sentencias plutarquianas, que á él le parecian encajar como de molde, pero que no produjeron sensacion ninguna. El esperaba un aplauso: nadie aplaudió.

Lázaro estaba acostumbrado á oir aplausos desde el principio: esto le daba estímulo. La frialdad que notaba en el auditorio en aquella ocasion le desanimó. Quiso pensar en esto, y casi estuvo á punto de no saber qué decir. Y sin embargo, él tenia fijos en la imaginacion algunos magníficos pensamientos; pero ¡cosa singular! no los podia decir. Le parecia verlos escritos delante; pero por un misterio, natural en aquellos momentos, no encontraba la forma oratoria para espresarlos. ¡Qué contrariedad! Poco á poco hasta la voz se le enronqueció. Sin duda habia en el espíritu de nuestro amigo una influencia maligna. Hablaba con frialdad unas veces; notábalo él mismo, y al querer corregirlo, gritaba demasiado. Las ideas le faltaban, las imágenes se le desvanecian, las palabras se le atropellaban en la boca.

¡Ah! ¿Dónde estaban aquellas peroraciones internas llenas de vida, de vehemencia, persuasivas como una voz divina? ¿Dónde estaba aquella lógica terrible, que en la profundidad de sus deliquios oratorios hervia en su cerebro, el cual parecia pequeño para tantas ideas? ¿Dónde estaban los pensamientos sublimes, la facundia descriptiva, la facultad pintoresca, la sentencia concisa y profunda? Sí: él sentia bullir todo esto allá dentro; dentro de aquel Lázaro solitario y apasionado que hablaba á la naturaleza en el silencio de la noche; que hablaba á la sociedad en lo profundo de un sueño. Las ideas, las formas, el lenguaje, todo lo tenia, todo lo sentia dentro de sí; pero no podia, no podia de ningun modo espresarlo.

En todo orador hay dos entidades; el orador propiamente dicho, y el hombre. Cuando el primero se dirige á la multitud, el segundo queda detras, dentro, mejor dicho, hablando tambien. Dos peroraciones simultáneas son producidas por un mismo cerebro. Una es verbal y sonora; dejémosla al público. Otra es profunda y muda: examinémosla. Lázaro describia, apostrofaba, rebatia, esponia, declamaba. Interiormente, la otra voz parecia decir esto: «¡Qué mal lo estoy haciendo! ¡No me aplauden! ¿Qué debo decir ahora?... ¿Trataré este punto?... No lo trato... ¿Y aquella idea que ántes me ocurrió?... ¡Se me ha escapado!...» Y al mismo tiempo no interrumpia su oracion; continuaba defendiendo el club de Zaragoza, esplanaba un sistema democrático, y hacia ademas una breve historia de la república. Pero la voz de dentro seguia de este modo: «No sé qué hacer... ¿Por qué no me aplauden?... No me conozco... Yo tenia tantos argumentos... ¿Dónde están?... ¡Ah! Voy á emitir esta gran idea... Ya la he dicho... No ha hecho efecto... procuraré ser esmerado en la frase... Esta oracion va bien... ¿Como la terminaré?... ¡Qué apuro!... no doy con el adjetivo.. ¡Demonio de adjetivo!... ¡Ah! terminaré con un apóstrofe... allá va... No ha hecho efecto... no me aplauden.»

Así hablaba el alma atribulada de Lázaro, miéntras con los medios esteriores se dirigia al auditorio en un discurso confuso, tortuoso, desigual y falto de lógica.

Empezaron las toses. Dicen los oradores que al oir las toses en las pausas de sus discursos, se les hiela la sangre. Lázaro las oyó repetidas y comunicadas á todo el auditorio, y resonaron en su corazon como siniestros ecos. El tosió tambien. ¡Ah! la tos le concedió cuatro segundos de descanso: hizo un esfuerzo desesperado, tomó algunas ideas en aquel depósito que tenia en la mente, se apoderó de ellas con firmeza, y prosiguió hablando:

«Allá va eso, decia la lengua interior; allá van... las espondré de este modo... no... mejor de este otro... no... mejor del otro... de cualquier modo... ¡Oh! hay allí uno que se está riendo... Y otro que cuchichea... Pero qué tos les ha entrado... No les gusta lo que digo ahora... ni esto tampoco... ánimo... Concluiré este párrafo con una cita... allá va... ¡Ah! tampoco ha hecho efecto.»

Compréndase bien que estas frases que nadie oye y el discurso que oyen todos, guardan un perfecto paralelismo.

¡Ah, qué misterios hay en la inteligencia humana, y qué fenómenos tan estraños en sus relaciones con la palabra humana!

¿Por qué fracasó el discurso del aragonès? ¿Fracasó por la reunion diabólica de mil accidentes, ajenos á la naturaleza de su grande ingenio y de su fácil palabra? ¿De quién fué la culpa, de él ó del público? Aquí hay otro gran misterio. El público y el orador tienden á fascinarse mutuamente. El primero mira y oye: no sabemos lo que es mas terrible, si la mirada ó el oido. Aquellos miles de pupilas dan vértigo. La atencion de tanta gente dirigida á una sola voz confunde y anonada. El orador por su parte ve y oye; ve la serenidad anhelante ó desdeñosa, y oye toser. Por eso Lázaro hubiera deseado en algunos momentos de aquella noche ser sordo y ciego. Pero el orador tiene sobre el público una ventaja; tiene un arma ademas de la palabra, el gesto. El tambien fascina, él tambien lleva en sus ojos aquel vértigo que confunde y anonada, él generalmente mira hácia abajo para ver al público, puede mover sus brazos y su cabeza cuando el público está como atado de piés y manos, inmóvil y viviendo solo de atencion.

Aquella noche fatal Lázaro y el público no se fascinaron mutuamente, no se impusieron el uno al otro, no se comunicaron. Ni Lázaro persuadió al público, ni este aplaudió á Lázaro. Un público no persuadido y un orador no aplaudido se rechazan, se repelen con energía. «Es preciso que calles», hay que decir á este. «Es preciso que te marches» hay que decir á aquel.

El jóven aragones habia tenido la peor de las tentaciones, la tentacion de ser largo y difuso. Un segundo mas de lo regular basta á concluir la paciencia de un auditorio y á trocar su interes en hastío: Lázaro vió pasar este segundo sin notarlo. Indudablemente no se comprendieron el uno al otro. ¿Se despreciaron mutuamente? ¿Se temieron mutuamente? Tal vez empezaron por temerse; pero es lo cierto que acabaron por despreciarse.

Lo singular es que si se hubiera preguntado á cualquiera particularmente su opinion sobre el discurso, hubiera dado

tal vez una opinion no desfavorable; pero la opinion de un público no es la suma de las opiniones de los individuos que lo forman, no; en la opinion colectiva de aquel hay algo fatal, algo no comprendido en las leyes del sentido humano. Decididamente Lázaro fracasaba.

Veinte veces se le ocurrió que era preciso concluir. Pero, ¿cómo? No se atrevia. Iba á concluir mal. ¡Qué horror! Y para terminar mal, valia mas no terminar, seguir hablando, siempre, siempre, siempre. Buscaba el final y no podia encontrarlo. ¡Y el final es tan importante! Podia rehabilitarse en un momento de inspiracion. ¡Oh! la idea de concluir sin un aplauso le daba horror. Por eso temia el final y lo evitaba. Pero era preciso acabar: á las toses siguieron los bostezos, á los cuchicheos los murmullos. Buscaba sin cesar el remate, daba vueltas alrededor del asunto procurando una salida; pero no encontraba escapatoria: la palabra se deslizaba de su boca, y afluia continua, sin solucion, infinita.

«Es preciso concluir» decia la voz interior. «¿Concluir? no hallo el fin, y el fin ha de ser bueno... ¡Dios mio: ampárame! Resumiré... recapitularé... pero ya no me acuerdo de lo que he dicho... ¿Pediré perdon al auditorio?... No: eso es rebajarme...» Al fin le ocurrió la oracion final, y la empezó; pero al llegar al final, otra oracion se enlazó con ella, y con esta otra, y otra, y otra. Su discurso era una oscilacion sin término; pero el público se impacientaba. Ni un minuto mas: se apoderó del último período, resuelto á que fuera el último. Pronunció al fin el postrer sustantivo; y despues, alzando la voz, emitió con graduacion los tres adjetivos que le acompañaban para darle fuerza, y calló.

La postrera palabra de aquel malhadado discurso vibró en el espacio sola, seca, triste, con una fúnebre resonancia. Ni un aplauso, ni una esclamacion satisfactoria la recogió. Su voz habia caido en el abismo sin producir un eco. Parecíale que no habia hablado, que su discurso habia sido una de aquellas mudas, aunque elocuentes manifestaciones internas de su genio oratorio. Estaba en un desierto: rodeábale una noche. ¿Qué habia dicho? Nada. Y habia hablado mucho. Aquello fué como si diera golpes en el vacío, como si hiriera

en una sombra, creyéndola cuerpo humano, como si hubiera encendido un sol en un mundo de ciegos. Bajó con el alma atribulada, oprimido el corazon, ardiente y turbada la cabeza, bañado el rostro en sudor frio.

En vano Javier quiso rehabilitarle dando algunas palmadas tardías. El público, animal implacable, le mandó callar. Lázaro tuvo la presencia de espíritu suficiente para contemplar cara á cara aquellas cien bocas que bostezaban. Robespierre se desperezaba en el mostrador con una verdadera espresion de fastidio.

— Lo he hecho muy mal, — dijo tristemente el orador al oido de su amigo.

— Ya lo harás mejor otro dia. Eres un gran hombre; pero no has tocado en el *quid*. Con una leccion mia estarás al corriente. Otro va á hablar: atiende ahora.

— No: yo me voy á casa de mi tio. No puedo estar aquí mas tiempo. Me ahogo.

— Espera á ver lo que este va á decir.

Un segundo orador subió á la tribuna á disipar el fastidio que la peroracion de Lázaro habia causado. Miéntras la multitud celebraba con aplausos maquinales las frases de su orador favorito, el otro se iba sumergiendo lentamente en una profunda melancolía. Nada es mas terrible que estos momentos de desencanto en que el alma yace atormentada por los dolores de la caida: el tormento de esta situacion consiste en cierta ridiculez que rodea todos los recuerdos de las pasadas ilusiones. Todas las frases de íntimo elogio, de profundo orgullo con que ántes se regaló la imaginacion, resuenan con eco de burla en la pobre alma abatida, llena de vergüenza.

— Pero es preciso intentar una rehabilitacion — decia Lázaro para sí — ¿Y cómo? Todos murmuran de mí, y si mañana se ofrece hablar de mi discurso, dirán todos que fué detestable, malísimo. Correrá de boca en boca, llegará á oidos de todas las personas que me interesan. Ella lo sabrá, se reirá tal vez de mí. Todos se reirán ahora de mí.

Lo mas particular es que desde que bajó de la tribuna empezaron á ocurrirle grandes pensamientos, magníficos recursos de elocuencia, soberbios golpes de efecto, citas oportunísimas; y estaba seguro de que, diciendo aquello, arrancaria

grandes aplausos. Pero ya era tarde: estaba allí mudo y perplejo, cubierto su espíritu de una nube sombría.

Entretanto el nuevo orador divagaba á sus anchas por el campo de la historia y de la política; y por último, espuso la necesidad de la manifestacion preparada para el siguiente dia. Todos se levantaron unánimes, gritando: «¡Sí!» Todos prometieron concurrir, y tres ó cuatro, encargados del ceremonial dieron cuenta del arreglo de la procesion; se fijó la hora, se designó el punto de reunion. Los *bravos* sucedieron á los aplausos, y los aplausos á los bravos; y al fin la sesion terminó.

Los socios comenzaron á salir; pero aquella fraccion ignorante y turbulenta, que ocupaba siempre uno de los rincones del café, no creyó conveniente salir sin decir algo. Calleja subió á una silla y dijo, dirigiéndose á los suyos:

— ¡Señores, serenata á Morillo!

La idea fué acogida con el estrépito natural en aquella gente. Morillo era el capitan general de Castilla la Nueva. Enemigo de asonadas tnmultuosas, habia tomado sus medidas para impedir la procesion. Una parte del pueblo se agolpó junto á su casa en la noche del 17, atronando toda la calle con una espantosa cencerrada.

— ¡Serenata á Morillo! — dijo Calleja, saliendo de la *Fontana*, y reuniendo toda la gente dispuesta para el caso, que por allí pasaba. No sabemos por dónde vino; pero allí estaba Tres Pesetas. Nuestros tres amigos y Lázaro salieron de los últimos, y se acercaron por curiosidad al grupo que Calleja habia formado.

Entretanto, el barbero pasó en dos zancajos á la otra acera, y se acercó á la puerta de su casa. Su mujer salió á encontrarle.

— Ciudadano, ¿has hablado? — le dijo.

— No, ciudadanita mia. No puede ser esta noche; pero lo que es mañana, ó hablo, ó me corto la lengua. Ya tengo estudiado el principio, y no se me olvidará una letra. Cuando hable, me los como.

— Estoy por no dejarte entrar, — le contestó gravemente su mujer. — Si yo llevara calzones, ya me habian de oir. Así y todo, si me pusiera los volvia locos... Si yo tuviera

calzones andaba por esos *clubes* á qué quieres boca. Porque tengo mas verdades aquí en el buche.

— Ya verás mañana á la noche si hablo ó no. Es que cuando voy á empezar me hace unas cosquillas la lengua... y me trabo. Pero no tengas cuidado, que los voy á dejar atorrollados.

— ¡Serenata á Morillo! — dijeron cien voces.

— Señores, esclamó uno de los mas célebres oradores de la *Fontana*: — váyase cada uno á su casa, que estos desórdenes nos van á desacreditar. Cada uno en paz á su casa; nada de gritos.

Estos discretos consejos fueron saludados con un murmullo prolongado de reprobacion.

— ¿Quién es ese servilon? — dijo una voz aguardentosa, que no era otra que la del sin par Chaleco.

— A casa de Morillo, — dijo Calleja. — Mujer, tráeme el almirez.

El gentío aumentaba con nuevas remesas enviadas de la plazuela de la Cebada y del barrio del Salitre. Los socios de la *Fontana* se habian marchado, cerróse el club y solo quedaron en la calle los tres amigos y Lázaro que se despedia para ir á casa de su tio.

— Espera un instante para ver lo que sale de aquí — le dijo Javier deteniéndole.

A la sazon una persona daba fuertes golpes á la puerta de Calleja.

— ¿Qué hay? — dijo este acercándose é interrumpiendo una patriótica y barberil alocucion que habia comenzado.

— Que vaya Vd. en seguida á sangrar á D. Liborio que está muy malito.

— Demonio de enfermo: mañana le sangraré.

— No puede esperar: vaya Vd. pronto — esclamó el criado.

— Señores: ¿qué hago? — dijo Calleja á sus amigos.

— No vayas, Calleja; que se sangre él solo. Esta no es noche de sangrías. ¡A casa de Morillo!

— Señores... yo quisiera cumplir... porque ya ven ustedes... mi profesion. La ciencia es lo primero.

— No vayas, Calleja.

— Señores volveré en seguida. A ver — añadió abriendo la puerta de su casa. — Ciudadana, tráeme las lancetas.

La ciudadana salió muy afligida, y dijo:

— A ver cómo le ponemos una ayuda á Joaquinito, que está muy malo. ¡Si vieras qué vomitona le ha dado! ¿Se la pongo de malvas ó de pazote?

— Póngasela de demonios cocidos, hermana — esclamó Tres Pesetas furibundo.

— Poco á poco, señores, — contestó Calleja. — ¿De malvas ó de pazote? Déjenme Vds. ver cómo se arregla eso; porque para mí... ¿por qué lo he de negar? La ciencia es lo primero.

Lázaro insistia en dejar á sus tres amigos. Tan aburrido y melancólico estaba.

— Espera, hombre — le decia Javier, deteniéndole aun. — Espera á ver lo que hacen estos bárbaros.

— ¿Qué es eso de bárbaros? — esclamaron con furia los que mas cerca estaban: volviéndose hácia los amigos con tanto interes que hasta el mismo Calleja dejó la ciencia por salir en defensa de la corporacion. — ¿Qué es eso de bárbaros, caballeritos?

— ¿Quiénes son esos pelandingues? dijo uno.

— Déjame esos lechuguinos, que quiero hacer una *ensalaa*, — dijo Chaleco.

— Este es el aragones que nos rezó el rosario esta noche. ¡Qué modo de hablar!

— Si parecia un sermon de Viérnes Santo...

— El diablo me lleve si no los acaricio las muelas á esos catacaldos — dijo Tres Pesetas, dispuesto á hacer lo que decia.

Javier, el doctrino, el poeta clásico, vieron una tempestad sobre sus cabezas; pero el poeta clásico, que era el mismo enemigo, no se acobardó y tuvo el antojo de llamar *rapista* al grandioso Calleja. La chispa saltó, y la lucha era inminente; pero tan desigual, que los cuatro mozos no quisieron arriesgarse á ella, volvieron las espaldas y apretaron á correr, unidos siempre, dirigiéndose á la calle de la Victoria. Muchos de los contrarios les siguieron dando voces y arrojándoles piedras; pero los fugitivos andaban muy lijeros y lograron refugiarse en la calle de la Gorguera, metiéndose en el

portal de la casa en que uno de ellos vivia. Cerraron cuidadosamente por dentro: un enorme canto, lanzado por las robustas manos de Tres Pesetas, chocó en la puerta tan fuertemente, que si hubiera cogido á alguno le hace añicos. Felizmente los jóvenes estaban seguros, y los de fuera, al ver que la presa se les habia escapado, retrocedieron, marchándose todos á dar una armoniosa cencerrada al capitan general de Madrid.

CAPITULO XI.

LA TRAGEDIA DE LOS GRACOS.

Luego que sintieron alejarse á sus perseguidores, los amigos subieron. Allí vivia el poeta clásico.

— ¿Tienes qué cenar? — le preguntó el doctrino.

— Un magnífico festin — contestó el poeta. — Un cuarteron de queso manchego y una botella de Cariñena. Mandaremos por unos buñuelos á la taberna de la esquina.

Lázaro tenia un hambre espantosa. Desde las nueve de la mañana no habia probado cosa ninguna; y el cansancio del camino, los esfuerzos mentales y la gran fatiga moral de aquella noche, le habian rendido hasta el punto de que no podia tenerse. Subió con los demas, sin fuerzas para emprender á aquella hora el viaje á casa de su tio. La comitiva, guiada por el poeta clásico, se internó en la escalera.

No hay viaje al polo Norte que ofrezca mas peligros que una escalera angosta de casa madrileña, cuando la oscuridad mas completa reina en ella. Comenzais dando tumbos aquí y allí: de repente tropezais con la pared; chocais con una puerta y el ruido alarma á la vecindad. Dais con el sombrero en un candil, que, aunque estinguido por falta de aceite, tiene la bastante para poneros como nuevo. Y todo esto es llevadero, cuando no se encuentra al truhan que baja ó al galan que sube, cuando no sentís el retintin de la ganzúa, que

intenta abrir una puerta, cuando no resbalais en las sustancias depositadas por los gatos sobre los escalones, cuando los mismos animales no resuelven sus querellas ante vos, enredándose en vuestra capa y en vuestras piernas, cuando no tropezais con la amorosa conjuncion de dos estrellas que pelan la pava en el último tramo.

Por fin la espedicion llegó á las regiones boreales de la casa, á la elevada zona en que el poeta habia hecho su nido. Tocaron, y, abierta la puerta, nuestros amigos se encontraron frente á frente de una mujer que, con soñolientos ojos y rostro avinagrado alzaba la mano sosteniendo un candil, próximo á imitar la sábia conducta de los de la escalera. Este candil comunicó su luz á otro mejor acondicionado que habia en el cuarto donde entraron los cuatro jóvenes. La dama echó el cerrojo á la puerta de la escalera, y dando las buenas noches con la entonacion de un responso, se fué. No habia andado cuatro pasos cuando volvió, y arrebujándose bien en su manto, con honestos y recatados ademanes, dijo:

— Por Dios, D. Ramon: no vayan Vds. á hacer ruido, que está alborotada la vecindad con la algarabía que arman ustedes todas las noches. Porqué, ya ve Vd.... Una es comidilla de las gentes de abajo. La encajera ha ido diciendo que esto era un burdel, y que no se podia vivir en esta casa. Ya ven Vds... como una es mujer de opinion...

La señora que tan celosa se mostraba de la opinion de su casa era doña Leoncia Iturrisbeytia, vizcaína, como es fácil conocer por su apellido, patrona de aquel establecimiento, mujer de bien, como de cuarenta años mal contados, de buen aspecto, robustas formas, alta estatura, cara redonda y carácter bonachon y mas que sencillo.

— Señora, déjenos Vd. en paz — le contestó Javier. — Si viniera D. Gil con nosotros no se incomodaria Vd.

— Vaya, ya empieza Vd. con sus bromas, D. Javier.

— ¿Y cuando se casa Vd., doña Leoncia? — le preguntó el doctrino.

— ¿Yo casarme? ¿Yo? — dijo doña Leoncia con mal disimulada satisfaccion.

— Pues sepa Vd. que se lleva un buen mozo. D. Gil es hombre que hará carrera... está en buena edad...

Una carcajada de los otros dos y una sonrisa forzada de

la patrona acogieron aquellas palabras. La vizcaína tenia un pretendiente, y este era D. Gil Carrascosa, aquel individuo que fué lego, abate, covachuelista y cuanto hay que ser. Corrian por la vecindad rumores alarmantes respecto á la existencia de cierta buena concordia, parecida á la familiaridad, entre el poeta clásico y doña Leoncia la vizcaína. No penetremos en lo sagrado de estos clásicos y patroniles secretos.

Doña Leoncia notó la presencia de un desconocido y quiso darse tono. Se puso séria y reprendió á los estudiantes por su poca formalidad. Despues hizo un pomposo ademan, algunas cortesías y se marchó.

— Adios Ariadna, Antígone, Sofonisba, Penélope, — dijo cuando la vió fuera el poeta, que gustaba mucho de aplicarle aquellos nombres heróicos.

Poco despues de esta despedida se sintieron ciertos ronquidos muy broncos y prolongados. Era Ariadna, Antígone, Sofonisba, Penélope, que dormia en el interior. ¡Cuán felices son las semidiosas!

Javier y el doctrino tomaron en competencia posesion de la cama. Lázaro se acomodó lo mejor que pudo en una silla de tres piés y medio, y el poeta continuó en pié haciendo los honores del sotabanco. Del cajon de la cómoda sacó un pedazo de queso envuelto en un papel, que se habia hecho trasparente. Un cuchillo, una botella y un plato, en que habia panecillo y medio, salieron de otro rincon, y el festin fué preparado en la mesa, para lo cual fué preciso apartar á un lado dos tragedias en verso heróico, un retrato de mujer roido de ratones, un ejemplar de la Constitucion, un tintero de cuerno y una babucha, dentro de la cual habia unas tijeras, una caja de obleas y medio tomo del teatro de Crebillon.

El cuarto aquel era curioso. La cama se ostentaba lo mas horizontal que le era posible sobre dos banquillos, cuyas tablas sostenian un jergon de tan tortuosa superficie, en que el durmiente rodaba de cima en cima ántes de poder conciliar el sueño. Una estera de esparto, finísima en los tiempos de Cárlos III, cubria las dos terceras partes del piso, siendo inútiles todos los esfuerzos de doña Leoncia para estirarla hasta cubrir lo que faltaba. Un inmenso baul alternaba con

la cama, y á juzgar por lo corroido del cuero y la suciedad acumulada entre él y la pared, los ratones habian tomado por su cuenta la empresa de colonizar aquel recinto. Adornaban las paredes algunos cuadros: el mas notable era un trabajo de pluma hecho por el tio del cuñado del abuelo de la vizcaína, que habia sido un insigne calígrafo, y toda la lámina estaba llena de rasgos, líneas, letras raras, rúbricas y floreos de pluma, trabajo ilegible por ser tan excelente. Por otro lado pendia de la pared un cuadrito de marco ex-dorado, que encerraba las habilidades juveniles de la abuela de doña Leoncia, bordadora de lo mas fino. Al lado de estos monumentos de familia estaban un par de figurines del Directorio y una vírgen del Pilar, simplemente pegada en la pared con cuatro obleas.

Ramon echaba vino en un vaso que iba corriendo de mano en mano: el queso fué distribuido y el pan desapareció en poco tiempo. Lázaro no se mostraba parco en comer, porque la verdad era que tenia un apetito grande, y se sentia desfallecer por momentos.

— Vamos, Ramoncillo, — dijo el doctrino, — léenos un poco de esa tragedia para llorar, que llamas *Petra*.

— ¿Qué Petra ni Petra? — dijo el poeta. — No seas bárbaro. *Fedra* querrás decir.

— Lo mismo me da Fedra que Pancrasia.

— Ya he dejado ese asunto... eso no es nuevo. Ahora lo que conviene es un asunto patriótico.

— Eso me gusta.

— Por fin me decidí por los Gracos... Amigos, ¡qué hombres eran aquellos!

— A ver, — dijo el doctrino. — Léenos algo de esos grajos. Debe ser cosa graciosa.

— Pero ven acá loco, — dijo Javier; — ¿por qué no haces una tragedia de cosas del dia en que salgan hombres como estos de ahora?

— No seas tonto, — dijo el poeta riendo con la mayor buena fe; — ahora no hay héroes.

— Majadero: pues ¿cómo llamas á Churruca, á Mina y á Daoiz?

— Sí, pero esos son héroes de casaca.

Ramon tenia talento, facultades de poeta; pero habia nacido en una época funesta para las letras. Un frio clasicismo agostaba en flor los ingenios, que educados en la retórica francesa, y siguiendo los principios del prosaico Montiano, del rígido Luzan, del insoportable Hermosilla, no atinaban á utilizar los elementos poéticos que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecia, y se esterilizaban buscando el ideal de sus creaciones en un arte exótico y erudito por su naturaleza, riguroso y cruel por sus preceptos.

El pueblo, alimentador de los teatros, no comprendia el alto ditirambo de griegos y romanos; y al mismo tiempo ningun poeta acertaba á poner héroes españoles en la escena. Nasarre en tanto llamaba bárbaro á Calderon, y *La vida es sueño* no era mas que un delirio. Aquella restauracion clásica fué fecunda para la comedia, porque produjo á Moratin, hijo. Pero el drama, la fábula patética que retrata las grandes conmociones del alma, y pinta los mas visibles caracteres de la sociedad, no existia entónces.

Se hacian algunas tragedias, obras pálidas y sin vida, porque no eran animadas por la inspiracion nacional, ni nuestro pueblo vivia en ellas, ni nuestros héroes tampoco. Ya sabemos lo que son esos héroes acartonados de las tragedias clásicas: siempre los mismos. No se concibe el amor á la libertad sin *Bruto,* ni el odio al imperio sin *Cinna.* ¿Cómo puede haber pasion sin *Fedra,* y fatalidad sin *Edipo*, y parricidio sin *Orestes,* y rebelion sin *Prometeo*, y amor á la independencia sin *Persas*? En tiempo de nuestro amigo Ramon, los jóvenes creian esto; y habia algunas personas graves que encontraban á Crebillon mas inspirado que Lope, y á Rotrou mas grande que Moreto.

El poeta de que hablamos escribió su correspondiente *Alceste*, con algun acto de un *Bellerofonte* y varias escenas de tragedia bíblica, tambien de cajon entónces. Tuvo una inspiracion despues, y quiso dejar tan trillado camino. Ideó un *Sobieski*, un *Soliman*, un *Arnoldo de Brescia.* Y por último, un *Padilla;* pero no bien habia escrito algunos versos, retrocedió por miedo á la antigüedad y se fijó en los *Gracos.* Dió principio á la obra y la remató poco ántes de las escenas que estamos refiriendo.

Ya le tenemos sentado sobre la mesa con el manuscrito en

la mano y alumbrado por el candilejo. El doctrino y Javier se disputaban la cama con nuevo furor, y Lázaro, que estaba sentado en la silla, habia cedido al cansancio, y apoyado en la misma cama, esperaba la primera escena de los Gracos.

Javier tosió, limpió la garganta, y leyó la lista de los personajes de la tragedia, seguida de la retahila de tribunos, líctores, centuriones, patricios, pueblo, esclavos. Despues relató la decoracion, que era la plaza pública, sitio de confidencias, de citas, de discursos, de escándalos, de juicios, de todo. Luego empezó el acto. Salia el *tribuno primero* y le decia al *tribuno segundo* si habia visto á Cayo; el tribuno segundo le contestaba al *tribuno primero* que no; pero despues venia el *tribuno tercero* y decia á los dos anteriores que Cayo estaba en casa del sacerdote Ennio Sofronio, y que despues vendria á confiarles sus planes en la plaza pública. Estos se van, y saliendo el *hombre del pueblo primero*, le dice al *hombre del pueblo segundo* que el pan está caro, y que los pobres se están comiendo los codos de hambre, lo cual exaspera al *hombre del pueblo tercero*, que jura por Neptuno y el hijo de Maya que aquello no ha de quedar así. Cada uno se va por donde ha venido, y sale despues Cornelia, que se pregunta por qué estará tan agitado y triste Cayo; dice que rehusa las *viandas ricas de opulenta mesa*, para irse á vagar silencioso y abstraido por la márgen que baña *del lento Tíber la corriente undosa.* Pero pronto viene á sacarla de dudas el mismo Cayo en persona que, alarmado por unas palabras que le dijo el *tribuno tercero* allá entre bastidores, viene á dar con su madre y le dice que escuche y tiemble, con cuyo mandato Cornelia se hace toda oidos, y se pone á temblar como un azogado. Cayo le dice que los dioses le ayudarán en su empresa, con lo cual la otra se tranquiliza y se la quita el tembloreo. Tambien dice que ántes que faltar á su propósito se tragará el Averno á la tierra, beberá el ciervo (*de capital ramaje*) la mar salobre, y se criará la carpa en las crestas del mas alto cerro de Trinacria. Despues de esta declaracion, cae el telon, y cada uno se va por donde ha venido.

Pero ya cuando Cayo hacia estos juramentos, cerró los ojos el doctrino, poco preocupado de que el Averno se tragara á Italia, y comenzó á roncar suavemente como un dios holga-

zan. El poeta no notó este incidente y entró en el acto segundo; pero al llegar al delicado punto en que Cornelia le refiere á su confidente el sueño que ha tenido, empezó Javier á hacer lo mismo, y se durmió tambien. Y allá, cuando el poeta se internaba en los laberintos del acto tercero; cuando el senador Rufo Pompilio se le sube á las barbas al senador Sexto Lucio Flaco (el cual sea dicho de paso, no miraba con malos ojos á la matrona Cornelia, aunque era dueña un poco madura); cuando todo esto pasaba, Lázaro, que habia resistido por cortesía, no pudo mas, y acomodándose en la silla y en el borde de la cama, dió algunas cabezadas, y se durmió tambien olímpicamente, comenzando á soñar dormido, que era cuando ménos soñaba.

El poeta concluyó el tercer acto, en que habia un motin; y ántes de empezar la lectura del cuarto, miró en torno suyo y vió aquella escena de desolacion. — «¡Dormidos, oh dioses!» — esclamó, penetrado aun del espíritu clásico.

Pero era natural. ¿Quién soporta una tragedia con plaza pública, verdadero almacen de endecasílabos? ¿Quién soporta una tan grande racion de clasicismo á aquellas horas, despues de oir veinte discursos, despues de haber cenado?

Aun faltaba algo. El candilejo, que sin duda era tambien poco amante de lo clásico y estaba empalagado de tanto endecasílabo, no quiso alumbrar mas tiempo la plaza pública y se apagó. Ramon cerró á oscuras su manuscrito; comprendió que lo mejor que podia hacer era imitar á sus amigos; bajó de la mesa, tomó la capa, se envolvió en ella y tendióse de largo sobre el bendito suelo. Poco despues estaba tan profundamente dormido como los demas. Así terminó la tragedia de los Gracos. Nos ha sido imposible averiguar si al fin el senador Rufo Pompilio dió al senador Sexto Lucio Flaco el bofeton que deseaba.

CAPITULO XII.

LA BATALLA DE PLATERÍAS.

El sol y doña Leoncia aparecieron con igual esplendor y hermosura en las primeras horas del siguiente dia. La patrona, dejando las ociosas lanas, dió principio á su tocador que era algo complicado; porque consistia en una restauracion concienzuda de todos los deteriores que en su persona hacian lentamente los años.

Despues de dar al viento la poco abundante cabellera, comenzaba á tejer un moño, que á no recibir el refuerzo de unos hinchados cojincillos, no seria mas grande que un huevo. Pasaba inmediatamente á adobarse el rostro, operacion verificada tan hábil y discretamente, que no conociera la *verdad de su mentira* ni el mismo D. Gil, que era la persona que mas se acercaba á ella durante el dia. A veces solia usar cierto pincelito; pero esto no era mas que en los dias clásicos, y no hacemos alto en ello por ahora. En estas ocupaciones estaba, mal ceñidas las faldas, sin corsé, y descubiertas con negligente desnudez las dos terceras partes de su voluminoso seno, cuando una persona entró en la casa y acercándose al cuarto de la diosa, dió un par de golpecitos en la puerta.

— ¿Quién? — dijo alarmada la vizcaína.

— ¡Yo!

— Por Dios, Carrascosa, no entre Vd., que estoy...

Pero Carrascosa empujó la puerta, y la hubiera abierto á no impedírselo por dentro la asustadiza y honesta dama, que dejó el afeite y se ciñó el vestido rápidamente para acudir á defender la plaza.

— Leoncia, Leoncia; mira que soy yo, tu Gil.

— D. Gil, D. Gil; no sea Vd. pesado. Siempre viene usted cuando está una arreglándose. Espere Vd. Pase á la cocina, que tengo que hablarle.

— Yo tambien tengo que hablarte, dijo Carrascosa aplicando el ojo á la cerradura por probar si veia algo.

Doña Leoncia no tardó en arreglarse: se ciñó el corsé, se puso las últimas horquillas, se aplicó dos ó tres alfileres al

pecho, se echó un manton sobre los hombros, y pasó á la cocina.

— Sabes que vengo muy incomodado, — le dijo D. Gil miéntras la dama, que se habia acercado al hornillo, se esforzaba en encender con una pajuela unos carbones; — sabes que estoy muy incomodado, Leoncia, con lo que dice la gente, y vengo á que me saques de dudas; porque, en fin, tengo esto atravesado en el gaznate y no lo puedo pasar.

— ¿Qué? ¿á ver?... ¿á ver qué majaderías traes hoy?

— Nada; sino que la gente da en decir que tú... — Aquí el ex-covachuelista se detuvo, como si efectivamente se le atragantara una cosa en las fauces.

— ¿Que yo?... ¿á ver? ¿qué? — dijo la patrona soplando los carbones.

— Que tú... quiero decir... que ese jovencito que hace versos y vive en ese gabinete, está muy fino contigo, y te está galanteando... Me dijo la frutera que ayer te vió salir con él de paseo y...

— No me vengas acá con majaderías, — dijo doña Leoncia alzando en su derecha mano una badila de cobre que en aquellos momentos le servia; — lo que hay es, que como una es mujer de opinion, ha de estar todo el mundo ocupándose de una para decir lo que se le antoja. ¡Vaya D. Gil! Y ¿usted se anda en chismes con la frutera? ¡Buena está ella! No me vuelva Vd. acá con chismes. Lo que hay es, que no puede uno mover un pié, sin que venga toda la vecindad á decir porqué y porqué no.

— Cepos quedos, — dijo Carrascosa; que yo no dudo de que seas una mujer muy principal; pero debe evitarse que la gente ande diciendo cosas... porque...

— No me hables de eso, Gil; Gil, no me hables de eso, — dijo fingiéndose incomodada doña Leoncia; — que todos los hombres son unos engañosos y está una muy escarmentada... no... digo... muy... Le han dicho á una lo que son los hombres... Y si no, miren al prestamista de abajo, que todos los dias desayuna á su mujer con cincuenta palos.

— ¡Oh, Leoncia de mis pecados! Y piensas que yo no te he de tratar como una dócil ovejuela que eres... Mira, no seas tonta: puesto que nos hemos de arreglar, y es preciso

mantener la opinion, bueno seria que echaras de tu casa á ese mozalvete y que se fuera con sus versos á otra parte.

— Pues digo que no. Si hablan, que hablen; si *enjurian* que *enjurien*. Yo soy mujer de opinion.

— Jesus, Leoncia, ¿y no me haces ese gusto?

Doña Leoncia empezó á reir con mucha gana; y el buen Carrascosa, que no estaba dispuesto aquel dia á ponerse serio, se serenó y concluyó por reirse tambien.

— Mira que esta tarde voy con doña Petronila y la Juliana á merendar á Chamartin. Doña Ramona vendrá tambien, y si tú vienes, cantarás aquellas seguidillas que sabes.

— Yo no estoy para seguidillas. Lo que me carga es que vaya ese D. Ramoncito, que me tiene ya hasta aquí. Mira, Leoncia: si lo echas, estaré cantando seguidillas cuatro dias seguidos. ¡Ah! No me acordaba: ¿sabes que estamos arreglando una procesion en las Maravillas? Ya te proporcionaré un balcon para que la veas. Va á estar muy lucida, y salen mas de veinticinco santos y todas las cofradías de Madrid.

— Mira, Gil: no te andes con procesiones, que es cosa que no me gusta.

— ¡Qué atroz eres, mujer!

— ¿Con que vienes á Chamartin?... dijo doña Leoncia poniendo un pucherillo con chocolate encima de las brasas.

— Sí; bueno es que nos vayamos allá; porque hoy hay jarana en Madrid, y se me antoja que habrá tiros por esas calles.

— ¡Jesus y Santa Librada! ¡Otra jarana! — dijo la vizcaína con el rostro descompuesto y mudando de color. — Pero, ¿qué hay?

— Ahí es nada. Que esos locos de la *Fontana* van á pasear el retrato de Riego con música y todo. La autoridad ha prohibido esa procesion, y ellos dicen que la habrá. Veremos quién gana. Ya anda la gente por ahí alborotada y pronto hemos de ver el tumulto.

En efecto, el ruido no se hizo esperar: un gentío inmenso ocupaba la vecina plazuela de Santa Ana, y hasta la tranquila mansion de doña Leoncia llegó el rumor de las voces. La criada que venia de comprar, entró dando gritos

de terror y diciendo que habia sentido unos grandes cañonazos. A los gritos de la gallega despertaron los tres amigos y Lázaro.

— ¿Qué hay? — dijo Javier. — ¿Qué algarabía es esa?

— ¿Qué ha de ser sino la procesion? — dijo el doctrino.

Lázaro se levantó dolorido; porque con la molesta posicion que en el sueño tomó, parecia que se le habia roto el espinazo. Abrieron el balcon y miraron. Doña Leoncia entró en el cuarto del poeta dando alaridos y manoteando.

— ¡Jesus, Jesus! ¡No abran Vds. el balcon, que se nos va á meter aquí alguna bomba! No oyen Vds. los cañonazos? ¡Jesus qué cañonazos tan fuertes!

— Señora, Vd. está soñando con los cañonazos.

— No te alarmes Artemisa, Electra...

— ¡Cierren ese balcon!

Los cuatro jóvenes eran muy curiosos para contentarse con mirar desde el balcon. Bajaron á la calle con mucha prisa para unirse al gentío, aunque Lázaro pensaba dejar aquello y marcharse inmediatamente á casa de su tio, recogiendo de antemano su mezquino equipaje en el parador del Agujero.

— ¿Quién es ese jóven? — dijo D. Gil á la patrona luego que los cuatro habian bajado.

— D. Javier.

— No; el otro, el nuevo.

— No sé quién es; le trajeron anoche.

Carrascosa creyó reconocer en aquel jóven al sobrino de su amigo, á quien habia tratado en Ateca; y queriendo cerciorarse, porque sin duda le interesaba, bajó tras ellos. Los cuatro jóvenes se mezclaron al gentío: no se podia dar un paso. La procesion estaba organizada, y pronto iba á emprender la marcha para salir á la calle de Atocha. Una gran confusion reinaba en la multitud, y eran vanos los esfuerzos de dos ó tres personas para poner en filas ordenadas al pueblo y dirigirle.

Lázaro trató de marchar á donde debia; pero tuvo una tentacion; tentacion que le hizo detener meditabundo y preocupado. Al ver aquella multitud, su imaginacion, abatida y exánime desde la singular escena del café, volvió á remon-

tarse tomando su acostumbrado vuelo. Allí estaba reunido un pueblo, dispuesto á una gran manifestacion. Confuso y como asustado de su empresa, aquel mismo pueblo vacilaba, no tenia fijeza ni determinacion: sin duda allí faltaba algo. Lázaro quiso dominarse rechazando la tentacion. Se alejó del pueblo y volvió á acercarse á él. — Sí; pensaba, aquí falta algo, falta una voz.

Habia llegado aquel momento supremo de las agitaciones populares en que las turbas se paran silenciosas, alterados aquellos miles de corazones por un solo y profundo temor, preocupadas aquellas mil cabezas con una sola duda. Falta que una voz sola diga lo que todos sienten. En estos momentos solemnes es cuando vemos un cuerpo elevarse sobre miles de cuerpos y una mano temblorosa estenderse sobre tantas cabezas. Una voz espresa lo que en tantos cerebros pugna por adquirir formas orales, esa voz dice lo que una multitud no puede decir; porque la multitud que obra como un solo cuerpo y obra con decision y seguridad, no tiene otra voz que ese rumor salvaje compuesto de infinitos y desiguales sonidos.

Cuando aquel hombre ha hablado, la multitud ha hablado, la multitud se conoce, ha podido recoger y unificar sus fuerzas, ha adquirido lo que no tenia, conciencia y unidad. Ya no es un conjunto inorgánico de fuerzas ciegas: es un cuerpo inteligente cuya actividad tiende á un objeto fijo, bueno ó malo, pero al cual se encamina con decision y conocimiento.

Esto pensaba Lázaro. ¿Podria él ser ese medio de espresion? ¿Seria el Verbo revelador de aquel cuerpo ciego é inconsciente? ¿Hablaria ó no hablaria? La masa en tanto se arremolinaba y se estendia por la plazuela del Angel. Lázaro la siguió como fascinado: despues se apartó con miedo de ella y de sí mismo. Pero no podia resolverse á retirarse. ¿Hablaria ó no? Le oirian de seguro. ¿Cómo no, si habia de decir cosas tan bellas? El estaba seguro de que las diria. Las palabras que habia de decir parece que las veia escritas con letras de fuego en el espacio.

Ya el retrato avanzaba llevado por cuatro socios de la *Fontana*. Sonaba la música, el gentío rodeaba el retrato, y todos se movian sin adelantar, oscilaban sin estenderse, se revolvian confundiéndose. Sin duda faltaba algo. Lázaro se

mezcló en el torbellino. Sus ojos brillaban con estraordinario resplandor: su inquietud era una convulsion, su agitacion una fiebre, su mirada un rayo. Cruzábanle por la mente estrañas y sublimes formas de elocuencia: latíale el corazon con rapidez desenfrenada; las sienes le quemaban y sentia en su garganta una vibracion sonora, que no necesitaba mas que un poco de aire para ser voz elocuente y robusta.

Vió que alzaban el retrato, vió que la turba se arremolinaba en circuitos sin fin, y vió agitarse en el aire multitud de pañuelos blancos que salian de aquel torbellino como una espuma.

La comitiva desordenada siguió por la calle de Atocha y penetró en la Plaza Mayor. Allí se difundió un poco. Pero despues trató de atravesar el arco de la calle de la Amargura para entrar en Platerías. El gran monstruo midió de una mirada el volúmen de sus miembros multiplicados y la anchura del arco por donde habia de pasar. El camello iba á pasar por el ojo de aguja. Hubo un movimiento convulsivo de codos y los abdómenes se deprimieron, giraban los cuerpos, y algunos sombreros saltaron á impulsos de las repercusiones y choques de tantas cabezas. Algunas voces trataron de pronunciar una órden para vencer aquella dificultad, problema de obstetricia sin duda.

— Delante el retrato: dejen pasar el retrato — decian.

Era imposible: la gente se agolpaba de tal modo que el retrato no podia pasar. Al fin, tras largos esfuerzos el retrato pasó el arco. Detras seguia con la mayor confusion la gran masa de gente. La multitud, que llenaba la plaza, se habia parado y esperaba. El retrato y sus corifeos desembocaron en la calle Mayor; pero al llegar allí una sorpresa sin igual detuvo la procesion. Dos filas de soldados formaban en las Platerías llegando mas allá de la plazuela de la Villa. Las picas de un escuadron de lanceros brillaban á lo léjos, y delante de esta tropa estaba el capitan general de Madrid, á caballo, esperando con grande aplomo y entereza. Este hombre avanzó seguido de dos ó tres, y señalando con el sable, intimó la órden de retirada á los del retrato. Hubo una rápida consulta de miradas entre estos. Una autoridad civil se acercó tambien y con los mejores ademanes dijo que se fuera cada cual á su casa y renunciaran á aquella manifestacion,

porque el gobierno estaba resuelto á que no dieran un paso mas. El aspecto de la tropa impresionó vivamente á los del retrato; ademas estos contaban con la ayuda del regimiento de Sagunto, y el regimiento de Sagunto estaba encerrado y perfectamente custodiado en su cuartel.

Trataron, sin embargo, de pasar adelante y dijeron que aquella manifestacion era puramente moral: que no trataba de producir ningun trastorno, ni era agresiva su actitud, ni tenian mas objeto que tributar un homenaje de admiracion al héroe que habia dado la libertad á su patria.

— ¡Cada uno á su casa! Atras el retrato, — dijo resueltamente Morillo.

La defensa era imposible. La procesion no tenia armas. La supuesta debilidad del gobierno se habia trocado en inquebrantable firmeza. Algunos empezaron á desertar, desfilando por la calle de Milaneses y la plazuela de San Miguel. El retrato descansaba en tierra y se movia adelante y atras poco seguro en manos de sus portadores. Estos hablaron; pero todo fué inútil: la gente empezó á retroceder, algunos á gritar y hubo tambien quien quiso oponer resistencia á la tropa.

Entretanto el gentío que ocupaba la plaza permanecia inmóvil. ¿Quién era aquel que entre tanta gente se elevaba y, agitando las manos, proferia unas voces que la muchedumbre aplaudia? El orador hablaba bien, sin duda; grandes aclamaciones acogian sus palabras; pero los continuos empellones, los gritos de los pisoteados y estrujados no permitian al orador espresarse con desahogo. Algunos pedian silencio; pero el silencio en toda la plaza era imposible. A lo mejor los que en el arco discutian con la autoridad, retrocedieron al ver que la tropa resistia. La confusion entónces llegó á su término. El orador continuó su filípica; pero la continuó, escitando al pueblo á que no cediera en su empeño de verificar la manifestacion. Estaba lívido, anhelante y cada palabra suya era como un latigazo que estimulaba á aquella gente á seguir adelante.

En tanto las tropas avanzaban despejando la plaza; y algunos eran tan osados que delante de los caballos oponian resistencia y vociferaban apostrofando á Morillo y á su gente.

— ¡A esos que gritan! — dijo el que mandaba el piquete.

Una gran evolucion se verificó en el gentíó. Muchos corrieron á escape. Otros dieron vueltas arrastrados por la oleada ó permanecieron turbados sin saber qué partido tomar. Lázaro calló.

— ¿Quién gritaba? — dijo el capitan. — A los que gritan. Prended á los que gritan.

Lázaro quiso huir; pero el brazo vigoroso de un soldado le detuvo fuertemente.

— Prended á los que gritaban. Este es el predicador. Seguid: dejádme á este hombre aquí.

Lázaro pasó de una mano fuerte á otra fortísima. Apénas se daba cuenta de que le habian prendido. Creyó que le soltarian en seguida, é intentó desasirse, aunque inútilmente.

— ¡Atras, atras. Fuera de la plaza! — continuaba el capitan.

Y era bien obedecido, porque el gentió se desbandaba á toda prisa. La procesion fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza: la tropa tomó todas las entradas.

¿Que fué de Lázaro? Un cuarto de hora despues entraba honrosamente custodiado por las puertas de la cárcel de villa, y era introducido tambien honrosamente en un tristísimo, oscuro y sucio calabozo.

CAPITULO XIII.

NO LLEGA EL ESPERADO. LLEGADA DE UN IMPORTUNO.

De todos los procedimientos que el espíritu emplea para atormentarse á sí mismo, el mas terrible es esperar. Contra esto no hay remedio. Parece que ha de ser fácil resolverse á no esperar, apartar la imaginacion de la cosa esperada, y

vivir solo en un punto de la vida, en un momento del tiempo, sin esa dolorosa aspiracion á lo venidero que desquicia el ser, sacándole de su centro.

Cuando se espera lo que ha de llegar, las horas son siglos; cuando se espera lo que debió llegar, las horas vuelan como segundos. Clara estaba á la hora de las diez con el alma suspensa, trémula y atenta, llena de inquietud y zozobra. Pasa de las diez, y el viajero no viene; el reló vuela de las once á las doce, y de las doce á la una. Pascuala tenia mucho miedo, porque el ruido de gentes que en la calle se sentia aumentaba á cada hora. Las dos estaban sentadas en el cuarto interior, y no decian cosa ninguna, ni la criada contaba aquellos cuentos de las ninfas y el dragoncillo, que habia aprendido en su pueblo, ni la huérfana se reia con la franca espansion y natural sencillez de su carácter. Ambas estaban muy silenciosas: se miraban con ansiedad cuando algun ruido se sentia en la escalera, y al cerciorarse de que no era lo que aguardaban, caian la una en su abatimiento indiferente, la otra en su calmosa, melancólica y disimulada agitacion.

Clara, á la madrugada, entró en ese período de estravío en que el espíritu se da todos los tormentos imaginables. ¿Qué le habia pasado? ¿Volcaria el coche? ¿Le habrian salido ladrones con aquellos tremendos trabucos que pintan en las estampas? ¿Habria desistido del viaje? ¿Tendria tal vez amores con alguna muchacha del pueblo? ¿Le detendria alguna partida de realistas? Todo le ocurria ménos lo cierto. En estos momentos fácil es tranquilizarse teniendo un poco de serenidad; pero nadie la tiene, y una ceguera profunda sustituye á la normal lucidez del entendimiento. Basta razonar en calma, y decir: «¿No ha venido? Se habrá detenido casualmente. Mañana vendrá.» Pero en vez de hacer este lógico razonamiento, lo que generalmente se piensa es esto: «¿No ha venido? Pues se ha muerto: lo mataron.»

Luego la noche contribuye á este tormento; la noche que á todo da formas horribles, lo mismo á las cosas materiales que á las visiones internas. Clara, que no habia podido, ni podia dormir, no cesaba de percibir informes bultos, sangre, oscuridad, repentinamente opuesta á una gran luz que alumbraba horrores. Da calentura esa situacion. Una impaciencia

febril se apodera de la sangre que se agita y circula, como si la rapidez de su marcha acelerase la llegada de lo que se espera. Esta contrariedad de nuestro deseo es mas terrible, porque es lenta, sin límites. Delante no se ve sino la eternidad. No vienen á la mente las modificaciones que puede traer el próximo dia. Aquella noche y aquella soledad parece que no han de tener fin.

Las primeras luces del dia no hicieron sin embargo otra cosa que aumentar su tristeza. ¡Ayer! ¡Desde ayer le habia estado esperando! Deseaba salir fuera y correr, preguntando á todos por el desventurado jóven. Abrió el balcon, miró á la calle, creyendo que iba á verle pasar, y examinó á todos los transeuntes. Entónces le llamó la atencion una persona, que fija en la esquina, la miraba con tenacidad. Segura de que no era él, volvió la cara y no se cuidó mas de aquella persona.

Cerró el balcon, porque sentia una gran fatiga y una necesidad irresistible de dormir. Fuése á su cuarto, y sentada en una silla, recostó la cabeza sobre la cama. Pero en vez de dormir, empezó á cavilar con tanto desvarío y agitacion como durante la noche. Elías tampoco habia vuelto. ¿Qué seria de él? ¡Oh, qué luz! Tal vez le habia encontrado y estarian juntos en alguna parte.

En esto, entró Pascuala que venia de la calle. La alcarreña se acercó á Clara, adornando la redonda y basta fachada de su cara con una impertinente sonrisa.

— ¿Sabe Vd. lo que me ha *pasao*?

— ¿Qué ¿qué hay? — dijo Clara con interes.

— Que aquel caballerito del otro dia... pues... el señor militar... me paró en la esquina.

— Y á mí, ¿qué me importa eso?

— Que dice que viene acá.

— ¡Jesus, acá! ¿Y á qué viene acá? Estamos solas.

— Pues es un caballero muy cumplido.

— ¿Sí? Pues no me he fijado.

— ¿No le vió Vd. el otro dia aquí... cuando el señor vino malo?

— Sí, parecia una buena persona. ¿Pero á qué quiere volver aquí?

— Usted bien se lo malicia. ¡Ah, qué picarona es Vd.!

En aquel momento sonaron en el bolsillo de Pascuala las pesetas que el militar le habia dado. Despues se sintieron unos pasos en la escalera y sonó muy débilmente la campanilla.

— Es él, — dijo la alcarreña.

Y ántes que Clara pudiera impedírselo, la moza corrió, abrió la puerta, y el militar que ya conocemos, entró en el pasillo, se descubrió con respeto y se acercó á Clara.

— ¿A quién buscaba Vd.? — dijo Clara; — no está; ha salido.

— Sí está; no ha salido: — contestó el militar con aplomo.

— ¿Quién? ¿Pero á quién buscaba Vd.?

— Fácil es comprender que no busco á ese viejo cuyo trato aleja en vez de atraer á las personas.

— ¿Pero qué quiere decir? ¿á qué viene Vd.? — le dijo Clara con una lijera espresion de alarma. — Estoy sola: váyase usted.

— Por lo mismo no me voy.

— Si Vd. no se va, llamaré, gritaré, — dijo Clara, resuelta sin duda á hacer lo que decia.

— Entónces reñiremos, — dijo el militar con una sonrisa de amistosa franqueza que desarmó en parte el enojo de Clara.

— Por Dios, que va á llegar. ¿Pero quién es Vd.? ¿A qué viene Vd. aquí? ¿Quién le ha dado licencia para entrar? Usted es el que vino el otro dia con él. Ya le reconozco; pero no entiendo á qué viene hoy. Pascuala, Pascuala.

— No me mire Vd. como un enemigo. Mi entrada ha sido singular; pero no soy un ladron, ni un asesino. Vengo como amigo: traigo paz y amistad. ¿Y me va Vd. á echar á la calle como un ratero? No tenga Vd. miedo, Clara. Vengo como amigo. Ya nos conocemos de un solo dia, cuando vine aquí sosteniendo á ese viejo infeliz.

— ¡Oh! y ahora puede venir — dijo Clara alarmada. — Márchese Vd. por Dios. Yo no le conozco, ni me importa todo eso que me ha dicho. Si él llega...

— Lo que ménos me importa es ese viejo, — contestó el militar. — Antes me interesaba un poco. Creí que era

su padre, su pariente, su esposo tal vez. Pero despues he sabido que es un tiranuelo que vive para martirizar á una pobre huérfana, que se muere de melancolía encerrada aquí. No puedo ver con indiferencia que una persona tan bella, tan amable, tan digna de ser feliz, pase la vida en poder de esa fiera.

— ¡Oh! Pues yo estoy bien así. Le agradezco su bondad — contestó Clara. — Pero no es necesaria. Váyase Vd. por Dios.

— No me iré, no; — dijo el militar exaltándose un poco. — Hace algunos dias que me preocupa la idea de los martirios que Vd. debe sufrir. Siento un deseo muy grande de libertarla á Vd. de la esclavitud de ese maniático; y creo que realizaré este propósito. He pasado por ahí cien veces al dia y me ha dado horror el aspecto sombrío de esta casa, sepulcro en vida de tan bella criatura. Vd. se reirá de mí, lo comprendo. Le parecerá estraño este interes que tomo por una persona, á quien solo he visto una vez; pero de este misterio no hay que hablar ahora. Lo que importa es que Vd. se decida á hacer lo que yo le aconseje. Sepa Vd. que he jurado no permitir que muera aquí de hastío y soledad. Estoy seguro de que Vd., que con tanta sencillez me comunicó la única vez que nos vimos parte de sus desventuras, tendrá hoy la confianza que necesito, sabrá apreciar la nobleza de mis propósitos y no se opondrá á que se realicen.

Clara no sabia qué contestar. Estaba confundida al ver el generoso y fraternal interes que tenia por ella una persona á quien habia visto tan poco. Esto hubiera llenado de orgullo á otra mujer; pero Clara era muy modesta, y ante aquella manifestacion afectuosa, no tuvo mas que gratitud y vergüenza. Nunca creyó merecer aquello.

— Yo lo agradezco mucho, señor, — dijo; — pero...

La verdad es que no podia decirle que era feliz, y deseaba continuar aquel género de vida. Era cierto lo que el militar decia. Era imposible vivir en compañía de aquella fiera. ¿Pero acaso no esperaba su salvacion de otra persona? Esta idea la indujo á rechazar con mas energía las ofertas que aquel le hacia.

— Vd. no conoce á la persona con quien vive, — continuó el militar. — Vd. no le conoce, yo sí: ya me he informado

de su carácter y de sus ideas. No solo es un hombre estravagante é intratable sino un fanático sin corazon, un hombre feroz, de perversos instintos y cálculos terribles. No: Vd. no puede seguir mas tiempo en manos de ese hombre, que no es su pariente, ni su amigo; que se llama su protector, para hacer de Vd. una víctima de su orgullo y de su severidad.

Clara comprendió por la vehemencia con que el jóven hablaba que era cierto su interes, y conoció tambien que la pintura que del viejo hacia no era exagerada. El militar obraba con la mayor nobleza, sinceridad y buena fe. Era uno de esos caracteres inclinados á las aventuras difíciles y que implicaban la salvacion peligrosa de los que sufrian. Su espíritu caballeresco, su corazon inclinado al bien, hallaron en aquel suceso un motivo de ocupacion, y dedicó toda su actividad á la realizacion del mas generoso propósito. Ademas un sentimiento bastante enérgico de simpatía hácia aquella pobre huérfana, le inducia á proceder con tanta diligencia. Mas adelante conoceremos el nombre y los hechos de este noble caballero.

— Pero no esté Vd. mas tiempo aquí, — dijo Clara. — ¿Cómo quiere Vd. convencerme de que se interesa por mí, si precisamente estando aquí me prueba lo contrario? Si él viene y le encuentra en la casa...

— No dirá nada. Ese viejo es tan miserable, que no le importa ni la felicidad, ni el honor de Vd.: todo le mirará con indiferencia. A Vd. no le queda mas amparo que yo.

La huérfana al oir estas palabras sintió un frio en el alma. El momento en que eran dichas hacia que parecieran una gran verdad. Su único, legítimo y verdadero amigo no vendria. Ya no le quedaba mas amparo que el de un desconocido.

— Nada mas que yo; pero es bastante, — continuó el jóven con afectada voz. — Siga Vd. el plan que yo le marque: no haga Vd. caso de ese viejo. Yo seré para Vd. todo lo que puede ser un hombre de corazon y honradez. Tenga Vd. en mí la confianza que se tiene en lo que nos ha de salvar... Y ahora, Clara, me voy. Pero no tardaré en volver á dar mis órdenes á la pobre prisionera, cuya felicidad pende de mí. ¡Qué orgullo siento en esto! Yo estaré siempre alerta.

Si le ocurre á Vd. una nueva desventura, no necesita avisarme. Yo me hallaré aquí para socorrerla y animarla. No le queda á Vd. mas amparo que yo. Piénselo Vd. bien. Adios.

La decision de aquel hombre desconocido é insinuado tan novelescamente en los secretos de aquella casa, era muy firme. Se habia propuesto emprender una aventura generosa, á que le inclinaban al mismo tiempo un sentimiento de simpatía, y el deseo, inveterado en él, de hacer bien. Cuanto mayor era el peligro, cuanto mayor era el misterio que rodeaba aquel asunto, mas vivo era su interes, mas se congratulaba su fantasía con el éxito.

Si habia un poco de egoismo en él, despues lo veremos.

Ya se marchaba, cuando Pascuala salió de la cocina asustada, y dijo:

— ¡El amo!

— No abras, — dijo Clara temerosa. — Espera: escóndase usted.

Pero Elías, que tenia llave, no necesitaba que le abrieran para entrar.

— No importa, — dijo el militar, que trataba de serenar á Clara.

Coletilla abrió y entró. Venia cabizbajo y abstraido. Dió algunos pasos por el corredor sin ver al intruso; mas al llegar al estremo, notó aquel bulto, alzó la cabeza, y vió al jóven, que se inclinaba ante él con mucho respeto.

CAPITULO XIV.

LA DETERMINACION.

— ¿Qué busca Vd.? ¿quién es Vd.? ¿qué hace Vd. aquí?

— ¿No me conoce Vd.? — dijo el militar. — Soy el que hace unos dias le trajo á Vd. muy mal parado á su casa; y venia á ver si estaba Vd. ya completamente restablecido.

— Sí, señor, estoy bueno, — contestó bruscamente, y entrando en la sala, á donde le siguió el jóven. — ¿No se le ofrece á Vd. nada mas?

— Nada mas y me retiro; acababa de llegar, — dijo con afectada naturalidad el militar. — Me retiro repitiéndole que me intereso mucho por su salud.

— Bien; ya me lo dijo Vd. el otro dia — respondió Coletilla dirigiendo miradas recelosas á Clara y á Pascuala.

— ¿Y no me manda Vd. nada?

— Nada mas sino que me deje Vd. en paz. ¿No va Vd. á la procesion? Está muy lucida.

— No estoy yo para procesiones.

— ¿Le gusta á Vd. saber lo que pasa en las casas de los realistas? — añadió el viejo con el acento amargo y sombrío propio de su carácter. — Aquí no se conspira. Y si yo conspirara, lo haria de modo que no vinieran á sorprenderme los lechuguinos de la Milicia Nacional.

Clara estaba temblando. Le parecia que el militar, ofendido por aquel insulto, iba á desenvainar el tremendo sable que llevaba en la cintura y á descargarlo sobre la cabeza del realista. Pero aquel sonrió desdeñosamente y dijo:

— Amigo, veo que me juzga Vd. mal. Puede estar seguro de que no me ocuparé en delatarle. ¿Qué daño puede hacer usted?

— ¿Yo?... daño... respondió el fanático con una mueca feroz que en él equivalia á la sonrisa.

— Poco será el que Vd. haga y por poco tiempo. Eso se lo juro á Vd. Con que voy á hacerle á Vd. el favor de marcharme. — Adios.

Dirigióse á la salida, no sin tratar de espresar á Clara con una mirada lo que ántes le habia dicho con muchas palabras: es decir, que confiara en él y esperara. Hubiera querido verse acompañado de la jóven hasta la puerta; pero la infeliz no se atrevió. El militar se marchó, y cuando estuvo fuera, Coletilla se volvió á Clara, y con irritados ademanes le dijo:

— ¿Hace mucho que entró aquí ese hombre?

— No señor; un momento ántes de llegar Vd. — dijo temblando Clara.

— ¿Y porqué le habeis abierto? ¿No os dije que no abrierais á nadie?

— Venia á preguntar por Vd.

— ¿Por mí? ya... — contestó Elías con furia. — Algun espía del gobierno. Pero ya me figuro la verdad. Este es algun mozalvete que te hace la corte.

— ¿A mí? No señor. Si no le conozco, no le he visto nunca, — dijo Clara temblando.

— Pues yo le he visto rondando esta calle. Sí, señora, le he visto. No me lo niegues. Tú tienes tratos con él, tú le has hablado, tú le has dado cita aquí!...

Clara no habia visto nunca á Elías tan encolerizado contra ella. Las inculpaciones que le hacia, ofendieron tanto su inocencia, que en aquel momento sintió lo que nunca habia sentido, una secreta aversion hácia aquel hombre.

— Yo he sido un padre para tí, Clara; pero tú no has sabido apreciar mi proteccion — continuó Coletilla con encono. — Tú eres una ingrata, una mujer sin juicio, abusas de la libertad que te doy, abusas de mi alejamiento de la casa. Pero yo juro que te enmendarás. Es preciso que hoy mismo tome la determinacion que habia pensado. Sí: hoy mismo. Ahora mismo.

— Le digo á Vd. que no sé quien es ese hombre; que hoy ha entrado aquí á preguntar por Vd. Yo no sé quién es ni me he ocupado nunca de semejante persona.

— Hipócrita, ¿piensas que creo en tu aire de mosquita muerta? Fíese Vd. de las niñas apocaditas. Pero tus travesuras se concluirán, Clara. Ya no comprometerás otra vez mi reposo, como hoy. Yo estoy siempre fuera, y no quiero que durante mi ausencia se convierta esta casa en un infame garito.

Clara no podia creer aquellas palabras. Ya sabemos que era poco ducha en contestar cuando el viejo aquel la reprendia. Y esta vez su honor ofendido no encontró tampoco las palabras que en aquella situacion convenian. Negó y lloró tan solo, argumento que el realista tomó como la última espresion de la hipocresía y el engaño.

— Prepárate, Clara, á salir de aquí. No mereces los sacrificios que te he hecho. A ver si ahora compras florecitas y arreglas cintajos para coquetear en la ventana. Vas

á vivir de aquí en adelante en compañía de unas personas cuya proteccion no mereces tampoco. Pero estas son tan caritativas, que te admitirán al ménos por consideraciones á mí. Prepárate. Esta tarde misma voy á llevarte á casa de esas señoras, y allí vivirás. Ellas te enseñarán á ser mujer de bien, y allí veremos si vuelves á tus locuras, veremos si te apartas del buen camino. Vivirás con ellas, las ayudarás y servirás en sus labores, y te enseñarán lo que no puedes aprender aquí, sola y sin guia.

— ¡Las señoras de Porreño! — pensó Clara con horror; — aquellas tan erguidas y finchadas, que le daban miedo siempre que le hablaban, dejándole una impresion de tristeza que no podia borrar en muchos dias.

— Estas ideas del dia, — continuó Elías, como hablando solo, — pervierten hasta á las muchachas mas recatadas. ¡Estas ideas del dia, esta lepra social!... ¡se difunde sin saber cómo!... ¡penetra en todas partes! ¡Quién lo habia de decir!... ya se ve... sola en esta casa... Irás, Clara, en casa de esas señoras. Ten presente que no lo mereces, porque ellas son personas muy principales y virtuosas, libres del contagio del dia. Haz cuenta que entras en un santuario.

No habia remedio. La fatal determinacion, que sin conocerla, habia asustado tanto á la huérfana, estaba irremisiblemente tomada. Clara se iba á vivir con aquellas misteriosas señoras, en cuya casa, segun Coletilla decia, no habian penetrado las ideas del dia. Hacia tiempo que él tenia este deseo para vivir mas á sus anchas; pero nunca se hubiera atrevido á proponerlo á las tres venerables matronas, si estas, con una generosidad que él no se cansaba de admirar, no se lo hubieran indicado. Era ya cosa resuelta; así es que Coletilla, al ocurrir la escena que hemos referido, no quiso retardar ni un momento la determinacion, y partió á casa de sus amigas á darles aviso, dejando á Clara entregada al dolor mas profundo.

Digamos algo de las relaciones que anteriormente habia tenido Elías con aquellas tres nobilísimas damas.

A fines del siglo era Elías mayordomo mayor de la casa de los Porreños y Venegas. La ruina de esta histórica casa data de aquella misma época. D. Baltasar Porreño, marques de Porreño, que habia sido consejero íntimo de Cárlos IV,

entabló un pleito con un pariente suyo, descendiente de los marqueses de Vedia. Este pleito duró diez años, y en él perdió Porreño casi toda su fortuna, contrayendo deudas espantosas. Despues tuvo la desdicha de sostener á Godoy en la conspiracion de Aranjuez, y caido Cárlos IV, el príncipe heredero no perdonó medio de hacerle daño. Su hermano D. Cárlos Porreño cometió el despropósito de afrancesarse durante la guerra, y la proteccion de Junot y de Víctor no sirvieron sino para que fuera despues condenado á perpetua proscripcion.

Aquella casa ilustre y poderosa llegó al estremo de la ruina con la muerte del marques; los acreedores embargaron sin respetar los preclaros timbres de la familia; y despues de liquidadas las cuentas, é inventariados los bienes muebles é inmuebles, no les quedó á los herederos sino una miseria. A la vuelta de Francia, Fernando olvidó que el marques de Porreño habia sido su enemigo en la conspiracion de Aranjuez, y concedió una pension á su hermana. El hijo varon del marques habia muerto en el viaje, navegando hácia América, y de la casa antigua y poderosa no quedaron mas que tres señoras, á saber: la hermana y la hija del marques de Porreño, y la hija de su hermano D. Cárlos, que siguió á Napoleon, y murió segun se decia, en Praga, al volver de la campaña de Rusia.

Despues del triste fin de la casa, Elías siguió fiel á sus antiguos amos. Al volver de la guerra, se presentó á aquellos tres gloriosos vestigios, y les ofreció de nuevo sus servicios; pero las tres damas no tenian ya bienes que administrar. De su caudalosa fortuna no les restaba sino unas tierras de pan llevar en el término de Colmenarejo, y unos viñedos de muy poco valor junto á Hiendelaencina. La administracion se reducia á tomar las cuentas cada trimestre á dos colonos que las cultivaban. Pero las señoras de Porreño, despues de su decadencia, miraban á Elías como un buen amigo, le trataban de igual á igual (¡lo que puede la decadencia!) aunque el antiguo mayordomo no traspasaba nunca, ni en sus conversaciones, el límite respetuoso que separa á un *hijo de zafios labradores* (frase suya) de tres damas pertenecientes á la mas esclarecida nobleza.

Ellas no eran niñas. La hermana del marques, llamada

doña María de la Paz Jesus, pasaba un poquito mas allá de los cincuenta, aunque se conservaba muy bien. Su sobrina (hija mayor del mismo D. Baltasar), que se llamaba Salomé, estaba haciendo constantemente intrincados cálculos para ver de qué manera, sumando sus años, podian resultar cuarenta tan solo. La tercera, llamada doña Paulita (nunca se pudo quitar este diminutivo), hija de D. Cárlos el afrancesado, tenia treinta y dos, cumplidos el dia de la Encarnacion. Esta doña Paulita era una santa.

Vivian humildemente, casi pobremente; pero con mucho arreglo. Varias veces habian propuesto á Elías que llevase á Clara á vivir con ellas, por la razon de que sola en su casa, la muchacha se habia de contaminar necesariamente con las ideas del siglo. Coletilla no accedió al principio por respeto; pero al fin acogió la idea, y ya hemos visto cómo se preparó á realizarla. Ademas, doña María de la Paz Jesus, que era mujer de gran iniciativa, habia concebido el proyecto de un arreglo doméstico muy conveniente para Elías y para ellas. Este proyecto consistia en que Elías tomara el piso segundo de aquella casa, piso que ellas tenian como depósito de los muebles de la grandiosa casa antigua, de que no habian querido desprenderse. El mayordomo aplazó para mas adelante este arreglo.

— Señoras, al fin traigo esa chica — dijo Coletilla presentándose á las de Porreño.

— Bien, amigo, — esclamó Salomé; — tráigala Vd. en seguida, esta misma tarde.

— Pero señoras, — continuó, — esa muchacha tiene muy mala cabeza. Es preciso que Vds. empleen en ella una severidad muy grande. De otro modo es imposible sacar partido.

— ¿Pero qué ha hecho? — esclamó doña Paulita, la santa.

Elías contó la aparicion del militar en su casa, contó los antecedentes peligrosos de Clara, su deseo de parecer bien, la compra de las flores, las composiciones del vestido; y las tres damas comenzaron á hacer aspavientos. Salomé entonó un sermon y doña Paulita se hizo cuatro cruces desde la frente al estómago y desde un hombro á otro.

— Descuide Vd., amigo, que ya la enmendaremos, — dijo María de la Paz Jesus.

— Bien se comprende esa desenvoltura... las muchachas del dia, — dijo Salomé quitándose los espejuelos — son todas así. Y ya... como esa Clarita no tiene mala cara... sí... una carilla así... desvergonzada y graciosilla... pues... aquello no es hermosura.

— ¡Pero, D. Elías, es cierto eso de que ha hablado con hombres? — esclamó Paz con una solemnidad arquiepiscopal, que era en ella muy frecuente. — ¿Pero qué basilisco es ese?... Mas no importa. Ya la enmendaremos nosotras. Ya la enseñaremos á portarse como una mujer de bien... ¡Ay! la honestidad está por los suelos. ¡Qué siglo!

— ¡Ah! — esclamó doña Paulita, despues de concluir en voz baja un Padre nuestro; — estas ideas del dia... ¡Jesus, qué sociedad! Pero todo se enmienda; y los mas pecadores son los que mas pronto salen de su error. Tráigala Vd., D. Elías; que yo confío en que esa desdichada entrará por el buen camino y será una santa tal vez. ¿No lo fué María la Egipciaca?

Elías manifestó con repetidos movimientos de cabeza que estaba conforme con estas apreciaciones. Salió de la casa y una hora despues volvió acompañado de Clara.

Para hacer comprender lo que Clara encontró de terrible en la determinacion del realista, conviene describir prolijamente la casa y sus estraordinarios habitantes.

CAPITULO XV.

LAS TRES RUINAS.

Las tres señoras de Porreño y Venegas vivian en una humilde casa de la calle de Belen: esta casa constaba de dos pisos altos, y aunque vieja, no tenia mal aspecto, gracias á una reciente revocacion. No habia en la puerta escudo alguno, ni empresa heráldica, ni portero con galones en e

zaguan, ni en el patio cuadra de alazanes, ni cochera con carroza nacarada, ni ostentosa litera. Pero si en el esterior y en la entrada no se encontraba cosa alguna que revelase el altísimo orígen de sus habitadoras, en el interior, por el contrario, habia mil objetos que inspiraban á la vez curiosidad y respeto.

Es el caso que en la ruina de la familia, en aquella profana liquidacion y en aquel bochornoso embargo que sucedió á la muerte del marques, pudo salvarse una parte de los muebles de la antigua casa (que estaba en la calle del Sacramento) y fueron trasportados á la nueva y triste habitacion, acomodándolos allí como mejor fué posible. Estos muebles ocupaban las dos terceras partes de la casa y casi todo el piso segundo que tambien era de ellas. Les fué imposible entregar á la deshonra de una almoneda aquellos monumentos hereditarios, testigos de tantas grandezas y tantas desventuras.

En el pasillo ó antesala, que era bastante espacioso, habian puesto un pesado armario de roble ennegrecido, con columnas salomónicas, gruesas planchas de metal blanco en las cerraduras y visagras, y en lo alto un óvalo con el escudo de la casa de Porreño y Venegas, el cual escudo consistia en seis bandas rojas en la parte superior y en la inferior tres veneros relucientes sobre plata y verde, ademas de una cabeza de sarraceno, circuido todo con una cadena y un lema que decia: *En la Puente de Lebrija, perescí con Lope Diaz.* (No nos detendremos en la esplicacion de este sapientísimo lema, que aludia sin duda á la muerte del primer Porreño en alguna de las espediciones de Alfonso VIII en Andalucía.)

Las paredes de la misma antesala estaban todas cubiertas con los retratos de quince generaciones de Porreños, que formaban la histórica galería de familia. Por un lado se veia á un antiguo prócer del tiempo del rey nuestro señor D. Felipe III, con la cara escuálida, largo y atusado el bigote, barba puntiaguda, gorguera de tres filas de cangilones, vestido negro con sendos golpes de pasamanería, cruz de Calatrava, espada de rica empuñadura, escarcela y cadena de la órden teutónica: á su lado una dama de talle estirado y rígido, traje acuchillado, gran faldellin bordado de plata y oro, y tambien enorme gorguera, cuyos blancos y simétricos pliegues

rodeaban el rostro como una aureola de encaje. Por otro lado descollaban las pelucas blancas, las casacas bordadas y las camisas de chorrera: allí una dama con un perrito que enderezaba airosamente el rabo, acullá una vieja con un peinado de dos ó tres pisos, fortaleza de moños, plumas y arracadas; en fin, la galería era un museo de trajes y tocados desde los mas sencillos y airosos hasta los mas complicados y estravagantes.

Algunos de estos venerandos cuadros estaban agujereados en la cara; otros habian perdido el color y todos estaban sucios, corroidos y cubiertos con ese polvo clásico que tanto aman los anticuarios. En las habitaciones donde dormian, comian y trabajaban las tres damas, apénas era posible andar á causa de los muebles seculares con que estaban ocupadas. En la alcoba habia una cama de matrimonio que no parecia sino una catedral. Cuatro voluminosas columnas sostenian el techo, del cual pendian unas cortinas de damasco, cuyos colores primitivos se habian resuelto en un gris claro con abundantes rozaduras y algun disimulado y vergonzante remiendo: en otro cuarto se veian dos papeleras de entalle con innumerables divisiones, adornadas de pequeñas figuras decorativas é incrustaciones de marfil y carey. Sobre una de ellas habia un San Antonio muy viejo y carcomido con un vestido flamante y una vara de flores de reciente hechura. Frente á esto y en unos que fueron vistosos marcos de palo santo se veian ciertos dibujos chinescos, regalo que hizo al sesto Porreño (1548) su primo el príncipe de Antillano que fué con los portugueses á la India. Al lado de esto se hallaban unos vasos mejicanos con estrambóticas pinturas y enrevesados signos, que no parecian sino cosa de herejía. Segun tradicion conservada en la familia, estos vasos, traidos del Perú por el sétimo Porreño, almirante y consejero del rey (1603) fueron mirados al principio con gran recelo por la devota esposa de aquel señor, que creyendo fuesen cosa diabólica y hecha por las artes del demonio, como indicaban aquellos cabalísticos y no comprendidos signos, resolvió echarlos al fuego; y si no lo hizo fué porque se opuso el octavo Porreño (1632), el mismo que fué despues consejero de Indias y gran sumiller del señor rey D. Felipe IV. Junto á la cama campeaba un sillon de vaqueta claveteado, testigo mudo del paso

de tres siglos. Sobre aquel cuero perdurable se habian sentado los gregüescos acairelados de un gentil-hombre de la casa del emperador; recibió tal vez las gentiles posaderas de algun padre provincial, amigo de la casa; quizas sostuvo los flacos muslos de algun familiar del Santo Oficio en los buenos tiempos de Cárlos II, y por último, habia sido honroso pedestal de aquellas humanidades que llevaban un rabo en el occipucio y aparecian constantemente aforradas en la chupa y ensartadas en el espadin.

No léjos de este monumento, se encontraban dos ó tres arcones, de esos que tienen cerraduras semejantes á las de las puertas de una fortaleza, y eran verdaderas fortalezas, donde se depositaban los patacones; donde se sepultaba la vajilla, la plata de familia, las alhajas y joyas de gran precio; pero ya no habia en sus antros ningun tesoro, á no ser dos ó tres docenas de pesos, que dentro de un calcetin guardaba doña Paz para los gastos de la casa. Encima de estos muebles se veian roperos sin ropa, jaulas sin pájaros; y arrinconado en la pared un biombo de cuatro dobleces, mueble que entre los demas tenia no sé qué de alborozado y juvenil: eran sus dibujos del gusto frances que la dinastía habia traido á España; y en los cinco lienzos que lo formaban habia amanerados grupos de pastoras discretas y pastores con peluca al estilo de Watteau, género interesante que hoy ha pasado á los abanicos.

Tambien existe (y si mal no recordamos estaba en la sala) un reló de la misma época con su correspondiente fauno dorado; pero este reló que en los buenos tiempos de los Porreños habia sido una maravilla de precision, estaba parado y marcaba las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1800, último año del siglo pasado, en que se paró para no volver á andar mas, lo cual no dejaba de ser significativo en aquella casa. Desde dicha noche se detuvo, y no hubo medio de hacerle andar un segundo mas. El reló, como sus amas, no quiso entrar en este siglo.

Tambien habia (y estaba de seguro en la sala) una caja de música, traida de Flándes por el décimo Porreño (1725) que estuvo en Lieja á tomar posesion de unas tierrillas que le dejó su tio el canciller. Esta máquina tenia una coleccion de

figurillas de movimiento representando un baile campestre; pero hacia 45 años que no andaban, y la mitad de ellas no tenian cabeza, gracias á los entretenimientos de Salomé, que á los cinco años era una decapitadora terrible. Un cuadro místico de pura escuela toledana ocupaba el centro de la sala al lado del décimo cuarto Porreño (padre feliz de doña Paz), pintado por Vanlóo. El cuadro místico representaba, si no nos engaña la memoria, el triunfo del Rosario, y era un agregado de pequeñas composiciones dispuestas en elipse, en cada una de las cuales estaba un retrato de un fraile dominico principiando por *Vicenzius* y acabando por *Hyacinthus*. En el centro estaba la Vírgen con Santo Domingo arrodillado; y no tenia mas defecto, sino que en el sitio donde el pintor habia puesto la cabeza del santo, puso la humedad un agujero muy profano y feo. Pero á pesar de esto, el tal lienzo era el *Sancta Sanctorum* de la casa, y representaba los sentimientos y creencias de todos los Porreños, desde el que pereció en Andalucía con Lope Diaz, hasta las tres ruinosas damas, que en la época de nuestra historia quedaban para muestra de lo que son las glorias mundanas.

En el cuarto de la devota... (lo describimos de oidas; porque ningun mortal masculino pudo jamas entrar en él) habia una Santa Librada, imágen de quien era especial devoto y fiel ahijado el tercer Porreño (1465). Con los años se le habia roto la cabeza; pero doña Paulita tuvo buen cuidado de pegársela con un enorme pedazo de cera, si bien quedó la santa tan cuelli-torcida que daba lástima. Junto á la cama (pudoroso y casto mueble, que nombramos con respeto) estaba el reclinatorio, al cual no se acercaban ni sus tias: sobre él se erguía un hermoso Cristo de marfil, desfigurado por un faldellin de raso blanco bordado de lentejuelas y una cinta anchísima y un amplio lazo que de los piés le colgaba: el reclinatorio era una bella obra de entalle del siglo XVI; pero un carpintero del XIX le habia añadido para componerlo varios listones de pino, dignos de un barril de aceitunas. El cojin donde las rodillas de la santa se clavaban por espacio de cuatro horas todas las noches, era tan viejo, que su orígen se perdia en la oscuridad de los tiempos: su color era indefinible, y la lana secular se salia á toda prisa por sus grandes roturas.

Todas estas reliquias, recuerdo de pasadas glorias, recuerdo de instituciones, de personas, de dias pasados, tenian un aspecto respetable y solemne. Al entrar en aquella casa y ver aquellos objetos deteriorados por el tiempo, bellos aun en su miseria, el visitador se sentia sobrecogido de estupor y veneracion. Pero las reliquias, las ruinas que mas impresion producian eran las tres damas nobles y deterioradas que allí vivian, y que en el momento de nuestra historia correspondiente á este capítulo, estaban sentadas en la sala, puestas en fila: María de la Paz, la mas vieja, en el centro; las otras dos á los lados. Una de ellas tenia en la mano un libro de horas, otra cosia, la tercera bordaba con hilo de plata un pequeño roponcillo de seda que sin duda se destinaba á abrigar las carnes de algun santo de palo. Las tres, colocadas con simetría, silenciosas y tranquilamente ensimismadas en su oracion ó su trabajo, ofrecian un cuadro sombrío, glacial, lúgubre. Describiremos los principales rasgos de esta trinidad ilustre.

María de la Paz (quitémosle el doña, porque supimos casualmente que le agradaba verse despojada de aquel tratamiento), hermana menor del marques de Porreño, era una mujer de esas que pueden hacer creer que tienen cuarenta años, teniendo realmente cincuenta. Era alta, gruesa y robusta, de cara redonda y pecho abultado, que se hacia mas ostensible por el singular empeño de ceñirse á la altura usada en tiempo de María Luisa. Su rostro, perfectamente esferoidal, descansaba sin mas intermedio sobre el busto; y su pelo, negro aun por una condescendencia de los años, y partido en dos zonas sobre la frente, le tapaba entrambas orejas recogiéndose atras. Su nariz era pequeña y amoratada: su boca mas pequeña aun, y tan redonda, que parecia un boton encarnado; los ojos no muy grandes, la barba prominente, los dientes agudos y uno de ellos le asomaba siempre cuando mas cerrados tenia los labios. De la estremidad visible de sus orejas pendian dos enormes herretes de filigrana que parecian dos pesos destinados á mantener en equilibrio aquella cabeza. En el siniestro lado tenia una grande y muy negra berruga, que semejaba un ex-voto puesto en el altar de su cara por la piedad de un católico. El cuerpo formaba gran armonía con el rostro; y en sus manos, pequeñas, coloradas

y gordas, resplandecian muchos anillos, en los que los brillantes habian sido hábilmente trocados por piedras falsas. Echemos un velo sobre estas lástimas.

Salomé era un tipo enteramente contrario. Así como la figura de Paz no tenia nada de aristocrático, la de esta era de esas que la rutina ó la moda califican, cuando son bellas, de aristocráticas. Era alta y flaca, flaca como un espectro. Su rostro amarillo habia sido en tiempo de Cárlos IV un óvalo muy bello: despues era una cosa oblonga que medía una cuarta desde la raiz del pelo á la barba: su cútis, que habia sido finísimo jaspe, era ya papel de un título de ejecutoria, y los años estaban trazados en él con arrugas tan rasgueadas que parecian la complicada rúbrica de un escribano. Cuarenta años habian firmado sobre aquel rostro. Las cejas arqueadas y grandes eran delicadísimas: en otro tiempo tuvieron una suave ondulacion; pero ya se recogian, se dilataban y contraian como dos culebras. Debajo se abrian sus grandes ojos, cuyos párpados, ennegrecidos, cálidos, venosos y casi trasparentes, se abatian como dos compuertas cuando Salomé queria espresar su desden, que era cosa muy comun. La nariz era afilada y tan flaca y huesosa, que los espejuelos, que solia usar, se le resbalaban por falta de cosa blanda en que agarrarse, viéndose en la precision de sujetárselos atras con una cinta. Y por último, para que esta efigie fuera mas singular, adornaban airosamente su labio superior unos vellos negros que habian sido agraciado bozo y eran ya un bigotillo barbi-poniente, con el cual formaban simetría dos ó tres pelos arraigados bajo la barba, pelos de una longitud y lozanía que envidiara cualquier moscovita.

El despecho, un despecho crónico habia dado á este rostro un mohin repulsivo y una siniestra contraccion que se avenia muy bien con las formas de la figura y su atavío. Desaparecian los cabellos bajo un tocado de tristísimo aspecto, y el cuello, que fué comparado al del cisne por un poeta quejumbron del tiempo de Comella, era ya delgado, sinuoso y escueto: marcábanse los huesos, los tendones y las venas formando como un manojo de cuerdas; y cuando hablaba alterándose un poco, aquellas mal cubiertas piezas anatómicas se movian y agitaban como las varas de un telar. Debajo de toda esta máquina se estendia en angosta superficie el seno

de la dama, cuyas formas al esterior no podria apreciar en la época de nuestra historia el mas esperimentado geómetra; y mas abajo la otra máquina de su talle y cuerpo, inaccesible tambien á la induccion, máquina que á fuerza de ataques nerviosos habia llegado á la mas completa morosidad. Cubríala un luengo traje negro: entre los pliegues de un vastísimo pañuelo del mismo color, se destacaban dos manos blancas, finísimas, de un contorno y suavidad admirables. Pero no eran las manos la única cosa bella que se advertia en aquella ruina, no: tenia otra cosa mil veces mas bella que las manos, y eran los dientes, que, salvados del general desastre, se conservaban hermosísimos, con perfecta regularidad, esmalte brillante é intachable forma. ¡Oh! Los dientes de aquella vieja eran divinos: solo ellos recordaban el antiguo esplendor; y cuando aquel vestigio se sonreia (cosa muy rara cuando dejaba ver, contrastando con lo desapacible del rostro, las dos filas de dientes de incomparable hermosura, parecia que la belleza, la felicidad y la juventud se asomaban á su boca, ó que una luz aclaraba aquel rostro apagado.

Doña Paulita (nunca pudo quitarse ni el *doña* ni el diminutivo) no se parecia en nada ni á su tia ni á su prima. Era una santa, una santita. Sus ademanes estaban en armonía con su carácter, de tal modo, que verla y sentir ganas de rezarle un Padre nuestro era una misma cosa. Miraba constantemente al suelo y su voz tenia un timbre nasal é impertinente como el de un monaguillo constipado. Cuando hablaba, cosa frecuente, lo hacia en ese tono que generalmente se llama de carretilla, como dicen los chicos la leccion, en el tono en que se recitan las letanías y los gozos. Examinando atentamente su figura, se observaba que la espresion mística que en toda ella resplandecia, era mas bien debida á un hábito de contracciones y movimientos, que á una natural y congénita espresion. No se crea por eso que era hipócrita, no: era una verdadera santa, una santa por conviccion y por fervor.

Tenia el rostro compungido y desapacible, pálido y ojeroso, áspera y morena la tez, con el circuito de los ojos, como si acabara de llorar; las cejas muy negras y pobladas, la

boca un poco grande y con cierta gracia innata, casi desfigurada ya por el mohin santurron y compungido de sus labios, héchos á la modulacion silenciosa de palabras santas.

El que fuera digno de gozar el singular privilegio de ser mirado por ella, hubiera advertido en sus ojos la inalterable fijeza, la espresion glacial que son el primer distintivo de los ojos de un santo de palo. Pero habia momentos, y de esto solo el autor de este libro puede ser testigo, habia momentos, decimos, en que las pupilas de la santa irradiaban una luz y un calor extraordinarios. Y es que sin duda el alma abrasada en amor divino, se manifiesta siempre de un modo misterioso, y con síntomas que el observador superficial no puede apreciar.

Su vestido era recatado y monjil, no siendo posible certificar que bajo sus tocas hubiera algo parecido á una cabellera aunque nos atrevemos á asegurar que la tenia, y muy hermosa. Su estatura no pasaba de mediana, y á pesar de la modestia, poca elegancia y ninguna presuncion con que vestia, era indudable que un esperimentado geómetra, llamado á inducir las formas de aquella santa, no se hubiera encontrado con tanta falta de datos como en presencia de su ilustre prima la acartonada María Salomé.

Conocida esta trinidad ilustre, conviene recordar algunos antecedentes históricos. Allá por los años de 1790 los Porreños eran muy ricos, tenian gran boato, y gozaban de mucha preponderancia en la corte. Entónces Paz tenia 19 años, y era tan fresca, robusta y coloradota, que un poeta de aquel tiempo la comparó á Juno. Decian sus primas por lo bajo que era muy orgullosa, y su padre el décimocuarto de los Porreños, aseguraba que no habia príncipe ni duque que fuera digno de aquella flor. Estuvo arreglado su casamiento con un jóven de la ilustre casa de Gaytan de Ayala; pero aconteció que el tal no gustó de Juno y la boda fué un sueño. Es imposible pintar el dolor que tuvo la infeliz cuando María Luisa hallándose una noche en casa de la duquesa de Chinchon, se permitió hacer con su acostumbrada malicia algunas apreciaciones un poco picantes sobre la gordura y redondez de nuestra diosa.

Esto no fué, sin embargo, obstáculo para que, pasados cuatro meses, se ajustaran las bodas de Paz con un caballero

irlandes que estaba en la embajada inglesa. Pero el diablo, que no duerme, hizo que ocurrieran á última hora algunas dificultades; el décimocuarto Porreño era cristiano muy viejo y muy temeroso de Dios; y cierto fraile de la Merced, que frecuentaba la casa y tomaba allí el chocolate todas las noches, dió en probar con la autoridad de San Anselmo y Orígenes que aquel caballerito irlandes era hereje y poco ménos que judío. Alarmóse la susceptible conciencia del marques, y despues de echarle un sermon consolatorio á Paz, esta se quedó sin marido con la triste circunstancia de que se ponia cada vez mas gorda, y ni el bajarse el talle podia disimular aquel mal. Por último, en Diciembre de 1795, Paz se casó con un pariente viejo y fastidioso, que cometió el singular despropósito de morirse á los siete dias de casado, dejando á su mujer mas gruesa, pero no en cinta. Por la rama femenina los Porreños se quedaron sin sucesion, lo cual hacia que el viejo marques, en sus accesos de melancolía, se pusiera á llorar como un niño, presagiando el triste fin y acabamiento de su gloriosa casa.

Entónces murió el viejo: heredóle su hijo D. Baltasar, padre de Salomé; y con esta, cuya belleza era notable, habia formado el padre proyectos matrimoniales que remediaran la ruina que ya le amenazaba. El pleito comenzaba á aparecer formidable, siniestro, terrible, como un monstruo de múltiples miembros; habíase apoderado de la casa, la estrechaba, la devoraba, la consumia. Un pleito es un incendio; pero mas terrible, porque es mas lento. La casa ilustre comenzaba á desmoronarse: era inútil que le quisieran poner un puntal aquí, otro allá; la casa se venia al suelo, porque el monstruo terrible no cesaba en su actividad destructora. Lo único que logró D. Baltasar fué disimular su ruina. Nadie creia que aquella casa poderosa estaba devorada por los acreedores. Solo Elías Orejon, que gozaba sin sueldo de las preeminencias de intendente, lo sabia. D. Baltasar fundaba su esperanza en Salomé, cuyo peinado de canastillo habia seguramente gustado mucho al jóven duque de X..., que buscaba esposa en la tertulia de la citada duquesa de Chinchon.

Salomé era entónces una sílfide. Ninguna le igualaba en esbeltez y delicadeza; vestia con suma gracia y sencillez, y

bailaba el minueto de una manera tan sutil y lijera, que aparecia del modo ménos terrestre que es posible en la figura humana.

El duque se enamoró de ella como un loco: hizo que uno de los mas enfadosos poetas de aquel tiempo escribiera unas estrofas amatorias, que el jóven apasionado deslizó suavemente en la mano de Salomé á la salida de uno de aquellos bailes. Sentimos no tener á mano estas estrofas, porque son un documento notable y digno de ser conocido. En prosa neta contestó la jóven; pero no fué ménos espresivo su estilo. Hicieron amistades; de las amistades pasaron al galanteo, y del galanteo al proyecto de boda. D. Baltasar creyó en el afianzamiento de su casa, pero se llevó un terrible chasco. De repente los duques de X.. se opusieron al casamiento de su hijo; Salomé estuvo en cama siete dias con dolor de muelas; su padre oyó con sumision la homilia que el fraile le espetó por via de consuelo, y Elías Orejon le leyó en seguida unas terribles cuentas que le hicieron el efecto de un tósigo.

La jóven empezó entónces á enflaquecer. Por un amigo de la casa hemos sabido que ántes que el peinado de canastillo impresionara tan enérgicamente al jóven duque, habia indicios para creer que á Salomé no le era del todo indiferente un capitan de húsares del Rey, que medía la calle del Sacramento lo ménos cien veces al dia. Es tambien seguro que Salomé pasaba muchas noches llorando, y que en aquel asunto intervinieron el fraile y el marques. El capitan fué mandado al Perú, y no se supo nada mas de él.

Es imposible espresar lo que sufrió la pobre alma de la jóven Porreño con el terrible golpe del rompimiento de la boda. Ella esperaba no sé qué de aquel enlace. ¡Misterios femeninos! Lloró por el capitan y rabió por el duquesito. Desde aquellos dias principió á advertirse en ella la modificacion que la llevó al estado en que la conocemos. La displicencia atrabiliaria, el desden amargo, la impasibilidad indiferente aparecieron entónces, y se apoderaron por último de su espíritu por completo. Llegó con los años á ser la persona mas desapacible y de trato mas fastidioso que pudiera concebirse, ella que habia tenido un carácter tan flexible,

un trato tan amable, una manera de insinuarse tan suave y halagüeña.

No así doña Paulita, que siempre habia encontrado consuelos en la religion. Desde niña habia sido reputada como un ángel; no hacia mas que rezar y cantar á estilo de coro, remedando lo que oia en las Carboneras. Los domingos decia misa en un pequeño altar que ella misma habia formado, y tambien predicaba desde lo alto de una mesa con gran regodeo de toda la servidumbre, que acudia para oirla desde los cuatro polos de la casa. Ya mas grandecita manifestaba un vehemente horror á los saraos y á los teatros: lo único que pudo agradarla un poco fué una funcion de toros á que la llevó su padre, gran aficionado. Solamente iba doña Paulita al teatro cuando se representaba algun auto en la Cruz por fiestas de Córpus; pero siempre iba con permiso de su confesor.

Entrada en los diez y ocho años, oyó con horror las proposiciones del décimo quinto Porreño, su tio, para que se casara.

— Yo, — dijo, — ó seré hija de Jesucristo, ó viviré en mi casa ausente del mundo, buscando en ella un baluarte contra el demonio.

— Bien, hija mia, si es este tu gusto, — dijo el tio, — sea.

Creció con los años su devocion, pero no hipócrita, sino devocion verdadera, legítimo fervor cristiano. Tenia grandes visiones, y en llegando la cuaresma se disciplinaba, y decian los criados que en las altas horas de la noche sentian los azotes que se daba. En la época de la decadencia, cuando vivian en la calle de Belen, visitaba todos los dias á las vecinas monjas de Góngora, conversando con ellas largas horas. Con ellas consultaba sus visiones y contravisiones, relatando sus deliquios y arrebatos de amor divino. Otros dias llegaba muy apurada para contarles cómo habia sentido unas terribles tentaciones, y que bebiendo vinagre se le habian quitado.

Así pasaba los dias en sabroso comercio con lo desconocido, lo mismo en la época de su apogeo, que en la de su decadencia.

Estos tres ángeles caidos llevaban una vida monótona y triste. Su casa era la casa del fastidio. Parecia que las tres se fastidiaban de las tres, y cada una de las demas.

Nos hemos olvidado de otro importante inquilino. Era un delicado ejemplar de la raza canina, un perrito que representaba en la casa el elemento irracional. Mas en este ser no se veian nunca la inquietud y alborozo propios de su edad y de su raza; ántes por el contrario, era tan melancólico como sus amas. En los tiempos de prosperidad habia en la casa muchos perros; dos falderos, un pachon, y seis ó siete lebreles, que acompañaban al décimocuarto Porreño cuando iba á cazar á su dehesa de Sanchidrian. Con la ruina de la casa desaparecieron los canes, unos por muerte, otros porque el destino, implacable con la familia, alejó de ella á sus mas leales amigos. Mas en su decadencia las tres damas no podian pasarse sin perro; y es fama que un dia, viniendo doña Paz de visitar á sus amigas las Carboneras, al pasar por la Puerta del Sol vió á un hombre que vendia unos falderillos de pocos dias. Acercóse con emocion y cierta vergüenza, pagó uno con ocho cuartos, y se lo llevó bajo el manto.

Instalado el perro en la casa, Salomé le puso nombre, y recordando las lucubraciones mitológicas y pastoriles de los poetas que en tiempo de la Chinchon la obsequiaban con sus versos, le puso el nombre clásico de Batilo.

Este desventurado ser se hallaba en el momento de nuestra descripcion echado á los piés de María de la Paz, semejando en su actitud y posicion á los perros ó cachorrillos, que duermen el sueño del mármol inerte á los piés de la estatua yacente de un sepulcro.

Las de Porreño se levantaban á las siete de la mañana, tomaban un chocolate del de á tres reales la libra, y se iban á las Góngoras. Oian tres misas y parte de una cuarta. Si era domingo confesaban, y despues volvian á casa, quedándose generalmente doña Paulita en el locutorio á hablar de las llagas de San Francisco. A la una comian (no tenian criada) una olla decente *con ménos de vaca que de carnero* y algunos platos condimentados por el instinto (no educacion) culinario de María de la Paz, que consideraba como la última de las humillaciones la de entrar en la cocina. Despues hacian labor. Una vez al año visitaban á cierta condesa vieja,

que les conservaba alguna amistad á pesar de la desgracia. Llegada la noche rezaban *á trio* por espacio de dos horas, y despues se acostaban. Al sumergirse en aquellas camas arquitectónicas, verdaderos monumentos de otros tiempos, los tres vestigios de la familia insigne de Porreño, vivos exóticamente en nuestros dias, parecia que se hastiaban del mundo de hoy y se volvian á su siglo.

Concluyamos: la mas inalterable armonía reinaba aparentemente entre ellas. Parecian no tener mas que un pensamiento y una voluntad. La uncion de Paulita se comunicaba á las otras dos, y la misantropía amarga de Salomé se repetia en las otras dos. La alegría, el dolor, las alteraciones de la pasion y del sentimiento no se conocian en aquella region del fastidio. La unidad de aquella trinidad era un misterio. En los momentos normales de la vida las tres no eran mas que una, lo antiguo manifestado en un triángulo equilátero, el hastío representado de tres modos distintos, pero uno en esencia.

CAPITULO XVI.

EL SIGLO DÉCIMO OCTAVO.

Estas eran las tres venerandas matronas con quienes iba á vivir nuestra pobre amiga Clara; y en la posicion en que las hemos descrito se hallaban cuando Elías, trayendo de la mano á su ahijada, entró en la sala, y se paró ante las tres damas haciendo una profunda reverencia. Las tres dirigieron á un tiempo los mas impertinentes rayos de sus miradas sobre el semblante de la infeliz muchacha, que estaba con los ojos bajos, el alma oprimida y sin poder pronunciar una palabra.

— ¿Es esta la niña que Vd. nos ha encargado, Sr. D. Elías? — dijo María de la Paz Jesus.

— Sí, señoras, ya que usías son tan buenas que quieren admitirla aquí. Yo espero que ella será agradecida á tanto honor, y sabrá corresponder á él con su buena conducta.

— Pero es preciso corregirse, niña, — dijo Paz, y si es verdad lo que el Sr. Elías nos ha dicho de Vd... y verdad debe de ser cuando él lo dice. Siéntese Vd.

Los dos visitantes se sentaron en dos taburetes, magníficas joyas del siglo decimosétimo.

— Sí, es verdad, — dijo Salomé con desden y cierta fatuidad; — es preciso que Vd. se corrija. Esta casa, niña, impone al que la habita deberes muy sagrados. Nosotros no consentimos el menor escándalo, y cuando protegemos (recalcó la palabra *protegemos*) á una persona, principiamos por enseñarle lo que debe á sus protectores, pues... á sus protectores.

— Estas ideas del dia, — añadió Paz, — lo invaden todo, niña: no estraño que le haya alcanzado á Vd. su influencia pestilencial. Ya no hay religion: los hombres corren desenfrenados á su ruina; y si Dios no se apiada, se acabará el mundo. Pero en alguna parte se conservan los sentimientos de honradez y pudor. Haga Vd. cuenta, niña, que ha dejado un mundo de cieno para entrar en otro mas perfecto. Dios ha iluminado á su buen protector para que la ponga entre nosotras, que la libraremos de la influencia infernal de las ideas del dia.

Y siguió disertando sobre las ideas del dia con argumentos tan fuertes y tal vehemencia de estilo, que Clara sintió picada su curiosidad; alzó los ojos y se puso á mirar con asombro la efigie Porreñana, de cuya boca salia elocuencia tan terrible.

— ¡Usías son tan buenas!... son las únicas personas que pueden ofrecer algun consuelo entre las borrascas del dia, — dijo Elías con una voz ménos áspera que de ordinario, pues solo era afable tratándose de las Porreñas. — Usías le harán comprender lo que han sido y lo que son todavía, porque aunque esto se ha desquiciado, aun quedan personas de aquel tiempo tan grandes y nobles como entónces. Clara, haz cuenta que habitas con las mas dignas y elevadas personas de la grandeza española, que al par de la virtud,

atesoran todas aquellas prendas del alma que distinguen á ciertas personas del bajo vulgo á que nosotros pertenecemos.

María de la Paz Jesus se irguió con toda la gallardía de que era capaz; respiró y miró á un lado y otro con una majestad perfectamente régia. Salomé miró con angustiosa calma las colgaduras remendadas y raidas, los muebles desvencijados y rotos. Doña Paulita dió un suspiro místico, y continuó en silencio.

Coletilla, cuando emitió tan gran pensamiento, se levantó, y se fué despues de saludar á las damas y hablar algo en voz baja con la mas vieja de las tres. Clara le miró partir, y aquel hombre, que le habia inspirado tanto miedo, que habia sido siempre un tirano para ella, le pareció un ángel tutelar que la abandonaba en tales momentos. Sintió impulsos de correr á abrazarle para salir con él; le miró en silencio, y cuando se hubo marchado, miró á las tres viejas con terror, y dos lágrimas de desconsuelo y angustia corrieron por sus mejillas.

No llores, niña, — dijo Salomé; — esos sentimientos que manifiestas por tu bienhechor son saludables; pero ¿de qué valen esas lágrimas tardías, despues de haber abusado de su bondad, poniendo en peligro la dignidad de su casa?

— ¡Yo, señora! — dijo Clara con asombro.

— Sí, Vd., — esclamó doña Paz; — pero la juventud está desmoralizada: no me admira. Esperamos sin embargo que usted se corrija. Ya se ve... con estas ideas del dia, ¡qué habia Vd. de hacer!

— Es preciso perdonar, — dijo doña Paulita con una voz agridulce y atiplada, que parecia salir de lo profundo de un cepillo de iglesia.

— Sí, perdonar; pero corregirse tambien, dijo Salomé con el aplomo de un legislador. — Si no, á dónde iríamos á parar; porque el perdon sin correccion produce peores efectos que el no perdonar.

— Ese es un punto, — contestó la devota, — difícil de resolver, y que ha de llevarnos á sostener una herejía. El perdon es bueno *en sí* y *por sí*, como me lo probó el padre Antonio el otro dia.

— Pero, hermana, ¿de qué sirve perdonar si el malo no se corrige y sigue siendo malo? — dijo Salomé interesándose en aquella controversia, que alteró la soporífera armonía de la trinidad por algunos minutos.

— El perdon basta por sí para producir la gracia eficaz en el perdonado, — contestó la devota; — y si es así que el perdonado se corrige con la gracia tan solo, luego la correccion del perdonador es ineficaz para el perdonado.

Olvidábamos decir que doña Paulita sabia un poco de latin, y que en la época de la decadencia se habia dedicado á leer el *Florilegio sagrado* y el *Thesaurum breve Patrum ac sententiarum.* Aquel argumento lo habia leido la noche ántes, y por eso lo tenia tan á la mano.

La controversia concluyó, y María de la Paz, mas dada al sermon que á la doctrina teológica, prosiguió arengando á Clara que, sentada como un reo en un banquillo, estaba aterrada en presencia de aquellos tres jueces severos.

— La opinion de la mujer, — decia la matrona, — es cristal finísimo que se empaña al menor soplo. Aquella que no se guarda á sí misma, no es guardada; y mujeres hemos visto muy honestas que por no cuidar de su nombre le han visto manchado sin motivo. La opinion es lo primero: cuidad de vuestra fama, porque cuando se habla de una mujer, nada le queda ya, y su misma inocencia no la consuela.

Estas doctrinas sobre la opinion eran de la cosecha del fraile de la Merced que *in illo tempore* frecuentaba la casa. A Paz se le quedaron presentes sus argumentaciones y en lo sucesivo no perdonaba ocasion de sacarlas á cuento, creyendo que hablaba por su boca la misma sabiduría. La devota manifestó con un *sin embargo* que no estaba conforme con aquella doctrina; pero el sermon, turbado por este pequeño incidente, continuó despues por mucho rato.

— Y si no, dígame Vd., niña, — dijo Paz, — ¿qué objeto tiene la mujer al dar oido á las palabras de los hombres, que son los que el demonio elige para que propaguen estas ideas del dia? ¿Usted á qué aspira en la tierra? Por su nacimiento, por su educacion, no puede aspirar á ocupar un puesto en el mundo que la haga capaz de hacer bien á los inferiores. O si no, vamos á ver: trataré de averiguar cuáles son sus pensamientos sobre ciertas cosas, niña. ¿Qué espera

Vd., á qué aspira Vd., y de qué modo piensa conducirse en el mundo?

Clara no sabia qué contestar á esta pregunta.

— Vamos, conteste Vd. — dijo Salomé con un tonillo que indicaba grandes deseos de oir un disparate.

— Diga, hermana, — esclamó con la nariz la devota.

— Yo... contestó Clara despues de una pausa larga en que trató de dominar su turbacion... — Yo... les diré á Vds... soy... una mujer.

Paz hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y miró á sus sobrinas de un modo que indicaba el profundo acierto que habia en la respuesta de Clara.

— Vamos, niña, ¿qué piensa Vd. hacer en el mundo? ¿Cómo cuenta Vd. vivir en lo sucesivo? ¿De qué modo? A ver, — esclamó Salomé con vehementes ganas de que Clara no acertara con la respuesta.

— Yo... contestó Clara, — lo que deseo es... vivir... pues.

Paz inclinó de nuevo la majestuosa cabeza en señal de aprobacion.

— ¿Y nada mas? — dijo Paz.

— Ser buena y... — contestó Clara.

— ¿Y qué? — insistió Salomé amostazada por el juicio y discrecion que habia mostrado la examinanda en las cuestiones anteriores. — ¿Y qué mas? ¿No se le ha ocurrido á Vd. alguna cosa para lo porvenir? ¿No ha esperado Vd. verse en otra posicion, en otro estado del que hoy tiene?

Clara continuaba no comprendiendo.

— Pues queremos decir. añadió Paz, que si á Vd. no le ha ocurrido ser feliz de algun modo; figurarse que podia ser útil al mismo tiempo... pues... porque las jóvenes del dia tienen ciertos pensamientos sobre la vida y la sociedad que conviene examinar en Vd.

— ¿De qué manera, — dijo Salomé, — cree Vd. que debe vivir una mujer en el mundo? ¿Cómo espera Vd. vivir en la sociedad para servirla y serle útil?

— ¡Ah! sí, — dijo Clara bruscamente, como si un rayo de luz repentina hubiera iluminado su entendimiento, sugiriéndole una idea que agradara á aquellas señoras.

— ¿A ver cómo?

— Veamos.

Clara tenia un sentido natural muy grande. Evocólo todo, y pensó en lo que á ella le parecia ser los destinos de la mujer. Comprendió qui si no hubiera matrimonio se acabaria el mundo, y recordó haber pensado varias veces que una mujer casándose seria lo que deben ser las mujeres. Con esta dosis de lógica se aventuró á dar una respuesta á sus jueces, segura de que las tres habian de quedar muy satisfechas y complacidas.

— A ver, niña, — diga Vd. de una vez.

— ¿Qué debe hacer la mujer en la sociedad para servirla y serle útil?

— Casarse, dijo Clara con la mayor sencillez; — y en el momento en que pronunció esta palabra se aterró de lo que habia dicho y se puso como la grana.

El lector habrá visto, si ha asistido á algun sermon gerundiano, que á veces el predicador, no sabiendo qué medios emplear para conmover al femenino auditorio, alza los brazos, pone en blanco los ojos y con tremenda voz nombra al demonio, diciendo que á todas se las va á llevar en alforjas al infierno; habrá visto cómo cunde el pánico entre las devotas; una llora, otra grita, esta se desmaya, aquella principia á hacerse cruces, y la iglesia toda resuena con las voces alarmadas, el pataleo de los histéricos, el rumor de los suspiros y el retintin de las cuentas del rosario. ¿El lector ha visto esto? Pues el efecto producido en las tres damas por la respuesta de Clara fué enteramente igual al que producen los apóstrofes de un predicador endemoniado en el tímido y dueñesco auditorio de un novenario.

— ¡Qué horror! — esclamó Paz juntando las manos.

— ¡Jesus! ¡Jesus! — dijo Salomé tapándose los oidos.

— *Et no nos inducas* — profirió la devota alzando los ojos al cielo.

Hubo un momento de confusion. Las tres se miraron con asombro. Doña Paulita se replegó, doña Paz tambaleó en su asiento, y aun es fama que el amarillo rostro de Salomé se tiñó de una leve púrpura, para lo cual fué preciso, sin duda, que toda la sangre de su cuerpo se repartiera entre sus dos

mejillas. Hasta se asegura que Batilo, el mas taciturno de los perros conocidos, participó de la opinion general, se alzó sobre sus patas, alargó el hocico y ladró.

Pasados los primeros momentos de confusion, Paz recobró aliento y dijo con voz entrecortada por la cólera:

— Niña, esas ideas no me llaman la atencion. Ya la conocíamos á Vd. de oidas. Ahora me esplico su conducta... Ya se vé... ¡Oh! es preciso una educacion muy fuerte.

— Pero señoras... yo... ¿qué he dicho?... yo — dijo Clara muy turbada. — Una mujer... si se casa? ¿Pero casarse es ofender á Dios?

— No señora, no, — contestó la matrona; — el matrimonio es cosa muy principal: sin matrimonio no habria mundo. Pero lo que estrañamos es ver á una mozuela de diez y siete años pensando solo en casarse.

— Pero si yo no he pensado...

— No me interrumpa Vd., niña... ¡pensando en casarse! ... ¿Qué locuras no hará quien á esa edad no piensa mas que en el matrimonio? Así se comprende que sea Vd. tan amiga de los hombres... que los busque.

— Señora, yo no he buscado á ningun hombre — dijo la muchacha con angustia.

— Todo lo sabemos; pero se equivoca Vd. si piensa que aquí vamos á tolerar sus trapicheos.

El corazon de Clara se llenó de amargura al oir aquellas palabras; no se pudo contener y rompió á llorar.

Las tres manifestaban una horrible crueldad en martirizarla. No podemos esplicarnos esto. ¿Era tal vez desahogo de unos espíritus reconcentrados por falta de trato con las gentes, por falta de amor y de los goces de la vida? Sin duda las tres momias no podian sufrir en calma que hubiera en alguna persona aspiraciones á la felicidad.

Doña Paulita, que ya tenia la palabra en la nariz para reprender á Clara, se conmovió al verla llorar y la tranquilizó diciéndole:

— La Magdalena pecó y fué perdonada. Lo que ahora le falta á Vd. es un sincero arrepentimiento.

— ¿Pero de qué me he de arrepentir? — dijo Clara sollozando.

— ¡Jesus! ¡qué tono tan del dia y tan!... liberal — esclamó Salomé, creyendo decir una gracia.

— El orgullo que Vd. ha manifestado en esa pregunta no tiene disculpa, — dijo Paz con desden.

— Cuando dicen las personas mayores que Vd. ha faltado... — añadió la otra, — ellas sabrán por qué lo dicen; y Vd. no tiene que hacer mas que conformarse y callar.

— Pero ¡ay! yo no sé en qué he podido faltar.

— Cuando á Vd. se lo dicen, sus razones habrá para ello.

— Pero si tengo la conciencia tranquila.

— Mas tranquila queda no replicando cuando los superiores dicen una cosa.

— La autoridad, niña, — esclamó Paz, — la autoridad es necesaria... Ya nos ha mostrado Vd. suficientemente la influencia fatal que en Vd. han producido las ideas del dia. El orgullo satánico, el rebelarse contra los superiores, el contradecir... Esto es insoportable. De este modo camina la sociedad á su ruina. Pero nosotras le traeremos á Vd. al buen camino.

— Por de pronto, — dijo Salomé, — cuidado cómo se asoma usted á la ventana.

— Queda terminantemente prohibido que se acerque usted á un balcon ó ventana; que abra Vd. la puerta de la escalera.

— Y que hable Vd. cuando no le pregunten.

— Se ha de levantar Vd. á las cuatro de la mañana; que la pereza es madre de todos los vicios.

— Yo me levanto á la misma hora, hermana, — dijo la devota. — Yo le proporcionaré á Vd. ocasiones á esa hora de entretener el entendimiento en cosas santas.

— A ver si, de aquí en adelante, tiene cuidado de no decir esos terribles despropósitos que ahora ha dicho.

— No volverá, — dijo en un arrebato de amor al prójimo doña Paulita. — Yo sé que no volverá: yo confío en que será buena y obediente. Otros peores se han hecho santos.

— Cuidado como habla con nadie que venga á esta casa. Trabajará Vd. en cuanto se le mande, — continuó Paz, añadiendo un artículo á aquel código fatal.

— Pero no con esceso, — dijo oficiosamente doña Paulita; — que el trabajo es bueno para ahuyentar las ocasiones de pecar; pero con esceso es malo.

— No será con esceso. Ademas es preciso que procure desechar de su mente todas las cosas que ha pensado hasta aquí. ¡Cuidado con las ideas del dia que trae Vd. á este santuario de los buenos principios! No se acuerde Vd. de lo pasado; y ahora que está Vd. encomendada á nuestra tutela *para toda la vida*, no debe pensar sino en portarse bien. Nosotras, ya que Vd. ha tenido la desgracia de perder á sus padres, procuraremos dirigirla y enmendarla, siendo la autoridad que tanto necesita.

La huérfana bajó los ojos, y cayó en un profundo abatimiento. ¡Para toda la vida! Hubiera querido morirse en aquel instante. No miró á las tres harpías, ni les contestó. Su terror era tan grande que se le secaron las lágrimas, y quedó en ese estado de perplejidad dolorosa, que sigue á las grandes crísis del alma.

Dejémosla en su encierro para acudir á Lázaro, que gime en una prision de otra clase.

CAPITULO XVII.

EL SUEÑO DEL LIBERAL.

Cuando Lázaro vió cerrarse la puerta de su prision y sintió perderse en la galería los pasos de su carcelero, miró en torno suyo, y se halló rodeado de la mas profunda oscuridad. Luz entraba por una reja que en lo alto de la pared habia; pero él, viniendo de la calle, estaba deslumbrado y no veia nada mas que tinieblas. Hubo un momento en que le fué difícil darse cuenta de su situacion. Aquello le parecia un sueño. ¿Su viaje á Madrid habia sido una cosa real ó

una vision percibida en aquel calabozo? Si no era así ¿cómo se encontraba en tal sitio?

Los pensamientos que, en desórden y confusamente se agolparon á la mente del jóven, no son para referidos. El primer sentimiento que en él se manifestó, fué una gran compasion de sí mismo, compasion que emanaba de la ridiculez con que los hechos anteriores le presentaban á sus propios ojos. El habia creido que cada paso dado hácia la corte seria un paso dado hácia su futuro engrandecimiento é inmortalidad. El club patriótico mas célebre de España le habia abierto sus puertas, ofreciéndole una tribuna, un pedestal: la fortuna parecia haberle allanado todos los caminos, y despues... Pero no podia acusar á la fortuna. Esta le habia dado ocasion, sitio, auditorio; habia puesto á su servicio un trastorno popular, habia dispuesto solo para él un inmenso grupo de oyentes trastornados y dispuestos á hacer la apoteósis del primer advenedizo. La fortuna habia organizado para él una manifestacion popular, pronta á improvisar un héroe en cada calle. La fortuna no debia ser acusada: él tenia la culpa; él que habia nacido para una vida oscura tal vez, para ser un buen artesano, un buen labrador y nada mas. Y aquella ciencia presuntuosa, aquellos conatos de pueril elocuencia, aquella vanidad prematura de grande hombre eran quizas tan solo fenómenos, hijos de esa serie de somnolencias que acompaña siempre á la juventud hasta dejarla á las puertas de la virilidad.

Despues de pensar estas cosas, se fijó en su conservacion. Estaba preso. Le formarian causa por alterador del órden público. ¿Qué seria de él? Ademas habia cometido una gran falta en no visitar inmediatamente á su tio. ¿Qué pensaria Clara?

Al verse sumergido en una especie de sepulcro, su imaginacion principió á divagar. Estaba débil y muy fatigado. En cuarenta y ocho horas habia dormido apénas cinco: ademas la falta de alimento le estenuaba. Cedió al cansancio y empezó á dormitar; mas no durmió con ese sueño, que da reposo al cuerpo y al espíritu, porque su escitacion le impedia un descanso profundo. Dormia con el letargo doloroso é indeciso que representa todas las visiones de la vigilia anterior de un modo incoherente y monstruoso.

En su sueño pareciale escuchar lamentos que resonaban en las bóvedas de la cárcel. La antigua carcel de villa era un mal edificio dividido en celdas, donde los presos no tenian comodidad, ni estaban seguros. La prision no tenia aquel horror majestuoso con que los poetas nos han pintado todos los calabozos. Pero á Lázaro antojábasele un sombrío edificio, un gigantesco sepulcro de vivos, de altísimas y negras paredes, de gruesos é inaccesibles torreones con un gran foso lleno de aguas cenagosas y verdes, con largas filas de mazmorras, de las cuales la mas lóbrega y subterránea era la suya. Se le figuraba estar á muchos piés bajo tierra; creia que aquella reja daba á algun conducto misterioso, y que detras de los muros habria alguna presa de agua. En su sueño creyó sentir el ruido de un torrente: el agua entraba con lentitud; enormes ratas corrian buscando entre los piés del preso refugio contra el naufragio. Todo se le representaba segun las siniestras relaciones de las cárceles de la inquisicion que habia leido en sus libros.

Despues le parecia que los muros se apartaban: se encontraba en el interior de una gran sala, cuyas paredes estaban tendidas de negro: en el fondo habia una mesa con un crucifijo y dos velas amarillas; y sentados al rededor de esta mesa cinco hombres de espantosa mirada, cinco inquisidores vestidos con la siniestra librea del Santo Oficio. Aquellos hombres le hacian preguntas á que no podia contestar. Despues se acercaban á él cuatro sayones, le desnudaban, le ataban á la rueda de una máquina horrible, la movian, rechinaban los ejes, crujian sus huesos. El lanzaba gritos de dolor, es decir, ponia en juego sus órganos vocales, pero el sonido no se oia.

Despues la decoracion y las figuras cambiaban; se le representaban dos filas de hombres cubiertos con un capuchon negro y agujereado en la cara en el lugar de los ojos. Por el fondo venian los mismos que le interrogaron y uno de ellos traia enarbolado el mismo Santo Cristo que presidió al tormento. Cantaban con voz lúgubre una salmodia que parecia salir de lo mas profundo de la tierra, y avanzaban todos, él tambien, en pausada procesion. Un gentío inmenso le contemplaba impasible y frio: un fraile, tambien impasible, iba

á su lado, pronunciando á su oido palabras santas que él no pudo comprender. Le hablaba de la otra vida y del alma.

Despues le pareció que la comitiva se detenia. Frente á frente vió una claridad estraña, como toda claridad que brilla durante el dia. Aquella claridad se convirtió en llama, que brotaba de un monton de leña. La llama crecia, crecia hasta llegar á una altura enorme, crujian los leños, saltaban chispas; una columna de humo negro subia hasta tocar el cielo. Despues algunos hombres feroces, vestidos tambien con un diabólico uniforme, le ataban fuertemente de piés y manos; le acercaban á la hoguera, le echaban en ella. En un momento de súbito é indescriptible horror sintió arder rechinando sus cabellos, consumidos en un segundo; sus ropas en otro segundo. Rechinó tenuamente el vello de toda su piel; hirvió su carne con el chirrido intenso y discorde de todo cuerpo húmedo que cae en el fuego. Respiró fuego, bebió fuego, se convirtió en fuego sensible y animado con los dolores de su propia combustion. Quiso gritar: la llama no conduce el sonido. Quiso huir; no tenia movimiento, no tenia cuerpo, no era mas que una mecha. Quiso orar; no tenia pensamiento, no era ya mas que una pavesa, una masa de ceniza. El viento lo desmoronaba: se sentia difundirse en el espacio ardiente, se quemaba ya quemado. No era mas que humo; se consideraba subiendo en espiral renegrida y siempre quemándose, siempre quemándose y consumiéndose; difundido ya, aniquilado, evaporado, acabado... hasta que al fin despertó, cubierto todo con el sudor de la agonía.

Despertó, porque un ruido de voces resonaba á su lado. La puerta de la prision se habia abierto. Era la caida de la tarde. Un carcelero que traia una linterna alumbraba y guiaba á otro hombre que venia á visitar al preso. Este hombre era Coletilla.

CAPITULO XVIII.

DIÁLOGO ENTRE AYER Y HOY.

Elías se paró delante de su sobrino. Este balbuceó algunas palabras, le saludó de un modo incoherente, y le dijo al fin, despues de comenzar muchas frases, que estaba seguro de tener delante á su buen tio; pero al ver que este no le daba contestacion ni desarrugaba el ceño, se calló, quedándose cabizbajo y lleno de vergüenza.

Por último el realista habló.

— No debiera venir á verte, ni acordarme de tí. Mereces lo que te pasa. No tengo lástima de tu miseria, y vengo á conocerte, nada mas que á conocerte.

— Señor, yo...

Lázaro no encontraba la fórmula de una esplicacion. Coletilla sabia por el abate D. Gil lo que habia sucedido á su sobrino.

— Sé porqué te han puesto aquí. Un amigo que siguió tus pasos esta mañana me lo ha contado todo. Has levantado la voz en medio de una turba de charlatanes, y te han cogido preso. La justicia te ha puesto donde debieran estar todos los charlatanes.

Lázaro estaba cada vez mas confuso. Aquellas palabras, dichas, cuando, mas que reprensiones necesitaba consuelo, concluyeron de abatirle. Representósele el carácter de su tio como el mas áspero é inflexible que existia en la naturaleza.

— Me contaron tu hazaña — continuó el viejo con su habitual entonacion sombría; — y cuando supe que el delincuente era hijo de mi hermana, la indignacion y la vergüenza se apoderaron violentamente de mí. No creí que fueras un perturbador del órden público. Si tal cosa hubiera sabido, te hubieras quedado en el pueblo.

Despues he averiguado mas. Sé que llegastes, y en vez de ir á mi casa, fuiste con unos badulaques al café de la *Fontana*, donde te hicieron hablar, y hablaste... y por cierto que lo hiciste muy mal. Todos se han reido de tí. Estuviste despues alborotando toda la noche con los que apedrearon la casa de Morillo...

— ¡Ah! no señor, yo no.

— De cualquier manera que sea, tu conducta es imperdonable. Pero díme, ¿desde cuándo te has metido á orador? No sabia yo que en Ateca hubiera tanta elocuencia. Te habrán aplaudido los segadores en las eras, y te has creido por eso un Demóstenes.

El viejo fanático reia con tan maligno acento de sarcasmo, que á Lázaro le parecia tener delante un grotesco demonio. Cada palabra abria en el corazon del pobre prisionero una nueva herida, y le abatia y avergonzaba mas.

— Pero no estraño tus desvaríos, — continuó Elías, — el desórden cunde por todas partes. ¿Qué mucho que estos pedantuelos de aldea tengan tales humos, cuando los sabios de la ciudad ofenden el sentido comun con sus ridículos debates? Sin duda algun garito de Zaragoza ha sido el primer teatro de tu petulancia.

La imaginacion de Lázaro midió rápidamente el abismo que en ideas y sentimientos le separaba de su tio. Pero se sentia dominado por él, y no podia contradecirle.

— Aquí — continuó el fanático con su espantosa burla — aquí puedes hablar á tus anchas, nadie te molestará. Lo que puede ocurrir es que te crean loco y te lleven á un manicomio. Allí debiera estar media España. Pero no, ¿qué digo media España? una pequeña parte, porque casi todos los españoles conservamos el juicio. Solo una porcion de hombres mezquinos, mezquinos de juicio, de carácter, de todo, manifiestan con su conducta todo el estravío de que es capaz nuestra naturaleza. Pero esto concluirá; yo te juro que concluirá, ó es preciso creer que no hay Dios en el cielo, perder la fe y renegar del mundo y del alma.

Mira, Lázaro, — continuó con tono vehemente, y apretándole el brazo con tanta fuerza que le hizo retroceder inmutado y perplejo; — Lázaro, si tú eres de esos, olvida que por tus venas corre mi sangre, olvida que soy hermano de la que te dió el ser. Un abismo nos separa; no hay reconciliacion posible. Es preciso que nos odiemos de muerte. Huye de mí: para mí no eres prójimo. Hay cosas que están por encima de los vínculos de familia. La vida no se reconcilia con la muerte, ni la luz con la oscuridad. Adios.

Iba á salir; pero Lázaro, trémulo de asombro, le detuvo y le dijo con mucha turbacion:

— Pero señor, no me abandone Vd., hábleme Vd. Yo quiero que pensemos de la misma manera.

A pesar de todo, el anciano le inspiraba respeto y veneracion; y al ver que reprobaba sus ideas, sintió ese impulso de subordinacion tan natural en un jóven impresionable por temperamento, dispuesto siempre á gravitar hácia lo que mas le confunde y le vence.

— Si eres de esos, — continuó Elías, — vuelve á tu pueblo y no hables de mí; no digas que me has visto; no creas que existo; y es verdad: para tí he muerto.

— Pero deje Vd. que me esplique.

— ¿Qué vas á decir?

— Yo pienso... Vd. comprenderá que yo tengo mis ideas ... he leido y tengo convicciones, sí señor: estoy profundamente convencido...

— Tú, pobre niño, ¿qué puedes saber?... ¿qué convicciones puedes tener? No sabes otra cosa mas que las falsedades leidas en cuatro libros, que debieran arder en llamas, alimentadas con los huesos de sus autores.

A cada palabra se hundia mas Lázaro.

— Será posible, dijo con desconsuelo, — que Vd. me pueda arrancar mis creencias, que yo he alimentado con tanto cariño y que me dan la vida? No: no podrá Vd.; y si al fin con la fuerza de su talento pudiera conseguirlo, yo le ruego que no lo haga, y me abandone. Que nos separe ese abismo que usted dice; y si yo estoy en el error... Pero no lo estoy, yo sé que no lo estoy...

— Iluso, fanático, vano... porque solo vanidad es eso, vanidad de Satan, — dijo Elías con severidad; y despues añadió con mas fuerza: — pero yo te sacaré de esa miseria; aunque no quieras.

Estas palabras fueron pronunciadas con tan profundo acento de conviccion, que el sobrino no pudo contestarlas, y se hundió mas.

— ¿Qué intentas hacer? ¿Qué esperas? ¿Piensas que esto va á continuar así por mucho tiempo? Te equivocas; que España está á punto de reconocer su error. Mira cómo rebulle por todas partes. El odio á la Constitucion late en

todos los corazones honrados. Pronto verás al rey recobrar sus sagrados privilegios, que solo Dios con la muerte puede quitarle.

— ¡Oh, señor! ¿Y lo que este pueblo ha conquistado con tanta sangre, será perdido por el estravío de un solo hombre? Si así fuera, yo renegaria de nuestro linaje; y si España se dejara ultrajar de ese modo, seria indigna de mejor suerte.

— ¡Digna de mejor suerte! — contestó Elías con la mas horrible espresion de que era capaz su rostro abominable; — digna de aniquilarse y desaparecer de la tierra, si no lo hiciera.

— No, no lo puedo creer aunque Vd. me lo diga. Cuando yo no crea en la libertad, no creeré en nada, y seré el mas despreciable de los hombres. Yo creo en la libertad que está en mi naturaleza, para que la manifieste en los actos particulares de mi vida. Yo, ciudadano de esta nacion, tengo derecho á hacer las leyes que han de regirme; tengo derecho á reunirme con mis hermanos para elegir un legislador.

— Para darte leyes y obligarte á cumplirlas existe un hombre sagrado, ungido por Dios.

— No; yo y mis hermanos le ungimos. Es rey porque nosotros queremos. Es sagrado para mí, si cumple el pacto solemne que ha hecho con todos y cada uno. Si no, no. Pero lo cumplirá, lo ha jurado.

— Hay juramentos, — contestó sombriamente Coletilla, — cuyo cumplimiento es un crímen.

Lázaro sintió frio en el corazon. El aplomo con que aquellas palabras fueron pronunciadas le anonadó mas, y le hundió mas.

— Y todos esos héroes, — se atrevió á decir el preso despues de meditar, — todos esos héroes, santificados por la historia, que viven en el recuerdo de todos los buenos y serán siempre orgullo del género humano, todos esos que han vivido por la libertad, que han muerto por ella, mártires deshonrados en su último dia por la mano del verdugo; pero enaltecidos despues por la humanidad... ¿No quiere Vd. que yo los ame? Yo los venero: mi pequeñez no me permite imitarlos; pero, por tener ocasion de parecerme á ellos, diera

toda mi vida: lo confieso. ¡Oh! si la libertad no fuera la cosa mas buena, seria la cosa mas bella con la memoria de tantos héroes.

— ¿Y esos son tus héroes? ¿Eso es lo que admiras?

— ¿Pues á quién he de admirar? ¿A quién he de admirar? ¿A los tiranos? A Neron matando á Séneca, á Felipe II asesinando á Egmont y á Lanuza, á Luis XV descoyuntando á Damiens.

— Era preciso enseñar á los franceses que no debia haber otro Ravaillac.

— Pues la leccion no hizo efecto; porque hace treinta años que un rey murió en un patíbulo.

— ¡Esos son tus semidioses, esos! — esclamó Elías con furia.

— No: mis semidioses no son el esterminio, el terror ni el asesinato. Lamento los estravíos de todos; mas no estraño que, al huir de las violencias de un estremo, se toque en las violencias de otro, pagando los crímenes de siglos enteros con el crímen de un dia.

— No me hables mas, — dijo Elías con voz reposada y lúgubre; — ya sé que eres de *esos*, de *esos* á quienes no tengo palabras bastante duras con que calificar. Tu Dios es un ciego espíritu de libertinaje; la norma de tu conducta es el escándalo. Díme, insensato: ¿cuál es tu fin? ¿Qué ves tú en ese porvenir? Supon que fueras un hombre notable entre los de tu calaña, el mas ciego de los ciegos, el mas loco de los locos, ¿qué harias, cuál seria tu aspiracion?

— Yo no tengo aspiraciones bastardas; no quiero medrar á la sombra de un tirano que pague la adulacion con dinero; yo no aspiro mas que á la gratitud del género humano; á la gloria.

— ¿Gloria por ese camino? La gloria no se consigue sino por el camino de la lealtad, sirviendo á Dios y al rey. No hay mas gloria que la que Dios da en su paraíso, de la cual es simulacro é imperfecto remedo el culto que da en los altares el linaje humano á los escogidos de Dios. Ademas la gloria en la tierra consiste en ser súbdito sumiso y obediente, no en vociferar por calles y plazuelas. De esa gloria que tu has soñado no pueden salir héroes, sino charlatanes y bandoleros. La gloria consiste en cumplir el deber.

— Pues yo cumplo mi deber tratando de emancipar á mis hermanos de una odiosa tiranía; decirles y probarles que son libres, iguales ante Dios y ante la ley.

— El primero de los deberes es obedecer lo que la ley te mande.

— ¿Ciegamente?

— Ciegamente.

— Yo obedezco la ley que es tal ley, la que han hecho los que pueden hacerla, elegidos por mí y mis hermanos, elegidos por todos.

— A tí no te toca examinar la ley, sino obedecerla.

— ¿Y si me mandan una infamia?

— No te la mandarán.

— ¿Y si me la mandan?

— Te digo que no te la mandarán. Y si acaso Dios permitiera que tu rey te mandara alguna cosa contraria á la justicia, házla; que Dios le castigará á él y te premiará á tí en la otra vida. Serás mártir. ¿Qué mayor gloria? El martirio del deber es grande y sublime.

Lázaro se hundió mas.

— Observa — continuó Elías — el espectáculo de esta nacion. Unos cuantos desalmados le dan leyes en nombre de un principio absurdo, contrario á la naturaleza. Solo al rey ha dado Dios soberanía. ¡Qué desórden! El rey, obligado por una turba de soldados rebeldes á jurar aquel código abominable! Lo juró; pero en el fondo de su alma lo detesta. No podia ser de otra manera. Está prisionero, prisionero de sus vasallos que juegan con él. El rey se ve obligado á representar la mas horrible farsa. Jamas la dignidad real ha descendido tanto. Pero él se librará de esta horrible tutela; porque Europa, si es preciso, se coaligará para salvar á España. Ya España ha salvado á Europa.

— No; no puedo creer — contestó Lázaro, — semejante iniquidad. Esa invasion seria mas odiosa que la de 1808 y tambien mejor castigada.

— No lo creas; el rey será restituido á su trono. Ademas, España no se levantará; y si lo hace, será en favor de la intervencion. ¿No ves cómo manifiesta su voluntad? ¿No ves las facciones que aparecen por todas partes? Todas las provincias se arman para proclamar al rey absoluto; y aun

no han aparecido las principales facciones. España se alzará contra ese absurdo sistema, y Fernando volverá á ser nuestro rey amado.

— ¿Será posible? — dijo Lázaro con desaliento; y entónces se hundió mas.

— Tan posible, que no pasará mucho tiempo sin que lo veas. Ahora se va á conocer el temple de las almas. Todos esos charlatanes que te han llenado la cabeza de desatinos, huirán avergonzados, yendo á esconder su ignominia en tierra estranjera. Entónces se cubrirán de gloria los hombres de corazon recto: los leales y patriotas lucharán contra una plebe desenfrenada, lucharán por el derecho, por Dios y por el rey; vivirán eternamente en la memoria de todos, y sus nombres serán en lo venidero un emblema de justicia y de honradez. Estos son los héroes, Lázaro, estos.

Lázaro se acabó de hundir. Las palabras de su tio le impresionaban de tal modo, que no tuvo aliento mas que para decir tímidamente:

— ¿Esos nada mas?

— Nada mas. La gloria es muy divina para que pueda coronar otra cosa que la justicia y el deber. No esperes nada fuera de esto. El torbellino de esa turba ciega te arrastra, vé con él. No te digo mas. Camina á la deshonra y la muerte. Adios. Algun dia te acordarás de mí.

— No, — esclamó Lázaro deteniéndole; — yo quiero que usted me aconseje y me guie... Yo... aunque tengo bastante fuerza de convicciones...

— ¿Fuerza de convicciones? — esclamó el fanático, deteniendo y mirando á su sobrino con desprecio.

— Sí, — contestó este, — y no puedo perderlas, no quiero perderlas.

— Bien: sigue por ese camino. Léjos de mí no esperes otra cosa que deshonra, oscuridad. Yo te abandono á tu suerte. Me hago la cuenta de que no te conozco. Te pondrán tal vez en libertad, irás con ellos, serás vencido, y entónces... ó huirás con ignominia, ó te entregarás á la venganza de tus enemigos que no tendrán perdon para tí, y harán bien.

— ¿Pero Vd. me abandona?

— Sí: ya te he conocido. Vine solo por conocerte. Ya

sé quién eres. En mi casa te espero; pero no vayas á ella sino convertido.

— ¡Ah! imposible. No iré.

— Pues adios, — esclamó Elías con decision.

— Adios, — dijo Lázaro con angustia.

Coletilla salió. El jóven no se atrevió á detenerle. No creyó que se marchaba hasta que le vió fuera, y sintió que el carcelero cerraba la puerta. Entónces tuvo impulsos de llamarle; gritó, no fué oido; lloró lágrimas de desesperacion; golpeó violentamente con sus manos la puerta y el cerrojo, y al fin, cediendo á la fatiga y al trastorno mental, cayó de nuevo en aquel letargo estraviado y doloroso, de que le sacó momentos ántes la llegada de su tio.

CAPITULO XIX.

EL ABATE.

Al dia siguiente, la casa de las tres ruinas contenia en su estrecha capacidad seis personas: las tres Porreñas, Clara y dos visitas.

Clara y la devota estaban encerradas en la habitacion interior, destinada á las prácticas ascéticas. La santa, concluida la oracion mental, se habia sentado en un taburete, y poniendo un gran libro sobre sus rodillas, leia con la cabeza inclinada á un lado, arqueadas las cejas, bajos los párpados, y cruzadas las manos en ademan muy humilde. Clara estaba á su lado, y como no debia llegar en su flaca naturaleza á aquel alto grado de perfeccion, cosia como una pecadora, como una infeliz mujer no acrisolada por las inflamaciones de amor divino. La devota no se permitió otra espansion que referir á su compañera los gozos y visiones que aquella noche habia tenido. Despues empezó un exámen de doctrina, y le hizo varias preguntas morales y teológicas, á que contestó

Clara con sencillez, guiándose por lo poco que sabia positivamente y por lo que su buen sentido le sugeria. Pero es el caso que á doña Paulita siempre le parecian mal las respuestas de su discípula. La reprendia, le esplicaba con escolásticos giros y frases nada comunes, y por último la llamaba ignorante y hereje, causándole gran turbacion y susto.

De repente interrumpe sus lecturas y sus reprimendas, y esclama:

— ¡Ah! se me olvidaba una parte de mi rezo. Ya se ve, me he distraido con los errores de Vd., hija. Es preciso que usted piense de otro modo y deseche esas ideas del dia... Pero digo que me olvidé de rezar... por...

— ¿Qué ha olvidado Vd.? — le dijo Clara.

— Me olvidé de rezar dos *Padre nuestros* por el sobrino de nuestro buen amigo D. Elías.

— ¡Jesus! ¿Qué le ha pasado? ¿Qué es de él? — esclamó vivamente Clara sin poderse contener.

— No se asuste, hermana, que no ha muerto, — contestó friamente la devota.

— ¿Pues qué le ha pasado? — continuó Clara que se habia puesto pálida y temblorosa.

— Que está preso en la cárcel; y bien merecido.

— ¿Pues qué ha hecho?

— Alborotar por esas calles y hablar en los clubs. Una serie de cosas tan pérfidas é infernales que horroriza el recordarlas. Anoche nos contó D. Elías todo lo que ese desalmado jóven ha hecho, y pasé un mal rato.

Clara estuvo un momento sin poder articular una palabra. La repentina noticia la turbó tanto, que no se atrevió á preguntar mas.

— Hermana, — prosiguió la devota, — ¡qué jóvenes los del dia! ¡Qué horrible corrupcion! Ese jóven debe ser un monstruo. Pero ¡ay! debemos tener compasion con los delincuentes que yerran. No es que crea yo como Orígenes que hasta el diablo se ha de salvar. Pero debemos compadecer y amar á los pecadores, aunque estos sean de los mas empedernidos y rebeldes.

— ¿Pero qué ha hecho? — esclamó Clara haciendo un gran esfuerzo para disimular su turbacion.

— No lo sé punto por punto; pero son cosas tan horribles ... Ha hecho lo que otros tantos desvergonzados que andan por ahí. Esta sociedad está perdida. A ver, hermana, si aprende Vd. pronto eso que le he dicho sobre la gracia eficaz.

— ¿Pero está preso? — añadió Clara con mas miedo.

— Preso, sí; y no le soltarán tan pronto. Pero está Vd. inmutada... Ya, le tiene compasion, y es natural. La compasion á los semejantes es una de las virtudes que mas recomienda Tertuliano. Vd. está pálida, hermana. Pero ya; es efecto de la compasion. Voy á rezar.

Y dejando el libro, tomó el rosario y rezó.

Clara bajó la cabeza y siguió cosiendo. Era tal su congoja que no daba un punto á derechas; picóse los dedos muchas veces, y la costura salió tan mal, que pronto fué preciso desbaratarla y coserla de nuevo.

Dejémoslas y acudamos á las visitas. En la sala estaban María de la Paz, Salomé, y delante de ellas en pié y respetuosamente, Elías Orejon y el ex-abate D. Gil Carrascosa.

Nada hemos hablado hasta ahora de la amistad de este singular personaje con las venerables viejas. Carrascosa, en su calidad de abate entrometido, frecuentaba la casa de Porreño, lo mismo que otras de la mas elevada gerarquía. Aun hemos oido contar á personas de toda veracidad que el intruso y audaz hombrecillo habia tenido una parte principal en las misteriosas relaciones de Salomé con aquel jóven militar, á quien enviaron al Perú despues del rompimiento de la dama con el imberbe duque de X..

Carrascosa era hombre de mucha travesura y socaliña, sutil como el aire, capaz de urdir en el seno de las familias las mas hábiles marañas; iba y venia sigilosamente so color de preparar fiestas, de arreglar procesiones, y era, en resúmen, el mas fementido tercero. Así le llamamos por no darle otro nombre un poco soez, que alguien le aplicó oportunamente y conservó entre muchos con justicia.

La amistad con las tres viejas se interrumpió con la desgracia, y solo de vez en cuando las visitaba, recordándoles los tiempos pasados con una elocuencia y un calor que no agradaba á doña Paz. Ultimamente, sus visitas eran mas frecuentes y mucho mas afectuosas sus demostraciones de

amistad. El dia en que lo encontramos aquí habia ido con Elías; y por algo estraordinario iba sin duda, porque su vestido era el mas escogido y su cara estaba mas lavada que de costumbre. Los puntiagudos faldones de la mejor de sus tres casacas se balanceaban al compas de las piernas en la parte posterior del cuerpo; el tupé habia recibido doble racion de pomada, y la corbata, aumentada con nuevos pliegues, formaba un blanco follaje, una pechuga escarolada debajo de la barba. Cuando el abate se ponia este traje, habia pronunciado ya la *última ratio* de su peculiar elegancia.

Coletilla se despedia despues de haber saludado á las damas. No venia sino á ratificar un tratado que últimamente ajustó con Paz. Ya sabemos que las señoras tenian el segundo piso de la casa simplemente ocupado con los muebles de familia de que no habian querido deshacerse. Este piso era muy pequeño y abohardillado, comunicándose con el principal por una escalera interior. Esta disposicion de casas era comun en el siglo pasado, y á principios del presente aun se conservaban algunas.

Las damas habian propuesto á Elías que se fuese á vivir á aquel sitio, comiendo con ellas en calidad de huésped, y al buen viejo le vino este arreglo como de molde, porque le producia un ahorro, y ademas le ponia en estrecho contacto con sus antiguas amas, que tenia siempre en tanto aprecio. Economía, comodidad, seguridad: estas tres ventajas vió en la proposicion, y aceptó. Aquel dia vino á darles la respuesta definitiva: sobre el precio no hubo disputas.

Cuando Coletilla se marchó, el abate se preparó á tomar la palabra, hizo mil muecas, sacando á la superficie de su cara todo su repertorio de sonrisas. No seremos indiscretos en decir, anticipándonos á la declaracion espresa del mismo don Gil, que iba á invitar á las tres damas para una fiesta religiosa. Tambien nos atrevemos á indicar, con todas las reservas imaginables, que aquello no era mas que un pretesto que ocultaba otros fines.

Cuando rompió á hablar, lo primero que hizo fué preguntar por doña Paulita y tambien por Clara empleando algunas discretas reticencias. Despues dijo:

— Pues yo venia á decir á Vds. si quieren honrar con

su presencia la funcion que la hermandad de la Pasion y Muerte celebra mañana en la iglesia de Maravillas. Yo soy secretario de la cofradía, y gracias á mí, se ha arreglado la fiesta. Yo les aseguro á Vds. que será de lo mas lucido que se ha visto en la corte.

— No será nunca como la que hicimos el año 98 en las niñas de Loreto, cuando se trasladó la vírgen de los Dolores del oratorio del Olivar, — dijo Salomé.

— No fué el 98 sino el 3; que me acuerdo como si hubiera sido ayer, — dijo Paz.

— Te digo que fué el 98, — insistió la otra.

— Estoy segura que fué el año 3, — dijo Paz; — cuando el primo vino de la guerra de Francia.

— Fué el 98, Paz, — dijo Salomé, — el 98. Hace ya veinticinco años.

— Jesus mujer, te aseguro que fué el año 3: me acuerdo bien. Yo tenia entónces... quince años.

— Señoras, no hace al caso la fecha, — dijo Carrascosa, cortando aquella peligrosa cuestion.

Y despues continuó:

— Gracias al petitorio que yo dirijo, se han reunido dos mil y pico de reales. Tenemos misa con orquesta de capilla y nos predica el padre Lorenzo de Soto, que es un orador que vale un Perú.

— ¡Oh! no me lo nombre Vd. — dijo Salomé, apartando la cara y poniéndose delante de ella la mano abierta á guisa de pantalla, — es un clérigo pervertido, contaminado con las ideas del dia. Despues que los liberales le hicieron provisor de Astorga, está en poder del demonio. Hube de caerme muerta cuando el dia de la fiesta de la vírgen de la *Leche y buen parto* le oí decir en San Luis que era preciso reconciliarnos con los que habian trastornado á nuestra patria. ¿Cómo puede haber llegado á ese estremo de perversion una persona tan docta como el padre Lorenzo de Soto?

— Señora, yo tengo para mí que es un gran predicador, — dijo Carrascosa. — El año 12 fué, como Vds. saben, diputado en aquellas cortes, el 14 firmó la esposicion de los *persas*. Noble carácter! Despues la amistad del rey le ha elevado á puestos muy altos; y para probar su mérito basta decir que él fué quien descubrió la conspiracion de Porlier.

Despues del 20 se ha hecho enemigo de la Constitucion, lo cual es digno de alabanza, porque de otro modo hubiera perdido su prebenda. Pero nada de esto hace al caso, sino que predica mañana, y que esta tarde tenemos completas en que cantan los tiples de Avila y el padre Melchor, franciscano de Segovia. Mañana oficiará el reverendo obispo de Mechoacan, y por la tarde habrá procesion á que asistirá la cofradía del Paso, la del Santo Sudario, y tambien irán los niños del Hospicio.

— ¡Ay, D. Gil! — esclamó con acento de profundísimo desconsuelo María de la Paz. — ¿Cómo se atreven á sacar los santos á la calle con estas cosas? Mas querrán ellos estarse en sus casas que no salir á ver todas las iniquidades que cometen los hombres.

— Puedo asegurar á Vd., — dijo el abate con una sonrisa diabólicamente irónica, — que no se han quejado, ni se quejarán por el paseo. Lo mejor de la procesion es la comitiva que tenemos organizada. Irán catorce vírgenes vestidas de blanco con coronas de rosas, velos, escapularios y cirios en las manos.

— Esas comitivas — dijo con muy mal humor María de la Paz, — no me hacen gracia. ¡Es una cosa tan mundana! Allí van los hombres solo por ver á las muchachas; y las muchachas, que hacen de vírgenes, van solo á que las vean, y en lo ménos que piensan es en los santos y en Dios. Esas son cosas de Francia, Sr. D. Gil. Antes no se usaban aquí semejantes inmoralidades, y dia vendrá en que se acaben costumbres tan escandalosas.

El timbre nasal de la voz de doña Paulita, que se hallaba en la habitacion inmediata resonó en la sala trayendo la opinion de la santa, que no por estar rezando, dejaba de prestar atencion á cuanto en la sala se decia.

— ¡Ah! — esclamó alzando la voz para poder ser oida por D. Gil, — no me nombren esas procesiones de vírgenes mundanas. ¡Qué vírgenes serán esas que salen con coronas de rosas y cirios en las manos! Una vez vi eso, y me entró tal grima, que tuve que confesarme en seguida de la cólera que me habia dado. No me nombren eso. ¡Qué escándalo, Dios mio! ¡A dónde iremos á parar de ese modo!

— Sr. D. Gil, no lo dude Vd. — esclamó Salomé, pesarosa de ser la última en condenar las procesiones de vírgenes.

— Pues señoras, — dijo D. Gil respirando fuerte como si con el aliento adquiriera la fuerza que contra tantos y tales enemigos necesitaba, — yo, señoras, respetando la opinion de ustedes, encuentro que esas procesiones son muy patéticas, muy espresivas, muy religiosas. De todos modos, ya la procesion está arreglada y hay que llevarla á cabo. Hemos estado buscando jóvenes, y ya hemos encontrado algunas; pero aun nos faltan cinco. La fiesta es mañana; y si no encontramos hoy esas que faltan, se va á deslucir la funcion. ¡Qué contratiempo! No saben Vds. cuánto he trabajado para buscarlas. Son muy guapas las que tengo ya.

— Señor D. Gil, por Dios, — esclamó Salomé en el tono de una honesta dama que reprende el atrevimiento de su galan.

— Señoras, ¿qué tiene eso de particular? Si Dios las ha hecho guapas, ¿qué vamos nosotros á hacer? ¡Pero ay! me faltan cinco. Por eso he venido aquí.

Y se detuvo como cortado.

— ¿Ha venido Vd. aquí? — esclamó Paz abriendo mucho los ojos.

— ¿Ha venido Vd. aquí? — murmuró Salomé, con un súbito cambio de color.

Las dos ruinas se miraron. Aquella mirada fugaz fué terrible. Un observador oculto é inteligente hubiera advertido tal vez que en aquel mutuo rayo que una y otra se lanzaron simultáneamente, se examinaron, se despreciaron, cambiando como una espresion de rencor que cada una lanzó para la otra. Pero Carrascosa, aunque era buen observador, no pudo advertir, al breve resplandor de aquella mirada fugaz como un relámpago, los dos abismos que, abierto el uno frente al otro, se contemplaron un instante, mostrándose todo su horror. No se crea por esto que tia y sobrina no se querian bien, no; se amaban, si cabe espresarlo así, se amaban como pueden amarse dos personas que se fastidian juntas. Sigamos.

Un profundo y lejano suspiro anunció la admiracion de doña Paulita.

— Sí, he venido aquí á ver si Vds. consienten... — continuó el abate.

El retablo que en la persona de Paz hacia veces de rostro, se puso de color de remolacha, y los ojos de Salomé miraron al cielo no sabemos si por un movimiento natural ó por una calculada combinacion de ademanes.

— Eso no tiene nada de particular, señoras, nada de particular; al contrario.

— ¡Señor D. Gil — dijo Salomé con una cosa parecida al rubor.

— ¡Señor D. Gil! — esclamó Paz con toda la majestad de su carácter reunida en un solo gesto.

El que habia sido abate y covachuelista comprendió que le habian entendido mal, y se apresuró á rectificar.

— Voy á rectificar — esclamó.

— A rectificar, como dicen en las Cortes — esclamó Salomé en un arrebato de amabilidad repentina é inesplicable que no pudo contener, amabilidad rarísima en ella y que era sin duda signo de una gran agitacion.

El buen humor de la segunda ruina era siniestro.

— Quiero decir — continuó el abate despues de toser dos ó tres veces, — que venia á ver si consentian Vds. en que esa jóven... esa jóven que Vds. protegen...

A Salomé le entró una tos convulsiva, no sabemos si originada por una causa física ó por la necesidad de disimular y no ofrecer á la contemplacion de D. Gil las arrugas triangulares y el color cárdeno que aparecieron en su cara al oir aquella proposicion. María de la Paz se restregó un ojo como si le escociera. Oyóse la voz de doña Paulita que rezaba un latinajo incomprensible.

— Esa jóven — continuó Carrascosa — que se llama... ya no me acuerdo de su nombre. Pues... esa que es tan guapita y tan modesta. De seguro no habrá en la procesion ninguna que la iguale.

— ¡Señor D. Gil! — esclamó María de la Paz Jesus con una esplosion de cólera repentina — ¿cómo se ha figurado Vd. que yo podía consentir en semejante cosa? Ya le he dicho á usted que esas comitivas me parecen muy indecentes, y si esa niña quisiera prestarse á ser escándalo de la corte, no entraria mas en esta casa. Por parte suya, no dudo que

consintiera, porque es tan aficionada á coquetear por ahí, que si la dejaran habia de estar todo el dia en la calle detras de los hombres. Pero no... no me hable Vd. de eso.

— Yo sospechaba desde el principio á dónde iba Vd. á parar, señor Carrascosa; pero quise aguardar á que se esplicase, — dijo Salomé con mucho desden.

— Señoras, veo que son Vds. inflexibles. Conozco mucho la noble entereza del carácter de Vds. y el teson de sus principios, para insistir mas sobre este punto.

En aquel momento doña Paulita, que sin salir de la habitacion interior no perdia sílaba de lo que allí se decia, tomó parte en la conversacion, variando de sitio para que la oyeran mejor.

— ¡Oh, Dios mio! — dijo. — No consentiré yo tal cosa. Hasta las personas mas perfectas caen alguna vez! ¡Hasta de los hombres mas de bien y de mejor conducta se vale el demonio para sus perversos fines! ¡Quién diria que Vd., Sr. D. Gil Carrascosa, habia de ser instrumento de perdicion para esta pobre muchacha!

— ¡Yo, señora mia! — balbuceó el abate.

— No: ya sé que es sin querer, — contestó la santa; — que á veces Dios permite que una persona buena sea, sin saberlo, causa de la perdicion de otra. No le echo á Vd. la culpa. Pero esta pobre niña tiene quien vele por ella. No caerá otra vez, que gracias á un buen ángel, ha salido ya del abismo la pobrecita, y se ha salvado. Ya está hecho lo principal; de modo que ahora, con una vida ejemplar consagrada enteramente á la oracion, su alma se purificará por completo. — No temas, niña, — añadió volviéndose del lado en que estaba Clara; — no temas, que no volverás á caer, y si saliste del pantano del mundo, ha sido para continuar pura y sin mancha léjos de él. — Y no desconfieis de ella — prosiguió mirando á la sala y dirigiéndose á las dos esfinges, — no desconfieis de ella porque es muy buena.

Salomé movió la cabeza en señal de duda.

— Es muy buena, muy buena compañera mia, — continuó la devota. — Aunque el mundo trató de corromperla, ella tiene muy buen fondo, y el alma está santa: lo he conocido. Ella perderá la corteza de las viles pasiones que el mundo le ha enseñado. Estoy tan interesada en su salvacion, que

quiero unirme á ella para toda la vida y salvarla conmigo. ¡Os aseguro que así será! Amadla vosotras, que Dios manda amar á los pecadores, sobre todo, cuando están arrepentidos. ¿No es verdad que estais arrepentida, hermana?

No se oyó ninguna respuesta. Clara contestó sin duda que sí con un movimiento de cabeza. El sermon de la devota dejó un eco en la sala.

— Señoras: para concluir me permitiré una observacion, — dijo D. Gil. — Yo no veo un escándalo en que la señora doña Clarita salga en la procesion de las vírgenes. Al contrario, bueno es que ostente la hermosura, que es obra de Dios; y la mujer que se esconde y no sale, impide que se admire una obra de Dios, cual es la hermosura. Esa jóven es un ejemplar prodigioso de las hechuras de Dios, y haciendo que todos la vean es como se publican las alabanzas del autor de tantas maravillas.

— Sr. D. Gil, — esclamó María de la Paz haciendo esfuerzos para aparecer serena: — no creia yo que fuese Vd. tan libertino. Vamos, nosotras teníamos de Vd. otra idea; creíamos que...

— Yo soy, señora, un hombre como los demas. Admiro las obras bellas de la naturaleza, y una mujer hermosa es una de las cosas que...

— Por Dios, Sr. de Carrascosa; en verdad tiene Vd. unas cosas... — dijo Salomé pasando la mano por el fragmento de cabellera que entre su apergaminada frente y su tocado aparecia.

— ¡Jesus! repórtese por Dios, — dijo desde dentro la devota. — Me horrorizan sus palabras.

Algo mas duró el importante diálogo; pero D. Gil, viendo que no sacaba partido de las tres pécoras, varió de asunto, aunque con poca fortuna, porque sus amigas le mostraron mucho despego durante toda la visita. Al fin determinó marcharse; se levantó, hizo mil cortesías, les reiteró su respeto y admiracion, prometió volver pronto, y se fué lamentando que la elegancia de su ajuar y el singular aseo que habia dado á toda su persona no hubieran sido mas eficaces para el logro de sus intentos.

Al llegar á la calle miró á todos los lados como buscando á alguno, y al poco rato salió del portal de una casa inme-

diata el jóven militar que hemos conocido desde el principio de esta historia.

— ¿Qué hay? — preguntó á Carrascosa con mucho interes.

— Nada, no quieren: esas viejas son unos demonios — contestó riendo de muy buena gana el abate. — Me parece que por ese camino no conseguimos nada.

— ¡Diantre de viejas!

— No la sacamos de esa casa, si no ahorcamos á esas tres harpías de los tres balcones y á Coletilla del tejado. Son inflexibles.

— Estoy decidido ya á lo que te dije ayer. Si no la puedo sacar, me cuelo yo dentro.

— ¡Hombre, qué empeño! — dijo Gil; — eso ya pica en historia. Vámonos de aquí; que si Coletilla nos ve, de seguro cae de su burro: vámonos y hablemos del asunto.

— Eres lo mas inútil — dijo el militar. — Verás si yo la saco.

— Quisiera verlo, — contestó Gil; y los dos se alejaron en direccion á Santa Bárbara.

— Ya tú has olvidado tus antiguas mañas, diablo de abate, — dijo el militar; — ya no sirves para el caso. A ver cómo puedo yo entrar ahí, discurre un medio, un ardid cualquiera: ¿para qué quieres esa travesura? á ver.

— Hay un medio magnífico, — contestó Carrascosa.

— Pues esplícate pronto.

— Voy á esplicarlo.

CAPITULO XX.

BOZMEDIANO.

Antes de dar á conocer en toda su estension el coloquio de estos personajes, conviene dar noticias de uno de ellos, ya harto conocido por el lector. El militar que en el segundo capítulo de esta historia vimos prestando auxilio á

Coletilla y despues introduciéndose furtivamente en su casa, se llamaba D. Claudio Bozmediano y Coello. Ya era tiempo de decir su nombre. Tenia treinta y dos años, y servia en el ejército con el grado de comandante. Su padre fué uno de los venerables legisladores de Cádiz. Hombre de talento, de notoria probidad, de elevada cuna y agradable presencia, habia sido siempre muy amado de sus compatriotas. A la vuelta del rey fué perseguido como todos, y tuvo que emigrar. Pero restablecido el sistema constitucional, el viejo Bozmediano volvió á España y ocupó uno de los mas elevados puestos en la política.

(Con el nombre de Bozmediano conoceremos en esta historia al hijo de aquel varon ilustre, cuyo verdadero nombre no podemos usar en nuestro relato por ser un personaje contemporáneo de memoria muy reciente.)

Bozmediano, padre, era liberal de corazon. Trataba el rey, y es seguro que hizo cuanto cabe en fuerza humana para dirigir por camino recto la torcida voluntad de aquel soberano falaz y perverso. Era rico, y jamas le movió el interes en asuntos políticos. El amor á su hijo y el patriotismo eran dos sentimientos profundos que, enlazados y fundidos, ocupaban todo su corazon.

Bozmediano, hijo, que es el que mas conocemos, era un jóven de escelentes prendas, amante de la libertad por conviccion é instinto, defensor acalorado *de las ideas del dia*, cuya aplicacion y trascendencia conocia muy bien, porque á su talento claro y á su natural sagacidad añadia una instruccion no muy comun en aquella época.

Pero en medio de sus grandes cualidades; en medio de sus virtudes cívicas y privadas, Claudio Bozmediano tenia un defecto, amable defecto que la edad disculpa. Era tan aficionado á las muchachas, que el galantearlas entretenia la mayor parte de su vida, robando tal vez á la patria grandes servicios. No era un libertino, no: las queria con toda la buena fe que el naciente siglo XIX permitia, y aunque él aseguraba no haber encontrado la suya, entreteníase con las demas esperando. Pero al fin ó la habia encontrado, ó habia encontrado una que de fijo le entretendria mas que las otras. Repetimos que los amores de Bozmediano no eran licenciosos; pues á pesar de ser un apóstol de las ideas del dia, en

la cuestion amorosa el bueno del militar pertenecia á la escuela platónica del pasado siglo, y se enamoraba con la buena fé de un caballero amartelado. Gustábale llevar sus aventuras hasta el fin, y mas halago encontraba en ellas cuanto mayores eran los peligros, cuando ocurrian accidentes romancescos y misteriosos, que escitaran su imaginacion tan propensa á las cosas estrañas, difíciles y complicadamente dramáticas.

Despues que conoció á Clara, habia perdido el reposo. No solo la jóven aquella por sus cualidades y encantos personales le interesaba mucho, sino que en su vida habia encontrado un misterio, para él interesantísimo, por ofrecerle lo que siempre buscaba con mas afan, una aventura.

La aventura se presentaba singularmente dramática, escitando al mismo tiempo el amor y la curiosidad de Claudio. Aquella huérfana que vivia en compañía de un viejo escéntrico, la tristeza y necesidad de desahogo que en ella habia notado, la suposicion de que era mártir de la dureza de aquel hombre, eran causas bastantes para escitar un espíritu ménos impresionable y caballeresco. Su intento, su gran aspiracion era descifrar el misterio de aquella casa y despues salvar aquella encantadora y desdichada muchacha de la odiosa tutela de su guardian. Amor y generosidad eran los móviles de Bozmediano en la aventura que le vemos comenzar y que le veremos proseguir.

— Hay varios medios de entrar en la casa, — decia Carrascosa tomando el brazo del militar; — pero hay uno que es escelente. Esas viejas tienen un arrendatario que ahora debe venir á pagarles sus rentas, lo poco que tienen. Lo sé por Elías. Estamos al aviso, le compramos, le hacemos escribir una carta diciendo que está enfermo y que envía á su hijo con el dinero; Vd. se disfraza de labriego, entra en la casa, y una vez allí... ¡pataplum! le ha dado un desmayo, un accidente terrrible. No tienen mas remedio que dejarlo en la casa... le meterán en un desvan, y durante la noche, cuando ellas duerman, se apodera de la chica y... á la calle.

— Calla, imbécil; eso no puede ser. No sé en qué comedia he visto eso, que es muy bonito en el teatro; pero en la vida... Yo no quiero eso. Quiero entrar en mi traje ha-

bitual, con mi nombre... pero es preciso un pretesto; porque supongo que esas viejas serán la misma desconfianza.

— Armarán un escándalo, — dijo el abate; — y será tal el vocerío que se oirá en Getafe: es preciso ir con tiento.

— Pero hombre, — dijo Bozmediano, que no tenia noticia de que semejantes bichos existieran en el mundo — ¿qué gente es esa?... ¿cuál es su carácter, su vida, sus hábitos, qué hacen y por qué está ahí esa pobre muchacha?

— Dichoso Vd. que no conoce á esas diablas de Porreño. Son los pájaros mas raros que hay en el mundo. Cuando tengo mal humor voy á reirme con ellas, oyéndolas disparatar. Esa gente fué muy rica, pero han venido á ménos: creo que el dia ménos pensado se comerán unas á otras.

— ¿Y en qué se ocupan?

— En nada; mejor dicho, en rezar. Una de ellas es santa, y le aseguro á Vd. que cuando se pone á hablar de sus santidades, es cosa de morirse de risa. ¡Y qué impertinentes son! Cuando les propuse lo de la procesion con objeto de sacar de allí á Clarita, se pusieron hechas unos grifos. Ya me figuré yo que no consentirian; y en verdad, amigo, que el proyecto que acaba de fracasar era atrevidillo.

— ¿Y cómo ha venido aquí esa Clarita? — preguntó Bozmediano.

— Yo no sé, cosas de Elías.

— Hombre, hábleme Vd. de ese Elías. El dia en que le conocí por primera vez me pareció lo mas raro del mundo. Ya habia yo oido hablar de Coletilla.

— Elías es un loco rematado; es realista; pero con un fanatismo que le llevará hasta el martirio.

— ¿Y ama á esa jóven?

— No sé: yo lo dudo. Coletilla no ama mas que al rey, mejor dicho, al principio real.

— Pues bien — dijo Bozmediano; á ver cómo me introduces en esa madriguera.

— Es preciso entrar de *ocultis*, — dijo con la mas maliciosa sonrisa el abate.

— ¿Y qué sacamos de eso? — contestó en el colmo de la confusion Bozmediano. — Entro, por ejemplo de noche: si alguna me ve, me creerá ladron, chillará, y entónces... bonita aventura. Ademas Clara no está prevenida, no tiene

relaciones conmigo. ¿Qué voy yo á hacer allí? Yo quiero introducirme sin que se sospeche nada, entablar amistad con ella...

— Tengo una idea, — dijo Gil golpeándose la frente.

— ¿A ver?

— Usted va á entrar en un momento en que Clarita esté sola.

— ¿Sola? Pues esos demonios, si salen alguna vez, ¿la dejarán allí?

— Sí.

— ¿Y cuándo salen?

— Yo me encargo de averiguarlo y de arreglar eso.

— Esplícate mejor.

— Lo primero que Vd. debe hacer, Sr. D. Claudio, es escribirle una carta á la niña. Yo tambien me encargo de eso.

— Bien; ellas salen; probablemente la dejarán encerrada. ¿Cómo entro yo? ¿Voy á estar descerrajando puertas?

— No señor, Vd. entrará cómodamente y sin ruido.

— A ver como es eso, diablo de abate.

— ¿Recuerda Vd. aquel vestido de abate que yo tenia allá por los años 10 y 12?

— ¿Qué he de recordar yo? dijo Claudio picado y curioso.

— Calma, amiguito, — contestó el abate poniéndole la mano en el pecho; — ¿recuerda Vd. mi gorro y mis calcetas, un primor de costura y de corte?

— ¿Y qué tiene eso que ver con la...?

— Vamos allá. Pues ese traje, ese gorro, esas calcetas, me las hicieron doña Nicolasa y doña Bibiana Remolinos, personas eminentes en el arte de coser, á quienes tendré el gusto hoy mismo de presentar á Vd.

— ¿Pero qué jerga es esa? — dijo Claudio, — ¿qué demonios tiene eso que ver con lo que te pregunto?

— Usted no cae en la cuenta, — contestó el socarron del abate, porque no sabe que esas dos señoras viven en la misma bohardilla en que hace diez años vivió la hija del herrero, Josefita Pandero, de quien anduvo tan enamorado el conde de Valdés de la Plata; es decir, en el número 6 de la calle de Belen. Yo anduve en el asunto.

— Ya recuerdo haberte oido contar algo de eso, — dijo

Bozmediano; — ¿pero qué tengo yo que ver con Josefita Pandero ni con esas señoras Remolinos?...

— Usted no comprende lo que quiero decir, porque no recuerda que el conde de Valdés de la Plata, no pudiendo sonsacarle la niña al herrero, que la guardaba como si no fuera mujer, alquiló la casa inmediata, y no paró hasta abrir una comunicacion que le permitió profanar el hogar de aquel testarudo Vulcano.

— Ya, — díjo Bozmediano, — comprendiendo.

— Pues... mis amigas las costureras viven en el núm. 6 donde vivió la hija del herrero, y mis amigas las Porreñas viven en el 4, donde vivió el conde de Valdés de la Plata; y en resúmen, si una puerta hábilmente hecha, permitió á un caballero pasar del 4 al 6, tambien abrirá paso del 6 al 4 untándoles las uñas á esas costurerillas, que, dicho sea de paso y en honor de la verdad, tienen para el pespunte unas manos que son una gloria.

— Ya lo comprendo todo. ¿Y esa puerta existe?

— Pues no ha de existir. Yo la he visto; yo respondo de todo; me encargo de averiguar cuando salen esas harpías, de llevar la cartita, y de facilitar el paso...

— No es mala idea, — dijo el militar; — y sobre todo mala ó buena, yo la he de llevar á cabo. ¿Y qué haremos para que esa lechuza de Coletilla no nos estorbe!

— Coletilla no nos estorbará. De lo ménos que él se ocupa es de la muchacha, cuyo porvenir no le importa un comino. El no se ocupa mas que de...

— ¿De conspirar eh?...

— Pues ya, amigo D. Claudio. Elías es hombre fuerte y tiene amistades muy altas. Puede mucho, y así con su humildad y su melancolía es persona que maneja los títeres. Le digo á Vd. que se va á armar una...

— ¿Conque conspiran? ¿Si conspiran los realistas, es seguro que tu estarás con ellos, no?

— Hombre yo, — contestó Gil maliciosamente; — yo soy hombre de órden y nada mas. Si ando con Elías y me trato con los suyos, es solo para enterarme de sus manejos, pues....

— Siempre el mismo truhan redomado; nadie como tú ha sabido navegar á todos vientos.

— Ya sabe Vd., Sr. D. Claudio, — contestó Carrascosa, — que me acusaron de realista y me quitaron mi destino. ¿Yo qué iba á hacer? ¿Iba á morirme de hambre? Las ideas no dan de comer, amigo. Vd. que es rico puede ser liberal. Yo soy muy pobre para permitirme ese lujo.

— ¡Solemne tunante!

— Lo que hago es estar al cabo de todo. ¿Quiere Vd. que acabe de ser franco? Vd. es buen amigo y buen caballero. Voy á ser franco. Pues sepa Vd. que esto se lo va á llevar la trampa. Esto se viene al suelo, y no tardará mucho. Se lo digo yo y bien puede creerme. Dice Vd. que soy un solemne tunante. Bien; pues yo le digo á Vd. que es un tonto rematado. Vd. es de los que creen que esto va á seguir y que va á haber libertad y Constitucion, y todas esas majaderías. ¡Qué chasco se van á llevar! Le repito que esto se lo lleva Barrabas, y si no, acuérdese de mí.

— ¿Ya empiezan las facciones, eh? pues es cierto que les darán que hacer, porque los liberales no se maman el dedo, amigo Carrascosa.

— ¡Ah! — contestó el otro riendo como un diablillo, — ¿que no se maman el dedo? Ya verá Vd. lo que va á salir de aquí. Vd., Bozmediano, arrímese á buen árbol... Mire que se lo aconseja quien sabe lo que son estas cosas... Pero volvamos al otro asunto. En lo concerniente á Clarita, voy á darle á usted un dato muy importante.

— A ver.

— Este Elías tenia un sobrino en Ateca. Clara estuvo allá hace unos meses. El sobrino es jóven, decidorcillo, medio galanteador... ¿Necesito decir mas?

— Vamos, ya pareció aquello, — dijo Bozmediano con mucho interes. — Apuesto á que es su novio.

— Pues ganará Vd. Yo estuve en Ateca en aquellos dias, y supe que los dos chicos se querian. Me parece que se quieren todavía.

— Ola, ola, esas tenemos — dijo Bozmediano amostazado. — ¿Y cómo hasta ahora no me habias dado esa noticia?

— Porque hasta hoy no habia sabido que ese chico llegó y está en Madrid.

— ¿En Madrid?

— Sí, pero se las compuso de tal modo, que llegar aquí y ser metido en la cárcel, fué todo uno.

— ¿Pues qué hizo?

— Es muy aficionado á la política. Allá en Zaragoza hablaba mucho en los clubs. El chico estaba envanecido, llegó á Madrid, sus amigotes le llevaron á la *Fontana*, habló; á la mañana siguiente se mezcló en el tumulto de la procesion del retrato de Riego, chilló en la calle, alborotó, vino la policía, le echó mano y le llevó á la cárcel, donde está.

— ¿Y su tio no procura sacarlo?

— Vd. no conoce á esa fiera. Su tio al saber que el muchacho era exaltado y que la echaba de orador, se puso hecho un veneno, fué á la cárcel, le riñó de lo lindo, y ha roto con él, diciéndole que miéntras tenga aquellas ideas no parezca por su casa.

— Ese hombre es lo mas escéntrico...

— Sí, señor. Pero la pobre muchacha está seguramente pasando las mayores amarguras, y tendrá el corazon tamañito al ver lo que le pasa á su pobre amigo.

Bozmediano permaneció meditabundo algunos instantes. Despues dijo con mucha calma:

— Ya sé lo que tengo que hacer.

— ¿Qué va Vd. á hacer?

— Todo lo posible para que pongan en libertad á ese muchacho. Estoy seguro de que lo conseguiré.

— ¡Hombre, pues es Vd. lo mas raro! No se comprende — dijo riendo y con asombro D. Gil. — ¿Con que está Vd. haciendo el amor á la chica y le va á poner en libertad al novio? Si digo yo que Vd. es tonto, D. Claudio.

— No tengo duda alguna: le pongo en libertad. Veremos cómo ella lo toma. Yo haré que sepa que yo le he puesto en libertad, yo.

— Buena la va Vd. á hacer. Estos entes caballerescos son incomprensibles. Ese muchacho será un estorbo mas para nuestro plan, para el escalamiento y...

— No importa: allá veremos. Sobre lo demas, lo dicho dicho ¿eh? La carta, alejamiento de las harpías, la puerta del desvan.

— Todo presto, todo arreglado. No hay mas que hablar, Dios se la depare buena.

Despues de estas palabras se separaron. El ex-abate al partir se reia con muy buenas ganas del jóven militar, á quien queria servir llevado de miras ulteriores, esperando un ventajoso arrimo en aquella situacion política. El otro se dirigió á su casa pensando á la vez en la repugnante astucia del abate y en los peligros de su aventura.

El ardid amoroso que pensaba emplear Bozmediano era cosa muy comun á principios del presente siglo, en que se conservaba aun la rigidez de los principios domésticos que habia hecho en tiempos anteriores una fortaleza de cada hogar.

En el siglo XVII, cuando nuestra nacionalidad, vigorosa, original y profundamente característica no habia recibido influjo estranjero, los españoles se componian de otro modo; iban á su objeto por medios mas violentos, mas decididos, mas románticos, que indicaban ántes la pasion que la intriga, mas bien la resuelta actitud del valor que el ingenioso intento de la astucia. Aquel fué el siglo de los raptos del convento, de las escaladas por el jardin, de las fugas, de los atropellos, de los sublimes atrevimientos. Entónces hubo un galan (el conde de Villamediana) que quemó su casa solo por el placer de sacar en brazos á una dama.

La irrupcion de costumbres francesas, verificada con la venida de la dinastía nueva á principios del siglo XVIII, modificó esta como otras cosas. La sociedad que se imponia á la nuestra era ménos grande, ménos valerosa, ménos apasionada; pero mas culta, mas refinada, mas hipócrita. Con ella vinieron los abates, y vino la literatura clásica, fria, estéril, falsa, hipócrita tambien. La poesía pastoril, último grado de la hipocresía literaria, tuvo un renacimiento funesto en el siglo pasado. Al compas de los madrigales los abates hacian el amor callandito en los salones. Los amantes, que componian versos de casto é insípido pastorileo, no podian entrar en las casas como aquellos, á quienes encubria su dignidad, y entraban disfrazados ó empleando los mas estravagantes y rebuscados medios.

Con la sociedad nueva vino la moda nueva. La moda trajo las pelucas blancas, los peinados complicados é hiperbólicos;

y con el artificio de estos peinados se creó el peluquero de las damas, hombre gracioso que entraba en todos los tocadores y era tercero en toda intriguilla de amor.

Ningun siglo ha visto como el décimooctavo la astucia sirviendo al amor. Veíase á los amantes arrostrando la ridiculez de situaciones muy raras para poder hablar con sus damas. La casa era invadida; pero no como la invadian nuestros caballeros del siglo anterior, espada en mano, batiéndose con una turba de criados y dos docenas de alguaciles, sino astuta y solapadamente engañando á las familias, abusando de la confianza ó encubriéndose con un disfraz ingenioso y á veces grosero.

En 1821 estos procedimientos estaban aun muy en boga, y Bozmediano era maestro consumado en el asunto. Conocia el resorte de los barberos, de las terceras, de los abates, siendo muy diestro en el uso de disfraces, engaños y supercherías amables, como entónces se llamaba á estas cosas. Si no pudo emplearlos en la aventura que le vemos emprender, á causa de las singulares costumbres de las tres viejas, no fué culpa suya; y solo á los obstáculos y dificultades que presentaba el terreno se debió, como él decia, que empleara medios un poco mas violentos.

CAPITULO XXI.

¡LIBRE!

Ante todo Bozmediano, guiado por un sentimiento fácil de comprender, resolvió firmemente hacer cuanto en su mano estuviera para poner en libertad al pobre Lázaro. Es muy natural este rasgo en un carácter generoso como el de aquel jóven, en quien eran frecuentes estos arranques caballerescos. El dar la libertad al que podia considerar como su rival, le parecia un acto que podia asegurarle la benevolencia de Clara;

y esta benevolencia, bien y astutamente dirigida, podia convertirse en amor. No procedia este como los amantes vulgares, en quienes la pasion no es mas que un egoismo un poco espiritualizado. En Bozmediano los movimientos de delicadeza y generosidad eran espontáneos y vehementes. Algunos le tachaban de cándido, á pesar de su conocimiento del mundo: el curso de los sucesos nos probará si tenian razon.

No le fué difícil conseguir lo que apetecia. El secretario del jefe político, informado por la policía, le dijo que el preso era un agitador, pagado por los amigos de la reaccion; pero Claudio lo disculpó cuanto pudo diciendo que era un jóven sin esperiencia ni discrecion; y al fin, despues de muchos empeños y recomendaciones se dió la órden para ponerle en libertad.

Bozmediano se dirigió á la cárcel de villa. Lázaro despues de la visita de su tio habia caido en un abatimiento muy grande que preparó su espíritu para una evolucion estrañísima. Aquella fiebre angustiosa que le llenaba la imaginacion de alucinaciones terribles, haciéndole sufrir tan grandes tormentos, habia degenerado en un lento marasmo, en un letargo moral que le embrutecia. Su inteligencia tan viva y brillante en otras ocasiones estaba adormecida; y, recostado en un rincon, con la vista fija en el ángulo opuesto, sus ojos buscaban la oscuridad como único descanso. El descuido, el abandono, la atonía y un sopor estúpido se pintaban en su actitud.

Cuando le notificaron que estaba libre, tardó mucho en adquirir la completa nocion de aquel cambio. Rehaciéndose un poco, creyó que á su tio debia semejante favor, con lo cual la persona de Elías ganó momentáneamente su afecto. Pero al salir encontró á Bozmediano que le saludó con mucha cortesía, repitiéndole que estaba libre, y podia retirarse á su casa.

Sintióse conmovido ante la generosidad desinteresada de aquella persona; pero pronto empezaron las dudas y la confusion. ¿Quién era aquel jóven? ¿Le habia favorecido por generosidad ó por miras ocultas? No le conocia. ¿Por dónde sabia su nombre y que estaba preso?

Lázaro no pensó mucho en esto. Hablaron al salir y le

pareció que Bozmediano era bueno y honrado, dispuesto á la amistad y á las buenas acciones. Cuando marchaban juntos por la calle de Atocha, Lázaro escuchaba las palabras de su desconocido favorecedor con la tranquila atencion de la inferioridad, admiraba su actitud, su entendimiento, su fisonomía, su modo de espresarse, y en aquel momento le pareció el mas cumplido caballero que habia visto. Comprendió tambien que era un jóven distinguido, rico é influyente, y su admiracion tuvo mucho de respeto.

Pero la curiosidad volvió á dominarle. Andando con timidez junto al militar le preguntó por qué causa le debia tan inesperado favor. Bozmediano le dijo su nombre, lo cual no dió ninguna luz á Lázaro.

— ¿Pero á qué circunstancias debo este gran favor que usted me ha hecho? — decia Lázaro. — Quiero saber cómo podré pagar...

Claudio que queria eludir el verdadero motivo de aquel acto, divagó, dando á Lázaro una porcion de señas que aumentaron su confusion: le habló de D. Elías, de su pueblo, del club de Zaragoza, de la *Fontana*.

— En fin, — dijo, decidido á salir del atolladero; — no quiero llevarme el mérito de una accion que no debe usted agradecerme. Cada cosa en su lugar. Yo le he puesto á usted en libertad, pero no he sido mas que un intermediario.

Lázaro comenzó á ver oscura la situacion. Paráronse y se miraron. La sonrisa que en aquel momento se dibujó en los labios de Claudio le pareció cosa de muy mal agüero, y empezó á bajar á su favorecedor del alto pedestal en que le habia puesto.

— Sí, — continuó el militar, — no es á mí á quien debe Vd. este favor; es á una persona que debe de quererle á Vd. mucho, segun las apariencias.

Lázaro iba á pronunciar el nombre de Clara, pero se contuvo, porque una multitud de pensamientos que se le agolparon á la imaginacion, le hicieron detener un buen rato, fija la vista en el militar. Aquel tropel de pensamientos fué una serie de rapidísimas nociones que se borraban unas á otras sucediéndose con un vértigo precipitado. Ella le conocia, le

habia visto, Bozmediano era una agradable persona, él le habia puesto en libertad, ella se lo rogó tal vez, ella le tenia lástima, él quiso complacerla ¿á qué precio? ¿con qué fin? ¿desde cuándo?...

Cuando esta confusion se aclaró un poco, el aragones preguntó quién era la persona á quien debia su libertad.

— Vamos — dijo Bozmediano con cierta vocecilla impertinente. — Bien sabe Vd. lo que quiero decir. No es necesario pronunciar su nombre. Es natural que se haga Vd. el desentendido. Como le halaga tanto su amor propio el ser querido por persona de tanto mérito... No sea Vd. ingrato, jóven, que ella no lo merece.

— No sé lo que quiere Vd. decir — esclamó Lázaro en el tono de un examinando desaplicado que se hace repetir la pregunta por retardar la contestacion que no sabe.

Bozmediano habló mas, pero vino á decir lo mismo. A Lázaro le parecia un agravio inferido á Clara el publicar su afecto, el depositar tan honesta y delicada confidencia en el conocimiento de un intruso, sí; porque Bozmediano le parecia un intruso, que se habia metido á darle libertad sin que nadie se lo pidiera. Con la impertinente reserva propia de la edad y el pueril honor de que estaba poseido, el estudiante juzgaba aquel acto bajo un punto de vista quisquilloso y sutil como las susceptibilidades de los héroes de Calderon.

— Bien sabe Vd. á quien aludo — dijo Claudio, dándole una palmada en el hombro con llaneza y confianza; — pero como Vd. está tan orgulloso con ser amante de esa muchacha, se da Vd. ese tono.

— ¡Oh! no — dijo el sobrino de Coletilla, avergonzado. — La verdad es que no sé quién es esa persona que Vd. dice.

Bozmediano estrechó la mano del jóven aragones y le hizo muchos ofrecimientos y protestas de amistad. El otro estaba tan aturdido que le contestó mal y con poca cortesía.

— Sé dónde Vd. vive — dijo Claudio retirándose — nos veremos. Y si no en la *Fontana*, á donde voy con frecuencia.

Y se separó. Cuando estuvo á alguna distancia, Lázaro sintió impulsos de correr hácia él, para darle las gracias con

mayor respeto, pero en él luchaban el orgullo y los celos. Le dejó marchar sin decir nada.

Bozmediano iba diciendo entre sí con mucha satisfaccion:

— Muy vulgar, muy vulgar...

CAPITULO XXII.

EL «VIA CRUCIS» DE LÁZARO.

Lázaro continuó andando sin direccion fija. Su brusca y misteriosa salida de la cárcel, el conocimiento de Bozmediano, y la preocupacion producida por sus palabras, le impidieron por algun tiempo darse clara cuenta de su difícil y rarísima situacion. Pero cuando se vió solo y anduvo un buen rato, empezó á comprender que no tenia á dónde ir, ni á quien dirigirse, ni con quien vivir. Las palabras dichas por el viejo no le dejaban duda respeto á su carácter. Era un realista fanático, un ciego amante de la tiranía. Con los ojos encendidos de cólera y el habla venenosa y fuerte le habia dicho que no fuera á su casa miéntras no cambiara de ideas. ¿Qué hacer? Era imposible vivir con aquel hombre misántropo y cruel, melancólico y feroz como un fanático musulman. ¡Cuán contrarias las ideas de uno y otro! ¿Qué podia hacer? ¿Fingir y ser hipócrita? ¿Aparentar un amor á la tiranía que le parecia un crímen? No: eso no puede ser, pensaba Lázaro. Ademas en la agitacion actual de los partidos, el fingir semejantes ideas era peor que profesarlas. El viejo no podia admitirle en su casa. Entónces ¿qué determinacion debia tomar? ¿A dónde iba? ¿Volveria á Ateca? ¿Y Clara?

Al acordarse de su infortunada compañera, los pensamientos del jóven tomaron otro sesgo. La idea de los pesares de aquella infeliz, condenada á vivir con un sér tan antipático, principió á atormentarle. Era preciso ir allá y ver lo que

pasaba en aquella casa. ¿Pero cómo, si era imposible visitar á su tio?

¿Iba ó no iba? La necesidad le apremiaba. Estaba solo, agobiado de estenuacion, hambriento y desnudo. Doce cuartos era toda su fortuna; porque en el camino habia perdido un doblon y los gastos de viaje consumieron el otro. Entretanto se acercaba la noche y no tenia donde dormir. Si acudia á casa de sus amigos, temia no encontrarlos tan benévolos como la noche anterior. Ademas eran pobres, tan pobres como él y no podian darle agasajo.

Era preciso ir. Tambien se le ocurrió tomar el camino de su pueblo y volverse allá: él conocia un arriero en el parador que le llevaria de fiado. Pero, ¿y Clara?...

Estos eran sus pensamientos cuando acertó á pasar por la *Fontana.* Sintió una gran algazara, paróse maquinalmente y tuvo intenciones de entrar. No, dijo dominándose, no entraré. Y al mismo tiempo dió un paso hácia la puerta.

Sin embargo, una atraccion fatal le arrastraba hácia aquel recinto, abismo de sus primeras y mas bellas ilusiones. Los sonidos que allí dentro se oian, retumbaban en su cerebro como ecos infernales de singular fascinacion.

Retrocedió, volvió á avanzar, se consultó, discutió mentalmente, y al fin, uniéndose la curiosidad á su instintivo deseo de entrar, no dudó mas y entró.

Estaban en una discusion muy acalorada. Por todas partes se alzaban voces, lo mismo en la region turbulenta del público que en la del club. El que estaba en la tribuna logró dominar el ruido y pudo hacerse oir; pero bien pronto los gritos ahogaron de nuevo su voz. Trataba de la vergonzosa derrota que habian sufrido los exaltados ante la autoridad de Morillo; y algunos habian llevado esta cuestion á un terreno personal. Celosos del decoro de la sociedad y del buen nombre del partido, algunos oradores denunciaban *á los infames, que, disfrazados con el nombre de liberales, iban á corromper á aquella asamblea, á hacer vergonzosos tratos en nombre del rey, á comprar la elocuencia exaltada y á promover alborotos que no tenian otro objeto que desprestigiar el liberalismo y dar armas á la reaccion.*

— ¡Lobos, — decia el orador, — disfrazados de corderos, que vienen aquí fingiendo un amor á la libertad que no tienen.

¡Ofrecen oro á los oradores en pago de un discurso, que exalte los ánimos de la multitud ignorante!

— Sí; esos infames, — decia otro orador, — son los que preparan las asonadas y los que apedrean las casas de los ministros. El objeto de esta asociacion es sostener una cátedra permanente de las buenas ideas, dirigir los sufragios; pero nunca patrocinar el libertinaje, ni el escándalo, ni la anarquía.

— No — dijo otro orador, en quien se fijaban las miradas de todos y que se levantó lleno de ira á protestar contra las palabras anteriores. — No: aquí no hay traidores. Los que tal hacen no pertenecen á la raza de los hombres; no creo en ellos, y si los hay que se digan sus nombres. Sepamos quiénes son; conozcámonos.

— ¡Que se digan los nombres! — repitieron cien voces.

— Es preciso — decia el primer orador — purificar esta noble asamblea. Merced á los infames que la han corrompido, corren por la corte injuriosas calificaciones de nosotros y de nuestro club. ¡Que esos infames salgan de aquí!

— ¡Que se digan sus nombres! — respondió la multitud con un rugido.

— No — decia otro — esa especie de hombres no existe.

— Sí existe — esclamó exasperado el primero. — Frecuentan este sitio personas que vienen á pagar con el oro del rey el frenesí oratorio que ha de enloquecer al pueblo.

— ¡Quién! ¡Quién!

— ¿Quién de nosotros — continuó el orador — no conoce al llamado Coletilla? Es un realista fanático, un malvado agente de la *casa grande*. ¿No le conoceis? Este hombre es una culebra que se desliza entre nosotros para corromper á los oradores jóvenes. Yo sé que muchos han recibido dinero en cambio de discursos muy calorosos. Las asonadas absurdas que vemos todos los dias, ¿á qué se deben? No lo dudeis, ¡abrid los ojos, ciegos! Se deben al oro de Fernando de Borbon, al oro repartido por ese hombre insidioso, por ese Coletilla.

— ¿Quiénes son los venales? sepámoslo — dijo una voz.

— Desconfiad de los autores de asonadas.

— Ese es algun amigo del gobierno — esclamó señalando al orador un individuo que estaba en la parte del público.

— ¿Amigo del gobierno? — dijo el orador indignado. — ¿Por qué? porque amo la libertad sin licencia, la peticion sin escándalo? Vosotros amais la anarquía y cedeis á la venalidad. Me dirijo á los aragoneses, que en este sitio se distinguen por su lenguaje procaz y su amor á los alborotos.

— ¿Qué se atreve Vd. á decir? — esclamó Nuñez levantándose como una furia y apostrofando al primer orador. — ¡Qué injuria dirige Vd. á mis amigos, á mí!

— Sí, señores — esclamó el otro — desconfiad de los aragoneses. Un aragones agitó las turbas el dia de la procesion del retrato.

Algunos miraron á Lázaro que mudo y helado presenciaba aquella escena.

— Y no lo dudeis — continuó el orador. — El que habló en aquella ocasion era un vil instrumento de los agentes del rey.

— ¡Es este! ¡Aquí está! — esclamó uno, señalando á Lázaro á la atencion de toda la asamblea.

— Sí, el sobrino de Coletilla — dijo otro.

— ¡Sobrino de Coletilla! ¡Sobrino de Coletilla! — repitieron muchas voces.

Un tumulto espantoso resonó en todo el ámbito. Todos se levantaron y miraron á Lázaro.

— ¡El que habló la otra noche escitando á la rebelion!

— ¡El alborotador de la Plaza Mayor!

— ¡El sobrino de Coletilla!

Estas últimas palabras eran el mayor padron de deshonra. Alfonso se levantó á defender á su amigo; pero no pudo: su voz no fué escuchada. Muchos que temian verse acusados, en cuanto vieron el aluvion que sobre Lázaro caia, descargaron sobre él toda su ira.

— ¿Cuánto te dieron por los gritos del dia de la procesion, prendita? — esclamó desde su rincon el augusto Calleja.

— ¡Afuera con él!

— ¡Fuera los traidores, fuera!

— ¡A la calle, á la calle!

Lázaro trató en aquel momento supremo de desesperacion de reunir todo su aplomo para hablar, para defenderse, para gritar, para decir á todos que era inocente, que era un infeliz, un pobre diablo, el último de los seres. No le escuchaban.

No podia hablar ni para defenderse, ni para despreciarlos: se doblegó bajo el peso insoportable de tanta mirada y de tanta cólera. La multitud redobló su furia al ver el estupor y la postracion de su víctima, y tras las palabras vinieron los movimientos, le mandaron salir, le empujaron hácia la puerta, le echaron. El círculo en que le tenian se estrechaba cada vez mas: el desdichado jóven vió cien manos sobre su cuerpo, se sintió cogido, como si una culebra se le enroscara echándole fuertes nudos y apretándole en sus robustos anillos. El vocerío, el calor, la angustia, la vergüenza, le aturdieron hasta el punto de hacerle perder la claridad del conocimiento. Sintióse arrastrar sin ver quién le arrastraba; fuerzas descomunales tiraban de sus puños, le golpeaban la espalda, le impelian hácia fuera; sintió abrirse la puerta con estrépito, sintió que su cuerpo recibia una fuerte sacudida, sintióse arrojado y libre de aquellos brazos terribles; sintióse caer al suelo. El ruido continuaba en torno suyo, formado principalmente de carcajadas infernales; pero al fin el ruido se alejó poco á poco: el infeliz comenzó á esperimentar el dolor de la caida y el frio de la tierra. Estaba en la calle.

Permaneció en el suelo algunos minutos sin darse clara cuenta de aquel hecho, y el sudor que le cubria su rostro le produjo una impresion glacial. Entónces adquirió conocimiento exacto de su situacion y vió que estaba en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, inclinada la frente, caido y revuelto el cabello. El sombrero rodaba á su lado, su ropa estaba desgarrada y sentia un dolor agudísimo en el codo izquierdo, duramente estropeado en la caida. El ruido de la *Fontana* resonaba como un enjambre lejano; á los gritos se unian las palmadas, y una voz agitada y sonora se elevaba á ratos sobre aquella tempestad de entusiasmo.

Lázaro vió en torno suyo á tres pilletes que le contemplaban con burla; y uno de ellos atisbaba una ocasion oportuna para quitarle el sombrero. Los transeuntes principiaron á formar corro, y alguno llegó á inclinarse con curiosidad para ver si el caido estaba difunto ó simplemente desmayado. Levantóse, porque aquella curiosidad impertinente le molestaba tanto como el rumor que de la *Fontana* salia, y se alejó de allí, dirigiéndose á la Puerta del Sol. Los gateros le seguian acompañados de algunos mas, los serenos le dirigian de lleno

la luz de sus linternas, y los transeuntes se paraban mirándole alejarse, seguros de que no era difunto, ni estaba desmayado, sino simplemente borracho.

Subió la calle de la Montera, y preguntó por la calle de Válgame Dios, porque habia resuelto dirigirse á casa de su tio. Ya no dudaba: su determinacion era fija, y en aquel angustioso trance, la casa del fanático, en cuya puerta habia de dejar sus creencias, sus sentimientos, le pareció un refugio de paz.

Despues de todo los pocos dias pasados en Madrid habian sido un continuado martirio, y la idea de la apostasía que en casa del realista se le obligaba á hacer, no le molestaba tanto. Estaba herido de muerte en la imaginacion, es decir: flaqueaba por su parte mas poderosa. Ya no era aquel jóven ardiente que se creia destinado á grandes fines; era un pobre desheredado sin vigor de espíritu, sin esperanza y sin ideas. No sabia lo que pensaba, no podia medir la inmensidad del trastorno que su pariente le exigia, no estaba resuelto á nada sino á echarse en brazos del primero que fuera capaz de consolarle.

Llegó por fin, despues de preguntar mucho, á la calle de Válgame Dios. Vió el número de la casa, miró á las ventanas del segundo piso y habia luz en las habitaciones. Sin duda estaba allí Clara cansada de esperarle, desconfiada de verle otra vez. Entró en el zaguan y subió la escalera tan agitado y palpitante, que al llegar á la puerta se detuvo porque apénas podia respirar. Despues de algunos segundos, en que trató de reponerse, alargó la mano, tomó el cordon de la campanilla y tiró muy suavemente, porque le parecia que iba á incomodar á su tio y á alarmar á Clara, si tocaba mas de lo necesario para hacer constar en el interior la presencia de un forastero. Pero la suavidad con que tiró su mano temblorosa fué tal que la campanilla no sonó. Quiso hacerlo con mas energía, y como estaba tan nervioso, tiró tanto, que la campana atronó la casa. Lázaro se asustó, creyendo que Elías iba á salir hecho una furia, clamando contra el que así alborotaba. Un buen rato pasó sin que nadie abriera; pero al fin distinguió alguna claridad al traves del ventanillo, sintió pasos, sintió que una mano descorria la tabla, abrióse el agujero y aparecieron dos ojos.

No eran los de Clara.

— ¿Quién? — dijo desde dentro la voz de Pascuala.

Lázaro preguntó por su tio.

— Sí, — dijo la criada, — pero no está.

— ¿Vendrá pronto? Soy su sobrino.

Pascuala abrió la puerta y Lázaro dió un paso hácia adentro, sorprendido de no oir la voz de Clara.

— No vendrá ni pronto ni tarde; porque se ha *mudao* — contestó la alcarreña.

— ¿Cómo?

— Como que se ha *mudao* hoy mismo. Yo estoy aquí todavía, porque quedan algunas cosillas, y el ropero grande, y estoy aquí *pa* cuidarlo; pero mañana me voy.

— ¿Y á dónde se ha mudado?

— Aquí cerca, en la calle de Belen, en casa de unas señoras que llaman de Porreño, que le han *cedío* el cuarto segundo *pa* que viva solo.

— ¿Y Clara? — preguntó Lázaro con mucha ansiedad.

— Esa hace ocho dias que está allá viviendo con esas señoras. El amo la puso allí porque se *enfaó* con ella.

— A ver, á ver, ¿qué es lo que dices? — esclamó el jóven.

— ¡Ah! — dijo la moza; — ¿pero Vd. es sobrino del amo?

— Sí.

— Usted es aragones. Dígame: ¿conoce por casualidad en Cariñena á Ventura Palomino, hermano de Jusepe Palomino, que casó con Colasa Sanahuja?

— No, — contestó Lázaro impaciente; — no soy de Cariñena.

— ¿Y sabe Vd. — continuó Pascuala — si ha *parío* la mujer de Anton Telares, hermano de mi novio Pascual, con quien me voy á casar la semana que entra, si Dios me ayuda?...

— No sé, hermana, no conozco á esa gente. Pero diga usted, ¿por qué ha ido Clara á vivir con esas señoras?

— ¡Ah! — dijo la alcarreña, riendo con mucha gana; — no me acordaba de que era Vd. su novio. El amo la mandó allá porque decia que no la podia aguantar... pues... le diré á usted... el amo es así, un poco... Decia que era

una niña como las del dia, que era muy sardesca... Pero ella es muy buena, y no sé cómo la pobre no se ha podrido de tristeza en esta casa.

— ¿Y salió con gusto de aquí?

— A la verdad, caballero... el amo tiene un genio, así... vaya. Las dos nos quedábamos muertas de miedo, siempre que le veíamos entrar. No nos hablaba nunca, y de noche, despues de acostadas, le sentíamos dando unas patadas...

— ¿Y por qué la mandó á casa de esas señoras?

— Vea Vd., yo le voy á decir la verdad, porque es de la casa. Habia un *melitarito* que se metió un dia en casa, porque vino acompañando al amo, que fué *herío* en la calle. Despues pasaba todos los dias por ahí y siempre que me encontraba en la calle me paraba *pa* preguntarme por doña Clarita. ¡Ay! un dia me vió mi Pascual hablando con él, y por poco... mi Pascual tiene un genio del demonio, y cuando se *enfaa;* Vd. no supo cómo le pegó de cachetines al carnicero de ahí enfrente... Luego, como es una así... tan guapetona...

— Siga lo que iba contando: despues sabremos lo que hace el Sr. Pascual, — dijo Lázaro impaciente por las digresiones de la criada.

— Pues decia que el *melitarito*, ofreciéndome dinero, queria colarse aquí.

— ¿Y entró?...

— Espere Vd. y seguiré contando. No pasaba de la esquina, y el amo le alcanzó á ver algunas veces. Porque el amo, aunque parece que no ve nada, lo *oserva* todo.

— Y ella ¿qué decia?

— Espere Vd... El me decia que queria entrar.

— ¿Y qué decia él de ella?

— Que era muy guapa para estar aquí encerrada sin ver el mundo; que era una lástima que una mujer así viviera en compañía de un viejo tan feo y tan... Decia: «yo la sacaré de aquí.»

— ¿Y ella sabia que él decia eso? — preguntó Lázaro.

— Sí: él mismo se lo dijo.

— Luego estuvo aquí, — esclamó con mucha ansiedad.

— Espere Vd.

— Y ella, ¿qué decia de él?

— Que era una persona amable y de muy buen trato; que era buen sujeto y caballero muy cumplido. Un dia se nos metió aquí. Jesus ¡qué susto!

— Y ella, ¿qué hizo?

— Le dijo que se fuera.

— ¿Y se fué?

— Ca: aquí estuvo hablando mil cosas.

— ¿Y ella qué le decia?

— Que se fuera porque la iba á comprometer; que si era verdad que se interesaba por ella, se marchara al momento, no dando lugar á que le vieran allí.

— ¿Y él qué dijo? — preguntó Lázaro, que no cabia en sí de zozobra.

— Mil cosas, mil monerías. Lo cierto es que el amo entró y le vió. Se enfadó mucho, nos riñó mucho.

— ¿Y á él, qué le dijo?

— Nada. A nosotras nos estuvo riñendo el dia. Despues le dijo á doña Clarita que era una loca: que ya estaba *cansá* de sus coqueterías... cosas del viejo, porque, ella la pobre... por fin le dijo que la iba á mandar á casa de esas tres viejas, para que la corrigieran y la enseñaran á buen vivir.

— Pero, ¿por qué causa mi tio la llama loca? ¿Qué ha hecho?

— *Naa;* pero el amo dice que las ideas del dia...

— ¿Y qué mas le dijo? — preguntó Lázaro, que no se cansaba nunca de las terribles respuestas de aquel fatal interrogatorio.

— Que debia aplicarse á la oracion y á una vida santa.

— ¿Y ese militar, no la ha vuelto á ver mas?

— Estos dias le he visto rondando por la calle de Belen, y yo... me figuro.

— ¿A ver? ¿qué se figura Vd.?

— Me figuro... El *melitarito* es muy pillo... apuesto á que se ha colado allá.

— ¿Y Vd. no conoce á esas tres señoras — dijo Lázaro, tratando de disimular la mala impresion que la anterior respuesta le habia producido.

— No; el amo decia que son muy buenas y que una es santa.

— ¿Dónde viven?

— En la calle de Belen, número 4. Su tio vive en la primera casa. Ya las conocerá Vd.

— Diga Vd., — preguntó Lázaro despues de una pausa en que dudó si marcharse ó prolongar mas aquel coloquio doloroso. — ¿Diga Vd.: ese militar, es un jóven alto, con bigotes negros?...

— Sí; un poquito mas alto que Vd., tiene una voz muy clara, y anda con mucha gracia, y se rie con mucha gracia.

— ¿No sabe Vd. cómo se llama?

— No señor; lo iba á averiguar; pero como mi Pascual es tan celoso, tuve miedo. ¡Ah, qué hombre! Cuando se *enfaa*...

Lázaro estuvo un momento silencioso contemplando la bárbara efigie de aquella mujer, oráculo de su desventura. Despues se hizo repetir las señas de la nueva casa, y salió.

Ya la determinacion de ir allí era inquebrantable, y ántes hubiera muerto que dejar de hacerlo. La curiosidad, los celos, la necesidad de encontrar una solucion á aquella serie precipitada de dudas, le impulsaban hácia la nueva casa. ¿Y la abjuracion exigida? casi no pensaba ya en tal cosa. Sin duda alguna podia asegurar que el militar, de quien le habló Pascuala, era el mismo que le acababa de poner en libertad; ¡nuevo y doloroso misterio! Hubiera dado muchos dias de vida por saber todo con claridad y al mismo tiempo se horrorizaba al pensar que iba á saberlo. La idea de la deslealtad de Clara, de su deshonra, era desmasiado grande en su horror, y no le cabia en la cabeza. Lo que mas le confundia era la estraña rapidez, la fatal impaciencia con que se precipitaban sobre él tantas contrariedades, tantas amarguras, que no le daban tiempo para buscar aliento y esperanza en su inteligencia y en su corazon.

Entró en la casa y subió lentamente la escalera de la casa del siglo décimoctavo. No pudo prescindir de una sensacion de respeto hácia aquellas tres damas, desconocidas todavía para él, que le parecian tres perfectos modelos de virtud. Tocó, y le abrió una de ellas. La decoracion le afectó un

poco: los retratos históricos de la antesala le miraron todos con sus ojos apolillados. Lázaro tuvo miedo; precedido por Paz, atravesó por entre aquellas sombras que la débil luz del pasillo hacia mas misteriosas, y entró en la sala.

CAPITULO XXIII.

LA INQUISICION.

Ya se habia llevado á efecto el trato que Elías celebró con sus antiguas amas. Una vez que no hubo duda sobre las ventajas sociales y económicas que á entrambas partes resultarian, el fanático se instaló en el piso segundo, donde se encontraba con mucha holgura. De las condiciones pecunarias del trato nada diremos, porque es de suponer que serian tan decorosas como á las dos potencias correspondia.

Cuando Coletilla despues de instalado, manifestó á las señoras la probabilidad de que su sobrino fuese á vivir con él, Salomé se quedó un poco pensativa; pero María de la Paz dijo que no habia inconveniente, supuesto que el jóven, bajo la vigilancia y tutela de su *gran* tio, habria de tener el comedimiento y la dignidad que aquella casa imponia á sus habitantes.

Lázaro precedido por María de la Paz, entró en la sala. Lo primero que vieron sus ojos fué á Clara, que estaba sentada junto á la devota y cosia con la cabeza baja sin atreverse á mirar á nadie. Vió su turbacion y su empeño en disimularla. Despues miró á todos lados y vió á su tio, respetuosamente sentado al lado de Salomé, cuyos reales estaban plantados al estremo oriental de María de la Paz. Lázaro los vió á todos inmóviles como figuras de palo: todos le miraban, escepto Clara, la cual insistia en acercar tanto los ojos á su labor quen era fácil comprender como no se sacaba los ojos con la aguja.

Elías miró á Lázaro con asombro, Paz con asombro,

Salomé con asombro, todos con asombro, y él mismo llegó á creer que era un fantasma evocado, el temeroso espectro del sobrino de Coletilla. Salomé le indicó una silla con el dedo en que tenia las sortijas, y Paz le dijo con el registro de voz mas desdeñoso y augusto:

— Siéntese Vd., caballerito.

Cuando el jóven dijo: «Gracias señora», su voz resonó débil y dolorida, anunciando tanto sufrimiento y postracion, que Clara no pudo ménos de alzar los ojos y mirarle con súbita impresion de interes. Le encontró muy pálido y abatido; comprendió lo que el infeliz habia pasado en aquellos dias y necesitó todo el esfuerzo de que su alma valerosa era capaz para no echarse á llorar como una tonta en presencia de las tres rígidas damas, y del furibundo Coletilla.

— Ya estas señoras saben lo que has hecho al llegar á Madrid, — dijo Elías á su sobrino con mucha severidad.

Paz y Salomé fruncieron el seño para que nadie pudiera poner en duda su indignacion. Lázaro no contestó, porque estaba muerto de vergüenza, y en aquel momento las dos damas le parecian las dos personificaciones mas perfectas de la justicia humana.

— ¿Recuerdas lo que te dije cuando fuí á verte á la cárcel? recontinuó el viejo.

— Sí, señor; no lo he olvidado — contestó Lázaro.

— Ahora vivo aquí, en casa de estas señoras, que nos han ofrecido á mí y á Clara un asilo.

— Solo por Vd., señor don Elías — dijo Salomé.

— Ya lo sé; solo por mí — contestó el viejo. — Pero yo — continuó dirigiéndose á Lázaro — si te llamé estando en la otra casa, ahora no me atrevo á darte hospitalidad, porque...

— Señor D. Elías, — dijo Paz — de lo de arriba puede usted disponer á su antojo. Ya sabe Vd. lo que hemos convenido. Solo lo hacemos por Vd.

— Yo no puedo — prosiguió Elías, haciendo una gran reverencia; — yo no puedo decir á este muchacho que se quede en esta casa. Su conducta ha sido tan escandalosa, que no me atrevo...

— No hay falta por grande que sea que no pueda corregirse — dijo Salomé, mirando con sublime proteccion al des-

dichado Lázaro, á quien parecieron aquellas palabras el colmo de la generosidad.

— Efectivamente — dijo Paz en tono de enfática indulgencia. — Hay faltas tan enormes, que por su misma enormidad necesitan indulgencia. Mi opinion es que este caballerito debe quedarse con Vd., señor don Elías, porque si no ¿qué va á ser de él?

Elías manifestó comprender.

— ¿Qué va á ser de él si continúa abandonado y sin guia? — prosiguió la dama. — Por lo que ha pasado podemos colegir lo que pasará. Sin el amparo de una persona tan virtuosa y magnánima como Vd., ¿qué será de este caballerito, en quien han germinado las semillas de todas las malas ideas del dia?

— Yo creo que aun es tiempo, porque, aunque ha brotado la zizaña en esa tierra malignamente fecunda, con un buen sistema de educacion podrá ser arrancada de raíz esa mala yerba, y aun espurgar y purificar la mala tierra, — dijo Salomé, — que, desde el tiempo en que los poetas le dedicaban madrigales, habia conservado gran aficion á las alegorías.

—¿Qué te parece, Paula? — dijo Paz, que creia á veces que en aquella casa no podia emitirse palabra ni consejo de ningun valor, sin ser refrendado por el *exequatur* ortodoxo de la devota.

— Ella, que es una santa, dirá lo que se ha de hacer — esclamó Elías.

Miéntras todos le pedian su opinion, la devota contemplaba el rostro del estudiante, como si quisiera leer en él su delito. Una espresion de lástima afectuosa y aun de admiracion ingenua brillaba en los ojos de doña Paulita, que en aquel momento parecia manifestarse naturalmente. Pero en cuanto advirtió que le pedian un consejo, recordó su mision, arqueó las cejas y dió al viento la metálica voz con estas palabras:

— ¡Oh! ¿Qué hay que consultar sobre este punto? ¿Quién dice si se debe perdonar al que ha faltado? ¿Quién hay tan poco cristiano que haga semejante pregunta? ¡Perdonar! ¿Qué es grave lu culpa? Mejor; por lo mismo necesita perdon y olvido. Y si fuera mas delincuente, mas pronto le perdonaria.

Paz y Salomé miraron á la par á D. Elías, para complacerse en leer en sus ojos la admiracion que habia de causarle tanta sabiduría.

— ¿Cómo me consultan Vds. eso? — continuó Paulita. — Digan donde hay pecadores para perdonarlos á todos. ¿Y os privais de la alegría de perdonar? No solo digo á todos que le perdonen, sino tambien que le amen como si nunca hubiera pecado. Acordáos del hijo pródigo. Hoy es dia de júbilo en esta casa, porque ha vuelto el delincuente, ha vuelto el que se creia perdido para siempre. Voy á dar gracias á Dios por haberme proporcionado el favor inefable de recibir en mi casa un delincuente cargado de culpas, de poderle decir: «levántate y no vuelvas á pecar».

Era fácil conocer en la mirada de la santa que hablaba en aquel momento con profunda verdad y gran conviccion. El pecador se sintió conmovido de gratitud. Clara no hubiera hablado con tanta elocuencia; pero de seguro pensaba y decia interiormente cosas parecidas.

La devota se sonrió al concluir su homilia, acontecimiento rarísimo que hubiera sorprendido á todos, si la preocupacion de aquellos momentos les hubiera permitido repararlo. El jóven vió aquella sonrisa en la boca de la que juzgaba santa (y lo era) y le pareció la cosa mas natural del mundo. Se sintió alijerado de un gran peso, respiró tranquilo ante aquella profesion de bondad é indulgencia, y creyó asistir al juicio supremo.

— Visto el admirable dictámen de esta santa — dijo Elías — porque es una santa, Lázaro, entiéndelo bien, te quedarás conmigo, pero en espectativa, en entredicho.

— No admito entredicho, perdon definitivo — dijo la devota.

— Bien, perdonado; pero sujeto á vigilancia.

A pesar de la actitud severa de las dos damas y de su tio, Lázaro esperimentó cierto descanso moral en aquella casa. Advirtió á Clara silenciosa y apartada: no alzaba los ojos, no decia palabra.

Lázaro siempre que miraba hácia aquel sitio, encontraba los ojos negros de la devota fijos en él con tenaz atencion.

La escena se hallaba dispuesta de este modo: Paz y Salomé estaban sentadas en la actitud ceremoniosa que les era habitual. A la derecha tenian á Elías, y Lázaro se hallaba

frente á ellas en la postura de un reo. Detras de las dos viejas, Clara y la devota formaban otro grupo junto á un pequeño velador que sostenia la lámpara, cuya débil luz iluminaba aquel cuadro. El resplandor daba de lleno en el rostro del jóven: en la sombra quedaban Clara y la devota, y los ojos negros, profundamente negros de esta brillaban en el fondo sombrío de la sala con una vivacidad felina. Las dos viejas, que volvian la espalda al segundo grupo, no veian nada, pero Lázaro que estaba de frente, notaba la espresion atentamente curiosa y fascinadora de aquellos dos ojos, y se preguntaba qué podia haber en su fisonomía y en su persona que pudiera escitar la curiosidad infatigable de aquella señora.

Elías entretanto no hubiera creido que aquel concilio ecuménico era decoroso, sin hacer un pomposo elogio de las virtudes de los tres venerandos restos de la ilustre familia de los Porreños.

— En verdad, señoras — dijo — que no sé cómo agradecer tantas bondades. No sé á qué debo yo, persona de tan humilde orígen, el que usías me traten con tanta benevolencia y me colmen de favores. ¿Qué he hecho? ¿Quién soy? ¡Ah! Usías son la bondad y nobleza mismas. ¡Cómo se conocen la alteza del orígen y la escelencia de la sangre! ¡Ah! ¡Usías se han propuesto ser redentoras de todos los que en torno mio me abruman á penas, amargando mi vida! ¿Y qué seria de esta pobre niña sin el amparo de usías, cuando las ideas del dia han echado en su corazon tan perniciosas raices?

La devota dejó de mirar al recien venido y dijo:

— No me la riñan mas, que bastante ha padecido.

Lázaro advirtió que Clara se estremecia, poniéndose roja como una amapola.

— No me la riñan mas que bastante la han reñido — añadió compungidamente la devota. — Yo respondo de ella. Yo sé que tiene buen fondo, aunque al esterior aparezcan los defectos de las pestilenciales ideas del siglo. Yo sé que tiene buen fondo, ¿qué importan las faltas mas graves, cuando van seguidas del arrepentimiento?

Lázaro advirtió que Clara hizo un movimiento, como si tratara de contradecir aquellas palabras; pero en su ceguera

no supo ver, no supo apreciar que en aquel instante el alma de su amiga pasaba por el mas duro trance de dolor y paciencia de que es capaz la naturaleza humana.

— Yo sé que se corregirá, — continuó la devota. — ¡No se ha de corregir! Grandes pecadoras han sido santas. Animo, amiga mia. Con la vista fija en Dios, ¿qué se puede temer? Yo sé cómo se curan los males del espíritu, y mi amiga Clara aparece ya bajo la benéfica influencia de una reaccion feliz. Perdonémosla tambien; yo os respondo de que se corregirá.

A Lázaro le llenaron de confusion estas palabras. ¿Qué habia hecho Clara? Estuvo casi dispuesto á levantarse, acercarse á ella y decirle en voz alta: «Clara, ¿qué has hecho?» La miró y la vió llorar, miró á todos, buscando en aquellas caras de pergamino la solucion de tan gran misterio; pero ninguna le reveló la culpa de la muchacha, ni aun la cara de la devota, que despues del sermon, volvió á fijar en él desde el fondo sombrío de la sala el intenso rayo de su mirada escrutadora y ansiosa, suficiente á turbar á otro ménos tímido.

CAPITULO XXIV.

ROSA MÍSTICA.

— Hoy no he rezado nada, — decia la devota á Clara al dia siguiente de la entrada de Lázaro en la casa de las Porreñas.

Estaban sentadas las dos en el sitio de costumbre. Doña Paulita tenia en la mano nada ménos que á San Juan Crisóstomo. Clara bordaba en un pequeño telar: su cara espresaba la mas calmosa y profunda melancolía. En cambio la otra parecia muy inquieta, contra su costumbre.

El observador hubiera visto moverse sus labios, deletreando en silencio la lectura mística, miéntras dirigia con

súbita mirada los ojos hácia la puerta, los tornaba en derredor, miraba á Clara sin fijeza, y por último, se quedaba con la vista fija en el espacio, como cuando nos abandonamos á la contemplacion de lo que no está junto á nosotros ni donde estamos nosotros. A veces parecia prestar atencion á algo que pasaba fuera del cuarto, salia, se paraba en la puerta poniéndose en escucha, volvia á entrar, se sentaba de nuevo, cogia el libro santo, leia un poco, pasaba con la vista hojas enteras, miraba á Clara, murmuraba un rezo, cerraba el *infolio*, lo volvia á abrir, y así sucesivamente. Sin duda su espíritu vagaba sobre San Juan Crisóstomo, sin penetrar como de costumbre en las entrañas de la teología.

— Clara, — dijo despues de meditar un momento. — Clara, ¿sabes que me parece que el cuarto donde se ha puesto al sobrino del Sr. D. Elías es un poco estrecho?

— ¿Estrecho? — dijo Clara afectando indiferencia. — No: para un hombre solo...

— ¡Ah! — dijo la devota, — ¡cómo se pervierte la juventud del dia! Porque un jóven como ese que parece tener buenos instintos... ¿No?

— Sí, — contestó la otra sin levantar la cabeza.

— ¿Vd. no le conocia ántes?

Clara que queria guardar la mas absoluta reserva, se decidió á decir una mentira. Se avergonzaba de una revelacion; pero en aquellas circunstancias, y en aquella casa, la verdad, no solo la avergonzaba, sino que le daba miedo. Así es que dijo:

— ¿Yo? no...

— Es una lástima que se perviertan jóvenes así. ¡Ah! Pero no faltarán buenas almas que oren por ellos y los ayuden á salir de la miseria. ¿No?

— Es verdad, — contestó Clara.

— Y cuando se tiene buen fondo como ese jóven, es cosa fácil. ¡Ah! Pero Vd. me dijo que estuvo en el pueblo de donde es ese jóven. ¿No estaba él allí entónces?

Clara, que no tenia costumbre de mentir, se vió muy apurada con aquella pregunta; pero evocando toda la poca malignidad de su carácter, se dominó y mintió otra vez.

— No, no estaba, — dijo.

— Y allí, ¿qué decian de él? — preguntó la devota abriendo á San Juan Crisóstomo.

— ¿Qué decian? — contestó la huérfana, mirando la labor lo mas de cerca que le era posible: — decian que era un jóven muy leal; muy generoso, muy bueno y de mucho talento.

— Sí; ya se conoce que es un jóven de buenas prendas, — dijo la de Porreño, abriendo á San Juan Crisóstomo. — ¿Y tiene padres?

— Tiene á su madre, — contestó Clara, bajándose para recoger una cosa que no se le habia caido, — su madre que es una cariñosa mujer muy santa y muy buena.

— Pues ya... Bien se conoce que así habia de ser, — esclamó Paula hojeando al santo. — Me figuro que será una mujer escelente.

— Así es.

— Bien merece ese jóven que se le proteja. Cuando el alma es buena... ¿Quién no pecará alguna vez?

Al decir esto, arqueó las cejas, miró el libro, hizo todos los esfuerzos imaginables para leer medio renglon, y despues de emplear cinco minutos en tan importante tarea, volvió á hablar diciendo:

— ¿No tiene ninguna hermana?

— No señora.

— ¿Oh! esclamó Paulita dejando definitivamente á San Juan Crisóstomo; — me olvidaba de mi rezo. Hermana, con la conversacion de Vd. me he distraido. Vamos á rezar.

Pero en lugar de tomar el libro de oraciones, tomó un libro de Santa Teresa y lo abrió maquinalmente. Clara tomó el rosario, miéntras la devota empezó la salmodía con la vista fija en el libro y equivocándose á cada momento. En lugar de decir un *Padre nuestro*, decia una *Salve* y se trastornó de tal modo el rezo, que al cabo de un momento se encontraron perdidos en un laberinto sin saber en qué parte de rosario se hallaban.

— ¡Ah, qué cabeza la mia! — dijo la santa deteniéndose; pero ¡ay! con la conversacion de Vd. me he distraido. Sigamos.

Pero en vez de pronunciar el *pater noster* fundamental,

que es lo que procedia para empezar de nuevo, clavó los ojos en el libro y maquinalmente leyó.

— «De dos maneras de amor quiero yo ahora tratar: Uno es espiritual, porque ninguna cosa parece le toca la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza. Otro es espiritual y que junta con él nuestra sensualidad y flaqueza...» ¡Qué distraccion! — esclamó despues.

Y apartó el libro con desden, miró al techo y se estuvo quieta un buen rato sin dar señales de vivir en este mundo, permaneciendo tanto tiempo inmóvil y con tal profundidad estasiada, que Clara se alarmó, y tuvo al fin que decidirse á tirarle de la manga, con lo cual la devota bajó del cielo.

— Ay, hermana, — dijo vivamente; — Vd. no sabe rezar el rosario: déme acá.

Y le quitó á Clara el rosario de las manos, lo tomó y empezó á contar las cuentas una por una con tanta escrupulosidad que empleó lo ménos diez minutos en tan difícil operacion. Despues rezó una Salve, á la que contestó Clara con un *pater noster*: las dos se miraron. Clara tembló porque creia que la devota la iba á reprender duramente como de costumbre por su equivocacion; pero, ¿cuál fué su asombro al ver que la santa desplegó suavemente los labios, se sonrió con una espansion inefable que nadie, absolutamente nadie habia observado jamas en aquella casa y acabó por reir con franqueza y desahogo, cosa fenomenal y nunca vista en tan ejemplar mujer?

Pero Clara, aunque se sorprendió mucho, no dió importancia al hecho. La otra se sonrojó lijeramente, y tomando de nuevo el libro de Santa Teresa, dijo:

— Voy á ver si encuentro un pasaje que hay aquí recomendando la penitencia.

Hojeó el libro y leyó:

— «*Sostenedme con flores y acompañadme con manzanas, porque desfallezco de mal de amores.* ¡Oh, qué lenguaje tan divino es este para mi propósito! ¿Cómo, esposa santa, mátaos la suavidad? Porque segun he sabido algunas veces es tan escesiva, que deshace el alma de manera que no parece ya la hay para vivir y pedir flores.» — No, no es esto: á ver esto otro: — dijo hojeando mas. — «Es, pues, esta oracion

una centellica que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo.» — Vamos, tampoco es esto. No he de encontrar hoy el pasaje. Sigamos, hermana, en nuestro rezo.

Empezó formalmente el rosario. Paula dijo un *Dios te salve* el número de veces necesario; pero al llegar al sitio del *Padre nuestro*, siguió diciendo *Dios te salve* hasta treinta veces con tanta prisa que no esperaba á que la otra concluyera su *Santa María*. Clara contestaba tambien muy á prisa para no quedarse atras; así es que por último, apresurándose una y otra, resultaba que parecia aquello una apuesta de velocidad en la pronunciacion. Llegaron al fin sin aliento y muy cansadas. Paulita tuvo necesidad de respirar el aire libre, abrió el balcon y miró á la calle, hecho inusitado, cuya gravedad no comprendió Clara tampoco.

— ¡Ay, que he abierto el balcon! — dijo comprendiendo la atrocidad que habia cometido. — ¡He abierto el balcon!

Y lo cerró con sobresalto, como una monja que hubiera sorprendido abierta la reja del locutorio.

— Hermana, — dijo despues, — ¿sabe Vd. que he decidido no ayunar mañana?

— Hará Vd. bien: es Vd. una santa; pero no ayune tanto, señora; eso no es bueno.

— Tienes razon, Clarita, y yo creo que esto que tengo es causado por el escesivo celo. Bien me decia el padre Silvestre, que la piedad en demasía es perjudicial, porque mata el cuerpo, sin el cual el alma no puede tener fortaleza.

— Pero, ¿qué tiene Vd.? — preguntó Clara un poco alarmada.

— No, estoy buena — dijo la mujer mística restregándose entrambos ojos como si los tuviera doloridos por la vigilia ó cansados de mirar. Siento un calor aquí dentro... y una agitacion... Pero es del ayuno, hermana; es del ayuno.

— Pues debe Vd. moderarse. Descanse Vd. unos dias.

— Sí, lo haré, y esta semana no rezaré oracion doble como hasta aquí, y suprimiré las horas por la noche.

— Ya lo creo. ¿No es bastante rezar una vez? Si es Vd. una perfecta santa.

— ¿No le parece á Vd. que es bastante una vez? — preguntó Paula con mucha ansiedad.

— Sí: y debe Vd. tratar de reponerse.

— ¿Cómo ha dicho Vd. Clarita? ¿Reponerme? Veo que sabe Vd. dar muy buenos consejos.

— Reponerse, sí... Distraerse un poco... Salir...

— ¡Salir! — esclamó la mística tan asustada que Clara se arrepintió del consejo. — ¡Salir! y ¿á dónde?

— Pues... quiero decir... que Vd. debe procurar... pues... Cuando se está mucho tiempo encerrada en la casa, la salud se quebranta... así es que... siempre es bueno... salir un poco...

— ¡Clara! — esclamó doña Paulita con la espresion de estupor y gravedad del que hace un gran descubrimiento. — Sabe Vd. que su consejo es muy sabio? No creí yo... Es verdad. Eso ¿por qué ha de ser malo? Yo siento ahora que tengo necesidad de... salir, de andar, de respirar... Sí; es preciso.

Estaba inmutada. Parecia que en su espíritu y en su organismo se verificaba una evolucion muy trascendental. Toda ella se dilataba, como si aquel dia hubiera perdido de una vez la fuerza de concentracion, la ligadura interna que la comprimia desde el nacer. No podemos esplicarnos todavía nada de lo que por ella pasaba.

— Debe Vd. cuidarse, debe Vd. vivir, — dijo Clara.

— Sí: debo cuidarme, debo vivir; — esclamó Paula en el tono de estupefaccion que emplea el que oye por vez primera la solucion concisa de un problema en que ha estado trabajando infructuosamente toda la vida. — ¡Debo vivir! — repetia.

En aquel momento sus ojos miraban en derredor asombrados, asustados, con melancolía é intensa vaguedad, como el que no ha visto nunca un horizonte, y lo ve por primera vez.

Pero de repente la dama se levantó agitada, se dirigió á su reclinatorio, se arrodilló, abrió el libro de horas, inclinó el rostro sobre él, ocultándolo entre las manos, y allí quedó sumergida en profunda y concentrada meditacion. Reposaba

sin duda en el seno de Dios, que tenia reservado á su santa el goce inefable de vagorosos y celestiales deliquios.

Durante el éxtasis, ¡quién podrá saber lo que pasó en aquella cabeza! Dios tan solo.

CAPITULO XXV.

VIRGO PRUDENTÍSSIMA.

Visitemos á los dos huéspedes del cuarto segundo. Un prodigioso esfuerzo del genio doméstico de María de la Paz Jesus habia podido acomodar dos camas en la habitacion alta.

Lázaro estaba acostado en la suya tratando de reparar las fuerzas perdidas. La noche anterior, que fué la de su instalacion en aquella casa, habia dormido poco. Fueron muchas las sorpresas, los sobresaltos, las amarguras de aquella noche para poder entregar el espíritu á un completo reposo. La noche siguiente, por el contrario, se hallaba muy dispuesto al descanso. Acababa de acostarse: su tio velaba, sentado en el sillon de baqueta que junto á la cama tenia, y se ocupaba en hojear unos papeles, leyendo á ratos y escribiendo un poco algunas veces.

De repente el viejo se volvia, miraba á su sobrino, que no podia librarse de cierto temor, cuando veia, dirigidos hácia él, aquellos dos ojos de lechuzo. Parecia querer hablar al jóven de alguna cosa importante y no atreverse por no tener confianza en su discrecion. Despues de la llegada de Lázaro á la casa, tio y sobrino no habian hablado nada de política: el fanático creyó que su protegido no era capaz de tener entereza y teson para sostenerse en sus creencias. En tanto el exaltado liberal tuvo tanto que pensar en otras cosas, que relegó á segundo término aquella cuestion, y se acordaba poco de la apostasía que su tio le habia exigido.

Lázaro cedia á la fatiga, se dormia lentamente, cuando el viejo esclamó con voz fuerte:

— Lázaro, ¿duermes?

— ¿Qué? — contestó el muchacho despertando sobresaltado.

— Voy á preguntarte una cosa. ¿Conoces en Zaragoza á un liberal que se llamaba Bernabé del Arco?

— Sí señor, — contestó Lázaro, que conocia y apreciaba mucho á aquella persona, orador y escritor de nota.

— Era de los exaltados, ¿eh? — esclamó el fanático con mordaz ironía.

— Sí señor, es de los que sostienen las ideas mas avanzadas, — contestó el sobrino, temeroso de pronunciar una palabra que ofendiera á su tio.

— Es... no; era, debes decir; porque pasó á mejor vida.

— ¡Cómo! ¿ha muerto?

— Le han matado, dijo Elías con glacial indiferencia. — Mira la suerte que aguarda á los locos, depravados, ilusos y perversos. ¿Ves? Así castiga el pueblo á los que le engañan! ¡Oh! Así deberian perecer todos los habladores.

El sobrino se calló, volvió el tio á su lectura, y no habia pasado un cuarto de hora, cuando se dirigió de nuevo al lecho del jóven, que, vencido por el sueño, dormia ya profundamente y gritó:

— ¡Despierta, Lázaro!

Y despertó dando un salto, despertó aterrado y convulso: como debemos despertar el último dia, cuando suene la trompeta del juicio. Aquel viejo le habia de quitar tambien los únicos momentos de reposo que sus desventuras le permitian; y aun en aquella tregua que le daba la suerte, habia de acercarse á él aquel demonio atormentador, viviente pesadilla de su sueño.

— ¿Conoces aquí á un jovencito que se llama Alfonso Nuñez, y á otro que se llama Roberto, conocido generalmente por el doctrino?

— Sí, señor — contestó Lázaro atemorizado, por creer que tambien le iba á participar la muerte de sus dos amigos.

— Buenos chicos, ¿eh? — esclamó Elías, riéndose como deben reir los brujos en el aquelarre.

El sobrino no contestó, contentándose con encomendar mentalmente á Dios á su buen amigo Alfonso Nuñez.

— ¡Tengo un plan!... — dijo el fanático con cierta satisfaccion de sí mismo — plan soberbio. Si supieras, Lázaro. Pero tú eres muy tonto y no puedes comprender esto. Son buenos chicos esos que te he dicho, ¿no? Así... muy exaltados, muy amigos de embaucar al pueblo y pronunciar discursos... pues: así como tú.

Lázaro se asustó mas y comprendió ménos.

— ¡Esos chicos valen de mucho! ¡Si supieras qué útiles son Amantes de la libertad, habladores, impetuosos, entusiastas. ¡Ah! no temo yo á estos... Lo harán bien. ¡Plan magnífico!

Despues, como si se arrepintiera de haber dicho demasiado, apartó la vista de su sobrino, murmuró algunas voces incoherentes, y volvió á hojear sus papelotes, escribiendo algo, y gruñendo siempre, sin dejar de gesticular como si hablara con alguien.

Lázaro miró un buen rato la lívida faz del viejo realista, que, iluminada de lleno por la luz, ofrecia un fantástico é infernal aspecto. Las orejas se le trasparentaban, los ojos parecian dos ascuas, y el cráneo le lucia como un espejo convexo. Los singulares objetos que le rodeaban, ó los que cubrian las paredes de la habitacion, contribuian á aumentar el terror del estudiante. Aquel sillon de vaqueta, testigo mudo del paso de cien generaciones; aquellos cuadros viejos, los muèbles de entalle, exornados con figuras grotescas y de rarísima forma, daban á la decoracion el aspecto de uno de esos destartalados laboratorios en que un alquimista se consumia devorado por la ciencia y las telarañas.

Despues de cerrar los ojos, entregado por fin al sueño, el jóven Lázaro continuó viendo á su tio con los objetos que le rodeaban. Representáronsele ademas las siniestras figuras de las señoras de Porreño; y en su soñar disparatado le parecia que aquellas tres figuras crecian, crecian hasta tocar las nubes, ocupaban todo el espacio; Salomé como una columna que sustentaba el cielo, Paz como una nube gigantesca que unia el Oriente con el Ocaso. Despues le parecia que menguaban, que disminuian hasta ser tamañitas, Paz como una nuez, Salomé como un cacahué, Paula como una lenteja.

Oia la frailuna voz de la devota; veia estraños y complicados resplandores, partidos de la lámpara del viejo, veia la rojiza diafanidad de sus orejas como dos lonjas de carne incandescente; veia la enormidad de su calva, iluminada como un planeta; y por último, todos estos confusos y desfigurados objetos se desviaban, dejando todo el fondo oscuro de las visiones para la imágen de Clara que, no desfigurada, sino en exacto retrato, se le representaba, alzando la vista de una labor interrumpida para mirarle. En tanto le parecia escuchar siempre una voz subterránea que clamaba: «Lázaro, ¿duermes? Despierta, Lázaro.»

A la madrugada su sueño fué mas profundo. Despertó á las ocho, y en los primeros momentos tuvo que recoger sus ideas y meditar un poco para saber dónde estaba y qué cosas le habian sucedido. Su tio habia salido. Levantóse y se vistió. No sabia qué hora era; pero el hambre le hizo comprender que era hora de almorzar. Abrió la puerta dirigiendo una mirada á lo largo del pasillo y á lo profundo de la escalera, y el primer objeto que encontraron sus ojos fué la figura de doña Paulita que subia lentamente.

— ¿Ha descansado Vd? — le preguntó con voz ménos nasal é impertinente que de ordinario.

— Sí, señora; muchas gracias.

— ¿No le falta á Vd. algo?

— Nada, señora.

— Pero querrá Vd. comer alguna cosa. Aquí acostumbramos almorzar á las siete. Es lo mejor. Pero son las ocho: mi tia es muy rigorista y ha dicho que, puesto que Vd. no estuvo á las siete en la mesa, no puede almorzar. Esto es una disciplina necesaria. Bien sabe Vd. que sin disciplina no puede haber órden. Ahora no puede Vd. tomar cosa alguna hasta las dos de la tarde.

— Señora, no importa, yo... — dijo Lázaro, que era cortés, aunque estaba muerto de hambre en aquel momento.

— Pero no tema Vd. — continuó la devota bajando la voz y mirando á todos lados. Yo conozco que está Vd. desfallecido y es preciso darle de comer. No salga Vd. de su cuarto.

Dicho esto, bajó muy lijera, procurando no ser vista. El

jóven sintió mas encendida su gratitud hácia aquella señora, que ya habia hablado en su defensa la noche anterior.

Al poco rato volvió la devota trayendo una comida, que, aunque escasa, bastó para reponer al hambriento.

— Mi hermana no lo llevará á mal, — dijo; — pero no se lo diga Vd. Yo hago esto por Vd.; porque comprendo que en un cuerpo débil no tiene fuerzas el espíritu.

— Señora: no sé cómo pagarle tantos favores, — contestó el mancebo sin mirarla.

A las siete de aquella mañana, miéntras Lázaro dormia rendido de cansancio, se suscitó una gran cuestion en el comedor, sobre si seria conveniente y disciplinario llamarle para almorzar. María de la Paz decia que no, Salomé dudaba, y la santa opinaba que sí. Las razones de la primera eran: que puesto que preferia el sueño á la comida, era preciso hacerle el gusto, con lo cual se iria acostumbrando á la disciplina. En vano quiso oponerse Paulita con gran copia de razones teológicas y morales, fundadas en el principio de *mens sana in corpore sano*: todo fué inútil. Sus palabras, oidas con respeto, no produjeron efecto. Elías decidió la cuestion, diciendo que su sobrino, ademas de liberal era holgazan, y que habia que renunciar á hacer de él nada bueno. Todos callaron y comieron. Clara no era admitida á la mesa comun.

Volvamos arriba. Lázaro se comia la racion con gran apetito. La dama le hacia mil preguntas, y él le contestaba procurando ser lo mas cortés que el hambre le permitiera. Las preguntas eran de esta clase:

— ¿Creyó Vd. que no almorzaria hoy?

— ¡Ah, señora! yo...

— Porque yo — contestaba la dama — no me olvidaba de que usted estaba sin comer.

— Yo le doy á Vd. las gracias.

— Pero Vd. no se lo figuraba — decia Paulita — ansiosa de apurar aquella cuestion hasta el fin.

— No señora, de ningun modo... yo... si... Pero... ya.

— Y su tio se opuso á que almorzara.

— ¡Ah, mi tio! — dijo Lázaro, dejando de comer; — es un... No: es un escelente hombre.

— ¡Oh, sí! — dijo la devota mirando al cielo, es un hombre ejemplar, un santo.

— Sí, sí, un santo.

Lázaro, nuevo en aquella casa, no habia tenido ocasion de penetrar el carácter de la persona que tenia delante en el momento de su desayuno. Por este motivo nada le llamó la atencion; por eso no supo que nunca sus bellos ojos habian tenido un resplandor mas vivo, ni que jamas voz de monja alguna entonó salmodías con tan melodioso timbre como el de la voz de Paula al decir. «¿Vd. creyó que no almorzaria hoy?» En ella, sin embargo, habia una gran naturalidad; y no es aventurado afirmar que en ningun tiempo se cruzaron sus manos blancas y finas con ménos afectacion, á diferencia de aquellos crispamientos de dedos que usaba tanto para acompañar y adornar sus peroraciones.

— Aquí no será permitido que le hagan á Vd. daño alguno, — dijo en el tono de quien hace una gran revelacion. — No tema Vd. Si ha cometido alguna falta...

— ¿Falta?... — dijo el jóven con tristeza.

— ¿Pues no decian que era Vd. un gran pecador?

— ¡Yo un gran pecador, señora!

— No será tanto como dicen... — continuó doña Paulita con una sonrisa tan mundana, que no parecia puesta en boca de una santa.

— No, — dijo el jóven con efusion; — no es tanto como dicen: es verdad. Y si he de decirlo todo...

— Acabe Vd. — dijo la otra con mucho interes.

— Yo no sé qué falta he cometido, — añadió Lázaro con melancolía... — Pero sí, faltas he cometido: no lo puedo negar.

— ¿A ver, á ver, qué faltas? — preguntó con mucha ansiedad la favorita de Dios.

— Le diré á Vd. — esclamó él preparándose á una confesion.

— Comprendo: algun estravío de jóven. La juventud está llena de peligros; y los jóvenes, si se les deja solos...

— ¡Es verdad!

— Cuénteme Vd. Yo quiero que Vd. se corrija. Tal vez la falta es mucho ménos grave de lo que Vd. mismo piensa. Tal vez no pasa de ser una lijereza trivial, — dijo

con mas ansiedad é interes Paula. — Dígame Vd., yo le daré consejos... cuénteme Vd.

Lázaro permaneció un instante pensativo, y ya abria la boca para formular una contestacion ó una escusa, cuando Elías se presentó en la puerta. La devota se turbó un poco, pero un momento le bastó para reponerse. El realista se quedó muy sorprendido al ver á la dama y al observar los restos del almuerzo, miéntras su sobrino se avergonzaba de haberlo probado.

— Pase Vd., Sr. D. Elías — esclamó ella con su uncion acostumbrada. — Pase Vd.: aquí estoy suplicando por amor de Dios á su sobrino que no le dé mas disgustos. ¡Oh! Pero él se va arrepintiendo ya de los errores de su juventud. ¿Qué estraño es que la juventud peque, entregada á sí misma, sola por espinosos caminos? Le estoy recomendando la moderacion, la cortesía, la prudencia. Pero veo que Vd. se admira de que le haya traido de comer. ¡Ah! confieso mi falta. Pero no he podido resistir á los impulsos de la compasion. He sido débil: no he nacido para el rigor, y confieso que no tengo carácter, como debiera, para sostener la rigidez de la disciplina. Si he cometido una falta, perdóneme Vd.

Elías estuvo un rato sin saber qué contestar; pero tenia muy alta idea de la cristiandad de aquella señora para vacilar en aprobar cuanto hacia. Aquel acto le pareció una sublime prueba de caridad.

— ¡Señora, qué buena es Vd.! — dijo.

— No es bondad, es debilidad. Conozco que hice mal.

— Señora, Vd. es una santa. Aunque él no merece lo que Vd. ha hecho, esto sirve para hacer resaltar mas las virtudes de Vd.

— ¡Oh! — dijo la elegida del Señor — confieso que mi deber era seguir el dictámen de Vd.; pero no he podido resistir á un poderoso impulso de indulgencia. ¡Oh! si siempre pudiera una salir victoriosa de sí misma...

— Mira, aprende — dijo Elías, volviéndose hácia Lázaro, — mira á esa santa; aprende lo que es nobleza, generosidad, virtud.

— No — dijo ella bajando los ojos. — Que no tome por modelo á esta pecadora.

— Aprende, Lázaro — esclamó con exaltacion el fanático. — Aquí tienes á la misma virtud.

La santa hizo una gran reverencia y se marchó dejando solos al tio y al sobrino.

CAPITULO XXVI.

LOS DISIDENTES DE LA FONTANA.

Aquella mañana no ocurrió mas incidente que el que hemos descrito. Lázaro subió y bajó varias veces furtivamente y con pasos de ladron, tratando de ver á Clara; pero le fué imposible. Esperó verla en la comida, mas tambien, como el dia anterior, se frustraron sus deseos.

Pusiéronse á las dos los manteles, y cada cual ocupó su sitio. La mesa era para doce cubiertos: ocupó un estremo María de la Paz, teniendo á su derecha á Salomé y á su izquierda á Elías, miéntras la devota estaba erigida á la derecha de su prima. Al jóven le pusieron en frente, á tanta distancia del grupo principal, que para alcanzar su racion tenia que descoyuntarse los brazos. Sirvióse primero una sopa, que por lo flaca y aguada parecia de seminario; despues siguió un macilento cocido del cual tocaron á Lázaro hasta tres docenas de garbanzos, una hoja de col y media patata, despues se repartieron unas seis onzas de carne, que en honor de la verdad no era tan mala como escasa; y por último, unas uvas tan arrugadas y amarillas, que era fácil creer en la existencia de un estrecho paréntesis entre aquellas nobles frutas y la piel del rostro de Salomé. Terminó con esto el festin, durante el cual reinó en el comedor un silencio de refectorio, escepto cuando Elías dijo que tanta esplendidez le parecia dispendiosa, y elogió la sobriedad como fundamento de todas las virtudes.

Despues se rezó un poco y las señoras se retiraron. María de la Paz habia adquirido en el período de la decadencia el

hábito de dormir la siesta, y ya durante los últimos *agnus dei* del rezo estaba haciendo cortesías con los ojos cerrados. Lázaro subió con el mayor desconsuelo por no haber logrado tampoco aquella vez el objeto de su constante afan. Aventuróse á bajar sin ser visto de su tio, recorrió el pasillo lleno de zozobra y ansiedad, pero nada consiguió. Todo estaba cerrado y en silencio, y sin duda los habitantes de la casa estaban sumergidos en el agradable sopor de la siesta ó en el letargo espiritual de la contemplacion religiosa. Solamente Batilo, el melancólico perro, que habia perdido los hábitos de su raza y no sabia ni ladrar, estaba paseando su hastío por el comedor, rasguñando de vez en cuando la puerta de un armario, donde probablemente yacian los exiguos despojos de la carne servida en la mesa aquella tarde.

Subió Lázaro desesperado; pero al ver á su tio medio dormido en un sillon no pudo resistir á la influencia letal que en todos sus habitantes ejercia aquella region del fastidio, preparóse tambien á dormir y se tendió en su cama. No habian pasado diez minutos, cuando sintió unos fuertes campanillazos en el piso de abajo, y despues la voz de Salomé unida á otras voces de hombre, entre las cuales, creyó reconocer alguna. Levantóse y se asomó á la escalera.

Eran cuatro personas que le buscaban, y la dama les dirigia al piso alto con muy mal humor. El jóven reconoció entre aquellos á su amigo Alfonso y al doctrino. Estos y otros dos, que Lázaro no habia visto nunca, subieron. Coletilla les habia sentido en su sueño de lechuzo, y despertando súbitamente se adelantó hácia la puerta.

— Hola, Vds... — esclamó de repente; pero mudando de tono en un instante brevísimo dijo con afectada frialdad ó indiferencia: — ¿Qué se les ofrecia á Vds?

Como Lázaro estaba puesto de espaldas á su tio, no vió que este puso el dedo en la boca é hizo una imperceptible seña al doctrino. Despues dijo, haciendo un esfuerzo para aparecer complaciente:

— Ya comprendo: Vds. venian en busca de mi sobrino.

El jóven estudiante tembló al pensar cuánto irritaria á su protector verle en compañía de aquellos exaltados.

— ¿Por mí? — dijo estrechando la mano de su amigo.

— Sí, — contestó el doctrino que comprendia lo que debia hacer.

— Sí, venimos por tí, — dijo Alfonso. — Tenemos una reunion esta tarde y queremos que vengas á ella. Es la reunion de los disidentes de *La Fontana*.

Lázaro creyó que su tio se iba á poner hecho una furia al oir hablar de las reuniones de fontanistas. Pero contra lo que esperaba, le vió tan sereno como si oyera hablar de un concilio ecuménico. Tampoco tuvo la suficiente perspicacia, ni la suficiente memoria para hacerse cargo de que podia haber alguna relacion entre las preguntas que el fanático le habia hecho la noche anterior, y la visita de aquellos amigos.

— Sí, que vaya; vá, — dijo Elías.

La confusion de Lázaro aumentó; pero ántes que saliera de su estupor, Alfonso le tomó del brazo y le condujo á la escalera, y poco despues estaban en la calle.

Los otros dos jóvenes nos son hasta ahora desconocidos, si bien es probable que les hayamos visto en el departamento bullicioso de la *Fontana*, precisamente en la noche fatal en que Lázaro fué arrojado del club. El uno de ellos, nacido en Algodonales, era de los contertulios mas asiduos del barbero Calleja; y no es aventurado afirmar que intervino en la cuasitrágica escena que en el primer capítulo referímos. Se llamaba Francisco Aldama; y por ser andaluz y bastante aficionado al trato de los lidiadores de toros se le llamaba Curro Aldama, ó el Curro. Doña Teresa Burguillos, feliz consorte del barbero, era un poco torpe para la pronunciacion de los nombres propios, y solia llamar *Aldaba* al amigo y comiliton de su esposo. Era Curro Aldama ó Aldaba, exaltado fontanista, de una crasa ignorancia, y con aquella osadía que acompaña siempre á los necios. Se la echaba de gran patriota, y no sonaba cencerro en Madrid sin que él tomara parte en la danza.

El otro era de muy diversa condicion y figura. Sus aficiones literarias le habian hecho amigo del poeta clásico que hemos conocido habitando en el olimpo de doña Leoncia, la semi-diosa de la calle de la Gorguera. Allí conoció á Alfonso Nuñez, con quien trabó amistad; y bien pronto, aunque las

musas le fueron propicias (se estreñó en la Cruz con buen éxito un sainete pastoril suyo, titulado: *Anfriso y Cenobia*) dejó las musas por la política, escribió en *El Universal* y en *El Labriego*, charló en los clubs, y se decidió por el partido exaltado.

Tenia mucho ingenio, dotes de orador y periodista; pero muy poca instruccion y una lijereza invencible. Frecuentaba la tienda de Calleja y el club de la *Cruz de Malta*; pero últimamente se aseguraba que pertenecia á la tenebrosa sociedad de los *Comuneros*, aunque él lo negaba. Lo cierto es que en la *Fontana* sospechaban de él, no sabemos si con fundamento. Se decia que era de los alborotadores pagados por la reaccion; hasta que una noche, viendo que se le miraba con desconfianza, y aun se hicieron alusiones personales á él, desertó para no volver. Este era Cabanillas, jóven de educacion y talento, á quien no se podia ver sin repugnancia alternando con hombres desalmados como Tres-Pesetas, Chaleco y el Matutero, que hemos tenido el gusto de conocer al principio de esta puntual narracion.

— Chico, — decia Nuñez; — ¿sabes que hemos reñido con los de la *Fontana?* El lance de la otra noche nos ha obligado á romper con esa canalla. Estamos agraviados: tambien á nosotros nos han querido acusar como á tí; pero hemos alzado el vuelo y estamos fuera. Vamos á formar otro club.

— Me calumniaron, — dijo Lázaro, — yo no sé qué demonio me tentó á mí para hablar aquella noche.

— Si son unos mentecatos. Nada: allí se han figurado que no hay mas liberales que ellos — dijo Nuñez; — y á los que defendemos la libertad verdadera y completa nos llaman exaltados, alborotadores, y dicen que estamos vendidos.

— Ya les arreglaremos las cuentas, — dijo el doctrino.

— Pues oye, — continuó Alfonso, — nosotros vamos á fundar otro club, el verdadero club revolucionario. A esos necios de la *Fontana* les ha dado ahora por predicar él órden. Qué órden ni qué ocho cuartos! Nosotros predicaremos la violencia, porque sin violencia no hay resolucion; sin esterminar los obstáculos y arrancarlos de raiz, no se puede trasformar este pueblo. Nosotros vamos á predicar la democracia,

vamos á proclamar la soberanía suprema, absoluta del pueblo, á combatir el trono y á señalar los que en la gran purificacion que se prepara deben ser arrancados de raiz, esterminados y concluidos. Tú vendrás á nuestro club, ¿no es verdad?

— Veremos, — contestó Lázaro, muy preocupado con la cólera de su tio al saber que se juntaba con aquellos republicanos rojos.

— Vuestra idea, — continuó Alfonso — es combatir á esos republicanos tibios que van á las Cortes y á los clubs para sermonear sobre el órden y la moderacion. Esterminio á esa canalla, á esos hipócritas.

— Sí, — dijo el Curro, — porque si uno se deja dominar por esos tibios, se queda uno atras; y no están los tiempos para quedarse uno atras. Mucho tino; que el que ahora no saca algo...

Con esta conversacion llegaron á la calle de la Gorguera y á la casa de doña Leoncia, subieron al cuarto del poeta que era el punto designado para las reuniones preparatorias del naciente club. Conoceremos el cuarto del poeta con el nombre de *La Fontanilla*, calificacion oficial con que le designaron aquellos jóvenes.

Acomodáronse como pudieron en las tres sillas y en la cama del poeta, miéntras este se hallaba en el interior de la casa, al lado de doña Leoncia, poco preocupado de la política. El Curro se sentó junto á la mesa y mostró desde el principio gran deferencia hácia una botella que allí habia, puesta sin duda por la previsora mano del poeta clásico.

— Vamos, á ver; — dijo Alfonso desde la presidencia, que era la cama; — á ver qué hacemos con esos liberales que nos calumnian y dicen que somos ebrios y agentes ocultos de la reaccion.

— Combatirles con razones, — dijo Lázaro — demostrar que no somos agentes de la reaccion. Pero ¿en qué se diferencian sus ideas de las nuestras? ¿No son ellos liberales? ¿No aman la Constitucion?

— Pero la aman á medias, — dijo el doctrino; — porque no aman el verdadero sacerdocio de la revolucion, que es destruir.

— Ya se ha destruido bastante — esclamó Lázaro; — hagamos lo posible por llevar, aunque no sea mas que una piedra cada uno, al gran edificio que se ha de levantar.

— Nada de eso: sin destruir es inútil pensar en edificar. Debemos señalar al pueblo cuáles son sus enemigos, sus enemigos de siempre, — dijo el doctrino.

— Pues eso es lo que yo decia — dijo Aldama, decidiéndose despues de grandes vacilaciones, á probar el contenido de la botella.

— Digo lo mismo — esclamó Cabanillas. — Hoy estamos peor que ántes: no hay otra diferencia sino algunas palabras mas en nuestras bocas. Los ministros hablan de libertad, los diputados hablan de libertad, los de los clubs hablan de libertad; pero la libertad no se ve, no existe, es una farsa. Digo, señores, que prefiero á esta farsa los frailes de ántes y el rey absoluto de ántes.

— ¿Pues eso qué duda tiene? — dijo Nuñez. — No hemos conquistado mas que unas cuantas fórmulas. ¿Y de eso quién tiene la culpa, sino los liberales que nos hablan del órden, y vuelta con el órden?...

— Eso mismo decia yo, — esclamó el Curro, probando de nuevo la botella, que sin duda le habia gustado.

— Enseñar al pueblo á pedir justicia, y si no se la dan, á hacerse justicia es lo que conviene, — dijo el doctrino.

— Cuánto han hablado esos hipócritas, — dijo Cabanillas — del hecho del cura de Tamajon, acusando al pueblo de que se hacia justicia por sí solo! ¡Pues qué habia de hacer el pueblo, si veia que el gobierno permitia la conspiracion constante del palacio real, y encarcelaba á los buenos liberales porque cantaban el *trágala*?

— Es claro: lo que quieren es engañar al pueblo, adormecerle, infundirle miedo con su órden, y siempre con su órden...

— Miéntras vivan ciertos hombres, — dijo el doctrino sombriamente — nada adelantaremos. No conviene ahora decir quiénes son esos hombres que deben desaparecer, pero á su tiempo se nombrarán.

El doctrino tenia algo de lúgubre, hablaba poco, y siempre con una lentitud melancólica que anunciaba en él pensa-

mientos ocultos y un frio y siniestro cálculo que no queria dejar traslucir.

— Eso mismo digo yo, — esclamó Aldama, que estaba resuelto á no desairar la botella, miéntras tuviera dentro alguna cosa.

— Pues lo primero, — señores, — dijo Alfonso, — es constituirnos de cualquier modo que sea. Veremos si se encuentra un buen local donde podamos reunirnos en mayor número.

— Nos reuniremos al aire libre, si es preciso. Lo que nos importa es buscar gente, y de eso yo respondo. Pasado mañana nos reuniremos aquí, y yo traeré á dos ó tres amigos, que es como si trajera medio Madrid. ¡Verán Vds. qué mozos!

— Pues bien, hasta pasado mañana; tú vendrás, Lázaro, — dijo Alfonso, — yo mismo iré á buscarte. Quiero que no te desanimes, ni te aburras. El porvenir es para nosotros, chico: hay que hacerse lugar, porque esto está perdido. Las ideas van en baja, y fuerza es que la juventud sea lo que debe ser, la iniciadora y la reveladora de los grandes principios.

— Vendré, — dijo Lázaro con poca determinacion.

Levantáronse Alfonso y Cabanillas, y se despidieron. Lázaro hizo lo mismo, y los tres se marcharon. El doctrino y el Curro quedaban allí; no es aventurado conjeturar que al quedarse solos, la botella, á que tanta aficion habia mostrado Aldama, estaba completamente vacía.

Cuando se vieron solos y sintieron bajar la escalera á los otros, el de la botella dijo:

— ¿Cuánto te ha dado ayer el tio Coletilla?

— Mira, — dijo el otro sacando cuatro onzas y algunos doblones de un bolsillo grasiento.

— ¡Ah, marrajo! — esclamó Aldama, mirando con brillantes y ávidos ojos el oro: — dáme siquiera una. Debo cuatro meses de casa y mas de seis duros de prestado.

— Poco á poco: no hay que despilfarrar el tesoro del rey, — dijo el doctrino, guardándose majestuosamente en el bolsillo el erario revolucionario.

— Vamos, doctrinillo, dámela. Ya sabes que tengo apalabrado á Perico Tinieblas, el del Portillo de Gilimon, que

es hombre pintado para estas cosas. Y lo que es en la plaza de la Cebada no hay chalan que no sea capaz de comerse al gobierno á una órden mia.

— No: las cosas han de ir en regla. No puedo pagar sino á su tiempo: tengo esa órden. Pero no tengas cuidado, que cuando esta asamblea principie á dar frutos...

— Díme, ¿y Alfonso Nuñez, está en autos?...

— No; no sospecho nada. Es un inocente y un visionario. Es de los que se dejan matar por las ideas. Estos son los hombres que nos hacen fálta, muchachos de talento y de buena fe que hablen al pueblo y le llenen de agitacion.

— ¿Y ese otro bobalicon que hemos ido á buscar hoy?

— Ese es chico listo tambien; pero de una inocencia angelical. Tenemos muchos de estos que son los que han de hacer la mejor parte sin costar nada. Cabanillas vale; pero ése no es tan barato: está el pobre muy mal, y hay que favorecerle. Ayer le encontré llorando en la casa: me dió mucha lástima. El trabaja con repugnancia en nuestro asunto; pero no tiene otro remedio, porque está sin un cuarto.

— Pues mira que yo estoy tambien...

— Verás qué bien va á salir esto — dijo el doctrino, bajando la voz. — Y para entónces ya podemos contar con fondos. Los tiempos están malos, Currillo, y si uno no se agarra á los buenos faldones...

— Eso mismo digo yo. Pero hombre: ¿me das ó no esa oncilla?

— Espérate á pasado mañana. Tengo órden de no repartir todavía.

Y se levantó dispuesto á salir. La voz del poeta clásico resonaba en el interior en grave altercado con otro, que por la voz parecia ser nuestro amigo Carrascosa, cortejo de doña Leoncia. La voz de esta se mezclaba tambien á la algarabía para decir: «D. Gil, no me *enjurie* Vd. No me *enjurie* usted, D. Gil.»

El Curro y el doctrino bajaron despues de haberse despedido desde léjos y á gritos del poeta clásico.

Por el diálogo precedente habrá comprendido el lector la intriga política que fué el alma de aquel desdichado trienio, en que los generosos esfuerzos de los amigos de la Constitucion se vieron anulados por los manejos indignos de aquel

rey que los españoles habian rescatado con su sangre. Fernando odiaba á todos los liberales; pero entre todos, los que mas escitaban su encono eran los que con su discrecion, cordura y patriotismo procuraban cimentar el nuevo órden de cosas. Fernando, usando de su frase habitual, habia jurado esterminarlos. Para esto fomentaba la exaltacion revolucionaria de los liberales amantes del desenfreno, y trataba á la vez de avivar las pasiones de los jóvenes fogosos, que de un modo irreflexivo y con la vehemencia y el arrojo propios de la edad, predicaban las mas exageradas ideas. Estimulando la propension de nuestro pueblo al desórden, ya por medio de las sugestiones indiscretas, pero inocentes, de algunos jóvenes, ya por la venalidad de hombres malévolos, dispuestos á dar el primer grito en todo alboroto, conseguia el rey su objeto, que era hacer frecuentes los motines.

La Fontana de Oro sirvió al rey y á la reaccion mas que los frailes y los facciosos, porque en ella habia un cáncer que en vano trataban de cortar algunos hombres prudentes, espulsando á quien no era culpable. El cáncer de la venalidad continuó corrompiendo aquella asamblea, que no tenia un rival, sino una sucursal en la *Fontanilla.*

CAPITULO XXVII.

SE QUEDA SOLA.

Cuando Lázaro volvió á su casa, tembló en presencia de Coletilla. Pero bien pronto su terror se trocó en sorpresa al ver que, léjos de mostrarse indignado el viejo por haberle visto en compañía de los frenéticos de la *Fontana*, estaba un poco ménos adusto que de ordinario, y hasta llegó á manifestar cierta benevolencia, que era en él cosa muy rara.

Aquella noche y en la mañana siguiente volvió Lázaro á

intentar la difícil empresa de ver á Clara: era cosa imposible, porque el sistema de clausura empleado en la jóven por sus tres carceleras, por aquel Cerbero femenino de tres cabezas y tres cuerpos, era rígido é inexorable. Clara vivia peor que un cenobita, peor que esos prisioneros de que hablan las historias antiguas, hombres sepultados en vida, cuerpos vivos para el dolor y los horrores de la soledad. ¡Dios tenga piedad de esta infeliz!

Pero si Lázaro no podia verla, el abate Carrascosa pudo aquel dia con permiso de la devota entrar á enterarse de la salud de *su señora doña Clarita*, y al hallarse con ella, sacó un papel del bolsillo, y haciéndole señas de que se callase, se lo dió á la jóven furtivamente. Sin decirle una palabra, salió.

Clara se puso como la grana: su primer pensamiento fué romper la carta; pero le ocurrió que podia ser de Lázaro. Tal vez el pobre muchacho se habia decidido á escribirle, no pudiendo verla, y se valió del abate, que era sin duda su amigo. Guardó en el seno la carta y esperó.

La devota no tardó en venir y se sentó junto á ella.

— ¿No sabe Vd., — dijo — que vamos esta tarde á la procesion del Divino Pastor?

— ¿Sí? — contestó Clara maquinalmente.

— Sí, pero Vd. no va. Han resuelto que se quede Vd. aquí, porque las jóvenes que están en penitencia no deben salir nunca de casa. ¿No piensa Vd. lo mismo?

— Lo mismo — dijo Clara, temblando por miedo de que le conocieran en el semblante que tenia una carta escondida.

— Vamos al balcon de una amiga nuestra, de donde se ve todo perfectamente. Estará muy vistoso. Salen tres imágenes de San Anton, y dicen que es tambien muy probable que salga el Cristo de las Llagas de la capilla de Santa María del Arco. Todo esto pasa por la calle de San Mateo á donde vamos nosotras.

No dijo mas. Ya estaba arreglada para salir. Su vestido era el de las grandes solemnidades, el mismo de otras veces; pero ¡cosa singular! su toca estaba plegada en la frente con cierta presuncion de monja novicia que no carecia de gracia; su manton, aquel manton cuyo velo impenetrable le cubria otras veces completamente el rostro, aparecia ahora echado

hácia atras con una franqueza que el rígido dominico de la antigua casa de los Porreños hubiera calificado de desenvoltura.

Si Clara hubiera estado ménos preocupada en aquel momento y hubiera tenido un carácter mas observador, sin duda le habria de admirar el ver á doña Paulita afectada de distracciones intermitentes, habria notado que se sonreia con frecuencia, moviéndose sin cesar; que despues se ponia muy triste, permaneciendo quieta y como abstraida; que despues le daba una especie de acceso de despecho, crispaba los nervios y cerraba los ojos, erguia el cuello y parecia atenta á ruidos lejanos, no escuchados de otro alguno. Aun hay mas: si Clara no hubiera tenido el rostro tan inclinado sobre la costura como de ordinario, habria reparado que la devota se levantó, se acercó á un pequeño espejo de cristal de roca (obra admirable del siglo XVII, adquirida en Venecia por el undécimo Porreño) y se estuvo mirando por espacio de tres minutos con singular atencion. Este hecho, de que solo puede dar cuenta el autor de este libro, nos dió un poco de luz sobre la trasformacion que ya sospechábamos se estaba verificando en el carácter de tan santa mujer. Es lo cierto que hay pruebas irrecusables de que jamas, en ningun tiempo, habia reflejado la histórica superficie de aquel espejo la faz de la dama. Tambien sabemos que aquella no era la primera vez que se miraba; que la noche anterior y el dia anterior se habia mirado tambien, observándose, sobre todo por la noche, con singular atencion. Es indudable que medio cerró los ojos para verse no sabemos con qué grado de luz, y que recogió despues los labios, mostrando á la curiosidad insaciable del cristal lisonjero las dos blancas y nacaradas filas de sus hermosos dientes. Este fenómeno nos ha obligado á trabajar mucho para descifrar ciertos misterios, cuyo conocimiento es necesario para la continuacion de esta historia.

En el otro cuarto María de la Paz y Salomé habian exhumado de las profundas gabetas unas vetustas vestiduras de seda valenciana, que habian sido en mejores tiempos elegante ornato de sus personas. Suspendieron en sus cabezas sobre solidísimas peinetas la mantilla negra de pasados encajes; y Paz abrió una pequeña caja de carton en figura de ataud,

que aun conservaba el perfume fiambre de las guanterías de 1790, y de esta caja sacó un abanico de doscientas varillas, que al desplegarse como la cola de un pavo real, hacia mas ruido que una perdigonada. Salomé se colgó en la muñeca de la mano izquierda un ridículo, donde puso, ademas de sus espejuelos, un frasquito de esencias y otras baratijas.

— ¿Y dejamos aquí á esa jóven? — dijo Paz, mirando á su hermana con estupor.

— ¿Cómo? No es posible, — contestó la del ridículo con espanto; — si queda Clarita en casa...

— ¡Qué horror! Hay que llevar con nosotras á ese jóven. Pero, ¿qué dirán?...

En esto entró la devota. Elías andaba por allí cerca.

— ¡Qué dirán si llevamos con nosotras á ese jóven!... continuó Paz.

— ¿A ese jóven?... — dijo Paulita.

— Sí; ¿qué dirán? Esto es execrable, — esclamó Salomé.

— Nada dirán, — dijo la devota mirando para otro lado. — Es un servidor, un caballero que nos acompaña. Y sobre todo, el mal está en las intenciones, no en las apariencias. ¿Qué pueden decir? Nosotras, es verdad que no necesitamos caballeros; pero no es indecoroso que ese jóven nos acompañe. ¡Oh! No atendamos tanto á las preocupaciones del mundo.

— Pero si á ese jóven le conocen por libertino — dijo Paz — y le ven con nosotras...

Ante este argumento vaciló un momento la mujer mística, y casi no supo qué contestar. Pero no era persona que se dejaba vencer fácilmente en una disputa, y tomando fuerzas prosiguió:

— ¡Oh fragilidad de las cosas mundanas!... No temamos al qué dirán. Sobre todo, yo no creo que ese hombre sea un libertino. (Elías habia entrado y escuchaba con mucha atencion á la devota.) Tiene buen corazon, y si ha cometido algun error es por falta de esperiencia y de guia. Pero yo le he comprendido bien, y sé que se enmendará, si ya no se ha enmendado y está derramando lágrimas ocultamente por sus yerros pasados. Que venga.

Elías no la dejó concluir. Arrebatado de entusiasmo alzó los brazos y gritó:

— ¡Lázaro, Lázaro!

Antes que Lázaro llegara, el realista se lanzó fuera y le trajo, ó mas bien, le arrastró.

— Arrodíllate ahí, — le dijo con voz fuerte, presentándolo ante la devota. — Arrodíllate delante de esa santa. Ha dicho que tienes buen corazon.

Lázaro estaba perplejo, las dos viejas absortas, la devota satisfecha y Elías entusiasmado. Que quieras que nó, el jóven tuvo que hincarse.

— Híncate, hombre, híncate, — dijo el tio. — Ahora: bésale la mano.

Lázaro, que sin darse cuenta obedecia las órdenes violentas de su tio, besó respetuosamente la mano de la santa, y la tuvo estrechada un momento entre las suyas.

— Prostérnate ante la virtud, — decia Elías; — tú, pecador indigno de ser perdonado. Ha dicho que tenias buen corazon. No señoras: no lo tiene.

Doña Paulita hizo esfuerzos heróicos para aparecer con cierta dignidad arquiepiscopal en el momento en que Lázaro le besaba la mano, arrodillado ante ella; pero su decoro de santa fué vencido por lo mucho que empezaba á tener de mujer. Cuando sintió los labios del jóven posados sobre la piel de su mano, tembló toda, se puso pálida y roja con intermitencias casi instantáneas; y una corriente de calor ardentísimo y una ráfaga de frio nervioso, circularon alternativamente por su santo cuerpo no acostumbrado á la impresion de labios humanos.

Despues de una pausa, principió á recobrar su aplomo y dijo:

— ¡Qué locura! ¡Santa yo! Levántese Vd... caballerito. (No se atrevió á decir *jóven*). No he dicho mas sino que confío en que tendrá buen juicio y se enmendará.

— ¿Pues no ha dicho que te perdona las faltas que has cometido? ¡Qué virtud! ¡Qué heroismo cristiano! — esclamó Elías. — ¿No te anonadas? Pero hombre levántate; ¿qué haces ahí de rodillas?

El jóven se levantó miéntras Paz ponia fin á esta vehemente y conmovedora escena, diciendo friamente y con desden: — Vámonos.

— Prepárate á acompañar á estas señoras, — dijo Coletilla.

Al estudiante le contrarió mucho este mandato. El habia oido decir en la mesa aquella mañana que Clara no iria á la procesion, y habia formado sus proyectos para verla aquel dia. La obligacion de acompañar á las tres pécoras le pareció la mayor desgracia que podia ocurrirle aquel dia. ¿Pero cómo era posible resistir á las órdenes de aquel tirano? Lleno de despecho tomó su sombrero y bajó con las tres señoras, que se llevaron una de las llaves de la casa dejando á Clara la consigna de no salir del cuarto. Elías, que quedaba tambien en la casa, tenia la otra llave.

No hacia cinco minutos que las Porreñas navegaban hácia la calle de San Mateo, cuando llegó el abate Carrascosa muy presuroso y tocó á la puerta.

Elías bajó á abrirle.

— Venga Vd. amigo, venga Vd. al momento, — le dijo con agitacion.

— Pero ¿á dónde hombre, á dónde? Está la casa sola. No puedo salir.

— ¿Que no puede Vd. salir? — dijo el abate asombrado. — Pues buena la hace Vd. si no sale al momento y viene conmigo á donde yo le lleve.

— ¿Pues que hay, Carrascosa? — dijo el realista, algo alarmado.

— Venga Vd. y hablaremos por el camino.

— Hombre, la casa...

— Qué casa ni qué ocho cuartos. Cierre Vd. y vámonos.

— Queda aquí esa muchacha.

— Pues déjela Vd. encerrada y venga; porque esto no es cosa para andarse con peros...

— Pero, ¿qué hay? sepámoslo, — dijo Elías.

— Hay que si Vd. no viene ahora mismo conmigo á la *Fontanilla*... ya sabe Vd... el club de esos muchachuelos. Si Vd. no viene conmigo, va á haber un conflicto.

— Pero ¿qué es ello, hombre?

El abate no habia inventado de antemano la mentira que necesitaba emplear para hacer salir de la casa á Elías; así es que se vió aturdido un momento; pero su astucia frailuna no le faltó.

— Pues parece que esos chicos están alborotados y dicen que Vd. les ha engañado; que Vd. no tiene poderes de... de aquella persona? que Vd...

— ¿Que no tengo poderes? — dijo Elías. — Cuidado con los niños. ¡Liberalitos al fin!

— Y parece que quieren armar un alboroto esta noche, — dijo Carrascosa, seguro ya de la mentira que habia de encajarle.

— ¡Esta noche! — esclamó Elías, llevándose las manos á la cabeza. — ¡Esos chicos están locos! Lo van á echar todo á perder... Pero quién les ha dicho que esta noche... Vaya con los niños. Pero voy allá al momento.

— Venga Vd.; porque si tarda...

— Voy, voy al momento. Cerraré la puerta y me llevaré la llave. No importa: Las señoras tienen otra...

— Vamos.

El abate habia conseguido su objeto, que era alejar á Coletilla de la casa aquella tarde, para que Clara se quedase sola. En tanto las esfinges se acercaban al término de su viaje, y Lázaro las seguia resolviendo en su mente el plan que en un momento de colérica inspiracion habia concebido. Consistia este plan en dejar á las tres ruinas en medio de la calle, cuando ellas estuvieran mas distraidas con la procesion, y volver atras. Pero esto tenia sus inconvenientes. ¿Cómo entraba en la casa? ¿Rompiendo la puerta? ¿Y su tio que estaba dentro? A estos inconvenientes se unia el gravísimo para él, de ofender á la devota, que le inspiraba cierto respeto. Terrible era aquella situacion. ¡Vivir con ella y no verla! Oir que continuamente imputaban á aquella infeliz faltas y crímenes inauditos y no poder acercarse á ella y preguntarle: «Qué has hecho?»

Las tres Porreñas marchaban acompasada y pomposamente sin proferir una palabra. Así llegaron á la casa de donde ha-

bian de ver pasar la procesion, que era la casa de un clérigo llamado D. Silvestre Entrambasaguas y de su hermana doña Petronila Entrambasaguas.

CAPITULO XXVIII.

EL RIDÍCULO.

Era D. Silvestre un clérigo carilleno, bien cebado, grasiento, avaro, de carácter jovial, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco. Su hermana era una dueña quintañona, gruesa y muy pequeña, con la nariz del tamaño de una almendra y del color de un tomate, abultadísimo el pecho, y el talle y las caderas tan voluminosas que le daban el aspecto de un barril. Las tres ruinas aristocráticas no hubieran nunca, en sus buenos tiempos, descendido á tratarse con aquel par de personas de baja estraccion (porque eran hijos de un tocinero de Almendralejo, y él cuidó cerdos en las dehesas de Badajoz, hasta que entró en el seminario); pero en los tiempos de decadencia podian visitarse y tratarse, aunque siempre con cierto decoro, y estableciendo tácitamente la diferencia de las antiguas jerarquías. Las Porreñas no abdicaban nunca su altanería, y la hermana del clérigo las trataba siempre con una humildad, que las tres damas recibian siempre con la benevolencia propia de su altísimo rango. Se habian conocido en el locutorio de las Góngoras, en cuyo convento existia una monja perteneciente al linaje de los Entrambasaguas. La amistad de las Porreñas y D. Silvestre y hermana llevaba ya cuatro años de mutuas cortesías, de mutuas fórmulas urbanas y de confianzas decorosas.

Tomaron asiento las tres y enteraron á sus amigos de quién era aquel jóven que *decorosamente* las acompañaba. María de la Paz, en su afan de decirlo todo, espuso con su lucidez acostumbrada que aquel caballerito habia estado en

el camino de la perdicion á causa de las malas compañías; pero añadió que ellas le protegian, y esperaban lograr traerlo al buen camino.

— ¿De dónde eres, muchacho? — dijo el padre, que era muy brusco, muy francote y trataba de *tú* á todo el mundo.

— De Ateca en Aragon, — dijo Lázaro.

— ¿Ateca? ¡Buena tierra! ¡Buenos torreznos! ¡Buena fruta! ¿Y no estudias, hombre, no estudias?

— Sí señor, estudio para abogado.

— ¡Bueno está eso! — dijo el clérigo con una risa brutal. — ¡Abogado! ¿De qué sirve eso? ¿Por qué no estudias teología y cánones?

— Algo de eso estudié en Zaragoza.

— ¡Zaragoza! ¡Buena tierra! Buen carnero, buen lomo; pero no como en mi tierra, en Estremadura... porque yo soy estremeño. — Díme, ¿por qué no has estudiado para cura?

— Porque no tengo vocacion para esa carrera, — dijo Lázaro.

Doña Paz hizo un gesto de sorpresa y reprobacion, como si el jóven hubiera dicho una gran irreverencia. Despues, acumulando en su rostro todos los rasgos de desden y acritud de su gran repertorio, dijo:

— ¡Ah! Sr. D. Silvestre; con mucha razon le sorprenden á usted los despropósitos de este jóven; pero no tiene Vd. en cuenta que ha vivido hasta hace poco en el mas lamentable estravío. Ya se corregirá: hay una persona que ha tomado á cargo su educacion, y creemos que logrará el intento.

— ¡Que no tenia vocacion! — esclamó Entrambasaguas con voz de trueno; eso es una irreverencia.

El estudiante bajó los ojos aturdido é indignado. Despues miró como único consuelo á la devota, por ver si, como otras veces, salia á defenderle; pero la devota, que le miraba tambien con atencion contemplativa, pensaba en otra cosa que en defenderle.

— Mi señora doña Paulita, — dijo el clérigo dirigiéndose á la *rosa mística*, — ¿sabe Vd. que he leido el libro *De albigensium erroribus*, y estoy conforme con lo que dice el

padre Paravicino que *pietas in pietate contra ecclesia nulla contemnere pios.* ¿Qué le parece á Vd. esta opinion? Porque *a dæmonio nunquam salus inveniatur.* Vamos, diga Vd., que es gran teóloga.

Paulita no contestó; y otro ménos bruto que el padre Silvestre hubiera comprendido que aquella estemporánea consulta teológica la contrariaba mucho en aquel momento. El instinto femenino se sublevó allí contra toda la uncion consuetudinaria de la santa. No contestó, y ¡cosa singular! la que siempre se habia ruborizado cuando en presencia de los curas le hablaban de cosas mundanas, se ruborizaba ahora porque delante de Lázaro le hablaban de teología.

— Yo no sé... yo no entiendo... yo no he leido ese libro, — contestó al fin, viendo que el majadero de Entrambasaguas repitió su pregunta, adornada con dos ó tres festones mas de latin.

— ¿Pues no me lo recomendó Vd. aquel dia que hablamos en el locutorio de las monjas con el obispo de Calahorra, cuando dijo Vd. aquello de San Dionisio Areopagita, que empieza... ¿A ver cómo empieza? ¿No se acuerda Vd.?

— Yo no, — dijo la devota muy colorada y muy inquieta por no hallar un pretesto para mudar de conversacion.

— ¿Pero no me recomendó Vd. ese libro *De albigensium erroribus?* Si me dijo Vd. que era lo mejor que se habia escrito, — insistió el majagranzas del clérigo.

— ¡Ah! sí, es verdad — dijo Paula — ya recuerdo... Pero de eso hace mucho tiempo.

Un rumor popular y el áspero tañido de los fagotes vinieron á sacar de apuros á nuestra amiga, anunciando la procesion. Se dispuso ocupar inmediatamente los dos balcones: en uno se puso el clérigo con María de la Paz y Salomé: en otro se colocó la gorda, doña Paulita y Lázaro. Un enorme tiesto, donde crecia con estraordinaria lozanía una adelfa, estorbaba la comodidad de estas tres personas. La gorda estaba en medio, y era imposible acomodarse con holgura á causa de doña Petronila y de la adelfa. Pero al fin, despues de mil cumplimientos, la devota se encontró en medio, teniendo á la derecha á Lázaro y á la hermana del clérigo á la izquierda.

La procesion empezó á desfilar. El clérigo hablaba por

los seis, y hablaba tan fuerte que los transeuntes se quedaban mirando á los balcones. Algunos de los curiosos notaron en el rostro de doña Paulita una muy grande agitacion; y el autor de este libro, que era uno de los que pasaban, notó con sorpresa (porque conocia de oidas su carácter) que entre la frente de la dama y los cabellos del jóven no habia otra cosa que algunas hojas y una flor de la adelfa criada en el balcon. Lázaro no atendia al gentío ni á los santos, ni á nada. El despecho por encontrarse allí mal de su grado le ocupaba todo.

En el otro balcon hacia D. Silvestre un detallado relato de las cofradías, pendones, estandartes, imágenes y corporaciones que iban desfilando. Salomé ostentaba en su muñeca el ridículo, que caia sobre el antepecho del balcon, ofreciendo al asombro del numeroso público los vivos colores de sus mostacillas azules y de sus lentejuelas doradas. Era el tal ridículo una primorosa obra, en cuya elaboracion tomaron parte las delicadas manos de su dueña; obra del siglo pasado y del año 94, en que la dama lo lució en los paseos de la Florida los dias de invierno con gran aceptacion de la juventud de entónces. Salomé profesaba mucho cariño á aquella prenda, porque le parecia que al ceñirla á su muñeca llevaba consigo un amuleto de perpetua juventud.

— Se te va á caer — le dijo su tia viendo como se balanceaba la prenda sobre el antepecho del balcon.

— No se cae — dijo Salomé, que gustaba mucho de lucir en las grandes solemnidades aquel mueble hereditario, y creia que desde la calle hacia un efecto magnífico.

La ordenada turba de monagos, clérigos, cofrades, archicofrades y penitentes seguia desfilando. La gorda y su hermano se hacian lengnas cada vez que pasaba un estandarte, una cruz. El codo de Lázaro tocaba el codo de la devota, y esta tenia cruzadas las manos y la cabeza inclinada á un lado porque sin duda le halagaba el suave roce de las adelfas. Despues se pasó la mano por los ojos como si se apartara un velo imaginario.

Cuando la procesion estaba en su lleno, digámoslo así, un grito resonó en el balcon inmediato. ¡Oh dolor! El ridículo de Salomé habia caido á la calle.

— ¡Y está en él la llave de la casa! — esclamó Paz con terror.

Lázaro no necesitó oir mas: su determinacion fué rapidísima. Se quitó del balcon y dijo vivamente:

— Voy á buscarlo.

El ridículo cayó sobre las cabezas de los transeuntes, pasó de mano en mano y fué arrastrado por la multitud de tal modo, que un momento despues de caido estaba á gran distancia. Lázaro, que vió esto, bajó rápidamente, llegó á la calle y atravesó con mucho trabajo por entre la multitud. Su determinacion era decisiva.

— Qué feliz coincidencia — decia para sí. — Allí está la llave, la tomo, corro á la casa, abro; el viejo debe estar arriba durmiendo la siesta, entro, la veo, le hablo, le dijo... qué sé yo lo que le voy á decir... y me vuelvo á escape. Si las viejas sospechan, inventaré cualquier mentira. No hay mas remedio.

Al fin llegó jadeando y con mucha fatiga al estraviado ridículo. Lo tenia una mujer que lo estaba registrando, y, viendo que no contenia cosa de valor, no parecia mostrar gran empeño en conservarlo: Lázaro lo tomó. El oleaje del gentío le habia llevado á una gran distancia de la casa de Entrambasaguas. Desde el balcon no podian verle. No dudó mas, y echó á correr por una de las calles trasversales hácia la casa.

La ansiedad propia de la situacion y la precipitada marcha le agitaron de tal modo, que tuvo que detenerse para respirar. Por fin la veria sin duda. Llegó á la casa, entró, subió la escalera; pero ántes de resolverse á abrir, se detuvo y necesitó apoyarse en la pared, porque la agitacion le habia puesto convulso y sin fuerzas. Pensó que ella se asustaria al verle entrar tan descompuesto, al sentir abrir la puerta. Por fin con la mayor cautela puso la llave en la cerradura, le dió vueltas y abrió muy quedo. Entró, volvió á cerrar y dió algunos pasos. Era ya tarde: la casa estaba oscura: no veia nada. Anduvo á tientas un rato. Al fin distinguió los objetos y siguió por el pasillo.

Un silencio sepulcral reinaba en la casa. Sin duda D. Elías duerme arriba, pensó, y siguió andando, hasta acercarse á la puerta del cuarto donde Clara debia estar. — Para que

no se asuste, pensó Lázaro, trémulo de emocion como quien va á cometer un crímen, lo mejor será acercarme á la puerta y llamarla muy quedito. Así no se asustará. Avanzó mas, llegó á la puerta, y, tomando aliento para pronunciar las dos sílabas de aquel nombre que amaba tanto, se paró, y con voz baja y conmovida dijo: — «Clara.»

Pero en el instante mismo en que pronunció esta palabra, se estremeció de sorpresa y terror. Un frio intenso circuló por todo su cuerpo, toda la sangre se le agolpó al corazon que latia con violencia desenfrenada, y quedó inmóvil como una estatua junto á la puerta. En el momento de pronunciar el nombre de Clara, habia sentido dentro de la habitacion una voz de hombre, una voz de mujer y unos pasos precipitados.

Pronto veremos lo que hizo.

CAPITULO XXIX.

LAS HORAS FATALES.

A las cuatro de aquella tarde, cuando despues de salir las tres damas, Clara se encontró sola, quiso satisfacer su curiosidad leyendo la carta que le habia dado el abate; pero observó que Elías andaba por el pasillo: tuvo miedo y la guardó. Media hora despues, habiendo Coletilla salido con Carrascosa, se quedó sola, enteramente sola y encerrada. Entónces abrió la carta. Era sin duda de Lázaro, y casi sabia punto por punto lo que habia de decir. Pero su sorpresa fué grande cuando miró la firma y vió: *Claudio.*

— ¡Claudio! ¿quién es Claudio? — esclamó con la mayor confusion.

La carta decia así:

«Ya te he devuelto, amiga mia, á ese jóven prisionero á quien tanto quieres. Yo le he sacado de la cárcel donde el

infeliz estaba á punto de perecer de hambre y de frio: le he sacado tan solo porque es tu amigo. Ya sabes que tú y yo somos tambien verdaderos amigos. Ese jóven parece que te quiere bien; pero no como yo, que te idolatro; y tan desventurado soy ausente de tí, que hoy voy á intentar verte y hablarte, entrando por una casa vecina. No te llame la atencion: estoy decidido. Por mí han salido esas tres viejas; por mí ha salido D. Elías, por mí ha salido Lázaro. Estás sola y encerrada, encerrada para todos ménos para mí, que te veré esta tarde. No tengas miedo: solo quiero verte y hablarte. Te lo asegura, te lo promete el que te adora: Claudio.»

— ¡Claudio! — dijo Clara doblando la carta, — ¿quién es este hombre? ¡Y quiere entrar aquí! ¡Jesus, qué miedo! ¿Qué debo hacer? ¿Cerrar las puertas?

Clara empezó á temblar de miedo: no podia tomar resolucion ninguna. Por fin evocó todo su valor, se dirigió á la puerta que daba al pasillo y le echó el cerrojo: despues corrió á la puerta que comunicaba con la habitacion inmediata con intento de cerrarla tambien; pero ya era tarde, porque Bozmediano entró muy tranquilo en el cuarto.

— ¡Jesus! — esclamó Clara retrocediendo con espanto: — váyase Vd. por Dios. ¡Qué atrevimiento!

Pero no pudo seguir y se echó á llorar.

— Váyase Vd... si vienen... Por Dios, señor caballero (no se acordaba del nombre). Váyase Vd... Vd. es muy bueno y me dejará sola. Si vienen ahora, ¿qué van á decir?

— No vendrán, tranquilízate: — dijo Bozmediano algo contrariado por aquel recibimiento. — Somos ya verdaderos amigos. Hoy vengo á hablarte, á verte. Y sabes que me he declarado tu protector.

En el sistema amatorio de Bozmediano estaba el tutear á las muchachas á la tercera entrevista.

— Yo no quiero que Vd. me proteja. Si estoy muy bien aquí — dijo Clara con angustia.

— ¿Bien aquí? — dijo el militar cerrando los puños. — ¿Bien aquí? Como que voy á ahorcar á esas tres harpías, que te están martirizando. Cuando pienso que un viejo fanático y tres mujeres ridículas están hoy en el mundo solo para

mortificarte y asesinar lentamente á la mas noble y amable criatura que ha nacido...

— Si á mí no me atormentan — dijo Clara, cuya atroz inquietud se manifestaba en un llanto entrecortado y cierto estravío en el mirar que acobardó por un momento al galan aventurero: — váyase Vd. por Dios, yo se lo ruego, se lo pido por Dios y todos los santos.

— ¿Irme sin tí? Eso no puede ser.

— Jamas consentiré yo en salir con Vd. — esclamó Clara con resolucion. — Váyase Vd., señor caballero (otra vez no se podia acordar del nombre), Vd. es muy bueno, yo lo sé. Pero si tarda un momento mas en marcharse, le odiaré toda mi vida. Váyase Vd. por piedad.

— Y si me voy, ¿qué va á ser de tí, pobrecilla? — dijo Bozmediano con melancolía. — Si yo te abandono, ¿qué va á ser de tí en poder de estos cuatro demonios? ¿Cómo he de consentir el crímen espantoso de este encierro, de esta soledad, de este marasmo, de esta tortura lenta que te aplican esas infames? No, Clara; tú me conoces muy bien en las pocas veces que me has tratado, para saber que yo no puedo consentir tal cosa. Si yo te abandono, pasará un dia y otro dia, sin que nadie se atreva á hacer cosa alguna para salvarte. Ese jóven á quien yo he sacado de la cárcel, tiene una imaginacion disparatada, y no tiene resolucion ni ánimo para sacarte de penas. Esta es la verdad, no esperes nada de quien nada puede, ni nada sabe hacer por tí. Créeme; no tienes mas esperanza que yo. Y por mi parte, seguro estoy de que no te opondrás á mi resolucion, que no tiene mas objeto que tu felicidad.

— Pero si yo no quiero que haga Vd. mi felicidad, — dijo Clara mas inquieta.

— Pues entónces, ¿quién la va á hacer? Huérfana, sola en el mundo, rodeada de enemigos y de malvados, sin que haya nadie que se interese por tí?...

— ¡Oh! — dijo la huérfana vivamente, creyendo encontrar un gran argumento; — sí, sí tengo quien se interese por mí.

— No, no lo creas, no. Ese jóven no hará nada: le conozco, conozco su carácter. La prueba es que vive aquí hace dias, que sabe tus sufrimientos, y nada ha hecho por

aliviarlos. Ha intentado algo? No: yo sé que no. No se atreve.

— ¿Que no se atreve? sí, sí... Pero váyase Vd. por Dios. Si vienen... No se detenga Vd. un momento mas; yo se lo ruego. Me va Vd. á perder.

— Clara: Lázaro no hará nada por tí. Su imaginacion está embebida por la política. No esperes nada de él.

— Sí, sí espero; me salvará. Estoy segura de ello, — dijo dolorosamente Clara.

— ¿Por dónde lo sabes?

— El me lo ha dicho.

— ¿Él? no puede ser. Yo dudo que haya podido verte, segun me han dicho.

— Pero me verá, me salvará. Yo no necesito de Vd.

— Sí necesitas de mí. Tengo esa vanagloria, única recompensa del grande amor que te tengo — dijo Bozmediano con espresion clarísima de verdad.

— Pero si yo no le quiero á Vd. ni le puedo querer. No le he visto mas que dos veces, y eso sin mi licencia.

— Ese poco tiempo ha bastado para que te quiera yo.

— Yo se lo agradezco á Vd., pero cuando se vaya — dijo la huérfana. — ¡Qué modo tan raro tiene Vd. de favorecerme! asustándome de esta manera y comprometiéndome. ¡Ah! Váyase Vd. por Dios. Van á llegar y le van á ver aquí. ¡Jesus, qué hombre!

— No vendrán. La procesion es larga — dijo Bozmediano.

— ¿Pero si viene él?

— ¿Quién es él?

— El viejo.

— Ese primero muere que venir.

— Pero si le ve á Vd. la vecindad. Y sobre todo, aunque no le vean. Yo no quiero que esté Vd. mas tiempo aquí; no le quiero ver.

Clara estaba tan consternada y era tan resuelta su actitud, que Bozmediano empezó á dudar del éxito de su aventura, y estuvo un rato indeciso.

— Clara — prosiguió sentándose con familiaridad — tú no me conoces. No sabes de lo que yo soy capaz. Yo soy capaz hasta de sofocar mis sentimientos, haciendo por tu feli-

cidad el sacrificio de la mia. Tú no me conoces, ni aciertas á juzgarme, ni ves en esta empresa que acometo otra cosa que una intencion dañada y vil. Si viera junto á tí á alguna persona capaz de sacarte de esta miseria, no me opondria á que me dijeras, como has dicho, que no me quieres ver. Yo dejaria entónces á otro el orgullo de amarte y hacerte feliz; pero esto no es posible. Tu situacion es tan desesperada que quiero salvarte á pesar tuyo, arrostrando hasta tu ingratitud, que es lo que mas temo. Si me ves aquí, es porque nadie existe en esta casa que pueda ampararte.

— Bien; yo lo agradezco, señor caballero: pero déjeme usted. ¡Ay! Si Lázaro sabe que ha estado Vd. aquí.

— Si lo sabe, nada le importa. El no piensa mas que en la política, ni en aquella cabeza hay la discrecion y la astucia que tú necesitas para salir de aquí. En aquel corazon no caben mas que las desenfrenadas y vulgares pasiones del pueblo, capaces tal vez de un hecho notable; pero inútiles para consolar á un ser debil y delicado.

— Sí; el me salvará; yo lo sé — esclamó Clara un poco ménos asustada y mas triste.

— No: no lo esperes.

— Sí lo espero. ¿Por qué no lo he de esperar? ¿Por qué me dice Vd. eso? ¿Qué sabe Vd. lo que él puede hacer por mí?

— ¿Pero es posible que le quieras tanto? — dijo Bozmediano que no creia encontrar tanta firmeza.

— Sí, le quiero. ¿Pero Vd. á qué me pregunta esas cosas?

— Lo pregunto por saberlo, — dijo con mucha calma el militar. — Ahora repito que tú no sospechas de qué acciones soy yo capaz. ¿Creerás que es posible, si me pruebas que le quieres tanto, que yo le comprenda en esta proteccion generosa que te consagro, y me interese por los dos tanto como ahora me intereso por tí? Pero falta una condicion para esto. Dudo mucho que él te quiera como tú mereces, y si es como yo sospecho, le creeré un hombre indigno, y le apartaré de tí cuanto pueda. Le saqué de la cárcel para probarte que procedo en estas cosas como en todo, con buena fe y caballerosidad. Cuando te vi por primera vez, y comprendí lo que era tu vida, la poca esperanza de tu porvenir

y la bondad de tu corazon, me dió tanta lástima que... no sé... casi te amé desde aquel momento como ahora. Para mí fué entónces el amor tan poco egoista, que no entraba para nada mi persona en las cavilaciones que dia y noche ocupaban mi imaginacion. Despues supe que existia un jóven á quien tú querias mucho; supe que este jóven estaba preso y le puse en libertad por tí y para tí. Nunca tuve intencion de apartaros á los dos, al contrario, mi deseo era uniros si él lo merecia. Pues bien; yo me he convencido de que él no merece tal cosa y es indigno de tí.

Clara no supo qué contestar á estas palabras. Y á la verdad no era fácil conocer si tan elocuente espansion de bondad y afecto era verdadera ó simplemente un ardid galante de los que tan bien usan los seductores.

— Sí, pero entretanto, — dijo la muchacha, — Vd. me compromete; Vd. me pierde para siempre. Si viene alguno de la casa y lo ve, ó descubre que ha entrado Vd. aquí...

— Nadie lo puede descubrir... ¿Pero es cierto, Clara, que quieras tanto á ese muchacho? — dijo Bozmediano, queriendo imprimir á sus palabras cierto tono de jovialidad, que estaba muy léjos de tener en aquel momento.

El jóven galanteador habia errado el tiro; el aventurero de amor creyó que habia deslumbrado á Clara con la conversacion de sus dos primeras visitas. Y era que tenia muy alta idea de sus dotes personales para dudar de que una muchacha sencilla, educada por un fanático, y sin conocer otras pasiones que las vulgares inclinaciones de aldea, pudiera resistir á ellas. Creyó asimismo que el hecho de poner en libertad al que podia considerar como rival, influiria mucho en el ánimo de la huérfana. Él habia empleado otras veces con mucho éxito procedimientos parecidos. Ademas, Lázaro le habia parecido brusco, poco amable, poco digno de ser amado, poco interesante.

— Sí, — contestó Clara, — le quiero. Se lo juro á Vd., que dice que me tiene amistad.

— ¿Y le quiere Vd. mucho?

— Mucho. Vaya, ya se puede Vd. marchar.

El militar se quedó muy pensativo. Vióse un poco ridículo en aquella situacion; pero siempre triunfaba de su amor propio la bondad de su corazon. En aquel momento pensaba

en renunciar por completo á todo, y tratar por cualquier medio de contribuir á la felicidad de los dos muchachos.

— ¿Pero no se marcha Vd.? — dijo Clara volviendo á su inquietud.

— Sí, me marcho ya. Pero... No, — añadió con determinacion; no puedo consentir que te quedes en este sepulcro. Me parece que si te dejo aquí, no he de verte mas. Pero ese hombre, ese exaltado, ¿en qué piensa? ¿qué hace? ¿cómo tiene alma para verte en poder de esas harpías, y no pegar fuego á esta casa maldita?

— Él me ama, — dijo Clara, resuelta á decir todo lo que pudiera determinarle á marcharse.

— No; te dejará morir de hastío en esta cárcel. Lo sé: conozco bien á ese loco.

— ¡Oh! se interesa por mí: estoy segura de ello.

— ¿Nada mas que eso? ¡Se interesa! — dijo el militar con ironía.

— Padece mucho al verme así, — esclamó Clara con dolor.

— ¡Oh! Las tres pécoras de esta casa me la han de pagar. ¿Pero es cierto que te mortifican?

— ¡Oh! me consumo, — dijo Clara sin poder contener una triste franqueza.

— ¡Malditas! Pero ese hombre, ¿qué hace?

— Hará mucho, hará lo que pueda. Es pobre...

— ¡Pobre! — dijo él muy pensativo. Y qué esperas de una persona que solo podrá hacerte mas infeliz? ¡Oh, juro que si ese jóven no te ama, me la ha de pagar!

Bozmediano se levantó. En aquel momento la palidez de Clara aumentó súbitamente, porque creyó que sentia abrir la puerta de la escalera; pero Claudio la tranquilizó, diciéndole que se equivocaba.

— No temas nada, — dijo prestando atencion, — nadie puede venir.

— Pero, ¿á qué está Vd. aquí mas tiempo? — dijo ella repuesta del susto. ¿No le he dicho ya lo que queria saber?

— Sí, y me voy. Ahora sí me voy; pero es para volver.

— ¿Otra vez?

— Sí: insisto en creer que no hay para tí mas esperanza que yo. El marcharme ahora no quiere decir que te aban-

done: no. Me voy para ocuparme de Vds: yo me enteraré de lo que vale ese muchacho. Si no es digno de tí...

En este momento una voz apagada, trémula y conmovida, pronunció distintamente en el corredor la palabra: Clara.

La muchacha se quedó petrificada de espanto, y la mirada que dirigió á Bozmediano, hizo comprender á este cuánto la habia comprometido. El galan creyó que el mejor partido que podia tomar era marcharse muy quedo, seguro de que la persona que habia dicho «Clara», con voz que no conoció, no podia haberle sentido. Hizo señas á la huérfana de que callara, y se dirigió rápidamente y con mucha cautela á la puerta por donde habia entrado. La muchacha no se movia, y solo en sus facciones se podia conocer su gran turbacion.

Bozmediano salió. La voz dijo mas fuertemente: «Clara Clara, abre.» Era la voz de Lázaro. Él sintió desde fuera que habia un hombre en el cuarto; sintió sus pasos al huir. Despues oyó en lo mas interior de la casa un ruido como de un mueble que cae, y corrió allá frenético de indignacion y sobresalto. Entró en el comedor, pasó á un pequeño pasillo que daba á un patio, subió la escalera que conducia al piso segundo y á la boardilla; pero al llegar arriba ya Bozmediano habia desaparecido, y solo pudo ver un bulto que se ocultaba cerrando vivamente una puerta desconocida. Tambien le pareció ver la figura diabólica del abate en el momento brevísimo en que la puerta estuvo abierta.

— ¡Bandidos! — esclamó con voz terrible.

Nunca habia sentido una impresion tan fuerte. Trató de derribar aquella puerta misteriosa; pero manos muy fuertes lo impedian de la otra parte. Bajó como un loco, volvió al comedor, entró en la alcoba de la devota por donde mismo habia entrado Bozmediano y pasó al cuarto donde estaba Clara. Encontróla temblando, con los ojos llenos de lágrimas. Cuando le vió entrar, la infeliz dijo casi sin poder articular las palabras:

— ¡Ah! Lázaro, Lázaro, oye... te diré... espera.

Pero la voz se le anudó en la garganta, y no pudo hacer otra cosa que llorar como un niño.

— ¿Qué me vas á decir? Calla. — esclamó Lázaro con voz colérica. — Calla y no hables mas delante de gentes.

¿Quién estaba aquí?... ¡Ese militar!... ¿Pero es cierto lo que dicen?... Yo no lo habia querido creer, aunque todos lo creian. Clara, Clara: ¿qué ha sido de tí, qué has hecho? ¿Yo no lo queria creer. Si todos los santos del cielo me lo hubieran jurado hace un mes, les hubiera dicho que mentian. Pero ya lo he visto, ya lo he visto.

La huérfana lloraba como si fuera culpable... Por fin pudo decir:

— Por Dios: escúchame. Yo te contaré.

— ¿Qué me vas á contar? — dijo él mas colérico... — Pero si voy á matar á ese hombre... ¡Oh! Clara, — añadió trasformando su ira en un intenso dolor. — ¡Cómo has podido tú!... Yo estoy loco, sin duda; yo me he vuelto loco. Lo que he visto es una locura.

— No... yo te esplicaré, — le dijo ella recobrando su valor. — Ese hombre, yo no le conozco... Un dia entró en casa... me dijo...

— No me hables, no me mires... Todo lo he sabido. ¿Por qué mi tio te puso en esta casa? ¿Qué hiciste allá? ¿Por qué estas señoras te tienen encerrada y sin ver á nadie? ¿Qué has hecho? No te puedes disculpar, no. Soy un necio si hago caso de las disculpas que me vas á dar. Bastantes pruebas he tenido. ¡Y fuí tan ciego que nada quise creer!... Nada mas debo decirte... ¿Por qué te he conocido? Mia es la culpa: no tengo derecho para acusarte. Eres libre. Adios.

Y salió muy á prisa sin esperar respuesta. Salió como un demente y dió muchas vueltas por la casa sin saber á dónde iba. Si en aquel momento se le hubiera presentado su tio, reprendiéndole con su impertinencia acostumbrada, Lázaro le hubiera atropellado, le hubiera maltratado, hiriéndole tal vez. Al fin llegó á la puerta, trató de recobrar su serenidad, abrió y bajó. Una vez en la calle, sintió el corazon tan oprimido que le fué imposible dejar de llorar.

Pero no le faltó la calma hasta el punto de olvidar que las viejas le esperaban; y que su ausencia podia aumentar la gravedad de aquella aventura. Dirigióse á la calle de San Mateo, procurando por el camino dominar su agitacion, y disimular todo lo posible. Despues de atravesar varias calles sin acertar con la que buscaba, llegó á la casa de los Entram-

basaguas. Felizmente aun duraba la procesion: entró en la casa, subió y halló á Salomé en estremo impaciente, miéntras María de la Paz se hallaba en un estado de irascibilidad terrible.

— Ha tardado Vd. mas de una hora; ¿dónde ha ido Vd.? — esclamó mirando al jóven con recelo.

— Señora... señora... — dijo Lázaro balbuciente; — no he podido... Se ha agolpado la gente en la calle... y me he encontrado entre la multitud sin poder volver. Despues una mujer cogió el ridículo y echó á correr por esas calles. Ya se ve: tuve que seguir tras ella, y casi no la alcanzo.

— Vamos, caballerito... Si ha estado despejada la calle desde hace una hora.

Salomé se apoderó de la prenda que creia perdida, y registró á ver si faltaba algo.

— Sin duda se ha ido á perorar á algun club, — dijo cuando vió que nada faltaba y que le era imposible reprender á Lázaro por otro motivo.

— ¡Hombre, hombre! — dijo Entrambasaguas; — tambien tú charlas en los *clubes*? Eso es una iniquidad: mira que te condenas.

La devota no dijo nada: pudo su admirable instinto, que recientemente habia adquirido una fuerza estraordinaria, comprender que á Lázaro le habia pasado algo durante su ausencia. No llegó á sospechar lo que fué, ni dónde fué; pero pensó mucho en aquello, miéntras las últimas figuras de la procesion desfilaron por la calle.

— ¡Ay! vámonos, que es tarde, — esclamó María de la Paz.

— ¿Ya se van Vds? — dijo el clérigo, que no veia la hora de que se marcharan, porque desde la cocina llegaban á sus narices los olores de la olla de carnero que le estaban preparando.

— Mi Sr. D. Silvestre, — dijo Paz; — no podemos detenernos, porque ahora no somos libres. Nos hemos echado encima una carga muy pesada, la tutela y educacion de una jóven que nos dará muchos disgustos.

— ¿Qué es eso?

— Es una jóven desamparada, — continuó Paz, — que

estaba en casa de un amigo nuestro, soltero grave, el cual no podia sufrir sus travesuras. Parece que ella es algo levantada de cascos; y viendo que no la podia sujetar, nos la entregó para que la corrigiéramos... Todo por amor de Dios.

— ¿Y les da á Vds. disgustos? — preguntó con oficiosidad la hermana de D. Silvestre Entrambasaguas.

— Todavía — contestó Paz — la verdad sea dicho, no se ha portado mal; pero yo nunca me equivoco, y cuando á mí se me fija una persona aquí (y señaló la frente)... y aquella me parece que es una buena pieza.

Lázaro oyó esta apología de su infeliz amiga con toda la atencion de que era capaz. Pero no se agitó mas de lo que estaba, porque era imposible.

— ¿Qué tienes, Paula? — dijo Paz á la devota, que estaba muy pálida y con muestras muy claras de no encontrarse bien.

En efecto, todos la miraran y notaron en ella las señales de un malestar creciente. Tenia los ojos encendidos y el aliento penoso.

— Nada — dijo la devota, queriendo animarse.

— Sin duda se ha constipado en el balcon.

— Sí; corre esta tarde un airecillo que ya, ya... dijo el clérigo; pero váyase Vd. á su casa y abrigándose bien...

— Eso no será nada — dijo doña Petronila Entrambasaguas que estaba muy impaciente: porque ciertos olores venidos en mensaje de la cocina, le anunciaban que el carnero se estaba quemando á toda prisa.

Las damas se dirigieron á la puerta. El clérigo se dió un golpe en la frente como quien recuerda una cosa importante, y dijo á doña Paulita:

— ¡Ah! señora mia, si tuviera Vd. la bondad de hacerme un favor.

— ¿Qué? Sr. D. Silvestre.

— Que se dignara Vd. repasar un sermon que he escrito, y voy á predicar en San Anton el 17 de Enero. Vd. que es gran teóloga y ya muchas veces me ha dado su opinion sobre otros grandes sermones mios, quiero que vea ahora este.

— Yo no entiendo de eso — esclamó la santa con repugnancia.

— Sí entiende — dijo Paz complacida.

— ¡Qué modestia! — esclamó Entrambasaguas. — La santidad unida al talento. Pero yo sé, aunque Vd. quiera ocultarlo, que es una gran teóloga. Si á veces la he estado oyendo con la boca abierta, como si oyera á todos los padres de la Iglesia...

— Deje Vd. eso — dijo la devota con visible disgusto. — Yo no entiendo de esas cosas.

— Es sobre el tema de la tentacion quinta de San Anton. Bien sabe Vd. aquello, cuando el demonio se le presentó en figura de... de una muchacha, pues...

Y corrió presuroso á una gabeta, cogió un legajo y se lo entregó á doña Paulita, que lo tomó del peor humor del mundo. Cayósele de la mano, recogiólo con presteza el predicador, y se le volvió á dar, diciéndole:

— ¿Pero está Vd. mala de veras? Veo que no puede usted tenerse en pié. Le tengo dicho que el ayuno es bueno hasta cierto punto y nada mas... y Vd. siempre en sus trece...

— Esta niña con sus ayunos y sus penitencias — dijo Paz.

— ¿Quiere Vd. una taza de caldo? — preguntó el clérigo; y se interrumpió ántes de concluir, porque su hermana con tanta presteza como disimulo le diró del manteo, indicándolo la indiscrecion de la oferta que acababa de hacer.

— Gracias, no es preciso, esto no es nada — dijo Paula.

— Recójase Vd. temprano — dijo la gorda. — No le conviene á Vd. tomar ahora caldo ni cosa ninguna. A casa. — Y, poniéndole la mano en la frente, continuó: — Tiene Vd. mucha fiebre; á casa pronto.

La comitiva salió. El clérigo cogió el velon en sus robustas manos y alumbró la escalera. Cuando ya estaban abajo Entrambasaguas gritó desde arriba:

— Fíjese Vd., señora doña Paula, en aquel pasaje que dice: «Cuando en diluvio de soles con corpulenta, corpórea efigie al mundo vino...» Por aquello de *corpus corporum in corpore uno*... Fíjese Vd. bien en ese pasaje, que tengo algunas dudas sobre si...

Doña Paulita no contestó, ni miró siquiera al ramplon Entrambasaguas. Salieron á la calle, y Lázaro estaba tan

enfrascado en sus pensamientos, que empezó á andar, dejando atras á las dos viejas.

— ¡Eh! caballerito — dijo Salomé, que estaba muy biliosa aquella tarde. — ¿Qué manera de portarse es esa? ¿Nos deja solas en medio de la calle?

— ¡Oh! qué caballero tan cumplido hemos traido — dijo Paz, cuyo temperamento sanguineo tenia aquella tarde, sin causa conocida, una irritabilidad inusitada.

Lázaro retrocedió y moderó el paso.

— Y bien podria Vd. — añadió la dama — portarse mejor delante de las personas estrañas. Ni siquiera ha saludado usted á aquellas... gentes. (Paz usaba esta denominacion general y vaga para designar á todas las personas que por su progenie estaban un escalon mas bajo que ella en la jerarquía social.) ¡Qué dirán de nosostras! ¡Ah! Paulita, no puedes andar: Vamos, D. Lázaro, dé Vd. el brazo á mi sobrina. Apóyate en D. Lázaro, Paula, que estás muy mala. ¡Ah! Triste cosa es llevar por acompañante un caballerito como este.

El aragones balbuceó algunas escusas y dió el brazo á doña Paulita. Andando sintió que la devota pesaba en su brazo como si fuera de plomo. Iba muy arrebujada en su manton y caminaba con dificultad.

— Va Vd. muy aprisa — dijo pesando mas fuertemente en el brazo del jóven.

Lázaro moderó el paso.

— Ande Vd. un poco mas — dijo despues, alijerándose de peso hasta el punto de que él se sintió arrastrado.

Lázaro avivó el paso.

— ¡Qué noche tan clara! — dijo ella deteniéndole y mirando al cielo.

Lázaro se detuvo y miró al cielo. Las otras dos marchaban detras á alguna distancia.

— Nunca he visto una noche así. Nunca he visto las estrellas brillar de ese modo, ni moverse así... con esa vibracion que parece que están hablando.

— ¡Hablando! — dijo Lázaro muy sorprendido del símil de la santa.

— ¿Vd. estraña eso? — dijo ella, mirándole con tal fijeza

é intensidad que el mancebo creyó que dos estrellas habian bajado á esconderse en los ojos de Paulita.

— Sí: ¿no le parece á Vd.? — esclamó esta.

— Señora; yo las veo, pero... — dijo Lázaro.

— Pues á mí me parece que las oigo.

En esto se cayó al suelo, desprendido de las manos de la dama, el manuscrito de Silvestre Entrambasaguas.

— Señora — dijo el jóven inclinándose para recogerlo; — observe Vd. que se ha caido este sermon.

— Déjelo Vd. — esclamó ella con mucha viveza, tirándole del brazo para impedirle que recogiera el manuscrito y avivando despues el paso.

— No hay duda — dijo Lázaro para sí. — Esta mujer tiene mucha fiebre: ya empieza á delirar.

Y entónces la mujer mística andaba tan á prisa que bien pronto alcanzaron á las dos pécoras. Mas no tardó en moderarse su ímpetu y caminó tan despacio que tardó mucho para avanzar veinte pasos. Cada vez pesaba mas la teóloga en el brazo del estudiante: al llegar á la casa la enferma no podia ya dar un paso, y Lázaro le rodeó con su brazo la cintura para impedir que cayera. Érale imposible subir porque la dama se inclinaba á uno y otro lado sin poderse tener. En tanto el jóven observaba que tenia demudado el semblante, cerrados los ojos, flojos y caidos los brazos; entónces hizo un esfuerzo heróico, la cogió en sus brazos y la subió. La cabeza de la enferma descansó sobre sus hombros, y Lázaro notó que el contacto de su frente le quemaba el cuello.

— Tiene mucha fiebre, — dijo depositándola en el pasillo, porque Paz no le permitió que llegara á la alcoba. Entráronla en su cuarto las otras dos, bastante alarmadas con tan repentina desazon; pero pronto volvieron mas tranquilas y se fueron al comedor á cenar un salpicon que habian dejado preparado.

Reinaba en la casa el mayor silencio. Lázaro subió la escalera interior para irse á su cuarto; y al subir no pudo ménos de detenerse, porque sintió una voz que le heria el corazon. Era la voz de Clara que preguntaba ó contestaba no sabemos qué cosa á la devota. El jóven apresuró el paso para huir de aquella voz que no queria oir mas.

CAPITULO XXX.

VIRGO FIDELIS.

El jóven no encontró arriba á su tio. Estaba el pobre sumamente impresionado por el incidente ocurrido, y no cabia en sí de cólera, de amargura, de sobresalto. Imposible le era tranquilizarse, tanto mas cuanto que tenia siempre ante la imaginacion la figura de Clara, de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas y los brazos cruzados. Dábale compasion y despues ira, sucediéndose tan atropelladamente estos dos sentimientos, que creyó sentir como una ebullicion en el pecho y un vértigo en la cabeza. A los arrebatos del encono, sucedia el abatimiento del desengaño, ignorando al mismo tiempo si amaba aun á aquella infeliz ó si la despreciaba. En estos momentos de la vida es imposible reflexionar: así se esplican las soluciones atropelladas que suelen tener asuntos, como el que á Lázaro ocupaba en aquel momento. La imaginacion es entónces dueña y tirana del individuo y como tal no perdona medio alguno para aumentar su pena. El estudiante vió pasar delante de sí los bellos dias trascurridos en la calma amorosa de la aldea, los vió con todo su brillante cortejo de esperanzas y de tranquilos goces.

Pasaron las horas: la noche avanzó y él continuaba en la agitacion. No pensaba acostarse, ni sentia sueño, ni necesidad de reposo; ántes al contrario los impulsos de su naturaleza eran hácia la zozobra, la inquietud, el movimiento. Un silencio profundo, no interrumpido por ruido alguno, reinaba en la casa. Parecia que todos dormian: él tan solo velaba, sin duda; y saliendo al corredor, donde le causaba algun alivio el aire fresco de la noche, se paseó allí mucho tiempo: dieron las nueve, las diez, las once. Al fin se detuvo, aturdido por su propio vaiven: apoyóse en la baranda, y ocultando entre las manos la cabeza, estuvo de este modo un largo rato devorando su agonía. De pronto creyó sentir un ruido estraño, alzó la cabeza, y en el fondo del corredor creyó ver una figura humana que avanzaba. El corazon le latió con tal violencia, que creyó que el pecho se le rompia.

La forma aquella, que sin duda era de mujer avanzó destacándose en la oscuridad. Venia cubierta de una cosa enteramente blanca, que la hacia mas fantástica, y al reflejo de la luna, parecia despedir de sí cierta luz misteriosa. Cuando estuvo cerca, Lázaro la reconoció: era la devota, cuyo semblante traia las señales de insomnio y de la fiebre.

— ¡Lázaro! — dijo con voz muy débil y muy conmovida.

— Señora, — contestó con mucha sorpresa. Vd. aquí á estas horas?... con esa fiebre... ¿No está Vd. enferma?

— ¿Yo?... — dijo ella con una especie de estravío; ¿yo?... no... yo estoy buena. Estoy mejor.

— Creí que estaria Vd. durmiendo. Le conviene el reposo.

— Yo, — contestó ella con una particular entonacion que alarmó á Lázaro; — yo... yo no duermo, yo no puedo dormir. Hace muchas noches que no cierro los ojos.

— ¿Pues qué tiene Vd.? — preguntó Lázaro, mirándola con mucha atencion. — Vd. no está buena. Vd. es una santa; pero la santidad con esceso es perjudicial, señora.

— Yo no soy santa, — dijo la dama: — soy una pecadora.

— No diga Vd. eso, por Dios. Vd. es una santa, ¡qué felicidad! ¡Tener tranquila la conciencia! Dirigir todo su amor al que no engaña, ni es falso, ni desleal, á Dios... Esto es la mayor de las felicidades.

— Hable Vd. bajo, — dijo la devota.

— Y luego, — continuó él, — estar libre de odios, de rencores, de desengaños...

— Mas bajo, esclamó la dama, y su voz parecia un suspiro.

— Estar libre de rencores, — prosiguió Lázaro en voz muy baja; — ¡amar sin recelo, sin temor, despreciar el mundo, las traiciones, las acechanzas, hallar recogijo en las persecuciones, y sacar consuelo hasta de las desventuras!... ¡Oh, qué feliz es Vd..!

Despues de una pausa, la voz de la mujer mística resonó como un eco lejano para decir:

— No, amigo mio, yo no soy feliz: soy muy desgraciada.

Solo estando muy cerca de ella, como estaba el sobrino de Coletilla en aquel momento, era posible oir aquellas palabras.

— ¡Soy muy desgraciada! — repitió con un rumor débil, sordo, apagado, como esos murmullos de devoto que turban en las horas de tranquilidad el profundo silencio de las catedrales.

— ¿Qué mayor consuelo, — dijo Lázaro, — que vivir con el espíritu en regiones de paz, donde no hay infamias, ni perfidias? Elevarse con exaltacion y amor, disfrutar con toda pureza de las dulzuras de una comunicacion con Dios, y vivir orando, confiada en el pago de tanto amor, en la gratitud infalible del objeto amado. ¡Oh qué felicidad!

El jóven aragones tenia tan ocupado el ánimo con sus propias amarguras, que no atendió con la observacion y la curiosidad que el caso exigia á las raras señales de alteracion física y moral, que otro ménos abstraido hubiera visto en la santa y edificante faz de doña Paulita.

— ¡Vivir en la oracion! — continuó; — ¡Vivir orando con los ojos del alma fijos en el eterno y leal amor! ¡Repetir incesantemente su nombre y sus alabanzas! ¡Eso sí es felicidad!

— No, — dijo del mismo modo la mujer perfecta; — yo no rezo, yo no puedo rezar.

— ¡Ay! — esclamó él. — Eso lo dice Vd., porque en su modestia le parece qué aun no es bastante perfecta. Si usted conociese la miseria de otros, comprenderia á qué inmensa altura se halla sobre los demas.

La devota bajó los ojos, y con grande melancolía y tierna voz, dijo:

— ¿Y qué miseria hay mayor que la mia?

— Es Vd. demasiado buena. Todo el mundo sabe muy bien que Vd. es una santa, una verdadera santa.

— ¿Quiere Vd. que le haga una confesion? — dijo Paula mirándole como se mira á un confesor. — Pues yo tambien lo creí; yo tambien creí que era una santa, pero ya no lo creo.

— ¡Ah! — esclamó Lázaro; — yo no necesito que nadie me diga lo que Vd. es para saberlo. Yo mismo lo he comprendido. Cuando una criatura tan perfecta ha descendido hasta mí para defenderme y disculpar mis faltas, es indudable que no es como los demas. Yo me veia acosado por todas partes; me trataban todos aquí con acritud ó menosprecio.

Vd. sola alzó la voz, y la ha alzado varias veces despues en favor mio para decir que no era yo tan malo como creian. ¿Cree usted que yo he olvidado, que podia olvidar eso? No, señora. Yo seré todo lo que quieran, pero no soy ingrato. Yo tendré siempre grabadas en mi memoria las palabras que Vd. ha pronunciado en defensa mia. Vd. es una santa: yo lo diré á todo el mundo.

— ¡Oh! — dijo la devota con la misma plañidera voz; — nunca creí que fuera Vd. tan malo como decian. En la cara conozco yo esas cosas. No me equivoco nunca, y casi estoy segura de que le han calumniado, de que quieren agobiarle y confundirle con acusaciones impertinentes.

— ¿Eso pensó Vd. de mí? — dijo Lázaro conmovido.

— Sí: segura estoy, — contestó ella, — de que su corazon es bueno y recto; que si alguna falta ha cometido, fué por lijereza y falta de prevision. Creo tambien que no le aman á usted como se merece.

— Señora, ¿qué ha dicho Vd.? — esclamó el estudiante vivamente. — Eso me parte el corazon; porque es una verdad en que estaba yo pensando ahora.

— Sí; no le aman á Vd. como merece, — repitió Paulita. — Su tio es demasiado duro.

Un observador despreocupado hubiera advertido que la santa se acercó unas pulgadas mas á Lázaro, el cual, impresionado por la verdad que oyó de boca de aquel oráculo, estuvo á punto de abrazarla, y lo hubiera hecho á no impedírselo el respeto que la jerarquía y decoro evangélico de la teóloga le infundian.

— Su tio de Vd., el Sr. D. Elías — continuó la mujer mística — observo que trata á su sobrino con demasiado rigor.

— Y otros tambien, dijo Lázaro volviendo el rostro.

— ¿Y cómo quieren que sea buena una persona que no es amada? — dijo con admirable misticismo la dama. — Cuando un ser recibe ingratitudes y desprecios, sus sentimientos se agrian, se esteriliza la fuente del bien y del amor que hay en todo pecho humano. Cuando un ser no es amado, ha de ser malo por precision.

— ¡Qué discrecion, qué discrecion! señora, — esclamó el jóven con entusiasmo. — Ya fué Vd. mi consuelo otras veces.

La consideraba á Vd. santa, pero ahora veo que su sabiduría iguala á su virtud, y á su lado me encuentro tan pequeño que me da vergüenza.

— Sí; una persona á quien se trata con tanta dureza no puede ser buena — dijo Paula. — El amor hace prodigios; hace de los hombres incultos y malos, hombres mansos y buenos; hace de los melancólicos y descreidos, seres felices, creyentes y cariñosos.

— ¡Qué ciencia la de Vd.! — esclamó Lázaro; — esa es la ciencia que solo posee la santidad. Dichosa quien puede ver las miserias de la tierra desde tan grande altura, y puede juzgar serenamente de todo. Vd. sí que conoce el mundo.

— No, Lázaro; yo no sé lo que es el mundo.

— ¡Oh! Entónces es Vd. mas feliz todavía.

— Yo, — dijo la mujer perfecta despues de una pausa en que miró al cielo fijamente como quien lee alguna cosa — yo pasé mi niñez en la austera casa de mis tios, recibiendo de personas devotas la mas ejemplar educacion. Desde que tuve uso de razon aprendí á orar: mis primeras palabras fueron el rezo. Los primeros años de mi vida pasaron en un convento, donde me vi rodeada de madres santas y cariñosas que me enseñaron el camino de la perfeccion. Mi juventud fué pasando de este modo en ocupaciones devotas. Hace quince años que estoy rezando sin cesar y casi sin notarlo. He vivido en Dios desde la cuna: no sé lo que soy, no sé si he vivido.

— ¡Dios mio! ¡Qué ángel es Vd.! — dijo Lázaro, — ¡qué perfeccion! Yo la admiro á Vd. y la venero, señora.

— No soy digna de veneracion, sino de lástima — contestó con mucha amargura.

Y dió un suspiro profundísimo que parecia sacar al espacio los misterios encerrados en el *sancta sanctorum* de su pecho.

— ¡Digna de lástima! — dijo el aragones sorprendido. — Pues ¿qué puede Vd. apetecer? ¿Qué la preocupa? Algun escrúpulo de conciencia, el deseo de mayor perfeccion. Yo sí que soy desgraciado; yo, señora, no debiera estar en el mundo.

— Pero, ¿qué tiene Vd.? — dijo ella con mucho interes.

— Dígamelo Vd. todo. ¿No dice Vd. que le he consolado

otras veces? Ahora le consolaré, si me descubre una nueva desventura. Cuénteme Vd.

— Mis desdichas no son para contadas. Ademas Vd. es demasiado buena para oirlas. Se horrorizará Vd. y se turbaria la paz serena de su espíritu.

— ¡Oh! no; cuénteme Vd. Tal vez alguna falta muy grave. No importa; cuéntemela Vd., que yo se la perdono ántes de saberla.

— Falta mia no es.

— ¿Falta de otro? ¿á ver? — dijo la mística con ansiosa curiosidad.

— Deje Vd. para mí todas esas amarguras, señora. Eso es para mí; es un triste patrimonio, de que solo puede disfrutar mi corazon, hecho para eso.

— ¿Qué es, Lázaro?... ¡Ah! Todo lo comprendo: su tio de usted es muy cruel. No le ama á Vd. Mas no hay que apurarse por eso, amigo mio... No todos le tratarán á Vd. con el mismo rigor. Alguien le amará.

— No; no me importa, — dijo Lázaro, cuyas penas se recrudecieron en aquel momento; — no me importa que me traten con desden, que me aborrezcan todos, que me detesten. Yo no he nacido para otra cosa.

— Está Vd. muy agitado. ¿Y delante de mí se desespera usted de ese modo? — dijo la devota con suave acento de reprension.

— Perdóneme Vd., señora; no sé lo que digo. Vd. es demasiado buena y no comprende estas cosas. Vd. no conoce el mundo. Vd. no conoce cuánta iniquidad, cuánta perfidia, cuánto desengaño, cuánto cinismo hay en él. Vd. no conoce mas que lo bueno, no conoce mas que á Dios.

— Esa desesperacion que Vd. manifiesta, Lázaro, no es buena. Eso le llevará á Vd. al infortunio y á la muerte.

— Quiere Vd. con su inmensa bondad aplicarme á mí los consuelos de la religion: eso no es para mí, no lo merezco.

— Vd. lo merece todo — dijo la devota, — consuelo, amistad, amor. Yo sé que lo merece, y por lo tanto lo tendrá. No han de estar sentimientos como los de Vd. olvidados tanto tiempo.

— ¡Bendita sea Vd. mil veces! Pero se equivoca, eso no es para mí.

— Vd. merece amor y todo lo que el corazon puede dar. Vd. se llama desventurado, y su agitacion, Lázaro, no tiene fundamento alguno. Hay males peores, males que nacen de repente en el corazon y crecen con tanta rapidez que no dan esperanza de remedio. Todo lo que á la persona rodea entónces, todo lo que está dentro y fuera de sí, se vuelve en su daño. La vida es un peso insoportable, le molesta lo presente, le da hastío lo pasado y terror lo porvenir. Vive: ni recuerda nada, ni espera nada.

La devota hablaba con voz muy baja y con grave y tristísimo son. La noche habia oscurecido, y los ojos de Paulita, que siempre en momentos dados habian tenido un brillo estraordinario, resplandecian aquella noche como dos ascuas fosforescentes, cuya luz hacian mas penetrante y siniestra la oscuridad de sus párpados, ennegrecidos por el insomnio, la fiebre y la escitacion moral de que estaba poseida.

— Ay de aquellos que no se han conocido, que se han engañado á sí mismos y han dejado torcerse á la naturaleza y falsificarse el carácter sin reparar en ello! Esos, cuando lo callado hable, cuando lo oculto salga, cuando lo disfrazado se descubra, serán víctimas de los mas espantosos sufrimientos. Se sentirán nacer de nuevo en edad avanzada, notarán que han vivido muchos años sin sentido; notarán que el nuevo ser originado por una tardía trasformacion se desarrolla intolerante, orgulloso, pidiendo todo lo que le pertenece, lo que es suyo, lo que una vida ficticia y engañosa no le ha sabido dar, pidiendo sentimientos que el viejo ser, el ser inerte, indiferente y frio no ha conocido. ¿Qué luchas tan terribles resultan de este despertar tardío! ¡Oh, esto es espantoso!

Tenemos datos para creer que la devota no dijo esto con las mismas palabras empleadas en nuestro escrito. Pero si el lector lo encuentra inverosímil, si no le parece propio de la boca en que le hemos puesto, considérelo dicho por el autor, que es lo mismo. Ella dijo algo parecido á esto, siendo el mismo el pensamiento, aunque distintas las frases.

Indudablemente estas confesiones de la devota son, como habrá el lector comprendido, bastante oscuras, y no dan todavía ninguna luz acerca de la crísis que indudablemente agitaba aquel purísimo y perfecto espíritu. Lo cierto es que

una gran trasformacion se verificaba en su carácter. Lázaro, la verdad sea dicha, no entendió muy bien las solemnes y como sibilíticas palabras que oyó de los trémulos labios de la santa; y él atribuyó la oscuridad de aquella esplicacion á la influencia de las lecturas místicas en la manera de espresarse aquella señora y á los hábitos de un estilo mas discreto que claro, como acontece generalmente en las personas absorbidas por la contemplacion. Así es que se limitó á contestar:

— ¡Sí, señora, es espantoso.

— ¡Qué terrible es el amor en sus exigencias! — dijo la santa — sobre todo cuando se cree ofendido, cuando pide el pago de una gran deuda que con él se ha contraido, cuando no transige ni espera, sino que se presenta exigiéndolo todo de una vez.

— ¡Sí, qué terrible es esto! — contestó Lázaro. — Feliz usted que no lo conoce mas que de oidas!

— ¿De oidas? — dijo ella. — Sí — añadió despues de una breve pausa — he oido lo que dicen los amantes; pero la mayor parte de ellos encuentran en los accidentes del mundo mil medios para poder conservar la vida en la lucha terrible. Solo algunos, segun dicen, por circunstancias especiales de carácter y posicion, tienen el triste privilegio de morir irremisiblemente sin victoria y sin defensa.

— ¡Oh! ¡Cómo lee en mi corazon! — dijo el estudiante muy conmovido, y sin comprender la profundidad psicológica de aquellas palabras, ni su aplicacion y significado en aquel momento.

— Vd. no comprende esas cosas, Lázaro.

— ¿Que no? — dijo este. — ¿Que no? Desgraciadamente las comprendo. Para Vd. sí, para Vd., que es una criatura perfecta, una escogida de Dios, están veladas estas dolorosas miserias. Vd. no ve estos horrores. ¡Dichosa ceguera la de aquellos, cuyos ojos cerró Dios al venir al mundo!

— Es verdad... no lo sé... — dijo Paula con una ironía tan marcada que fué preciso toda la preocupacion y estravío de Lázaro para no notarlo. — No lo sé: no entiendo de eso. Soy una tonta devota.

Estas últimas palabras, dichas con cierto despecho, fueron bastantes á fijar la atencion del interlocutor. Este no con-

testó ni preguntó mas sobre el asunto que trataban, acercóse á la dama, que se habia apartado de él retrocediendo, y notó que lloraba. ¡Oh confusion de confusiones!

— Pero ¿qué tiene Vd., señora? le dijo.

— Nada, nada, nada; — contestó con una graduacion descendente. El último *nada* solo lo oyeron los labios con que fué pronunciado.

— ¡Vd. está enferma y ha salido Vd. de su cuarto á esta hora! Eso no es bueno, señora. Se va Vd. á poner peor.

— Es verdad, estoy enferma, — dijo ella acercándose. — ¡enferma para siempre!

— ¡Enferma para siempre! Vd. padece, y es sin duda por efecto de su escesiva dévocion. Vd. aspira al cielo; ¿á qué otra cosa podia aspirar un alma tan bella?

— Sí, — dijo Paula con voz estraordinariamente triste; — no quiero mas que reposar en paz.

— ¡Qué bella es la muerte! — dijo Lázaro patéticamente; — solo ella nos puede consolar. Por mi parte, señora, le digo á usted francamente que quisiera morirme en estos momentos.

— ¡Morir! — esclamó la devota con un repentino arrebato de interes, y acercándose mas, mucho mas al jóven. — ¡Morir, no! Vd. debe vivir. Quién sabe lo que Dios le tiene á usted reservado en el mundo.

— ¿A mí?

— Sí: tal vez dias de felicidad al lado de personas que le amen. ¡Oh! ¡Cuántos seres existirán tal vez que se crean felices solo con que Vd. lo sea. Yo sé que los habrá.

— Qué buena es Vd., señora, — repitió Lázaro. — Para mí no puede haber nada de eso. O no merezco otra cosa ó estoy maldito de Dios.

— ¡Ay! no diga Vd. tales cosas — esclamó ella juntando las manos.

— Perdóneme Vd., señora: no sé lo que me digo. A pesar de todo, Vd. me consuela, y hallo en su presencia no sé qué grata espansion. No podré nunca olvidar que solo Vd. se atrevió á defenderme cuando todos me acusaban.

Al decir esto, Lázaro no pudo ménos de advertir que la devota dejó caer pesadamente los brazos y miró al cielo. Su rostro de color suavemente moreno y sin ningun matiz rojo

en las mejillas, estaba en aquellos momentos pálido y sombreado con mucha intensidad por la projeccion de sus cabellos, cuya magnitud, belleza y negrura no era comparable sino á la intensidad tenebrosa de sus ojos negros, que despues de la trasformacion, habian adquirido una espresion desconocida. No sabemos si fué efecto de la casualidad ó si lo hizo de intento; pero es lo cierto que, contra su costumbre, tenia simplemente la cabeza cubierta con un pañuelo, y que durante el diálogo sus magníficos cabellos, tesoro disimulado por el misticismo, se desataron y cayeron gradualmente por la espalda. Nunca habia visto Lázaro una cabellera igual: parecia en la oscuridad de la noche una toca negra que descendia hasta la cintura. Miéntras hablaba la santa solia apartarse á un lado y otro de la frente las dos ramas principales de aquel encanto, que nació en aquella noche en el calor de una confidencia apénas intentada. Lázaro, que observó largo rato á la dama, notó que lloraba, y que, apartándose de él lentamente, se apoyó en la pared con muestras de gran postracion y abatimiento.

— Pero Vd. llora, — dijo arrepentido de haber hablado tanto, y deteniéndola: — Vd. está muy agobiada. ¿Por qué no ha reposado Vd.?

— Yo no puedo reposar, yo no puedo dormir, — dijo la devota con una voz mas bronca y grave que de ordinario.

— ¿Por qué salió Vd. á estas horas estando así?

— Me ahogaba, y he tenido que salir á respirar el aire.

— Pero Vd. llora. Por Dios, ¿qué tiene Vd.? — esclamó lleno de confusiones el estudiante.

La enferma no contestó.

— ¿Está Vd. muy enferma, muy enferma? — continuó Lázaro.

— Sí, — dijo ella de un modo casi imperceptible.

— ¿Hace mucho?

— Hace poco.

— Señora, retírese Vd., yo se lo suplico. Sus manos parecen de fuego, su frente quema.

Lázaro le tomó las manos, y notó en ellas un calor escesivo; se atrevió á ponerle la mano en la frente y creyó tocar un cuerpo inflamado. Al mismo tiempo la santa temblaba, como si su cuerpo recibiera la impresion del hielo.

— Vd. tiene frio, tiene convulsiones, — dijo; — retírese Vd.

Ella continuaba en la misma actitud; cerró los ojos como quien siente un pesado sueño, é inclinó la cabeza buscando un apoyo. Lázaro tuvo miedo, estuvo por llamar, la asió por un brazo, y dispuesto á hacerla retirar, le dijo:

— Vamos, señora, es muy tarde. Vd. no se encuentra bien aquí. Vamos, ¿quiere Vd. que se llame á algun médico?

— No, — dijo ella abriendo los ojos y mirándole con cierta ironía. No: ¿para qué un médico?

— Su salud es muy preciosa, — dijo Lázaro, por cuya cabeza pasó rápidamente una sospecha. Consérvela Vd. bien; será siempre mi mayor alegría saber que Vd. está buena y disfrutando de la salud necesaria para hacer el bien. No me voy de aquí sin la seguridad de que queda Vd. enteramente buena.

— ¡Marcharse Vd! — esclamó ella con un repentino movimiento que la animó.

— Sí, marcharme.

— ¡Vd. se va! — continuó con otro movimiento que tenia algo de salto y con un siniestro brillo en los ojos.

— Sí; naturalmente.

Al oir esto, la devota, con instantánea fuerza, le asió con su mano convulsa el brazo, y estrechándole violentamente, dijo:

— No, ¡no se irá Vd.!

En el mismo momento en que esto decia, se sintió que abrian la puerta de la calle. Era Elías que entraba; se le sentia subir. Venia alumbrado por una linterna, y como de costumbre hablando solo.

— Retírese Vd., — dijo con viveza la mística.

— ¿Y Vd. se queda aquí?

— Retírese Vd. á su cuarto. Que no le vea levantado. Echese Vd. en la cama. Finja que duerme.

— ¿Pero Vd.?...

— Vamos: entre Vd. en su cuarto. Que ya llega... Pronto.

Lázaro se retiró, empujado por ella precipitadamente. Entró corriendo en su cuarto ántes que Coletilla llegara, se

tendió en el lecho, y fingió que dormia. El fanático entró poco despues y se acostó murmurando. Cuando apagó la luz, Lázaro se incorporó en su lecho con mucha cautela, y asomándose por una ventana que daba al corredor, miró hácia afuera. Aun estaba allí la mujer aquella con el rostro vuelto hácia la ventana. Lázaro se volvió á acostar, y pasado un cuarto de hora, en que caviló cuanto puede cavilar cabeza humana, se asomó de nuevo, y vió la misma figura blanca, inmóvil en el mismo sitio y con los dos terribles ojos negros fijos en la ventana. Aquello le acabó de confundir. Pasó mucho tiempo mirando cada cinco minutos, y siempre veia la misma figura, hasta que al fin ya no miró mas, porque le daba miedo.

CAPITULO XXXI.

LA REUNION MISTERIOSA.

Al anochecer del siguiente dia salió Lázaro de su casa. Habia pasado toda la mañana en averiguar donde vivia Bozmediano, y en las pocas horas que permaneció en la casa de las tres nobilísimas damas, oyó decir que doña Paulita estaba muy mala, y que Clara no estaba buena. Salomé se le presentó varias veces mas impertinente que de costumbre para recordarle que la tarde anterior no habia saludado á Entrambasaguas; y Maria de la Paz Jesus hizo todo lo posible por encontrar pretestos para reprenderle, lo cual su admirable instinto de inquisidora logró repetidas veces.

Lázaro salió, y ya entrada la noche, penetraba en los solitarios barrios de la Flor Baja, donde estaba la habitacion de los Bozmedianos.

Entró en el zaguan, y el portero le echó una de esas miradas de portero, que examinan en dos segundos á un in-

dividuo. El jóven preguntó por D. Claudio, y el portero, que era hombre de mal genio con los humildes, le contestó con muy desagradable talante que no estaba.

Lázaro se quedó parado un buen rato, mirando al portero como si le pareciera inverosímil la declaracion de aquella sibila con gaban galonado. Esta creyó que no lo habia dicho bastante claro, y repitió: «No está.»

Pero el jóven tenia mucho interes en ver á Bozmediano aquella noche; así es que no se dió por satisfecho y preguntó:

— ¿Cuando vendrá?

El otro creyó que esta pregunta hecha por un jóven que no parecia ser de la primera nobleza, que no habia venido en coche, que no era militar ni tenia botas á la *farolé*, era una pregunta muy inconveniente y falta de sentido comun. Se sonrió con aire de superioridad, y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo:

— ¿Cómo quiere Vd. que sepa yo cuando viene?... Vendrá... cuando venga.

— Es que tengo precision de verle esta misma noche — dijo Lázaro; ¿á qué hora suele venir?

— No tiene hora fija, — dijo el portero volviendo la espalda y dirigiéndose á la portería.

Despues volvió y dijo:

— Si Vd. quiere dejarle algun recado...

— No; — dijo Lázaro, necesito verle yo mismo.

— Pues mañana temprano... — dijo el criado en un tono que era fácil traducir por «váyase Vd.»

Lázaro comprendió que era imposible sacar mas partido de aquel cancerbero, y salió; pero tenia vivos deseos de ver á Bozmediano aquella misma noche. Parecíale que cada hora que pasaba despues del fatal momento en que le vió desaparecer por la bohardilla, añadia nueva intensidad á su agravio. El objeto de todos sus pensamientos aquel dia era encararse con aquel hombre: estaba seguro de verle turbado y perplejo como un criminal. Para él era Bozmediano entónces el ser mas odioso y repugnante que habia nacido. Creíale inspirado tan solo por las ideas mas bajas y groseras, y veia en él un cobarde seductor incapaz de nada generoso ni bueno. Se contemplaba como superior, muy superior á aquel hombre

insidioso, y creia que solo con verle el criminal conoceria toda su bajeza y su degradacion. A veces le daban arrebatos de súbita cólera, tan fuerte y violenta, que á tener al militar ante sí, se lanzaria sobre él dispuesto á arrancarle por cualquier medio la vida. Con estos sentimientos, el estudiante decidió no apartarse de la casa para esperar á que entrara, si estaba fuera, ó cogerle al salir, si estaba dentro. Pasó á la acera de enfrente y empezó á pasearse resuelto á no abandonar su puesto en toda la noche, esperando con la inquebrantable paciencia que da el deseo de venganza.

Las diez serian cuando Lázaro vió que salian de la casa tres personas. Acercóse con disimulo, y vió que una de ellas era Claudio: apoyado en su brazo, y andando con lentitud, iba un anciano, que juzgó seria su padre. La otra persona era un militar; los tres hablaban con calor. Lázaro les siguió á alguna distancia, comprendiendo que no era aquella ocasion para hablar á Bozmediano, pero se decidió á seguirlos hasta ver dónde paraban. Anduvieron varias calles, y al fin llegaron á la plazuela de Afligidos: se detuvieron ante una puerta enorme, de las que en aquel antiquísimo sitio dan entrada á las vetustas casas del siglo XVII, y Bozmediano, el jóven, tocó. No tardaron en abrirles, y entraron. Lázaro, que les observaba desde léjos, notó que parecian recatarse, procurando no ser vistos. El militar entró el último, y miró á todos los rincones de la plazuela. Bien pronto se vió brillar una luz en una de las ventanas de la casa; pero una mano cerró las maderas y no se vió mas claridad.

Sin saber por qué, la imaginacion del estudiante no pudo ménos de referir á la entrada de aquellas personas en aquella casa cierto misterio; se acercó, miró el número, y cuando se alejaba, dispuesto ya á retirarse, vió que venian otras dos personas embozadas hasta los ojos. Pasó junto á ellas Lázaro, fingiendo que seguia su camino y refugiándose tras la esquina de la calle de las Negras, observó que tocaron, que les abrieron sin tardanza, y que entraron. Tal vez será casualidad, pensó el jóven; pero algo tiene de estraño la reunion de aquellas personas en el mismo sitio.

No pasaron diez minutos, cuando Lázaro vió aparecer viniendo del portillo de San Bernandino á otros tres personajes, igualmente embozados: observó que se detenian para ver

si les miraban, y por último, despues de tocar, entraron en la casa. — Ya van ocho, dijo para sí, y aguardó á ver si venia otra remesa.

Poco despues vino uno solo que desembocó por la calle de Osuna y marchaba muy aprisa. Detras de este vinieron dos que no necesitaron tocar, pues apénas llegaron salieron de dentro á abrirles, y por último llegaron uno tras otro cinco mas que entraron sucesivamente y separados.

— Sin duda hay aquí algo, — dijo Lázaro. Han entrado diez y seis. Es un club secreto, una conspiracion, tal vez una logia de masones. A las once se retiró viendo que hacia una hora que no entraba nadie; pero se retiró resuelto á volver la noche siguiente para observar si aquello se repetia. Era evidente para él que allí se verificaba una reunion de personas graves, sin duda con algun fin político. Odiaba de muerte á Bozmediano, y este sentimiento le llevó á sentar el principio de que lo que allí se trataba no podia ser cosa buena.

Retiróse á la calle de Válgame Dios muy pesaroso por no haber podido tener con Bozmediano la terrible entrevista que él se habia imaginado.

No es descriptible la ira que de María de la Paz se habia apoderado con motivo de la tardanza del jóven. Baste decir para dar una idea de la irascibilidad de la dama á quien los poetas del tiempo de Cadalso compararon con Juno, que se levantó, no diremos que en paños menores, pero si ménos pomposamente vestida, cubierta y ataviada que de ordinario para decir al caballerito que si se figuraba que aquella casa era suya, y que si tenia propósito de pasar, miéntras allí viviera, la noche en los clubs y en los garitos de Madrid. Añadió que estaba cerciorada de que su conducta (la de Lázaro) no cambiaria nunca, y que era preciso desistir del empeño de hacer entrar un rayo de luz en su oscura y desorganizada cabeza. Dijo asimismo que solo á un esceso de su caritativa bondad (de ella), debia (él) el gran favor de ser admitido en aquella santa casa, aunque presagiaba que no estaria mucho tiempo mas en ella á causa de sus maldades y abominables calaveradas que deshonraban aquella santa casa. Y siempre con la santa casa. Así se lo dijo, y siempre con voz muy alta. El jóven le contestó muy quedo:

— Señora, he tenido que hacer...

Pero ella no le dejó concluir, y dando gritos, esclamó:

— No alce Vd. la voz, caballerito; ¿á qué grita Vd. de ese modo? Está mi sobrina muy mala y viene Vd. á incomodarla. Si no ha venido aquí mas que para incomodar...

— ¿Que está muy mala doña Paulita? — dijo en voz casi imperceptible el muchacho.

— Sí señor, y Vd. con esas voces no la deja reposar.

— Pero si yo no he alzado la voz...

— Calle Vd., Sr. D. Lázaro, calle Vd. y no me desmienta.

En esta disputa estaban cuando Salomé apareció, no diremos que en paños menores, pero sí ménos recatadamente que de ordinario y con un desaliño que la avanzada hora disculpaba. La vieja apareció para decir:

— Por Dios, que está Paula con el recargo, y con ese ruido se va á agravar.

— Este caballerito da unos gritos... esclamó Paz alzando mucho la voz. — ¿Ves? Ha venido á las doce. ¿Qué te parece, Salomé? Habrá estado en algun club de gente perdida. Bonita alhaja hemos metido en casa! ¿Y dice Vd., caballerito, ¿que ha tenido que hacer?

— Sí señora; he tenido cierto negocio, — contestó Lázaro un poco amostazado con las impertinencias de las dos viejas.

— ¡Buenos negocios serán esos! — dijo Salomé. — Pero á ver si baja la voz; que mi prima no puede sufrir esos gritos. Apénas entró Vd., yo no sé cómo pudo sentirle; lo cierto es que le sintió entrar, le conoció en los pasos, despertó con mucho sobresalto, y cuando escuchó su voz, se incorporó en el lecho con mucha agitacion, manifestando que le molestaba mucho su voz. Conque, calle Vd. y procure no hacer ruido con esos taconazos... Vamos: ya puede Vd. retirarse...

— Señoras, buenas noches, — dijo Lázaro.

Aun no habia dado un paso, cuando Clara apareció muy alterada, diciendo:

— Señoras: vengan Vds. que se quiere salir de la cama... No la puedo sujetar. En cuanto sintió esta conversacion, se levantó muy á prisa, diciendo que venia acá.

— ¡Ah! Vamos á ver; — dijo Paz, entrando en la habitacion.

— Empieza á delirar, — dijo Salomé entrando tambien con Clara.

Lázaro subió pensando en aquel nuevo misterio de la mujer santa.

CAPITULO XXXII.

LA FONTANILLA.

Su tio no estaba arriba. Aquel dia no habia parecido por la casa. Si hemos de verle nosotros, tenemos que dirigirnos al naciente club de *La Fontanilla*, donde el buen realista conversaba muy calurosamente con el doctrino y con el otro jóven llamado Aldama, de quien ya tenemos noticia. Ademas estaba el inolvidable Carrascosa, que, á pesar de que le interesaba mucho la conversacion de los tres amigos, salia muy á menudo del cuarto para *dar una vuelta*, como él decia, á doña Leoncia.

Indiquemos la variacion que habia ocurrido en aquella casa. El poeta habia volado. Por fin consiguió el abate el objeto de sus afanes: la vizcaína se decidió á echar al poeta con todo su bagaje de Gracos, musas y ninfas clásicas. Pudo mucho en la conciencia de la jamona la opinion del vecindario, que se mostraba cada vez mas esplícito en cuanto á las supuestas relaciones entre la semidiosa y su cantor. Conjeturas podrian hacerse sobre la desaparicion del jóven; y hay indicios para creer que pocas horas ántes de la partida, estuvo la patrona hablando muy por lo bajo con su huésped.

Ausente el poeta y desocupado el parnasillo, D. Gil trajo de la calle de las Urosas el baul que contenia sus tres casacas, su peluca del tiempo de Esquilache, sus cuatro camisas con chorrera, su capa y su espadin enmohecido, y se instaló donde habia estado el autor de *Los Gracos*. Colgó en la

pared un cuadro de familia que representaba las postrimerías del hombre en diabólicas y estravagantes alegorías, y allí quedó, huésped de su adorada. Es fama que su satisfaccion fué grande, si bien le contrarió un poco que aquella noche al entrar en su casa advirtió que su doña Leoncia estaba fuera contra su costumbre; que llegó muy tarde; que al verle allí se puso de mal humor, y que se encerró en su cuarto negándose á toda esplicacion. El dia siguiente disipó esta nube. Creemos oportuno advertir que la causa de la aficion de D. Gil á la vizcaína era que él tenia conocimiento, por papeles que tuvo ocasion de ver miéntras fué covachuelista, de un derecho á ciertas tierras y casas de labor en Oñate, derecho que habia recaido en aquella doña Leoncia, sin que ella misma lo supiera. El abate pensaba hacer un buen negocio, ya haciéndose por cualquier medio poseedor del derecho, ya pleiteando por cuenta de ella, con esperanza de sacar un buen bocado. Su hambre era tanta como su ingenio, razon por la cual habia probabilidad de que saliera adelante con su empresa. Dejémosle allá dedicado á la ardua tarea de conquistar á la semidiosa, y asistamos á la sesion de la *Fontanilla.*

El doctrino decia á Coletilla:

— Mucho me temo que eso no salga bien: yo cuento con gente decidida, pero el golpe es demasiado terrible, amigo D. Elías, y temo que se alborote la opinion pública.

— Si ya la opinion pública se ha presentado contra ellos; si les señala con execracion — esclamó Elías con mucha vehemencia. — Parece que no conoce Vd. al pueblo. ¿No ve usted cómo está la *Fontana*, *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *Los Comuneros?* ¿No ve Vd. cómo los liberales exaltados truenan contra los que llaman tibios, es decir, contra los que apoyan al gobierno y forman la mayoría llamada *sensata* en las Cortes? Pues bien: el pueblo está furioso contra esos tibios: ya usted sabe cómo se ha logrado encender esa ira. El pueblo está pidiendo su destruccion, porque cree que es el mejor medio de conseguir la libertad. Cumplamos la voluntad del pueblo.

Indescriptible es el sarcasmo y la diabólica malicia con que Coletilla pronunciaba estas palabras. Ya comprenderá el lector la marcha que llevaban los planes de aquel viejo de-

monio del absolutismo. Él caminaba seguro hácia su fin: la paciencia, la constancia, la reflexion madura, la astuta discrecion le guiaban: era hombre hábil y con una facultad portentosa para idear y poner en práctica proyectos como el que le vemos desarrollar ahora.

— Bien: — contestó el doctrino — yo convengo en que es preciso hacer eso que Vd. dice, hacer que el pueblo bajo satisfaga su sangriento deseo. Él no sabe lo que quiere ni por qué lo quiere. Ha adquirido por distintos medios esas ideas, y es preciso llevarle á su realizacion. Pero me parece que aun no es tiempo, Sr. D. Elías. Los hombres señalados para víctimas, conservan aun mucho prestigio. El pueblo no les quiere, es cierto, porque al pueblo se le ha estraviado y se le ha engañado; pero tienen apoyo en la clase media, y en una parte de la aristocracia. Creo que no ha llegado aun el golpe de mano que Vd. viene preparando.

— ¡Qué niño es Vd! — dijo el realista, — ¿qué importa que esa gente tenga algun prestigio? Y no significa nada el apoyo de aquella persona tan alta... de aquel que todo lo puede?...

— Del rey, dígalo Vd. de una vez, — esclamó el doctrino.

— Sí: su mayor deseo es acabar con esa gente. Si él lo desea, ¿qué importa que tengan algun prestigio?

— Sí, convengo; pero aun así.

— Ya sabe Vd. cuál es el pensamiento del rey. Ante el público, ante la Europa, esos hombres son sus amigos, algunos son sus ministros, otros son sus consejeros de Estado, otros los diputados que apoyan sus decretos en las Cortes. Aparentemente el rey les ama; pero en realidad les odia, les detesta. Por ellos se entroniza el sistema constitucional; ellos dan fuerza al liberalismo. Ya veis cómo para acabar con el liberalismo, hay que acabar con ellos.

Esto lo dijo con una resolucion tan cínica y tan descarada veracidad, que el mismo doctrino, que era tan infame, sintió cierta repugnancia.

— Pues bien — contestó Coletilla — toda la execracion del atentado caerá sobre los liberales exaltados, que son los que lo perpetran; el golpe va á herir directamente al liberalismo. Se verá que el liberalismo se mata á sí mismo; que

los mas exaltados de sus secuaces devoran á los mas prudentes. ¿Qué ha de hacer la patria aterrada en presencia de este horror? Renegar del liberalismo, facilitar el santo propósito del rey de restablecer el antiguo sistema. El golpe está muy bien preparado: una parte de los liberales arde en deseos de aniquilar á la otra parte. El suicidio del liberalismo es inminente. Favorezcámoslo, impulsémoslo. Tal vez mañana será tarde: tal vez, si nos detenemos, puede verificarse una reconciliacion, y entónces...

— Reconciliacion no: eso es imposible — dijo el doctrino preocupado. — Los exaltados de la *Fontana* y de los otros clubs han llegado ya á un estado de intransigencia tal... Al pueblo se le ha predicado mucha doctrina de intolerancia y de esterminio para que se detenga en su aspiracion. No hay remedio: esos que se oponen en las Cortes y en los clubs á las exageraciones de la libertad van á ser atropellados por ella. No es posible reconciliacion: por lo mismo creo que debe y puede esperarse un poco á ver si esos hombres pierden de una vez la poca popularidad que les queda.

— Estas cosas se han de hacer con decision, si no no se hacen, — dijo Elías. — Veo que Vd. no ha nacido para los golpes de circunstancias. Yo creo que esta semana debe tener lugar el desenlace de mi plan, y lo tendrá, aunque Vd. no quiera ayudarme.

— Ayudarle á Vd., eso sí. Hemos hecho un pacto; Vd. es el que ha de mandar. Aunque disintamos en un punto, no por eso nos separaremos. Yo obedezco, y la responsabilidad del éxito cae sobre mí. Pero en la desgracia, Vd. no me ha de abandonar; así lo hemos pactado.

— Eso no: respecto á lo que he dicho á Vd. no hay que insistir. Tendrá lo que desea, mas aun.

— Pues no espero mas que las órdenes de Vd.

— Es indudable — dijo Elías despues de una pausa — que ellos se han propuesto marchar de acuerdo y destruir las pequeñas diferencias que entre ellos habia. Martinez de la Rosa y Toreno se dan la mano con el ministro Feliú y con el mismo Argüelles.

— ¿Y qué?

— Que eso es lo que conviene á nuestro plan.

— Escepto Argüelles, todos son muy odiados del pueblo;

y no creo que exista hombre alguno á quien mas aborrezcan los exaltados que el ministro Feliú.

— Pues bien, — dijo Coletilla, — yo estoy seguro, segurísimo de que esos que he nombrado, y ademas Valdés, Alava, García Herreros, el poeta Quintana, el consejero de Estado Bozmediano y otros, se reunen no sé si de dia ó de noche con todos los ministros y algunos generales. Sin duda tienen algun proyecto entre manos, algun complot, quién sabe si contra el rey.

— ¿Y no sabe Vd. dónde se reunen?

— No lo sé; estoy rabiando por averiguarlo. Figúrese usted qué ocasion. Precisamente son los que... Le diré á usted cómo he sabido que esos pájaros se reunen algunas noches, no sé si todas las noches. Hace algunos dias que estaba Feliú en el cuarto del rey. No habia consejo; estaba el conde de T. contando chascarrillos. El rey se reia mucho, y el ministro tambien para que no le acusaran de irreverente. Despues S. M. dijo que queria ver el decreto de beneficencia que Feliú tenia preparado, porque estaba delante el obispo de Leon y el rey queria mostrárselo. Sacó del bolsillo S. E. el manuscrito, y al mismo tiempo se le cayó un papel muy pequeño, sobre el cual S. M., que es mas ladino que Merlin, puso inmediatamente el pié. El ministro notó la caida del papel, pero no se dió por entendido. Leyó su decreto, dijo el prelado que no le gustaba, y el rey que estaba complacidísimo. Grande era su curiosidad por saber si aquel papel decia algo interesante, y apresuró la despedida del ministro. Quedóse solo, y me llamó: juntos leimos el papel que decia: «*A las diez; van por fio Argüelles y Calatrava. No falte usted.*»

Esto nos aumentó la curiosidad. Mandámos á las diez á una persona que fuera á espiar la salida del ministro de su casa para observar donde iba. Pero Feliú no salió; tampoco salieron de las suyas Argüelles ni Calatrava; y fué que el maldito, como notó que el rey habia puesto el pié sobre el papel, quiso desorientarle y no fué á la cita, avisando á tiempo á Argüelles y á Calatrava para que no fueran tampoco.

— ¿Y despues no ha tratado Vd. de averiguar?

— Sí; á la noche siguiente fué una persona á casa de

Feliú á preguntar por él y le dijeron que no estaba. Quedóse por aquellos alrededores; pero no le vió entrar ni salir en toda la noche. Yo sospechaba que Toreno, Martinez de la Rosa, Valdés, Alava y Bozmediano entraban en aquel cotarro y despues de las diez mandé á sus casas personas que preguntaran por ellos con cualquier pretesto: ninguno estaba. He sabido que Quintana, que va al Príncipe con frecuencia, ha salido ántes de las diez; he sabido que Bozmediano y su hijo, que asistian á la tertulia del marqués de las Amarillas, se marchaban á eso de las diez los tres juntos. Esto se ha repetido varias noches.

— ¿Y no se les sigue para saber dónde van?

— Sí; y se ha observado que cada uno entra en su casa: esto lo hacen para desorientar al que los sigue. Algunas noches se les ha visto dirigirse á otros sitios, pero nunca se ha notado que todos vayan á uno mismo. Pero ya lo averiguaremos, descuide Vd.

— Pues si esa reunion es cierta, — dijo el doctrino — es un complot sin duda, ¡qué ocasion!

— ¡Y queria Vd. dejarla pasar! Es preciso que esa gente aparezca á los ojos del pueblo como urdiendo un plan de golpe de Estado contra la Constitucion. El pueblo es fácil de engañar.

— El pueblo creerá eso y todo lo que sea preciso — dijo el doctrino sonriendo.

— Vamos, ¿y qué ha hecho Vd. esta mañana? — preguntó Coletilla. ¿Ha hablado Vd. á los de *Lorencini?*

— Estamos de acuerdo.

— ¿Y los *Comuneros* se deciden á marchar con Vds.?

— Ya vió Vd. lo que dijo el otro dia el jefe de los exaltados allí. Estamos convenidos.

— Bien, — dijo Elías.

— Grandes turbas de gente obedecen ciegamente nuestro mandato. Eso bueno tienen las ideas exaltadas: que es muy fácil llevar al terreno de los hechos, incitándoles con ellas. El pueblo se deja llevar, y le gusta que le lleven.

— ¡Bendita la nacion — dijo Elías con una mirada igual á la del demonio cuando tentó á Jesus; — bendita la nacion que tiene un pueblo tan impresionable y dócil! porque, si bien puede estraviarse, puede servir de instrumento tambien

para volver al buen camino, y luego con un sistema de represion el pueblo no volverá á ser impresionado por nadie.

Apénas habia pronunciado Coletilla estos terribles aforismos, cuando se sintió ruido en la escalera. Eran algunos jóvenes socios del club naciente.

— Escóndase Vd. ahí — dijo el doctrino á Coletilla. — Estos no le han de ver.

Escondióse el realista en una alcoba inmediata, y entraron Alfonso Nuñez, Cabanillas y otro que hasta hoy no conocemos, y era Juan Pinilla, gran orador de los *Comuneros*, apóstol de las ideas mas disolventes y estravagantes. Estaba ya en autos con el doctrino; ambos servian á Coletilla, mediante respetables sumas y la promesa, solemnemente asegurada, de un destino en las intendencias de Cuba ó Filipinas. Otros muchos entraban en el infame complot, y entre ellos una gran parte sin interes, guiados solo por patriotismo mal entendido, por la ignorancia ó la ambicion. Estos eran los mas desdichados.

— ¿Qué hay? — dijo Nuñez. — ¿Te has convencido ya de que esto no puede retardarse? Mañana será tarde. He tenido ocasion de ver cómo están los ánimos perfectamente preparados para nuestro objeto. Los ministros, los diputados de la fraccion *sensata* son detestados: una tempestad ruge sobre sus cabezas. Hay que hacerla estallar. Salvamos la libertad, ¿sí ó nó?

— La salvamos — dijo el doctrino. — Cuando contamos nuestras filas y vemos que la mayoría de España está con nosotros, ¿no hemos de tener confianza?

— Eso mismo dijo yo — esclamó Aldama, que en presencia de Coletilla no hablaba nunca; pero recobraba, cuando él no estaba, el uso de su muletilla acostumbrada.

— ¿No ha venido Lázaro? — preguntó el doctrino á Alfonso.

— No estaba en su casa. Tal vez venga mas tarde.

— Esta noche vendrá Jorge Bessieres, el gran republicano frances — dijo Juan Pinilla, comunero y republicano.

Era Pinilla un hombre de gran talle, casi tan corpulento como el barbero Calleja; pero de mas claridad en la mollera. Abogado sin pleitos, más por la violencia é informalidad de su carácter, que por falta de talento: era gran terrorista, y

su mayor afan era desempeñar el papel de acusador, el dia en que la junta de salud pública decretara el esterminio de una gran porcion de ciudadanos, empezando por el rey. Fernando estaba ya sentenciado en los papeles de Pinilla, con otros ménos dignos que él de la guillotina. Poco despues de este furibundo demagogo, otro personaje entró en escena.

— ¿Quién será? — dijo el doctrino sintiendo los pasos.

— Apuesto á que es el mismo Lobo en persona.

Un hombre alto, flaco y vestido de negro entró en la habitacion. Era D. Julian Lobo, célebre republicano que despues fué faccioso y uno de los mas sanguinarios chacales del absolutismo. No es fácil decir si en la época en que lo presentamos era verdadero demagogo ó simplemente un absolutista disfrazado, como otros muchos. Lo cierto es que hacia alarde de las mas exageradas opiniones, y sus discursos, pronunciados en *Lorencini*, eran elocuentes y fanáticos. Conspiró mucho con los liberales exaltados contra el gobierno Feliú y despues contra el gobierno de Martinez de la Rosa. Hay quien asegura que tomó parte en las primeras facciones con Misas y el Trapense: lo que sí es indudable es que al fin de los tres años constitucionales se presentó descaradamente con una partida en Moncayo, y allí hizo estragos. Entronizado de nuevo el absolutismo, se ordenó de mayores (ya lo era de menores ántes de 1821) obtuvo el arcedianato de Ciudad-Rodrigo con asiento en el coro de Salamanca, y lo disfrutó muchos años.

— Señores — dijo con mucha solemnidad — albricias, la *Fontana* es nuestra.

— ¿Qué hay? Cuente Vd. — dijeron todos con gran interes.

— Que nos han dejado libre el campo. Los últimos que quedaban del partido *tibio* se han marchado, viendo que la opinion se va tras nosotros. Anoche les han dado una silba horrible. Han acordado marcharse todos, y el amo del café, Grippini, ha venido á decirme que si queremos continuar nosotros las sesiones...

— ¿Pues no hemos de continuar?. Esta noche misma — dijo Alfonso con entusiasmo.

— Bien por la *Fontana*. La *Fontana* es nuestra — gritó el doctrino.

— Lo mismo ha pasado en *Lorencini*. Se han marchado esos señores con su *órden* y su *cordura*.

— El campo es nuestro. Convocar á la gente para esta noche.

— ¡Todo el mundo á la *Fontana*!

— A la *Fontana*, á las diez.

En la sesion preparatoria de la *Fontanilla* no ocurrió nada de notable. Los principales cabecillas del complot se dieron cita para una conferencia secreta que tendria lugar aquella noche en el salon interior de la *Fontana*, á las nueve, y se despidieron para retirarse, quedando allí Aldama y el doctrino. Cuando se vieron solos llamaron á Elías, que apareció con una cara de júbilo, que en aquel hombre era una cara mas diabólica y repulsiva que de ordinario.

— ¿Qué le parece á Vd.? — dijo el doctrino.

— Bien, bien.

— Vamos á echar un trago — añadió el jóven tomando de manos de Aldama una botella, que este habia sacado no sabemos de dónde al desaparecer los compañeros.

— Yo no bebo, no — dijo Elías, tomando la botella y echando vino en el vaso de los otros dos. — Yo no bebo.

— Esta noche en la *Fontana*. ¿Va Vd.?

— Sí, iré... — pues no? respondió Coletilla con mucha ironía. — Yo tambien soy liberal.

CAPITULO XXXIII.

LAS HARPÍAS SE PONEN TRISTES.

Mucho le asombró á Lázaro lo que pasó en la casa de la calle de Belen el dia despues de su escursion á la plazuela de Afligidos, que fué el dia mismo de la sesion que hemos

referido. Serian las dos de la tarde cuando entró su tio: las dos harpías se abalanzaron hácia él, y con la hiel propia de sus caractéres emponzoñados le dijeron, disputándose á cual hablaba primero:

— ¡Ah, señor D. Elías; no sabe Vd. lo incomodadas que nos tiene este caballerito! ¿No sabe Vd. á qué hora entró anoche? Lo creerá Vd. ¡A las doce!... ¡Qué escándalo! ¡En una casa como esta, en una casa de paz, de decoro, de virtudes. A las doce entró este caballerito que sin duda pasó la noche en alguno de esos *clubes*, como dicen, alborotando y aprendiendo todas esas herejías que andan ahora por ahí. ¿Qué le parece á usted? ¿Pero no se irrita Vd., señor D. Elías? Y lo peor es que entró haciendo un ruido con esos taconazos... y dando unas voces... Porque como está Paulita tan mala, es el caso que se alteró con el ruido y quiso salirse de la cama. ¡Ay qué hombre! Crea Vd. que ya nos tiene consumidas su sobrinito, Sr. D. Elías; y es preciso que tome Vd. una determinacion, porque esta casa... ya ve Vd... esta casa...

Todo lo dijo casi en su totalidad Paz, aunque á Salomé pertenecieron algunas palabras. Pero viendo las dos que la filípica no hacia efecto ninguno en Coletilla (y esto era lo que asombraba á Lázaro) tomó la palabra Salomé sola, para decir:

— ¿Y no sabe Vd., que este... jóven es de lo mas mal educado que he visto? Pues el otro dia estuvimos en casa de don Silvestre Entrambasaguas, y se portó tan groseramente que nos dió vergüenza de ir en su compañía. Luego por la calle andaba con unas carreras... en fin, estamos consumidas con este jóven. Si Vd. no se decide á sacarlo de los *clubes*...

(Advertiremos para que el lector no estrañe la singularidad de esta plural, que la dama para esplicarla aseguraba que no decia *clubs* por lo mismo que no decia *candils* ni *fusils*, en lo cual no andaba del todo descaminada.)

Lázaro sintió impulsos de agarrar por el moño á uno y otro basilisco, y dar allí un ejemplo del vejámen que podia sufrir la aristocracia histórica en la ilustre familia de los Porreños; pero su indignacion se calmó al observar que su tio, léjos de escuchar con ira aquellas acusaciones, se sonrió, y

pasándole la mano por el hombro, casi cariñosamente, si es permitido usar esta palabra, dijo:

— No se incomoden Vds. por tan poca cosa. Si llegó tarde, fué sin duda porque tuvo alguna ocupacion: eso no tiene nada de particular. Lázaro se porta bien; yo se lo aseguro á ustedes.

— ¡Jesus, Sr. D. Elías, — esclamó Salomé como si oyera una obscenidad. — ¡Jesus Sr. D. Elías; yo esperaba de Vd. algun miramiento para con nosotras.

— Pero señoras, — dijo el realista, — digo tan solo que si mi sobrino llegó tarde, fué porque tuvo algo que hacer.

— No esperaba yo de Vd. semejantes palabras, — dijo Paz, poniendo los ojos, la boca y la nariz en la misma disposicion compungida que si fuera á llorar.

— No sé en qué podemos nosotras haber faltado — esclamó Salomé, poniéndose verde y haciendo tambien un gran esfuerzo para hacer creer que si no lloraba era por no faltar á las conveniencias sociales. — No sé en qué podemos nosotras haber faltado para que Vd. nos diga eso.

— Como está una en desgracia... — dijo Paz, bajando la cara para que se creyera que devoraba una humillacion.

— Pero, señoras, — dijo Coletilla con mucha seriedad — yo no he agraviado á Vds.; he disculpado á mi sobrino solamente...

— Como está una en desgracia... — añadió la dama continuando la queja interrumpida, — ya no se nos guardan ciertas consideraciones y se nos desmiente, cuando afirmamos una cosa.

— ¡Yo, señoras mias! — dijo Elías.

— En otro tiempo, — dijo Salomé, respirando fuerte y acumulando en la mirada todo el desden de su carácter, — en otro tiempo no pasaba así. Cada persona se mantenia en su lugar, y el que estaba obligado á acatarnos, no llegaba nunca hasta nosotros, sino con el mayor respeto y cortesía. Hoy todo ha cambiado.

— ¡Hoy todo ha cambiado! ¡Cómo ha de ser! — esclamó Paz, que despues de incalculables esfuerzos, consiguió su objeto, el cual consistia en que una lagrimita rodara por sus mejillas atomatadas.

— Adios, Sr. D. Elías — dijo Salomé, hecha un veneno, porque el realista no se arrodilló á sus plantas, como esperaba.

— Adios, Sr. D. Elías, — añadió Paz, viendo que su lagrimita no ablandaba el duro corazon del antiguo mayordomo.

— Pero vengan Vds. acá, señoras, — dijo Coletilla.

Las dos volvieron rápidamente.

— Yo estoy confuso; no sé por qué toman Vds. ese tono. No sé en qué puedo haberlas ofendido. ¿Qué he dicho?

— Ha dicho Vd. lo que no quiero recordar — esclamó Paz limpiándose la consabida.

— Ha dicho Vd. que su sobrino se enmendará. ¡Oh! no puedo creer que Vd... — esclamó Salomé.

— Adios, Sr. D. Elías.

— Adios, Sr. D. Elías.

Se fueron. El fanático volvió pronto de su estupor, y despues, dando poca importancia á aquel asunto se dirigió á su sobrino y dijo:

— Vamos, Lázaro: esta noche se reunen tus amigos en la *Fontana*. Hay gran sesion: no faltes. Yo no me opongo á que cada cual manifieste sus opiniones: tú tienes las tuyas; yo las respeto. Sé que tienes talento y quiero que te conozcan. Vé á la *Fontana*, vé esta noche.

Lázaro se quedó absorto, y apénas creia que le dijera aquello el hombre intransigente que tantas recriminaciones le habia hecho por sus ideas liberales; pero como se habia acostumbrado á las cosas raras é inverosímiles, no se preocupó mucho.

Llegó la hora de comer, y la santa ceremonia del pan de cada dia fué tan silenciosa, que aquella casa parecia de duelo. Baste decir que á Salomé se le olvidó pasarle los garbanzos á Lázaro; y que este por no dar lugar á un nuevo conflicto, ni los pidió, ni los tomó. Tampoco en la racion del realista estuvo muy pródiga doña Paz; pues se le olvidó ponerle carne, en lo cual, aquel grande hombre, que solo vivia de espíritu, no hizo alto. La otra vieja hizo cuanto en ser humano cabe para hacer creer que no tenia apetito; pero de todos los medios que se conocen para probar tal cosa, dejó de emplear el mejor, que es no comer. A tanto no llegaron

sus esfuerzos. Paz dió algunos suspiros entre bocado y bocado. El único suceso importante que turbó la calma de aquella comida melancólica y callada fué una lijera disputa, suscitada entre las dos harpías, porque Salomé decia que el estofado se quemó por culpa de Paz, y esta aseguraba lo contrario. Al concluir, Elías dió tregua á sus meditaciones para preguntar.

— Pero, ¿no está mejor doña Paulita? ¡Bah! supongo que no será nada.

Salomé se apresuró á llevar á la boca una uva, que tenia entre sus delicados dedos, para poder decir:

— ¿Que no será nada? Crea Vd. que está bastante grave.

Al decir esto, los movimientos de la delgada piel y los huesos angulosos de su gaznate indicaron que la uva habia pasado.

— ¿Pero es cosa de gravedad? — dijo Elías.

— ¿Qué, tanto le interesa á Vd.? — preguntó con mucha prosopopeya María de la Paz, que sentia renacer en sí todas las fuerzas de su antigua habilidosa elocuencia de salon.

— ¿Pues no me ha de interesar? — dijo Elías, que sintió herido su amor propio de mayordomo. — Pero voy, si Vds. permiten, á verla.

— No puede Vd. ahora, porque está durmiendo, — dijo una.

— La va Vd. á molestar, — dijo otra.

Las dos se sonrieron satisfechas de la humillacion que creian arrojar sobre Elías, retirándole momentáneamente su confianza.

— Pues si no puede ser, me retiro, — dijo Coletilla.

— Vaya Vd. con Dios.

— Si se ofrece algo, señoras... — dijo el realista.

Y contra lo que ellas esperaban, el realista se marchó, dejándolas muy contrariadas.

— ¡Ay! — esclamó Salomé, — ¿será posible?

— ¿Qué? — dijo Paz alarmada.

— Que las ideas del dia hayan tambien...

— ¿Será posible?...

— ¡Tambien él!...

El ámbito del comedor resonó con la vibracion de dos

suspiros que eran dos poemas. Pero ningun suceso grave resultó de aquel singular estado de sus caractéres, á no ser que quiera considerarse como tal el gran puntapié que se llevó el perrito Batilo, sin motivo serio que lo esplicara.

CAPITULO XXXIV.

EL COMPLOT. TRIUNFO DE LÁZARO.

Lázaro no pudo tampoco aquel dia encontrar á Bozmediano. Su deseo de hablarle, de pedirle cuenta de su infamia, de demostrarle la deslealtad de su conducta y de castigarle sin lástima ninguna, aumentaba á cada hora. Buscóle con afan, porque ciertos agravios dan una paciencia y una tenacidad que las mas grandes empresas inspiran rara vez al hombre.

En la casa le decian constantemente que no estaba; paseaba de largo á largo la calle sin verlo aparecer; llegó la noche, y á eso de las diez vió salir á las mismas tres personas de la noche anterior. Eran ellos. Bozmediano padre é hijo y el otro militar salieron por una puerta que daba á un callejon oscuro, y se encaminaron á la plazuela de Afligidos dando un gran rodeo. Apostóse el jóven detras de la esquina de la calle de las Negras, y les vió entrar en la misma casa. Al poco rato entró otra persona, despues tres, despues dos; en fin, los mismos de la noche anterior. Sin duda allí habia una reunion política: esto pensó el jóven, y reflexionando que su grande objeto, hablar y confundir á Bozmediano, no lo podia conseguir, viendo entrar desconocidos en una casa desconocida, se retiró, dirigiéndose á la *Fontana* para asistir á la gran sesion de que su tio le habia hablado.

Desde el anochecer estaban en el café de la Carrera de San Jerónimo el doctrino, Pinilla, Aldama y otros dos indi-

viduos de los que mas trato tenian con el bolsillo del intendente revolucionario Elías Orejon.

— No hay otro medio mejor que el que Coletilla nos ha propuesto, — decia el doctrino. — Indudablemente ese zorro tiene talento.

— Pero es preciso tomar ántes buenas medidas, — dijo Pinilla, — porque esos golpes, si salen mal, son terribles... Escojamos buena gente, y que todos nos sigan y vayan al mismo objeto sin decir nada hasta no estar sobre ellos. Que solo sepan la verdad del objeto treinta ó cuarenta hombres probados.

— Eso ha de ser así: yo respondo de ello.

— Ellos tambien parece que ven venir la lucha y se preparan para la defensa. Hoy lo dijo Toreno en las Cortes, — dijo Pinilla. — Pero les va á ser difícil escapar. El pueblo está irritado contra ellos; el pueblo quiere libertad y ha de atropellar á los que intentan no permitirle llegar hasta el fin.

— La gran dificultad consiste en no poderles coger reunidos en un solo punto. Lo bueno seria invadir el Congreso, pero el de la casa grande no quiere tal cosa. Hay que ir cazándoles guarida por guarida, y esto hace mas difícil y complicado el asunto... Pero concretemos. En resúmen, ¿qué es lo que se debe hacer?

— La cuestion es muy sencilla, — dijo el doctrino echándose atras el sombrero y bajando la voz. Todo se reduce á lo siguiente: Hay un partido, unos cuantos hombres que se llaman liberales sensatos, que predican el órden y el respeto á las leyes. Todo esto es muy bueno. Pero el pueblo ha cobrado gran odio á esa gente, que es, segun cree el rey, el apoyo de la Constitucion; el pueblo ha llegado tras largas sugestiones á desear vivamente, con razon ó sin ella la... desaparicion de esos hombres. Bien: conduzcamos al pueblo al logro de su deseo. El pueblo lo quiere: cúmplase la voluntad nacional.

Despues de estas irrisorias y diabólicas palabras, el doctrino se detuvo para leer el efecto de su esposicion en las caras de los oyentes.

— Bien, — continuó, — hay veinte ó treinta hombres señalados ya en la opinion como víctimas.

— ¿Cómo víctimas? — interrumpió Pinilla.

— Sí, ha de haber un atropello. Hasta dónde llegará este atropello es lo que no puedo decir á Vds. Ya saben Vds. lo que es este pueblo.

— Pero ese atropello ¿parará en una matanza? — preguntó uno de los dos desconocidos.

— Eso es lo que no sé. Atropello ha de haber. Las personas que lo han de sufrir están aquí apuntadas en mi cartera. No son solo los ministros.

— ¿Y despues qué pasará? — dijo el otro. Verificado el hecho (y supongo que llegue al último estremo, á un sacrificio horrible), ¿qué tendremos? Se apoderará del poder el partido exaltado, tendremos un período de dictadura, de terror y represalias espantosas. ¿A dónde iremos á parar? A la anarquía mas horrible.

— No importa, — dijo el doctrino. — El rey cuenta con eso y lo desea. De esa anarquía ha de salir triunfante su absolutismo, que es su objeto. Y lo conseguirá: eso es indudable.

— ¿Y contra quiénes se dirige el motin?

— Contra muchos: ya conoceis quiénes son. Los políticos que se llaman de talla, los que guian la marcha de las Cortes, los influyentes. No se olvidará al presuntuoso Argüelles, ni al célebre, mas que célebre Calatrava.

— Hombre; sentiria que se escapara el bueno del consejero, Bozmediano, que tuvo la desfachatez de decir en las Cortes que si el gobierno no tenia á raya á los exaltados, peligraba la libertad y la patria.

— ¿Cómo se habia de escapar ese pez? Ese es de los primeros. Pues si es el que inspira al gobierno. ¿Quién clama todos los dias porque se cierren los clubs? Él. ¿Quién es el autor de aquellos decretos sobre imprenta? Él. ¿Quién indujo al gobierno á la destitucion de Riego? Él.

— Pues no digo nada de su hijito el Sr. D. Claudio Bozmediano, que al principio era socio de la *Fontana* — dijo uno de los desconocidos.

— ¡Oh! — esclamó vivamente el Sr. Pinilla, como si sintiera una herida en el corazon — ¿ese perro habia de escapar? Le odio, le detesto, no le tendria compasion aunque

le viera asado en unas parrillas. Solo por acabar con ese condenado entraria yo en la conspiracion.

— ¿Pues qué te ha pasado con él? — le preguntaron.

— ¿Qué me ha pasado? — dijo Pinilla lívido de cólera. — Hace algun tiempo iba ese señor á *Lorencini*. Una noche hablaba yo en contra del absolutismo y de los frailes, todos me aplaudian y él tambien. Despues dije no sé qué cosa sobre los militares; él calló, pero al concluir mi discurso, vino á hablar conmigo y me dijo algunas palabras espresando su disgusto. Yo no esperé mas: hacia tiempo que me cargaba aquel hombre, le tenia ojeriza sin saber por qué; le dije que me importaba poco su opinion. Me contestó, le contesté yo mas fuerte, hasta que al fin de palabra en palabra, le dije cierta cosa, sabida de todo el mundo, respecto á su madre, que fué muy levantada de cascos. El no esperó mas, y de repente... no lo puedo contar, porque se me sube toda la sangre al rostro. El puso su pesada mano en mi cara, y la imprimió con tal fuerza, que desde entónces la siento siempre aquí... aquí... quemándome como un hierro candente. Reñímos: él es mucho mas fuerte que yo y me venció. Despues nos desafiamos y me hirió; he vuelto á tener otro altercado con él, y me volvió á... En fin, le odio de muerte. Uno de los dos tiene que destruir al otro: no hay remedio.

— Pues no escapará, ni su padre tampoco — dijo otro.

— Lo mismo digo yo — esclamó Aldama, que estaba muy pesaroso, porque el amo del café no le habia querido fiar una botella de Málaga.

— Chiton, que viene alguien. ¿Quién es? ¡Ah! Lázaro.

Lázaro entró y saludó á su amigo.

— Buenas noches, buena pieza — le dijo el doctrino. — Ya estamos otra vez en la *Fontana*; y somos dueños del club, de nuestro club; ya se fué aquella horda de necios. Esta noche hablará Vd. y será aplaudido. Sabrán apreciar lo que usted vale.

— ¡Ah! yo no hablo mas — dijo Lázaro con cierta amargura, porque se habia llegado á convencer de que no habia nacido para la tribuna.

— Mire Vd. — dijo Pinilla al doctrino, continuando la conversacion interrumpida — ese Bozmediano es ademas un

hombre inmoral, de detestable conducta, un libertino, como lo fué su padre, escándalo de la corte de Cárlos III.

Lázaro prestó mucha atencion.

— No se ocupa mas que en seducir muchachas. ¡Cuántas familias son hoy desgraciadas á causa de sus hazañas! ¡Oh! Los bandidos de esta clase deben ser quitados de entre los hombres.

— Hablan Vds. de una persona que me ocupa mucho en estos momentos — dijo Lázaro. — ¿Vd. le conoce? ¿Vd. sabe cuáles son los hábitos de ese malvado?

— ¿Pues no lo he saber? — esclamó Pinilla.

— Yo le he buscado ayer — dijo Lázaro. — Le he buscado hoy sin poderle encontrar, porque tengo que ajustar ciertas cuentas con él. Yo le encontraré, aunque tenga que andar toda la tierra.

— Cuidado, jóven, ese maldecido maneja bien las armas. Tiene una mano admirable.

— No me importa; ya nos arreglaremos.

— ¿Y le ha buscado Vd.?

— Sí: no le he podido encontrar; es decir, sí le he encontrado, le he visto, pero no en disposicion de hablar con él. Iba con dos mas, al parecer á una reunion secreta, á que concurrian otros hombres, que aparecian sucesivamente y entraban en una casa.

— ¿Dónde? — preguntó con vivo interes el doctrino.

— En una plazuela; segun despues he averiguado se llama de Afligidos.

— ¿En la plazuela de Afligidos? dijo con asombro. — Es en la casa de Alava... ¿Y eran muchos? ¿A qué hora?

Lázaro contó detenidamente todo lo que habia visto en la citada plazuela dos noches seguidas y á la misma hora.

— No necesito mas, — dijo el doctrino al oido de Pinilla.

Esto pasaba en una pequeña sala interior de la *Fontana* donde el amo tenia algunos centenares de botellas vacías, y dos ó tres barriles vacíos tambien con gran sentimiento de Curro Aldama. Cuando Lázaro concluyó su relato, se sintió el ruido de aplausos y las voces entusiastas que resonaban en el recinto del café. Hablaba con mucha elocuencia Alfonso Nuñez. Mas de doscientos jóvenes exaltados, lleno el espíritu de pasion espansiva, le aplaudian con entusiasmo. El jóven

orador comunicaba su indiscreta fe á aquella masa de juventud, delirante con la magia del mas lisonjero sueño, cuando cuatro infames á dos pasos de allí preparaban un sangriento desastre. Estas infamias, proyectadas por pocos y llevadas á cabo por muchos con la sencillez propia de las turbas engañadas, son muy frecuentes en las revoluciones. El gentío obra á veces obedeciendo á una sola de sus voces, cualquiera que sea; se mueve todo á impulso de uno solo de sus miembros por una solidaridad fatal.

La *Fontana* estaba aquella noche elocuente, ciega, grande en su desvarío. Iba á perpetrar un crímen sin conocerlo. Su elocuencia era la justificacion prematura de un hecho sangriento; y para el que conocia su próxima realizacion, las galas de aquella oratoria juvenil eran espantosas y sombrías.

Lázaro entró en el café; aun no se atrevió, aunque tenia la persuasion de ser recibido con benevolencia, á presentarse en el centro del club. Se quedó en un rincon, dispuesto á ser simple espectador; pero algunos pidieron que hablara; Alfonso le empujó hácia la tribuna; el mismo dueño del café se lo suplicó con insistencia, y la mayor parte de la juventud, que formaba el público, le aplaudió, tributándole una ovacion anticipada. No pudo eximirse: se resolvió á hablar, subió á la tribuna y empezó. Felizmente no le aconteció aquella vez lo que en la desgraciada noche de su llegada; no perdió la serenidad al encararse con las mil cabezas del público, al ver abierto ante sí el abismo de tanta atencion, espresada en tantos ojos. Sin dificultad ninguna encontró el asunto de su discurso, y desde las primeras frases vió desarrollarse ante su imaginacion en serie muy clara todas las ideas que habian de constituir la disertacion. A cada palabra sentia presentarse la siguiente; pero sin atropellarse, con la calma de la verdadera inspiracion que afluye al espíritu y no se precipita. La elocuencia muda de sus horas de silencio y soledad, salia por primera vez á su boca, sorprendiéndole á él mismo, que se oia con tanto gozo como podia oirle el público: aquellas páginas no escritas, aquellas oraciones no emitidas por voz humana, salian á sus labios con tanta facilidad que parecian aprendidas de memoria desde largo tiempo. Sin darse cuenta de ello, dejó de ser retórico aquella vez, su instinto de orador le alejó de aquel peligro, y espre-

sándose á veces con demasiada sencillez, no ocurrió tampoco en el desaliño ni la vulgaridad. La espontánea brillantez y rotundidad de sus medios oratorios, la profunda entonacion de verdad y sentimiento que daba á sus afirmaciones, la habilidad con que sabia servir la pasion y la fantasía del auditorio, le ayudaron en aquella empresa, en la cual su grande ingenio apareció en altísimo lugar, grande, espontáneo, robusto de ideas y formas, como realmente era.

— ¿Cómo quereis que haya libertad — decia — si unos cuantos se erigen en sacerdotes esclusivos de ella, cuando ese gran sacerdocio á todos nos corresponde y no es patrimonio de ninguna clase? Pasó el monopolio de la riqueza, de la ilustracion, del predominio y de la influencia. Hemos de consentir ahora el monopolio de las ideas? (*Grandes aplausos.*) Por este camino vamos á tener aquí una cosa parecida á las castas del Oriente. (*Risas.*) Entre los millones de ciudadanos que pertenecen á la sagrada comunion del liberalismo, vemos surgir una casta privilegiada, que se cree única conservadora del órden, única cumplidora de las leyes, única apta para dirigir la opinion. ¿Hemos de consentir esto? ¿Hemos de ser siempre esclavos? ¿Esclavos ayer del despotismo de uno, esclavos hoy del orgullo de ciento? Mil veces peor es este despotismo que el que hemos sacudido. Prefiero ver al tirano desenmascarado y franco, mostrando su torva, sanguinaria faz de demonio; prefiero la insolencia desnuda de un bárbaro abominable, abortado por el infierno, á la hipócrita crueldad, al despotismo encubierto y disfrazado de estos hombres que nos mandan y nos dirigen escudados con el nombre de liberales, haciendo leyes á su antojo, para despues obligarnos con el respeto á la ley; seduciéndonos con el nombre de libertad para despues ametrallarnos en nombre del órden, llamándose representantes de todos nosotros, para despues insultarnos en las Cortes, llamándonos bandidos. (*Aplausos.*) No puede durar mucho tiempo el imperio de la injusticia. Felizmente aun no han puesto mordazas en todas nuestras bocas, aun no han atado todas nuestras manos, aun podemos alzar un brazo para señarlarlos, aun tenemos aliento en nuestros pechos para decir: «ese». Están entre nosotros, les conocemos. Esta gran revolucion no ha llegado á su augusto apogeo, no ha llegado al punto supremo de su justi-

cia; ha sido hasta ahora un paso tan solo, el primer paso. ¿Nos detendremos con timidez asustados de nuestra propia obra? No: estamos en un intermedio horrible: la mitad de este camino de abrojos es el mayor de los peligros. Detenerse en esta mitad es caer, es peor que volver atras, es peor que no haber empezado. Hay que optar entre los dos estremos: ó seguir adelante ó maldecir la hora en que hemos nacido. (*Grandes y estrepitosos aplausos*).

Lázaro notó, miéntras pronunciaba estos párrafos, que entre las mil figuras del auditorio, y allá en lo oscuro de un rincon habia una cara en cuyos ojos brillaba el entusiasmo y la ansiedad. Las manos flacas y huesosas de aquel personaje aplaudian resonando como dos piedras cóncavas. Lo miraba sin cesar miéntras hablaba; y á no encontrarse el orador muy poseido de su asunto, y muy fuerte en su posicion respecto al auditorio, se hubiera turbado sin remedio, dando al traste con el discurso. La persona que así le miraba y le aplaudia era su tio. Aquello era incomprensible, y el jóven hubiera pensado mucho en semejante cosa, si las cariñosas y entusiastas manifestaciones de que fué objeto, no le distrajeran mucho tiempo despues de concluido su discurso.

Otro habló despues de él, y al fin, despues de tantos discursos el público empezó á desfilar. Alfonso y Cabanillas se fueron á la calle, llevados por los grandes grupos en que se descompuso aquella masa de gente. Agitada fué aquella noche en todo Madrid, y es positivo que la autoridad, ordinariamente bastante descuidada y débil, tomó algunas precauciones.

En la *Fontana* quedaban á la madrugada el doctrino, Pinilla, Lobo; Lázaro, Aldama y algunos mas.

— ¡Bien lo ha hecho Vd.! — le decia el doctrino á Lázaro. — Yo me lo esperaba. Esta noche nuestro partido adquiere con la palabra de Vd. una fuerza terrible. D. Elías: puede Vd. estar orgulloso de su sobrino.

— Sí que lo estoy, — dijo Coletilla, sonriéndose como acostumbraba, con esa sonrisa perenne de los chacales y de las zorras, á quienes ha puesto la naturaleza una contraccion diabólica en el rostro. — Sí que lo estoy: no creí yo que fuera este chico tan listo; que á saberlo, ya hubiera yo hecho lo posible para que...

Lázaro comenzó á ver oscuro en aquella intrusion de su tio en las sesiones de los exaltados. Cruzó por su imaginacion una sospecha horrible, sospecha por la cual renegó momentáneamente de lo que habia dicho con tanta elocuencia; pero aquello pasó, quedando tan solo la sorpresa que la actitud de su tio le causaba.

Cuando el jóven se marchó á la casa, iba recordando la acusacion que en la noche de su espulsion le habian dirigido en aquel mismo sitio; recordó el diálogo que con su tio habia tenido en la cárcel; recordó todas sus palabras, espresion del mas ciego fanatismo; y cuanto mas meditaba y recordaba, ménos podia esplicarse que su tio permitiera el ser llamado *gran liberal.* Aunque algunas sospechas vagas le atormentaron, no vió el gran abismo en todo su horror y profundidad; no vió nada, no presagió el movimiento á que habia dado impulso con su palabra, ni comprendió el ardid tenebroso, la colision sangrienta, que de las cabezas aturdidas de la *Fontana*, y de las voluntades agitadas de algunos jóvenes, hacia su arma mas terrible.

Pero al llegar á la casa esperaba á Lázaro una sorpresa que habia de hacerle olvidar su discurso, á su tio y á la *Fontana.* Al entrar, ya cercano el dia, encontró á doña Paz muy alborotada, á Salomé rondando la casa con luz, y á las dos tan coléricas y destempladas, que no pudo ménos de reir á pesar del estado de su espíritu.

— ¡Gracias á Dios que viene Vd.! Estamos solas, — le dijo temblando la mas vieja.

— ¿Qué hay, señoras?

— Tememos que alguien se entre por esos tejados.

— ¿Cómo, quién se va á atrever?...

— ¿No sabe Vd. lo que ha pasado, caballerito? — dijo Paz. — Esa mozuela, esa Clarita... ¡Qué horror, qué perversion!...

— ¿Para cuándo es el patíbulo? — esclamó Salomé. — ¡Un hombre, un hombre ha entrado aquí por esa muchacha, un seductor! ¡Y nosotras tan ciegas que la recogimos!

— ¡Ay, mi Dios! ¡qué horrible atentado!

— ¿Y cuándo entró ese hombre? — preguntó Lázaro, comprendiendo que habian descubierto la entrada de Bozmediano.

— El domingo, aquella tarde que estuvimos en la procesion.

— Y ella, ¿dónde está? — preguntó el jóven creyendo que habia llegado el momento de aclarar aquel asunto.

— ¡Qué horror! ¿Y Vd. pregunta dónde está? ¡La hemos arrojado, la hemos echado! — dijo Paz con una espresion de venganza satisfecha, que la puso horrible. — ¿Habíamos de consentir aquí semejante monstruo?

— ¡Qué degradacion! ¡Y en esta casa! — esclamó Salomé, poniéndose ambas manos sobre la cara. — Señor, ¿qué espiacion es esta? ¿Qué pecado hemos cometido?

— ¿Y dónde está?

— ¿Qué dónde está? ¿Qué sé yo? — dijo Paz. — La hemos arrojado. Hubiera querido ser Dios para estirpar á un ser tan abyecto.

— ¿Pero dónde ha ido?

— ¿Qué sé yo? Vaya á la calle, que es donde siempre ha debido estar. ¡Oh! Ella se habrá ido muy contenta por ahí.

— Si esa gente ha nacido para la calle, — dijo Salomé con un gesto de repugnancia. — ¡Qué ignominia!

— ¿Pero Vds. la han arrojado así?... ¿Dónde ha de ir la pobrecilla? — esclamó Lázaro que, á pesar de su agravio, no podia ver con calma que se injuriara y se maltratara de aquel modo á un ser desvalido.

— ¿Qué sé yo dónde ha ido? ¡Al infierno! — dijo Paz riendo.

— Señor, ¿es posible que haya tanta infamia en el mundo? ¡Oh! Las ideas del dia, las ideas del dia... — esclamó Salomé, alzando las manos al cielo en actitud declamatoria.

Antes de decir lo que hizo Lázaro al encontrarse con aquella estupenda novedad, contemos lo que pasó aquella noche en la casa de las tres harpías. Coletilla habia salido diciendo que no volveria hasta dentro de tres dias, por tener que ocuparse fuera de cierto asunto; y ellas estaban comentando esta rara determinacion, cuando aconteció un suceso, que dió por resultado la espulsion definitiva de la huérfana.

CAPITULO XXXV.

EL BONETE DEL NUNCIO.

La sastrería clerical fué industria muy socorrida y floreciente en el siglo pasado. Habia muchos clérigos, y ademas una gran cosecha de abates, gente toda que vestia con mucho primor y coquetería. Los que á tal industria se dedicaban obtuvieron pingües ganancias, y esto fué causa de que se dedicaran á esplotarla muchos menestrales y menestralas, educados al principio en la sastrería profana. En el presente siglo, la industria en cuestion estaba muy decaida, no sabemos si porque habia ménos clérigos ó porque habia mas sastres. En el quinto piso de una casa de Tócame Roque, situada en la calle de Belen, tenian su nido dos hermanas, sastras de ropas sagradas, que habian venido muy á ménos. En sus mocedades habian cosido muchos manteos y sobrepellices para los canónigos de Toledo y para los clérigos de la corte; pero en la época de nuestra historia, por razones sociales que no es oportuno consignar, solo consagraban su mísera existencia á remendar las verdinegras hopalandas de algun escolapio ó de algun teniente cura pobre y andrajoso. Hacian de peras á higos un bonete para algun capellan de palacio ó para el señor fiscal de la Rota, y nada mas. Eran muy pobres; pero soportaban con paciencia la desgracia sin exhalar una queja. Solo una de ellas decia de cuando en cuando con un suspiro, miéntras revolvia los escasos trapos negros de su santa industria: «Ya no hay religion.»

No tenian otro amigo que el abate D. Gil Carrascosa, que segun ha llegado á nuestra noticia, tuvo en sus tiempos ciertos dímes y dirétes con una de ellas. El las visitaba, les proporcionaba algun trabajo y solia darles un rato de tertulia, contándoles las cosas de Madrid. Pero si las de Remolinos (que así se llamaban) no tenian mas que un amigo, en cambio tenian un enemigo implacable, sanguinario, feroz. Este enemigo era otra sastra que vivia pared por medio, y que, por la natural divergencia de opiniones de los que se dedican á una misma industria, les habia declarado una guerra á

muerte. Para martirizarlas, ademas de sus improperios y apodos, tenia un gato, que creemos nacido espresamente para entrarse en el cuarto de las dos hermanas y hacer allí cuantas inconveniencias puede hacer el gato de un enemigo. Tenia ademas la doña Rosalía un amante *del comercio*, que la visitaba todas las noches en compañía de una guitarra; y era este amante un ser creado de encargo por el infierno para cantar y tocar toda la noche en aquella casa y no dejar dormir á las dos sastras de ropas sagradas.

Doña Rosalía tenia mas trabajo que sus vecinas las de Remolinos (ó las *Remolinas*, como generalmente las llamaban) y ademas hacia cuanto puede hacer una mujer invidiosa para quitarles á sus rivales el poco que tenian. Aconteció que un paje de la Nunciatura feligres antiguo de doña Rosalía y muy admirador de su buen color, se atrevió á aspirar á no sabemos qué honestas confianzas: picóse la dama, picóse el paje, y al dia siguiente, al traer el bonete del Nuncio para que le echaran un zurcido, en vez de dárselo á doña Rosalía se lo entregó á las dos hermanas.

Cuando doña Rosalía supo que el bonete de la Nunciatura estaba en manos de sus rivales, le pareció que habia recibido la mas grande ofensa, rompió relaciones con la corte romana, dijo mil improperios al paje, encargó á su gato ciertas sucias comisiones cerca de las dos vecinas (comisiones que el animal cumplió con gran puntualidad), se acercó á la puerta de las dos infelices, y les dijo mil cosas estupendas, que hicieron proferir á la mas vieja de las dos en su lamentacion acostumbrada: «Ya no hay religion.»

Pero ella queria una venganza terrible. ¿Cómo? Mucho le asombró ver entrar al abate con un militar desconocido. La casa estaba dispuesta de tal modo, que acercándose á la puerta se oia cuanto en los cuartos inmediatos se hablaba. Todos sabemos los fines de la visita de Bozmediano á las de Remolinos. Doña Rosalía la adivinó tambien, cuando poniéndose en acecho, le vió pasar á la casa inmediata por una puerta condenada que daba al desvan antiguo. Se calló y esperó. Comprendió la taimada que allí habia alguna aventura amorosa, y en esto supo hallar un medio feliz para su venganza. Vió entrar y salir á Bozmediano, y calculando que aquella entrada fraudulenta se repitiria, esperó á que se repi-

tiera, para ir inmediatamente, y miéntras el jóven estuviera dentro, á la casa contigua, á denunciar el hecho. El jóven seria sorprendido, habria un gran escándalo, se harian averiguaciones, ella declararia por dónde habia entrado, y cátate á las Remolinas camino de la cárcel en castigo de su complicidad en aquel delito de escalamiento y abuso de confianza.

Esperó un dia, dos, tres, hasta que viendo que la escena no se repetia, resolvió en su alto criterio denunciar el hecho de una vez á la familia interesada, no sea que, retardándolo, pudiera ser puesto en duda.

Pensado y hecho. Púsose su manton, bajó, entró en casa de las Porreñas, tocó, le abrieron, y se encaró con la faz majestuosa de María de la Paz Jesus, que de muy mal talante le preguntó:

— ¿Qué quiere Vd.?

— Venia á ver al amo de esta casa, para decirle una cosa — dijo doña Rosalía entrando.

— ¡Qué irreverencia! — dijo para sí María de la Paz, viéndola entrar de rondon. — Salomé: una luz.

Anochecia, y con la oscuridad no podia la dama ver claramente el rostro de la que la visitaba. Salomé trajo un quinqué á la sala, donde las dos se personaron.

— ¿Qué se le ofrece á Vd.? — dijo Paz midiendo con una mirada el cuerpo de doña Rosalía.

— ¿Quién es el amo de esta casa?

— Yo soy, — dijo Paz un poco alarmada con el misterio que parecia envolver aquella inesperada visita.

— Pues vengo á decirla á Vd... ¿Vd. no sabe lo que pasa?

— ¿Qué pasa? — dijo Salomé creyendo que se hundia el techo.

— No se asuste Vd., señora; porque al fin y al cabo, sabiéndolo se puede evitar que vuelva á suceder.

— Por Dios; esplíquese Vd., señora, — dijo Paz en el tono de la impaciencia y la superioridad.

— Pues han de saber Vds. — dijo con misterio doña Rosalía, — que esta casa... Pues... le diré á Vds.: yo vivo en la casa de al lado en el cuarto piso, y soy sastra, con perdon de Vds., y coso toda la ropa de casa del Sr. Nuncio

del Papa, y la del Patriarca de las Indias, coso á todo el arzobispado de Toledo, y á veces coso á la capilla de Palacio.

Esta relacion de las altas jerarquías que servia la aguja de doña Rosalía, le dió cierta importancia á los ojos de María de la Paz Jesus.

— Yo vivo allá arriba y he visto... ¿Pero Vds. no han caido en ello?

— ¿En qué?

— En ese hombre que ha entrado aquí.

— ¿Qué hombre? ¿qué dice? — esclamaron á una las dos viejas en el tono del que siente estallar un volcan.

— Pues yo venia á avisárselo á Vds. para que evitaran que otra vez pasara. Es el caso que en la bohardilla de la casa en que yo vivo hay una puertecilla qua da á la bohardilla de esta casa.

La cara que pusieron las Porreñas no cabe en ninguna descripcion.

— Sí — continuó la sastra, — y un jóven militar se metió una tarde por esa puerta de que hablo; se metió aquí... Yo me malicié cuando le vi, que habia aquí alguna muchacha.

— Pero señora, — dijo Paz poniéndose en pié, — ¿está Vd. segura de lo que dice? ¡Un hombre ha entrado aquí... aquí; en esta casa!

— Sí, señora: yo lo he observado. Se coló por el cuarto de unas vecinas... amigas mias. Yo lo he visto.

— ¿Cuándo? — esclamó Salomé, tomando aliento; porque ya el aliento le faltaba.

— El domingo por la tarde.

— ¿A qué hora?

— A eso de las cinco.

— ¡Cuando estábamos en la procesion! ¡qué escándalo! Esa niña desvergonzada... esa muchachuela... Bien me lo sospechaba yo, — dijo Paz con las manos puestas en la cabeza, y paseándose por la sala como una loca.

— ¡Ah! no sirvo para estas cosas... ¡Yo me descompongo! — dijo Salomé, inclinándose sobre el sofá con muestras de esperimentar un vahido.

— Pero señoras: no se alarmen Vds., — dijo doña Ro-

salía queriendo calmar á las dos damas. — ¿Tienen Vds. alguna hija?

— No señora, nosotras no tenemos ninguna hija, — contestó con mucho enfado María de la Paz, — es una mozuela, una loca que admitímos aquí por compasion, esperando que se corrigiera; pero... ya me lo sospechaba yo. ¡Qué alhaja! ¿Ves lo que yo decia? Dios mio: ¿para qué admitímos aquí á semejante mujerzuela!

— Señora, — dijo Salomé, oprimiéndose el estómago y rehaciéndose de su vahido. — Cuente Vd., aclare Vd. eso. ¡Ah! Eso es demasiado horrible. Nosotras no estamos acostumbradas á esas cosas, y tales hechos nos confunden: yo, sobre todo, no puedo soportar...

— Pues no lo duden Vds. El jóven se coló en la casa el domingo por la tarde, y estuvo aquí como una hora. Averígüenlo Vds. y verán cómo es cierto.

— Si parece increible, — dijo Paz, sentándose otra vez. — Esta casa, esta honrada casa... ¿Y cómo existe esa puerta? ¿Cómo es posible?...

— Existe de muy antiguo; solo que estaba condenada. Si ustedes quieren verla pueden subir á la bohardilla, y examinando bien, la encontrarán.

— Pero él, ese monstruo, ¿por dónde pudo llegar?

— La tal puerta, — continuó doña Rosalía — da al cuarto de unas costureras amigas mias. Las pobrecillas no cosen mas que á sacristanes y curas de aldea, y cosen mal. Ellas quieren darse tono y dicen que cosen á la catedral de Segovia, pero es mentira. No las crean Vds.

— Y él, ¿entró por ese cuarto?

— Sí; es un militar alto, buen mozo.

— ¡Jesus! ¡qué horror! yo no puedo oir esto, — esclamó Salomé, estirándose de nuevo con muestras de un segundo ataque.

— Les dió dinero á esas mujeres, — continuó doña Rosalía, — porque ellas están muy pobres: no ganan nada. ¡Como lo hacen tan mal! No cosen mas que al teniente cura de San Martin.

— Es preciso tomar una determinacion, Paz, una determinacion pronta, — dijo Salomé volviendo en sí. — Porque si no, la honra de la casa está comprometida. Señora, —

añadió, volviéndose á doña Rosalía: — no estrañe Vd. esta congoja; no estamos acostumbradas á golpes de esta clase. Nosotras, por nuestro nacimiento, nuestra educacion y nuestra religiosidad hemos estado siempre por encima de todas esas miserias. ¡Ay! nosotras hemos tenido la culpa por nuestra escesiva caridad. Figúrese Vd. que acogimos sin recelo á una víbora en nuestra casa, aunque teníamos malos informes de su conducta; la acogimos creyendo que se enmendaria. ¡Pero ya ve Vd. qué almas tan perversas! ¡Qué sociedad! ¡Qué siglo! Bien me lo figuraba yo, á pesar de lo que decia mi sobrina, que es una santa, y se empeñaba, guiada por su buen corazon, en que esa muchacha se iba á corregir. ¿Cómo puede corregirse un monstruo semejante? ¡Qué deshonra, qué vilipendio! ¡Ay! yo no sirvo para estos casos; me confundo, me descompongo y no puedo tomar ninguna determinacion.

— Sí; hay que tomar una determinacion, — dijo con mucho encono María de la Paz. — Si no, ¿qué va á ser de la honra de nuestra casa? Hay que poner inmediatamente á la puerta de la calle á esa mozuela, sin consultar á D. Elías. Él ha de aprobarlo; y sobre todo, aunque no lo apruebe. ¿Pues no se ha atrevido á decirnos esta mañana que su sobrino se enmendará? ¡Si está una viendo unos horrores!... ¡Qué siglo! ¡Qué costumbres! Hasta él!...

— Haz lo que quieras, Paz, — dijo Salomé afectando una mansedumbre y cierta postracion que ella creia sentaba muy bien en su nervioso cuerpo. — Haz lo que quieras sin reparar en lo que pueda opinar ese señor mayordomo, que él nada tiene que mandar aquí. Despide á esa muchacha, que se vaya con las de su calaña. ¡Oh! No quiero recordar lo que esta señora ha contado.

Hasta el perro que no ladraba, el melancólico Batilo estaba consternado. Habíase plantado frente á doña Rosalía y miraba con la atencion de un can preocupado, el buen color de la costurera, que habia traido la desolacion á aquella casa.

— Señora: — dijo Paz con un poco de cortesía, — le agradecemos á Vd. el aviso que nos ha dado, mostrando, como es natural, su celo é interes por la honra de nuestra casa. Cuando despidamos á esa muchacha, nos mudaremos de aquí. ¡Ay, y yo que le habia tomado cariño á este santo retiro!

Aquí vivíamos tranquilamente y en paz, no con la comodidad que en nuestra antigua casa; pero al fin, tranquilas, y... Señora; usted nos ha librado de la deshonra, porque ¿qué hubiera sido de nosotras, solas aquí y espuestas á las asechanzas alevosas de ese militar. ¡Oh! no lo quiero pensar.

— Es un militar jóven, alto, buen mozo y parece ser persona muy distinguida, — dijo Rosalía.

— ¡Jóven, buen mozo y persona distinguida! — dijo Salomé disponiendo su cuerpo para el tercer parasismo.

— ¡Jóven, buen mozo y persona distinguida! — esclamó Paz en el colmo de la indignacion. — ¿Es esto creible? ¡qué circunstancias tan agravantes!

— ¡No siga Vd. por Dios! — dijo Salomé ya medio desmayada.

— No siga Vd. — dijo Paz — que mi sobrina es muy impresionable y no puede oir ciertas cosas. Estamos acostumbradas...

Doña Rosalía se levantó para marcharse; porque creia haber cumplido satisfactoriamente su mision. Entónces pasó una cosa singular: cuando la sastra se acercaba á la puerta, Batilo, el perro misántropo, que en aquella mansion habia olvidado los hábitos propios de su raza, corrió tras ella, se agitó convulsivamente como quien hace un gran esfuerzo y ladró, ladró como un mastin ante un salteador; persiguió á la mujer dando agudos ahullidos, y hasta llegó á pillarle entre sus inofensivos dientes el traje y el manton. Paz se alarmó y Salomé se tapó los oidos, como si oyera el ahullido de un chacal: defendieron entre las dos á doña Rosalía de la agresion inesperada del animal; fuése la sastra; y las dos viejas se miraron cara á cara comunicándose mutuamente su respectiva bílis.

Es indispensable apuntar que en su afan de llegar pronto á donde estaba Clara, se aturdieron, sin poder tomar la puerta y al fin chocaron una con otra con gran confusion.

— Mujer, que me echas al suelo, — dijo una.

— Mujer, qué cosas tienes, — dijo la otra.

Entraron en el cuarto donde estaba acostada la devota... Esta reposaba tranquilamente; pero no dormia: tenia clavados los ojos en el techo con muestras de una meditacion profunda. Sentada junto á la cama, estaba Clara, que hacia de

enfermera y acompañante de la santa. Cuando las dos Porreñas entraron, Clara les conoció en las caras que se preparaba una escena terrible. Asustóse mucho, y se acercó mas al lecho, como buscando un refugio al lado de la sagrada persona de doña Paulita.

— ¡Niña! — dijo Paz con la lengua turbada y muy alterado el rostro. — Ya sabemos todas las infamias de Vd. Merece usted ir á la cárcel por comprometer la honra de una casa como esta. Si no temiera rebajar mi dignidad...

— Señoras, — dijo Clara temblando — pues yo ¿qué he hecho?

— Pues yo ¿qué he hecho? — dijo, remedándola con un gesto grotesco, Salomé. — Miren la hipócrita, ¡qué monstruo! Dios mio. Paula: no te asustes — añadió acercándose á la cama, — no nos des un nuevo disgusto. Ya sabemos qué clase de persona hemos recibido en nuestra casa.

— Todo se ha descubierto, niña, — continuó Paz. — Ya no nos engañará Vd. mas con su cara de mosquita muerta. Pero ¡qué atrevimiento, qué iniquidad! Debiera Vd. morirse de vergüenza.

— Señora: yo no sé de qué habla Vd. — dijo Clara perdiendo por completo la serenidad.

— ¡Insolente! y aun se atreve á disimular despues de tanta desvergüenza. ¿Cree Vd. que está tratando con personas como Vd.? ¡Miren la necia! tan necia como perversa. Ahora mismo va Vd. á salir de esta casa.

El primer sentimiento de Clara al oir esto, fué una repentina alegría. ¡Salir de allí! Ya habia perdido esa esperanza. Pero la situacion aquella no era para alegrarse. Pronto lo conoció, y esperó resignada el fin de su sentencia.

— Díle, díle la causa, — esclamó Salomé afectando gran respeto al procedimiento.

— La causa, bien la sabe ella; — dijo Paz; — pero no puedo contener la cólera. De veras digo que si no fuera porque soy persona... ¡qué horror! La causa es... no te asustes, Paula; la causa es que miéntras nosotras salímos de casa á alguna visita se entró aquí un hombre por los tejados; sí; un militar buen mozo, alto, persona... ¿como dijo? distinguida... pero no te asustes, Paulita: esto hay que aceptarlo con resignacion.

Si no temiera asustar á su prima, que estaba enferma, á Salomé le hubiera dado un cuarto conato de vahido. Pero se contentó con mirar á la devota con ojos muy aterrados. La santa no hizo mas que mirar á Clara con cierta perplejidad; y contra lo que sus parientas esperaban, no citó ningun testo latino, ni predicó ningun sermon sobre la inconveniencia é irreligiosidad de que entraran por los tejados los militares buenos mozos, altos y de porte distinguido. Clara, á pesar de su inocencia, se quedó aterrada como una culpable.

— ¿Se atreve Vd. á negarlo? — dijo Paz, dando algunos pasos hácia ella con el resplandor de la ira en los ojos.

— Yo... no, — dijo Clara, retrocediendo con espanto, — Sí... sí lo niego. — Despues añadió, haciendo un esfuerzo por calmarse y calmar á su juez: — Oigame Vd., señora: yo le contaré la verdad; le diré lo que ha sido. Yo soy inocente; yo no he permitido...

— ¡Jesus, Jesus! Yo no sirvo para estas cosas, — dijo Salomé volviendo el rostro. — No puedo, no puedo oir esto.

— ¿Qué Vd. no ha permitido? ¿Todavía tiene atrevimiento para negarlo? — dijo Paz.

— Yo... yo no niego, — contestó la huérfana muy consternada. — Pero yo ¿qué culpa tengo de que ese hombre?...

— ¿Tambien le quiere Vd. disculpar á él? Esto nos faltaba que ver. No puede haber perdon para tanta alevosía. ¡Pagar de este modo el asilo que le hemos dado sin merecerlo! Pero bien dije yo que de Vd. no podíamos sacar cosa buena.

— Señoras, — dijo Clara deshaciéndose en lágrimas; — yo les juro á Vds. por Dios y por todos los Santos que por mí no ha entrado ningun hombre; que yo no soy culpable de todo eso que Vds. dicen. Yo se lo juro por Dios y por la Vírgen.

— ¡Insolente! — dijo Paz, — aun se atreve á disculparse.

— En verdad, esto es mas de lo que puede sufrir mi débil constitucion, — dijo la otra harpía. — Paulita, no te asustes: procura tomar esto con indiferencia; que puedes agravarte.

— ¡Dios mio! ¿Cómo lo he de decir? — esclamó Clara

con la mayor amargura. ¿Qué haré, qué diré para que me crean? ¿A quien me volveré? Yo no quiero vivir así. No tengo padres, ni hermanos, ni amigos, ni nadie que me defienda y me proteja. Señora, yo se lo juro á Vd. No me diga otra vez esas cosas que me ha dicho, porque yo no las merezco.

— Vamos, prepárese Vd. á marcharse al momento, — dijo Paz con una crueldad espantosa.

— ¡Marcharme! — esclamó Clara. — Sí: me marcharé. Yo no quiero molestarlas á Vds., pero ¡ay! esas cosas que han dicho de mí! Yo no he deshonrado la casa, yo no he deshonrado á nadie. Pero yo soy muy desgraciada, soy huérfana, pobre y sola; y como no tengo á nadie que me proteja, por eso nadie me guarda consideracion y todos me tratan con desprecio. Yo no merezco eso; yo no he hecho nada de eso que Vd. dice: yo soy inocente.

— No sé cómo me contengo, — dijo Paz. — Ni un instante mas. Se marcha Vd. de aquí, y vaya donde quiera. Yo sé que usted se alegra. Vd. no desea otra cosa que andar sola por esas calles; Vd. ha nacido para la calle. Vamos, pronto. Y nada me importa que D. Elías se oponga ó no. Lo aprobará. El sabe que interesarse por tan despreciable criatura es cosa inútil. Váyase Vd. pronto.

— Señora, — dijo Clara, poniéndose de rodillas junto al lecho y estrechándole las manos á la devota. Señora, Vd. me defenderá; Vd. que es tan buena, que es una santa; Vd. que ya me defendió otra vez. ¿No es verdad que Vd. sabe que yo soy inocente? Dígalo Vd.; me están calumniando. ¿Qué va á ser de mí si Vd. no me defiende?

La devota no habia hablado palabra; continuaba como distraida y ajena á todo aquello. Cuando sintió las manos de la que habia sido, aunque por poco tiempo, su compañera y amiga, volvió hácia ella la cara cubierta de palidez, y espresando cierta atonía, la miró, y con voz tenue y como indiferente dijo: «¿Yo?» Calló enseguida. Salomé separó á Clara con un ademan desdeñoso del lecho de su prima, diciendo:

— Nuestra paciencia nos va á perder. Cuidado, Paz, que somos demasiado condescendientes. ¿Cómo es que está todavia aquí esta mujer?

— Al momento á la calle. Vamos pronto, — dijo Paz. — Recoja Vd. sus bártulos y al momento. Haga Vd. un lio de su ropa.

— Señora, por Dios, no me eche Vd. así, — dijo Clara poniéndose de rodillas y cruzando las manos. A estas horas... sola... yo no conozco á nadie... ¿qué va á ser de mí? ¿A dónde voy? Espere Vd. por la Vírgen Santísima á que venga don Elías, que, siendo huérfana, me recogió... El no me abandonará de este modo... estoy segura de ello.

— Nada, nada. ¿Aun espera Vd. engañarle otra vez? Salga usted al momento de nuestra casa.

— Pero señoras, — continuó Clara, — ¿á dónde voy? Sola, de noche... yo tengo miedo... yo tengo mucho miedo... yo no conozco á nadie...

— ¿Que no conoce á nadie? ¿Y tiene valor para decir? — esclamó Salomé apartando el rostro y persignándose con sus afilados dedos. — ¿Pues y el caballero jóven, alto, buen mozo?

— Señora: espere Vd. por Dios á que venga mi protector; yo se lo ruego por la gloria de su madre.

La idea de que viniera Coletilla é impidiera la espulsion de la huérfana, puso á Salomé en grave peligro de que le diera el quinto ataque.

— ¡Qué agonía! — dijo sentándose. — Francamente nuestra escesiva benevolencia nos trae á estos estremos.

— No tarde Vd. un instante, — dijo Paz con la satisfaccion de la venganza. — Márchese Vd. inmediatamente.

La desventurada huérfana se dirigió otra vez, como última esperanza á la santa, que reposaba en su lecho con la inmovilidad y la pesadez de la estatua yacente de un sepulcro. Clara tomó una de sus manos que colgaba fuera de las ropas y la besó con efusion, regándola con sus lágrimas, llanto de la inocencia provocado por la crueldad de aquellos verdugos.

— Señora: otra vez se lo pido, — esclamó con voz apénas inteligible, — no me abandone Vd.; Vd. es una santa. No permita que me echen así... á estas horas... yo tengo miedo. No me abandone Vd.

La mujer mística retiró lentamente su mano y la escondió entre las sábanas. Volvió el rostro, miró á la víctima, y sin inmutarse, dijo con la misma voz helada: «¿Yo?»

— No se puede resistir tal insolencia, — dijo Paz asiendo á Clara por un brazo y apartándola violentamente de la cama. — Si Vd. no se marcha ahora mismo de aquí, llamo á un alguacil para que la haga entender sus deberes.

Ya Salomé se habia acercado á la cómoda donde Clara guardaba su escaso ajuar, y recogia todo formando un lio.

— No tengas cuidado, Paz, — decia entretanto, — yo estoy registrando su ropa, no sea que se lleve alguna cosa. No se lleva nada.

— ¡Señoras de mi alma! — dijo Clara en el colmo de la desesperacion. — No me echen así: yo no he cometido falta ninguna: yo no he hecho lo que Vds. dicen; yo soy inocente. Que lo diga esa señora, que es una santa y me conoce. Yo estoy segura de que lo dirá.

La devota volvió á moverse, y con la voz que atribuyen á los espectros evocados dijo otra vez: «¿Yo?»

— No me echen Vds. — continuó Clara sin saber ya á quién suplicar. — Yo no lo merezco, ¿A dónde puedo ir á estas horas sola? No conozco á nadie. Tengo miedo... me voy á perder.

— Vamos: aquí tiene Vd. su ropa, — dijo Salomé poniéndole el lio en la mano.

— No, no lo puedo creer, — dijo Clara. — Vds. no serán tan inhumanas. Esperarán á mañana; esperarán á que venga él.

— Ha dicho que no vendrá hasta dentro de tres dias. Cree Vd. que él no se ocupa de otra cosa que de proteger mozuelas como Vd.

Diciendo esto, Paz tomaba por un brazo á Clara y la llevaba con grande esfuerzo hácia la puerta. La pobre muchacha tenia sin duda mucha fuerza de espíritu cuando no cayó allí mismo sin sentido; y sin duda era tambien demasiado angelical y delicada, cuando no contestó con injurias á las injurias de aquella euménide aristocrática, baldon de los Porreños. Aun creia la infeliz que sus ruegos podian ablandar á aquellos dos energúmenos de corazon endurecido por el hastío, la insociabilidad y la amargura de una vida claustral. Aun les suplicó; otra vez se volvió á arrodillar delante de María de la Paz, y le tomó las manos, aquellas manos nacidas sin duda por un puñal. La vieja la retiró con violencia;

su brazo se alzó; y á pesar de la dignidad que procuraba imprimir siempre á su carácter, á pesar de la nobleza de su raza á que parecia deber igualarse la nobleza de sus sentimientos, maltrató á una huérfana infeliz á quien ántes habia calumniado. La vieja ridícula, presuntuosa, devota, espresion humana de la mayor necedad que puede unirse al mayor orgullo, puso su mano en el rostro de la doncella abandonada y débil, que ofendia sin duda con su juventud y su sencillez el amor propio de aquellos demonios de impertinencia.

— ¡Ay, ay, ay! Paz, por Dios, no te arriesgues — dijo Salomé, chillando con horror, como si la inofensiva Clara tuviera un puñal en la mano. — Déjala, déjala.

— ¡La mataria! — dijo Paz apretando los puños y ahogada por la cólera.

Salomé puso sobre los hombros de Clara el manton que al entrar en la casa habia traido. Despues estendió sus brazos de esqueleto y la empujó hácia la puerta con tal violencia, que la desdichada huérfana estuvo á punto de caer al suelo. En tanto decia:

— No sirvo para estas cosas. Me descompongo. Váyase usted pronto, niña. No dé lugar á que la tratemos con rigor.

Clara salió, fué arrojada por los brazos robustos de la vieja Paz, y por los brazos entecos y nerviosos de la vieja Salomé. Aun es probable que esta al darle el último empuje, crispó sus dedos de gavilan, haciendo presa con sus uñas en un brazo de la víctima. La puerta se cerró con gran estrépito, y las voces destempladas de los dos demonios sonaron por mucho tiempo en el interior. La huérfana bajó con el corazon oprimido; no tenia fuerzas ni voz; casi no tenia conocimiento claro de su situacion. Bajó y se encontró en la calle, sola en la calle, sola en el mundo, sin asilo, el cielo encima, desolacion en derredor, ni un rostro conocido. ¿A dónde iba? En el portal sintió ruido y volvió la cara: era el perro melancólico que la seguia. El pobre animal habia salido de la casa por primera vez, y parecia decidido á no volver á entrar, pues saltaba y chillaba con un gozo, una travesura y un aire de espansion desconocidos en él.

CAPITULO XXXVI.

ACLARACIONES.

Al oir Lázaro de boca de las dos esfinges la noticia de la espulsion de su antigua amiga, sintió deseos de coger por el moño á entrambas nobilísimas damas y darles allí el castigo de su crueldad. A pesar de su agravio, y de que no conocia las razones que habian tenido para echarla á la calle, un gran interes por aquella infeliz se despertó en su corazon. Indudablemente á él le tocaba ampararla en aquel trance, apartarla del vicio á que su soledad podia conducirla, socorrerla, en fin, porque habia sido su amiga, le habia amado, y en tales casos es de corazones generosos y buenos olvidar las injurias y pagarlas con nobles acciones. Viendo que no le daban razon de su paradero, bajó y salió dispuesto á buscarla. Pero ¿dónde? ¿Dónde la iba á encontrar? No conocia á nadie en Madrid. Sí; conocia á Bozmediano. Esta idea enfrió repentinamente la generosidad del jóven. Tal vez, pensaba, se marchó, porque Bozmediano la indujo á ello; tal vez ya la tenia consigo. Esto avivó los celos y el rencor del estudiante, que resolvió no descansar hasta descubrir el misterio de aquella salida y pedir cuentas á Claudio de su grande alevosía.

Con esta idea se dirigió á casa del jóven, dispuesto á dar un escándalo en la casa, si no le permitian verle. Lo probable, segun él, era que Clara estuviera allí. Los celos le cegaban al pensar que aquella muchacha, que algunos meses ántes se le habia aparecido con todo el encanto de la sencillez y de la gracia, de la virtud doliente y de la tranquilidad doméstica, habia cedido á las sugestiones de un libertino sin conciencia. Era preciso no dejar sin castigo aquella infamia. Aun me interesa mucho, — decia, — aun la amo mucho para que perdone yo esta injuria, que me parece hecha á una persona mia, injuria que cae sobre mí, que iba á ser...

Llegó á la casa de Bozmediano, y esperó paseando en la calle á que avanzara el dia. Cuando sintió las ocho, entró y preguntó al portero. Este, que ya le conocia de verle allí los

dias anteriores, no le puso tan mala cara como ántes, porque recordó cierto diálogo que con su amo habia tenido á propósito de aquella visita. Le habia dicho que un jóven vino á preguntar por él sesenta veces seguidas. Al amo picóle la curiosidad y quiso saber las señas; dióselas el portero con mucha exactitud, y sospechando Bozmediano que podia ser Lázaro, advirtió al doméstico que si volvia estando él allí, le introdujera inmediatamente. Claudio sabia á qué podia venir el jóven, y léjos de rehuir la visita, la deseaba.

Pero el portero, á pesar de lo terminante de la órden, creyó que era un desacato recibir á aquella hora á un jóven que no era militar, ni venia en coche, ni traia botas á la *farolé*. Hízole esperar un buen rato, y por fin le introdujo, despues de avisar para que despertaran al señorito. Este tardó un cuarto de hora en salir de su cuarto.

— Ya debe Vd. suponer á lo que vengo, — dijo Lázaro sin saludarle — Vd. me conoce, Vd. me dió la libertad: yo creia que desde entónces podia haber entre nosotros la amistad que á mí me imponia la gratitud; pero Vd. no ha querido, usted ha seducido y deshonrado á una pobre muchacha, á quien considero yo como mi hermana. Si Vd. me sacó de la cárcel para hacer mas grande la injuria que he recibido, hizo usted bien por mi parte, porque estoy libre para pedirle cuenta de su accion, que es la accion mas infame que puede cometer un hombre.

— Yo no cometo acciones infames. No le dejo pronunciar una palabra mas sin que ántes se apresure á desdecirse. Sí; usted se desdirá. Todo eso que ha dicho es una calumnia. Yo no he seducido ni deshonrado á jóven alguna. Vd. está ciego de furor y estraviado por la pasion. Le han engañado á usted, y solo por saber que está Vd. engañado, tolero las palabras que he oido. Pero me será muy fácil convencerle á usted de lo contrario.

— Eso es lo que quiero, — dijo Lázaro. — Si Vd. me convenciera de lo contrario... Pero no podrá Vd. convencerme. Yo le he visto á Vd., yo le he visto salir como un ladron de la casa en que Clara estaba recogida. Vd. ha entrado allí por ella, ha entrado llamado tal vez por ella.

— ¡Oh! no, — esclamó Claudio interrumpiéndole. Sién-

tese usted, hablemos con calma. No anticipe Vd. juicios temerarios. Yo los voy á desvanecer.

— Hable Vd., no habrá palabras, no habrá nada que pueda desvanecer el juicio que se forma al ver á un hombre que penetra á hurtadillas en la casa en que una jóven está sola, y mucho mas cuando estos juicios están formados despues de antecedentes muy claros. Yo no he venido aquí á que usted me esplique nada. No tengo duda, sino certidumbre, de la infamia que Vd. ha cometido. He venido tan solo á tener el placer de decirle á Vd. que es un mal caballero y un seductor corrompido, á sufrir las consecuencias de esta acusacion; porque yo no temo adversario ninguno por temible y fuerte que sea, cuando me creo obligado á vengar un agravio.

— Pues yo que jamas he tratado de evadirme de las consecuencias de un asunto semejante; — dijo Bozmediano con mucha energía — yo que no me dejo castigar de nadie, ni he permitido que jamas hombre alguno pronuncie contra mí una voz injuriosa, una reticencia, una alusion cualquiera, voy ahora á esplicarme con Vd. en esta cuestion, esperando que se convenza y retire todo eso que ha dicho Vd. al entrar aquí. Todo lo comprendo; es natural: por lo mismo lo olvido hasta ver si, despues de lo que yo digo, insiste Vd. en repetirlo.

— Hábleme Vd.: yo lo deseo.

— Yo no he visto á Clara mas que tres veces, — continuó Bozmediano. — Ella no sabe ni cómo me llamo, ni quién soy. Me ha visto poco, y le soy tan indiferente que puedo asegurar que ocupo en su corazon el mismo lugar que una persona desconocida. Un dia encontré á ese malhadado viejo fanático en la calle: le llevé á su casa, y la vi por primera vez. Me habló; y con la sencillez propia de su carácter y la franqueza que da la necesidad de espansion y trato, me contó algunas cosas de aquella casa. No le negaré á Vd. que desde entónces me interesó muchísimo; que pensé en que nada podia satisfacerme tanto como sacarla de aquella prision, darle alegría y librarla de la tutela de aquel hombre sombrío, capaz de poner triste á la misma felicidad.

Bozmediano contó despues la segunda entrevista con Clara, recordando hasta algunas palabras de sus diálogos con ella. El otro jóven oia con mucha atencion aquel relato hecho con toda la veracidad posible.

— Yo seré franco, y no ocultaré á Vd. mis sentimientos, mis primeras intenciones — continuó — para que pueda usted juzgarme mejor. Al principio vi en Clara el objeto de una aventura; y á pesar de que me inspiraba mucha lástima y un verdadero interes, no podia ménos de proceder con cierta lijereza en la formacion de mis planes. No lo negaré: yo no pretendo desfigurar los hechos: esta confesion es igual á la que haria un moribundo ante un sacerdote. Pero ó las circunstancias ó ella torcieron mi plan primitivo. Ella tiene un carácter angelical: llena de bondad y sencillez, es capaz de vencer las sugestiones de todo hombre que no sea un vil ó un libertino. Le confieso á Vd. que por último fué tal el incremento que en mí tomó el primer sentimiento afectuoso y compasivo que me habia inspirado, que concluí por amarla. No puedo negar que, á pesar de haberme infundido este amor verdadero, que persistia en mi propósito de sacarla de allí violentamente, de llevármela como una cosa mia. No consideraba esto como un agravio: hubiera matado á cualquiera que, interpuesto entre ella y yo, me la hubiera quitado. Yo supe — no me lo dijo ella — que existia una persona á quien queria mucho. Esto me desconcertó. Supe que estaba Vd. en la cárcel, y no vacilé un momento. En mí no cabe la crueldad. Comprendí que si ella le amaba á Vd. verdaderamente, la mejor accion que en mí cabia, era ponerle á Vd. en libertad, devolvérsele. ¡Qué complicacion! De este modo pensaba yo ganar en su concepto. No se asombre Vd.: yo me he creido siempre práctico en estas cuestiones; y dado el carácter de Clara, es seguro que mas le amaria á Vd. cuanto mas durara su prision. Pero yo no contaba con otros muchos tesoros de bondad de aquel carácter. Vd. vivia con ella, y la vigilancia, la crueldad de tres viejas ridículas y de un viejo estravagante impedian que la viera, que la socorriera, librándola del martirio de aquella casa. Vd. vivia allí, y no le hablaba, no la consolaba, no aparentaba amarla. «Hé aquí mi ocasion, — dije yo. — Lázaro aparece á sus ojos como un ingrato: ¿no será posible que ella le desprecie? Su situacion en aquella casa sombría, la tristeza en que vive y se consume, ¿no serán causa de que desee libertad, vida, afectos, todo lo que allí no tiene, ni puede, ni sabe darle ese jóven indiferente, ocupado por la pasion política?» Confiese Vd.

que la situacion era la mas á propósito para que yo aspirara á merecer de ella algo mas que gratitud. Resolví sacarla de allí, llevármela. Fuí tan ciego, que no preví su resistencia, su fidelidad, su grande afecto al primer amigo, afecto mas fuerte que todos los martirios y todas las privaciones. Dispuse entrar en la casa, cuando estuviera sola, y entré por donde usted sabe. Ella al verme se asustó tanto, que casi me arrepentí de haber dado aquel paso. Me suplicó que saliera; me lo pidió de rodillas; yo le dije que no esperara nada; que Vd. no podria ni sabria salvarla del poder de aquella gente cruel. Nada: no me oyó. Su propósito era inquebrantable. Conocí que su fidelidad era la mas grande de sus virtudes; y creyendo que era imposible arrancarle la primera imágen, la imágen que nada puede borrar, desistí de mi intento. Ella no queria escucharme; se desesperaba al comprender cuanto podia comprometerla mi entrada en la casa; me pedia llorando que la dejara entregada á su tristeza, á su soledad. Confieso que nunca me he visto tan pequeño como entónces, en presencia de aquella criatura débil, incorruptible, no solo á las promesas del amor de un jóven, sino aun al soborno de la libertad, de la posicion, de la felicidad. Al marcharme, sentí que alguien entraba en la casa. No sé quién era, yo huí por no comprometerla; huí aterrado por la idea de que á pesar de mis precauciones, alguien de la casa habia descubierto mi entrada.

— Era yo; — dijo Lázaro, y le vi salir á Vd. por la bohardilla.

— Lo que le he referido á Vd. — dijo Bozmediano solemnemente, — es la pura verdad. No he omitido nada que me pudiera honrar, ni nada tampoco que me pudiera deprimir ó ponerme en ridículo. Es la pura verdad: se lo juro á Vd. por la salvacion de mi madre, cuyo retrato está allí y siempre me parece que me está mirando.

Claudio señaló un retrato que habia en la habitacion; y al hacer su juramento tenian sus palabras tal entonacion de sinceridad y franqueza, que Lázaro no pudo contestar lo que un momento ántes pensaba.

— Sin embargo, — dijo Lázaro, que creia que aquella declaracion no podia satisfacerle, — yo quiero que Vd. me

dé alguna prueba positiva. Vd. comprenderá que en estos asuntos no basta, no puede bastar la palabra.

— ¿Que no puede bastar la palabra? No basta, es cierto, para espíritus preocupados. Hay ciertas cosas que no se pueden certificar de otro modo. A veces la afirmacion de una persona es suficiente para llevar al ánimo de otra la conviccion mas profunda. No puedo creer que Vd., si hace á Clara la acusacion que á mí me ha hecho; si ella con la serenidad de la inocencia le contesta á Vd. la verdad; no puedo figurarme de ningun modo que Vd. no la crea. Háblele Vd., rompa el silencio de aquella casa; véala Vd. un momento, oiga su voz, y si ante las declaraciones que ella le haga, persiste usted en creerla culpable, no es digno, lo digo cien veces, no es digno de mirarla.

Lázaro no pudo resistir á la gran fuerza de estas palabras. Era imposible, segun él pensó, que la ficcion y la astucia de un hombre pudieran llegar á ocultar la verdad de aquel modo. Bozmediano no mentia.

— ¡Oh! calle Vd. — dijo Lázaro sin poderse contener — ó es Vd. el histrion mas perfecto ó dice la verdad. Yo, que jamas he mentido, que no sé ni puedo fingir, siento una gran inclinacion á creer lo que Vd. me ha dicho. Pero tiene el corazon unas susceptibilidades y escrúpulos de que la razon y la palabra no pueden librarle.

— Veamos á Clara — dijo Claudio con resolucion.

— ¿Dónde?

— En casa de esos demonios. Si es posible acogotaremos á las tres viejas.

— Clara no está allí ya. La han despedido.

— ¿Y por qué? ¿Dónde está?

— No lo sé — dijo Lázaro tristemente.

— Pero ¿dónde ha ido?

— Esa es mi duda, mi angustia. ¿Dónde puede haber ido? No conoce á nadie. Encontrándose sola en la calle, ¿dónde puede haber ido? Yo creí, francamente, creí que estuviera aquí.

— ¡Aquí! — dijo Bozmediano.

— Yo pensé que Vd. la habia inducido á salir; que habia venido en busca de Vd., á quien conocia.

— ¿Y aun cree Vd. que está aquí? — preguntó Bozmediano sonriendo.

— Ahora... no afirmo nada... dudo.

— Y si le pruebo á Vd. que no está aquí, ni ha venido ¿qué creerá Vd.?

— Aun así no será posible arrancar la última raíz de mi recelo; aun no lograré la evidencia que necesito, evidencia que nada ni nadie me podrá dar.

— La adquirirá Vd. por su propio sentimiento. Hay cosas que se creen por una revelacion, que nada ni nadie puede destruir. Hay cosas de que no se puede dudar, porque su evidencia está encarnada en nuestro ser, y dudar de ellas es algo semejante á la muerte. Vamos á buscarla.

— ¿Dónde?

— Vamos á buscarla. Por lo mismo que no conoce á nadie, es mas fácil encontrarla. Yo estoy seguro de que la encontraremos.

— Recorreremos todas las calles, preguntaremos á la policía, nos informaremos de todo el mundo — dijo Lázaro.

— Sí, sí, haremos todo eso.

— Iremos á los hospitales, á las casas de asilo: entraremos, si es preciso, en todas las casas.

— Sí.

— Iremos á la antigua casa, preguntaremos á la portera, á los vecinos, al tendero mas próximo.

— Eso es. Diga Vd. ¿no habia en aquella casa una criada?

— Sí; habia una. No sé su nombre.

— ¿Dónde estará? Si la encontramos tal vez, nos dé alguna luz. Puede ser que se haya dirigido á ella. Recuerdo que esa criada me dijo que iba á casarse con un tabernero, y que tendria una tienda. Si esa mujer tiene una casa abierta y Clara sabia dónde estaba esa casa, es seguro, casi seguro que habrá ido allá.

— Efectivamente — dijo Lázaro. Vamos á ver si averiguamos dónde está esa mujer.

Salieron y se encaminaron á la calle de Válgame Dios. Preguntaron á la portera de la antigua casa si se habia alquilado de nuevo el cuarto segundo. Dijo la portera que no. Preguntáronle el nombre de la criada y si sabia su paradero.

— Se llama Pascuala, — contestó — se casó con un tabernero llamado Pascual; pero no sé dónde viven. El tabernero de la calle del Barquillo debe saber, porque es compadre suyo.

Este hombre les dijo que los Pascuales vivian en la calle del Humilladero; y los dos jóvenes se dirigieron inmediatamente allá.

CAPITULO XXXVII.

EL VIA-CRUCIS DE CLARA.

Mucho horror inspiraba á la huérfana aquella casa, aunque no tenia otra. Así es que su primer impulso al verse en la calle fué huir, correr sin saber á dónde iba, para no ver mas aquellos sitios. Anduvo un corto trecho, dobló la esquina y se paró. Entónces comprendió mejor que ántes lo terrible de su situacion: al ver que no podia dirigirse á ninguna parte, porque á nadie conocia, le ocurrió esperar cerca de la casa á que entraran Elías ó su sobrino. Pero el primero habia dicho que no volveria hasta dentro de tres dias y el segundo, que sospechaba tan mal de ella, seria capaz de confirmarse en su creencia, al verla arrojada de la casa por aquella familia. Ella necesitaba, sin embargo ver á Lázaro y contarle todo. Si él daba crédito á su esplicacion ¿qué harian los dos, tan desamparado el uno como el otro? Decidió, sin embargo, esperarle allí, apoyada en la esquina; pero le daba tanto miedo... Parecíale que iba á salir por la reja cercana una gran mano negra, que la cogeria llevándosela dentro; ¡qué horror! De repente sintió al estremo de la calle un fuerte ruido de voces. Eran unos hombres que venian borrachos profiriendo horribles juramentos, atropellándose y riendo desenfrenadamente como una turba de demonios regocijados. La jóven sintió tal sobresalto que no pudo permanecer allí un instante mas y echó á correr con mucha

lijereza: los hombres corrian tambien; y ella se figuraba que le tocaban la espalda, y creia sentir junto á sus propios oidos sus infernales palabras. Corrió mucho por toda la calle del Barquillo, seguida del perro misántropo, y al fin, fatigada y sin aliento, se paró: las risas resonaban muy léjos... ya no la seguian... respiró y se detuvo, porque no podia dar un paso. Despues siguió andando lentamente: no se atrevia á volver, porque las risas habian cesado y se oian terribles imprecaciones. Algunas piedras, lanzadas por mano vigorosa, cayeron junto á ella. Batilo se volvió lleno de despecho y ladró como nunca habia ladrado, con verdadera elocuencia canina.

Despues de esto, avivó el pasó y llegó á la calle de Alcalá. Miró á derecha é izquierda sin saber qué camino tomar. Subió hácia la Puerta del Sol; pero no habia llegado á San José cuando vió que por la calle abajo venia gente, muchísima gente; ella no habia visto nunca tanta gente reunida. La calle le parecia tan grande, que no conocia distancia alguna á que referirla, pues para ella las casas hacian horizonte, y aquella gente que venia se le representaba como un mar agitado sordamente, y avanzando, avanzando como si quisiera tragarla. Sin deliberar volvió atras y bajó hácia el Prado. El gentío bajaba tambien: un sordo rumor resonaba en la calle. La muchedumbre traia algunas luces, y de cuando en cuando una voz pronunciaba muy alto un *viva*, contestándole otra tremenda y múltiple voz. La gente bajaba, y Clara bajaba delante; aquello le dió mas miedo que los borrachos, pero cuando se encaró con la Cibeles, cuando vió aquella gran figura blanca en un carro tirado por dos monstruos blancos, se detuvo aterrada. Habia visto alguna vez la Cibeles, pero la oscuridad de la noche, la soledad y el estado de escitacion y dolencia en que se encontraba su espíritu hacian que todos los objetos fueran para ella objetos de temor, todos con estrañas y fantásticas formas. Los leones de mármol le parecia que iban corriendo con velocísima carrera, corriendo sin moverse de allí. La pobre miró atras y vió que la gente avanzaba siempre haciendo mas ruido: no quiso ver mas aquello, y tomando hácia la derecha, entró en el Prado. Este sitio le pareció tan grande, que creia no llegar nunca al fin. Jamas habia visto una llanura igual, campo de

tristeza de ilimitada estension: los árboles de derecha é izquierda le parecian fantasmas negras que estaban allí con los brazos abiertos; brazos enormes con manos horribles de largos y retorcidos dedos. Anduvo mucho, hasta que al fin vió delante de sí una cosa blanca, una como figura de hombre, de un hombre muy alto, y sobre todo muy blanco. Se fué acercando poco á poco, porque aquella figura se le representaba acercándose con pasos enormes. Era el Neptuno de la fuente que en medio de la oscuridad, proyectada por los árboles, se le figuraba como otro fantasma. La infeliz tenia muy estraviados los sentidos á causa del terrible trastorno de su espíritu. Torció á la derecha por evitar que llegara hasta ella aquel figuron blanco, y encontró enfrente la carrera de San Jerónimo. Empezó á subir; pero estaba tan fatigada, que la pendiente de la calle le parecia una cuesta inaccesible. Subió, pero con mucha lentitud, porque apénas podia andar: en la parte correspondiente á los Italianos creia ella ver la cumbre de una montaña, y cuando media con la vista aquella eminencia, pensaba que en toda la noche no iba á llegar arriba.

No pudo avanzar mas y se sentó en el hueco de una puerta: sentia una gran postracion en todos sus miembros, y ademas un frio intenso, que, creciendo por grados, llegó á producirle una convulsion espantosa. Arropóse lo mejor que pudo, y pensó en el medio de volver á la casa para esperar á Lázaro en la puerta. Entónces le ocurrió súbitamente la idea de dirigirse á casa de Pascuala. Ella recordaba muy bien el nombre de la calle donde vivia el tabernero con quien la criada se habia casado. Sabia que la taberna estaba en la calle del Humilladero, pero ¿cómo iba á la calle? Resolvió preguntar á algun transeunte, y si daba con la casa, le parecia el mejor medio para pasar la noche, aplazando todo lo demas para el siguiente dia. Segura estaba de que Pascuala la recibiria con los brazos abiertos. Pero ¿dónde estaba la calle? Instintivamente oró á la Vírgen, pidiéndole que estuviera cerca la calle del Humilladero. Pero la Vírgen no la oyó, porque la calle estaba muy léjos. Resuelta á preguntar, se levantó, vió venir á un hombre, pero no se atrevió á detenerle; pasó otro, algunos mas, y Clara no preguntó á ninguno. Tenia miedo de acercarse de ellos. Por último se

acercó una mujer, la jóven la detuvo y respetuosamente le hizo su pregunta.

— ¿La calle del Humilladero? — dijo la mujer, que era una vieja arrugada y con voz gangosa.

— Sí, señora.

— ¿Le parece á Vd. que está bien detener á las personas honradas de este modo? — contestó la vieja muy incomodada. — Ya sé lo que quieren estas bribonas, cuando detienen á una, que no van sino á meterle la mano en los bolsillos cuando está una mas descuidada contestando. Váyase noramala la muy piojosa, y si no llamo á un alguacil.

Antes que concluyera la vieja, se apartó Clara, y fué tal su angustia al pensar que todos la tratarian de igual modo, que casi estuvo á punto de abandonarse á su desesperacion, dejándose morir allí de hambre, de frio y de dolor. Pero la desventura infunde valor: recobró algun ánimo y se dispuso á seguir preguntando, cuando vió llegar á una mujer andrajosa que traia un niño de la mano y otro en brazos. A Clara le pareció que aquella mujer debia ser persona muy generosa y compasiva, y que le habia de responder á su pregunta. Pero ántes de ser interpelada, la mujer andrajosa habló á Clara en estos terminos:

— Una limosna, señora, por amor de Dios, que tengo mi marido en cama y estos dos niñitos no han probado nada en todo el santo dia: siquiera un *chavito*.

Despues, viendo que Clara no tenia aspecto de persona que da limosna, y al verla como desvalida y enferma, se figuró que pedia tambien *chavitos*, y variando de tono le dijo:

— Oye, chica, ven conmigo y le sacaremos un duro al tio gordo de la esquina.

— ¿Qué? — dijo Clara confusa ante aquella proposicion.

— Apostamos á que no *tan dao* ni un bendito *chavo* esta noche. Yo he *sacao* ya un *rial;* mira. Pero hay en aquella tienda un *mardito* pañero que es muy caritativo. Ayer le *ije* que tenia una hija enferma en cama, y me dió una peseta. Si *quiés* que le saquemos mas, ven conmigo esta noche, chica, y verás. Entramos, tú te haces que te vas cayendo y te pones un pañuelo *atao* á la cara, y empiezas á dar unos *chillíos* que partan el corazon. Oye, así: ¡ay! ¡ay! ¡ay!

Y dió unos cuantos quejidos tan lastimeros, que Clara tuvo angustia de oirlos. Despues continuó:

— Mira, ven, entramos: yo le digo que eres mi hija y que no has comido un *bocao*, y que el *méico* te ha recetado una cosa que cuesta un duro. Tu dices que no la *quiés* tomar, y que si saco el duro, compre pan *pa* estos niños que se están muriendo. Yo digo que sea el duro *pa* la *meicina*, tú que sea *pa* los niños, y así... verás cómo se ablanda... y *pué* que nos dé dos... partiremos: te daré á tí dos riales, y... Anda ven: ponte este pañuelo en la cara.

— Señora: yo tengo que hacer, no puedo, — dijo Clara que creia no deber darle otra razon ménos cortés. — ¿Sabe usted dónde está la calle del...

— ¡Qué calle de los *dimonios*! — dijo la mujer; y, viendo que pasaban dos caballeros, se acercó á ellos, diciéndole al chico que llevaba de la mano: — muchacho, cojea.

El muchacho cojeó, y se acercaron á los caballeros repitiendo su muletilla. Clara se retiró entónces: anduvo á buen paso y llegó por último á la plazuela del Espíritu Santo; subió mas hasta que se encontró en la esquina de la calle del Prado, y por allí pensó seguir, porque veia en ella bastantes personas y creia encontrar allí quien la informara bien.

Batilo iba delante. Un perro vivaracho y pequeño, un descarado ratonero de estos que pasean su vanidad por las calles de Madrid, se acercó al can melancólico y le dió una embestida con el hocico. Batilo era muy tímido; pero sintiendo herido su amor propio, ladró. El ratonero que no deseaba sino provocacion, ladró tambien, atreviéndose á dar un mordisco al pobre faldero. Este se defendió como pudo; y á poco rato vino un perrazo que con terribles ahullidos empezó á perseguir al ratonero. Luego vino otro perro, y otro, y otro: en dos segundos se reunieron allí doce perros, que armaron una espantosa algarabía: luchaban unos con otros, cayendo y levantándose en revuelta confusion, mordiéndose, saltando y atropellando entre los movimientos de su horrible contienda á Batilo y al ratonero, que revueltos entre las patas de los contendientes, recibian los ultrajes de todos. Al ruido se detuvieron algunas personas: el amo de uno de los perros terció en la pelea y dijo ciertas frases injuriosas al amo del otro. Clara al ver que se reunia tanta gente, y

que un grupo de mozos la miraban con atencion impertinente, avivó el paso, tomó la calle arriba para huir de aquellas miradas. Pero los mozos la siguieron, y ella quiso ir mas aprisa; ellos tambien; ella mas aun, hasta que se decidió á correr, y corrió con toda la velocidad que podia. Entónces una mujer gritó desde una puerta con voz chillona y angustiada: «¡á esa, á esa, á esa!» Un hombre la detuvo por el brazo: muchas mujeres la rodearon y se formó en un momento un grupo de mas de treinta personas en torno á ella. La huérfana estaba tan trémula y aterrada, que no dijo palabra, ni trató de huir, ni lloró siquiera. Creyó tener en derredor un círculo de asesinos.

— ¿Qué ha hecho? ¿qué hay? — dijo uno.

— Que ha *robao* ese lio que lleva bajo el brazo.

— Muchacha; ¿dónde has tomado ese lio? — dijo el que la tenia asida.

Clara no contestó.

— A la cárcel con ella, — dijo uno de los presentes.

— ¿Dónde has tomado ese lio, muchacha?

La jóven se repuso un poco y con voz muy tenue, dijo:

— Es mio.

— ¿Que es suyo? — dijo una de las mujeres. — Si la ví yo correr como una *desalacion*. — Apuesto á que lo cogió en la casa del número 15.

— No, que venia de mas abajo, — dijo otra.

— Apuesto que es de casa de la Sá Nicolasa, la pupilera de ahí enfrente, — dijo otra mujer.

— Vd. miente, señora, — dijo un hombre alto, que parecia ser persona de la torería, á juzgar por su vestido y el rabi-coleto que tenia en la nuca. — Vd. miente; esta señora no ha salido de casa de la pupilera, ni del número 15; venia de mas abajo.

— ¡Miren ese pelele! — dijo la mujer. — ¿*Poz* no dice que yo miento?

— Vd. miente, señora. Esta muchacha no ha *robao naa;* que venia de abajo, y corrió porque la venian siguiendo esos lechuguinos. Yo lo he *oservao*, y si hay alguno que me desmienta, aquí estoy yo, que soy un hombre *pa* otro hombre.

— Tanta bulla *pa naa*, — dijo soltando á Clara el que la tenia asiada.

— Pues que si lo ha robado, si no lo ha robado... Cuando yo digo una cosa... Si estuviera aquí mi Blas, se veria si hay un hombre *pa* otro hombre, — dijo volviendo la espalda la promovedora de aquel alboroto.

— Vamos, señores, aquí no han *robao naa*, — dijo el chulo con decision. — Aquí están Vds. de mas. Largo el camino.

El público (llamémoslo así) encontró muy convincentes las últimas razones del hombre de los toros, y aun mas las insinuaciones que hizo con un tremendo palo de puño de plomo que llevaba en la mano, y empezó á desfilar.

— Vamos, prendita, no tenga Vd. miedo, — dijo el hombre del rabi-coleto cuando se quedó solo con Clara. — Venga usted conmigo, y do tenga reparo, que yo soy un hombre *pa* otro hombre. ¿Pero se *pué* saber á dónde iba la personita? Yo la llevaré á Vd., porque soy un hombre *pa*...

— Voy á la calle del Humilladero.

— Del Humilla... ¿qué?

— Del Humilladero.

— Ya sé... ¿pero *pa* qué va Vd. tan léjos? Si Vd. se echa á andar ahora llegará allí *pasao* mañana por la noche. Con que no tenga Vd. prisa...

— Sí señor, tengo prisa, y aunque esté léjos, he de ir enseguida. ¿Quiere Vd. hacerme el favor de decirme por dónde debo ir?

— *Misté*; coge Vd. esta calle *pa* arriba, siempre *pa* arriba... pero yo la voy á llevar á Vd. Aunqué *pa* decir verdad, mas valia que se viniera conmigo. ¡Ay! ¡Jesus qué guapa es usted! *Pos* no habia reparado... Venga Vd.

— No puedo detenerme, *Señor caballero*, — dijo Clara con mucho miedo. — Dígame dónde está esa calle, y yo me iré sola.

— ¡Sola! — dijo el chulo. — Y yo podia ser tan becerro que la iba á dejar ir sola por esas calles, esta noche que hay *rivolucion*... Bueno soy yo *pa*... Venga Vd. conmigo. Le *ijo* que no lo pasará mal: yo conozco aquí cerca un *colmao* donde hacen unas magras que...

Diciendo esto, el torero tomó á Clara por un brazo y quiso internarla por la calle del Lobo.

— Suélteme Vd., caballero, — dijo Clara desasiéndose, — tengo que hacer: por Dios, suélteme Vd.

— Pues es lo *mesmo* que un puerco-espin. ¡Bah! Si es usted muy guapa para ser tan picona. Le *igo* que... Pero en fin, yo la acompañaré á esa calle.

— No, dígame Vd. por dónde debo ir. Yo iré sola.

— ¿Sola? Si hay *rivolucion*. ¿*Pa* que le peguen á Vd. un tiro y me la *éjen* frita en medio de la calle?...

— Yo quiero ir sola — dijo ella separándose.

La compañía y la solicitud impertinente de aquel hombre le inspiraba mucha desconfianza: su intento era huir de él y preguntar á otro. Pero aunque avivó mucho el paso, él seguia siempre á su lado diciéndole mil cosas. Un incidente feliz (algo feliz habia de pasar aquella noche) vino á librar á Clara de aquel moscon. Iban por la plazuela de Santa Ana, cuando sintieron detras unos gritos de mujer. El chulo no volvió la cara; pero tuvo buen cuidado de embozarse bien en su capa para no ser conocido.

— *Arrastráo, endino* — dijo la mujer, que era alta, gruesa hombruna y con una voz aterradora y aguardentosa. — Espera, espera; que te voy á sentar los cinco en esa cara de documento.

Al decir esto tiró al chulo de la capa, y con una mano mas pesada que una maza de batan, cogió á Clara por un brazo y la detuvo.

— Si no fuera porque está aquí esta señora — dijo el chulo cuadrándose ante la jamona — ahora *mesmo* te volvia las narices del reves.

— *¡Arrastráo!* — dijo la maja cuadrándose y moviendo á un lado y otro la cabeza — ¿tengo yo cara de cabrona? Te *paece* que por una cara de escoba como esta, voy yo á consentir...

— ¡Calla! — esclamó el chulo — ó te *ejo* sin piernas.

— Mira, Juan Mortaja, que voy á sacarle los ojos á esta rabuja, si ahora *mesmo* no vienes conmigo. ¿Le parece á Vd. que á una mujer como yo, se la... Juan Mortaja, cuando *igo* que vamos á tener que...

— No haga Vd. caso — dijo el chulo, dirigiéndose á Clara que estaba sin aliento, oprimida por la mano de la jamona, como la codorniz en las garras del gavilan. No haga Vd.

caso, niña, que esta suele rezarle un Padre nuestro á *santo cuartillo*.

— *¡Reendino!* — esclamó con trágico furor la maja, soltando á Clara y echando rápidamente mano á la cintura, de la cual sacó una navaja, que esgrimió con el donaire y la presteza de un matutero.

— ¡Saco *e* demonios! — dijo el chulo enarbolando el palo.

No sabemos cómo concluyó la pendencia, porque hemos de seguir á Clara; y esta, en cuanto se vió libre de la zarpa de la dama de Juan Mortaja, se escapó lijeramente, y, á buen paso, seguida siempre de Batilo, llegó á la plazuela del Angel. La desventurada no sabia ya qué partido tomar: se horrorizaba al pensar que entre los miles de habitantes de este inmenso enjambre no habia uno que le dijera el nombre de la calle donde estaba el único asilo que podia acoger á la huérfana abandonada, sola, injuriada, medio muerta de miedo y dolor. Creyó que Dios la abandonaba; ó que no habia Dios; que su destino la obligaba á optar entre el martirio lento y la inquisicion espantosa de las dos Porreñas, y aquel abandono, aquel vagar por un desierto, repelida por todos ó solicitada por la depravacion ó el vicio.

Se decidió á hacer otra tentativa. Detúvose ante un hombre que con un farol y un gancho revolvia unos escombros y le hizo su pregunta.

— ¿La calle del Humilladero? — dijo el trapero incorporándose y haciendo con el gancho ciertos movimientos semejantes á los que hace con su varilla un director de orquesta. — Esa calle está... Voy á darle á Vd. una receta para que la encuentre en seguida. Pues eche Vd. á andar... y vaya mirando con atencion los letreros de todas las calles. ¿Sabe usted leer?

— Sí señor — dijo Clara.

— Pues cuando Vd. vea un letrero que diga así: «calle del Humilladero» allí *mesmo* es.

El trapero se quedó muy satisfecho de su apotegma, y volviendo á inclinarse, enterró su gancho investigador en el monton de inmundicia que delante tenia. Clara se retiró muy angustiada y ya principiaba á perder el conocimiento exacto de su desventura, hallándose próxima á entrar en ese período de atonía que precede á las grandes enajenaciones.

Dirigió de nuevo mentales súplicas á Dios y á la Vírgen para que la sacaran de aquella situacion, y aun rezaba, cuando vió llegarse hácia ella á una persona que le inspiró mucha confianza. Dió algunos pasos hácia aquella persona, que era un clérigo de mas que mediana edad, gordo y pequeño. Venia con su rosario en la mano y la vista fija en el suelo. La huérfana respiró con tranquilidad, porque aquel personaje venerable que tenia ante sí, debia ser un santo varon, de esos cuyo fin en la tierra es consolar á los afligidos y ayudar á los débiles.

CAPITULO XXXVIII.

CONTINUACION DEL «VIA-CRUCIS».

Parecia el clérigo hombre pobre, á juzgar por su vestido, que era muy raido y verdinegro. Era él de edad madura, y á juzgar por su pronunciada y redonda panza, debia ser hombre que no se daba mala vida, á pesar de su pobreza en el vestir. Tenia la cara redonda y amoratada, con dos ojillos muy vivos y una nariz que parecia haber servido de modelo á la naturaleza para la creacion de las patatas. No puede decirse que su fisonomía fuera antipática; sonreia con bondad, y sobre todo habia en sus ojuelos cierta gracia y una volubilidad amable. Cuando vió á Clara y oyó la pregunta que esta le hizo con el mayor respeto, guardó el rosario, se ladeó el sombrero (porque era este tan grande que tapaba con él á cuantos se le ponian delante) y dijo:

— ¿La calle del Humilladero? Sí, hija mia, sí; sé donde está, sí. Pero es muy léjos. No podrá Vd. ir sola; se perderá Vd., hija mia. Venga Vd. y yo la pondré en camino.

Y volvió atras. Siguiéronle Batilo y Clara, que creyó al fin haber encontrado el hilo del laberinto.

— Pero, hija mia, ¿cómo es que Vd. va sola? ¡á estas horas... tan léjos! — dijo el padre con voz agridulce.

— Tengo que ir á una casa que conozco — dijo Clara, por dar alguna respuesta.

— ¿Pero vá Vd. sola? ¡A estas horas!... Hija mia, ¿po qué es eso?

— No tengo quien me acompañe — dijo Clara. — Soy sola.

— ¿Que es Vd. sola? Jesus, María y José. ¡Qué calamidad! ¿Pero no tiene Vd. padres?

— No, señor.

— ¿Es Vd. sola, enteramente sola? Jesus, María y José. Esto no va bien, hija mia. ¿Pero no tiene Vd. ningun pariente? Vamos, irá Vd. á casa de algun pariente.

— No, señor, no. Voy á casa de una mujer que conozco. No conozco á nadie mas que á ella.

— Vamos, ya conocerá Vd. á alguna otra persona — dijo el cura parándose y fijando en el semblante de Clara sus picarescos ojuelos. — ¿De dónde viene Vd. ahora?

— De casa de unas señoras, donde estaba.

— ¿Y allí no conoció Vd. á ninguna persona mas que á esas señoras?

— No señor — dijo Clara asustada del giro que tomaban las preguntas del clérigo.

— Vamos, juraria yo que ha conocido á Vd. á algun muchachuelo... Eso no tiene nada de particular, hija mia, para eso es la juventud. Eso no tiene nada de particular. ¡Bah! no se ponga Vd. encarnada. Por el Sagrado Corazon de María, que no me enfado yo por eso... no.

Al decir esto el cura se paró otra vez, y volvió á fijar en la huérfana sus pequeños y vivaces ojos, acompañando esta mirada con una santa sonrisa de astucia, que haria honor á un alumno de seminario, conocedor de la obra de Sanchez titulada de *De Matrimoniis*.

— Porque, hija mia, el mundo es así — continuó. — Yo que conozco las debilidades de ambos sexos, puedo hablar sobre este punto. Y luego, yo tengo una práctica tal, que en seguida comprendo. Sobre todo, como Vd. es tan guapita.

Turbóse mucho la jóven con aquellas palabras, pero la esperanza de que pronto llegarian á la decantada calle del Humilladero, la serenó, haciéndole mas llevaderas las amabilidades del buen hombre.

— Sí, hija mia; yo soy gran admirador de las obras de la Naturaleza, y cuando estas obras son bellas, las admiro mas. Yo, francamente lo digo, no soy gazmoño. Lo cortés no quita lo valiente. Aunque uno sea sacerdote... porque admirar la Naturaleza no es pecado.

Con estas y otras cosas habian pasado la calle de Atocha y llegado á la Plaza Mayor: atravesáronla, dirigiéndose á la plazuela de San Miguel.

— Venga Vd., venga Vd. — dijo tomando el brazo á Clara al ver que manifestaba cierto recelo de internarse por el arco oscuro que da á la plazuela del Conde de Miranda. — Venga Vd. que conmigo va segura... Pues decia que lo cortés no quita lo valiente... Pero no me ha seguido Vd. contando eso del muchachuelo.

— Si yo no he contado nada — dijo Clara, haciendo un movimiento disimulado para desasir su brazo de la mano del cura.

— Sí, algo hay, hija mia; yo lo he conocido. Si eso no tiene nada de particular. Ya... ¿hay vergüencilla? Vamos, cuénteme Vd. que yo la absuelvo en seguida. A las niñas bonitas se les perdona todo.

Diciendo esto, miró de nuevo á Clara; pero ya no se sonreia: estaba serio y habia en su voz cierta agitacion que ella no notó.

— Cuidado no se caiga Vd. — dijo, como si Clara hubiera tropezado, y estendiendo su brazo por la cintura de la huérfana.

— ¡Ay! — dijo esta mas confusa y separándose del cura. — ¡Cuándo llegaremos á esa calle!... ¿Está muy léjos todavía?

— Sí, hija mia; está léjos, muy léjos. Pero ¿qué prisa tiene usted?

— ¡Ah! sí, tengo mucha prisa. Pero no se moleste Vd. mas. Dígame por dónde debo ir... y seguiré sola.

— ¡Ah! no acertará Vd. en toda la noche. Está muy léjos. Pero qué prisa tienes, hija mia? Veo que estás muy cansada. ¿No te convendria descansar un poquito?

— ¡Oh! no señor; no puedo descansar — dijo Clara, aterrada ante la idea de que la llevaran á una sacristía.

— Sí, hija mia, estás muy fatigadita, y yo no tengo corazon

para verte andar por esas calles á estas horas y con este frio.

— No importa, señor cura, no me puedo detener.

— ¡Jesus, María y José! No he visto nunca una muchacha mas arisca. Yo... no gusto de gente así, porque me gusta que las niñas sean amables y buenas.

En esto entraban en el callejon de Puñonrostro. Paróse el cura y tomó una mano á Clara, que se retiró, apartándose de él.

— Hija mia, por Jesus, María y José, te digo que se me parte el corazon de verte así sola por esas calles, á estas horas, con este frio... Mira, yo tengo un buen brasero arriba... porque aquí vivo yo, aquí á espaldas de San Justo, que es mi iglesia. Pues si quieres descansar un ratito.

— No, padre, yo quiero ir á la calle del Humilladero. Dígame Vd. dónde está, ya que no me ha llevado á ella.

— ¡Qué Humilladero, ni Humilladero! ya me tienes loco con tu calle. Pues no estás poco impertinente, — dijo el clérigo con mas agitacion y mucha impaciencia. — Ven, hija mia; y me contarás eso del muchachuelo.

El infame plan de aquel hombre se reveló de pronto en el entendimiento de Clara con todo su horror y repugnancia.

— Señor: — dijo — Dígame Vd. por dónde voy.

— Sube, sube, — dijo él, colocado ya en la puerta de su casa. — Sube: no te pesará. Si supieras que bueno soy yo; porque lo cortés no quita lo valiente. Y mañana te vas á tu Humilladero, ó si no quieres ir...

— Señor, por Dios, dígame por dónde debo ir. Yo me vuelvo loca, — dijo Clara con angustia. — Para qué me ha traido Vd. aquí? ¿Y dónde estoy? Puede ser que ahora esté mas léjos del punto á dónde quiero ir.

— Sube, hija mia, sube, — dijo el clérigo, abriendo la puerta, — y hablaremos de eso. Yo te diré dónde está esa calle, y mañana podrás...

— No: yo no le quiero ver á Vd. mas. Pero dígame por dónde debo dirigirme. ¿Por qué me ha engañado Vd.?

La jóven rompió á llorar como un niño. El clerigüillo habia perdido su amabilidad: sus ojuelos espresaban el mayor despecho, su labio inferior, masa informe y pendiente, le temblaba por la rabia de la contrariedad y del desengaño.

— ¿Está léjos esa calle, señor; está léjos?

El cura miró á Clara con desden, hizo un gesto despreciativo, y entró diciendo:

— Sí, chica; está léjos, muy léjos.

Y cerró violentamente con mano colérica la puerta, que produjo un fuerte estampido.

Algo tranquilizó á Clara el verse libre de aquel malvado; pero al pensar que no habia podido adquirir noticia alguna de lo que buscaba, y al verse en aquel callejon estrecho y oscuro, donde no aparecian indicios de vivienda humana; al considerar que por un estremo podia aparecer un hombre y por el otro estremo otro, avanzando hácia el centro y cogiéndola entre los dos, fué tal su pavor que estuvo á punto de caer al suelo sin sentido. Tambien se le figuraba que la enorme muralla de la casa del Cordon y la de San Justo iban á reunirse aplastándola en medio. Un supremo esfuerzo, una carrera en que el espíritu agitado, mas bien que el cuerpo, parecia trasladarse, la llevó á la calle del Sacramento. Al fin vió una luz que se movia: era un sereno. Aquel encuentro le infundió algun valor; acercóse á él y le repitió su pregunta, tantas veces hecha y nunca contestada. El sereno de muy mal humor, pero con buena intencion al fin, le dió la direccion verdadera.

— Baje Vd. esa cuestecita por detras del Sacramento; baje Vd. siempre hasta que llegue á la calle de Segovia; en seguida sube Vd. derecha, siempre adelante hasta encontrar la Morería: entra por ella hasta llegar á la calle de D. Pedro, despues sigue por esta hasta la plazuela de los Carros, y en frente de la capilla de San Isidro encuentra Vd. la calle del Humilladero. — Le repitió las señas y le dió las buenas noches.

La muchacha se retiró muy agradecida. Al fin encontraba la direccion de aquella maldita calle. Tomó por el camino indicado y bajó la cuesta de los Consejos. ¡Qué triste y pavoroso lugar! El piso parece que huye bajo los piés del transeunte: tal es la pendiente. A Clara que estaba completamente desfallecida, y con la cabeza debilitada, le parecia caerse á cada paso, y que el suelo se iba inclinando mas cada vez, negándose á sopotarla. Llegó á creer que nunca terminaba aquel descender precipitado, hasta que por fin sus

piés pisaron en llano: estaba en la calle de Segovia, y se le figuraba haber caido en un abismo. No era posible, pensaba ella, que el sereno le hubiera dicho la verdad. Estaba aquel sitio habitado por seres de este mundo? De noche y en aquella lobreguez parecia la profundidad de un barranco, de esos que escogen para sus conventículos los duendes y las brujas. Miró hácia arriba y le parecia que se inclinaban, amenazando caer, las dos masas de habitaciones que á un lado y otro de la calle se levantan. Este sitio horrible fué, sin embargo, privilegiado lugar de la antigua nobleza. A un lado se ve la enorme pesadumbre de la casa de los Consejos, al otro la del Infantado puesta al borde del abismo; construcciones colosales que espantan de noche cuando la oscuridad da grandeza y horror á aquellos muros inveterados; pero que causan desprecio de dia, cuando el sol ilumina su arquitectura, baldon del arte español.

Clara siguió sin embargo la direccion que el sereno le indicó, distinguió delante de sí la cuesta escarpada de los Ciegos, y pensó que era imposible trepar por allí. Intentólo, á pesar de todo, tropezando con montones de escombros y ruinas: las casas se veian arriba suspendidas, al parecer, como nidos de buitre en lo alto de la eminencia. Ella se sintió sin fuerzas para escalar aquello; no distinguia senda alguna, ni habia allí nada que indicase el paso de seres humanos. No se oia voz alguna, sino de tiempo en tiempo, y resonando muy léjos unos gritos de mujeres que Clara referia á lo alto. Los gritos resonaban como si una bandada de aves con palabra humana, se cernieran graznando en lo mas alto del cielo. De repente sintió una voz infantil que venia de abajo. Era una niña que subia sola y cantando por la calle de Segovia, dirigiéndose á la Morería. Clara vió con asombro que la niña, sin cesar de cantar, subia la cuesta y trepaba encontrando una vereda entre tantos escombros. Se levantó é intentó seguirla: la niña no la vió y marchaba delante muy alegre al parecer. Pero de pronto advirtió el ruido de los pasos de la que la seguia; volvióse, vió aquel bulto que en medio de la noche andaba tras ella, y lanzándose en súbita carrera, empezó á gritar: «¡madre, madre; brujas, brujas!»

La huérfana sintió entónces mas claros los gritos de las mujeres. Ella llegó tambien á creer que habia brujas por

allí. Las mujeres parecia como que bajaban y sus voces confusas y discordantes semejaban al altercado frenético de una horda de euménides. Retrocedió y volvió á bajar, estando á punto de resbalar y caer algunas veces. Hallóse de nuevo en la calle de Segovia, y entónces los gritos femininos llegaban á sus oidos como si la horda de aves con palabra humana hubiera levantado el vuelo tornando á las altas regiones.

Empezó á llover: caian unas gotas muy gruesas que la imaginacion calenturienta de la huérfana sentia en el piso, como si este fuera una caja sonora. La lluvia aumentaba, las gotas caian con estraordinaria rapidez, dejando en las piedras un disco oscuro, semejante á una pieza de dos cuartos, que repetidos infinitamente, concluyeron por teñir de negro reluciente todas las piedras. Clara se arropó, apoyóse en una gran piedra sillar que allí habia, y con el alma agotada ya, miró al cielo buscando la luna, una estrella, cualquier cosa que no fuera negra y horrible, cualquier cosa que no hubiera visto aquella noche en otra parte; pero no vió ni estrella ni luna: tan solo allá abajo en la direccion del puente y en el horizonte que tras la otra orilla del Manzanares se dibuja, vió una claridad rojiza, esa claridad violenta de encendido color, que es en noches tempestuosas como una fiebre del cielo. Se le ve arder calenturiento y agitado por súbitas y precipitadas exhalaciones, miéntras toda su inmensa estension permanece oscura y helada. Aquella claridad impresionó la mente de Clara de un modo muy estraño. Léjos de infundirle temor, le pareció ver allí alguna cosa interna, mas profunda que el profundo cielo, que parecia estar abierto por aquel punto. Creia ver oleadas de luz, emanadas de un foco incandescente; creia ver formas humanas, cuerpos sin sombra, que oscilaban con caprichosas revoluciones. Parecíale como una falange de astros humanos, de cielos y mundos en forma de seres vivos, que allí se determinaban dentro del espacio mismo de una llama sin fin: cada uno engendraba miles, cada mil un millon, se alejaban y volvian, se oscurecian tenuamente, y de nuevo adquirian el brillo de la mas intensa luz.

Cuando apartó la vista de aquella claridad, miró al lado opuesto, miró á la calle, en derredor y no vió nada. Esperó

un rato, mirando siempre y no vió nada. Creyó que estaba ciega, y en vano queria con atencion afanosa, descubrir algun objeto. La lluvia habia crecido de una manera espantosa; un torrente bajaba por la Cuesta de los Ciegos y otro por la de los Consejos; la calle recogia estas dos vertientes y arrojaba hácia el puente un barranco fangoso. Ella continuaba sin ver; sentia la lluvia y sentia que sus piés se enterraban en fango; el ruido era horrible. Se le concluyó el ánimo; creyó que no le quedaba mas recurso que cerrar los ojos, que ya no veian, y dejarse morir allí, dejarse arrastrar por aquella agua que iba hácia el rio con precipitacion vertiginosa.

Un relámpago intenso iluminó aquel abismo. Entónces vió á la repentina luz, las dos masas oscuras de casas que á un lado y otro se alzaban. Pero despues volvió á quedar sumergida en su profunda ceguera. Las rodillas se le doblaban; el agua le habia calado toda la ropa; Batilo gruñia como un perro náufrago. A pesar del ruido de la lluvia, los gritos de las mujeres se sentian otra vez, discordantes, agudas, como un confuso chirrido de aves nocturnas, resonando encima, allá arriba. La enferma fantasía de Clara creyó reconocer en aquellas voces un horrible y áspero trio de las Porreñas, que volaban, envueltas en espantosas nubes, dando al viento las voces de su impertinencia, de su amargo despecho y de su envidia. Hasta le pareció ver á Salomé, que se cernia sobre su cabeza, agitando rápidamente sus luengas vestiduras á manera de alas, y mostrando hácia abajo las encorvadas y angulosas falanges de sus dedos, terminando con uñas de lechuza.

La lluvia empezó á disminuir. Un ruido de campanillas y ruedas indicó á Clara que una galera acababa de pasar la calzada del puente y entraba en la calle: esto la animó un poco, porque sentia la voz del arriero, que con tremendos palos estimulaba á sus caballerías á subir la cuesta. Levantóse la jóven dispuesta á hacer la última tentativa, preguntando al arriero. Llegó la galera y Clara se adelantó hácia la mitad del camino; pero una de las mulas, que era muy espantadiza, dió un salto y casi vuelca la galera. El arriero empezó á proferir votos y juramentos. El animal se resistió á dar un paso; pegaba el arriero, coceaba la mula espanta-

diza; y la otra, queriendo aprovechar tan buena ocasion de reposar su fatigado cuerpo, que habia hecho la jornada de Navalcarnero en seis horas, se echó al suelo muy sibaríticamente, esperando á que estuviera resuelta la pendencia entre su amo y su compañera. La mula quedó casi totalmente enterrada en fango, y cuando el arriero vió tal cosa, y que la galera se habia inclinada de un lado, hincando el eje en el suelo, se puso hecho un demonio; llamó en su auxílio á todos los santos del cielo y á todos los demonios del infierno, se tiró de los pelos y hasta empezó á darse latigazos de rabia.

Clara, que se creyó causante de aquel desperfecto, tuvo bastante fuerza para huir de las iras del arriero, que, á haberla visto, la hubiera maltratado; corrió hácia arriba, y no paró hasta la esquina de la plazuela de la Paja. Allí encontró otro sereno y le hizo su pregunta.

— Está Vd. cerca — le dijo este. — Suba Vd. esa plazuela, pase Vd. aquel arco que se ve allí, donde está la imágen de la Vírgen con el farol, y llega Vd. á la plazuela de los Carros. Enfrente está la calle del Humilladero.

Clara empezó á creer otra vez que habia Dios, y siguió la direccion indicada. Al fin estaba cerca, al fin llegaba. La esperanza le dió ánimo; pero al acercarse al arco que unia entónces la capilla del Obispo con la casa de los Lassos, se avivó su miedo. Se figuraba que aquel arco no podia conducir sino á una caverna, y ademas le parecia que detras estaba una figura corpulenta, que no era otra que María de la Paz Jesus, apostada allí para asirla cuando pasara, arrebatándola con una mano grande y crispada, para llevársela por los aires.

Pero la esperanza puede mucho. Cerró los ojos y corriendo velozmente pasó. La plaza de los Carros ya le parecia mas habitable y ménos triste: pasaban algunas personas, se veian algunas luces. Miró los letreros de todas las calles que de allí partian, y al fin, llena de alborozo, leyó el nombre de la que buscaba. Entró en ella y á los pocos pasos vió una puerta, á cuyos lados habia pintados unos racimos alegóricos y unas botellas que indicaban muy claro que aquello era una taberna. — Aquí es — dijo, y se acercó: la puerta estaba abierta, y dentro habia dos mujeres y un hombre.

Preguntó si vivia allí un tal Pascual, tabernero casado con una tal Pascuala.

— Aquí no hay *nengun* Pascual — dijo una de las mujeres.

— ¿Sabe Vd. si es aquí cerca? — preguntó Clara.

— ¿No hay otra taberna en esta calle?

— No, que yo sepa.

Clara volvió á creer que no habia Dios.

— ¿Qué estás diciendo ahí, *enredaora?* — esclamó el hombre — siempre te has de meter en lo que no te toca. Sí señora — añadió volviéndose á Clara. — Hay otra taberna de vinos de un tal Pascual... sí señora, ahí en el número 14.

La huérfana dió las gracias, y fué allá palpitante de agitacion y alegría. Antes de llegar al número 14, sintió ruido de guitarras y voces de hombres. Al acercarse á la puerta vió á muchos que cantaban y bailaban con la exaltacion de la embriaguez; y aunque no vió á Pascuala, aunque aquella gente le inspiraba mucho recelo, subió el escalon de la entrada, y presentándose, preguntó por su antigua criada.

— ¡*Ole, ole*! dijeron dos ó tres de aquellos insignes personajes, miéntras uno de ellos avanzó hácia la jóven, y abrazándola estrechamente, la llevó al centro de la taberna.

— ¡Viva el buen trapío!

Clara dió un grito de terror al encontrarse en los brazos de aquel desalmado, y gritó con todas sus fuerzas «¡Pascuala!»

— ¿Qué? ¿Quién es? — dijo una voz de mujer — ¿á ver qué es eso?

Pascuala se presentó, y al ver que habia allí una mujer, y que estaba en brazos de su marido, dió á este en la cara un mojicon, que á ser mas fuerte, no le dejara con narices.

— No fuí yo — dijo Pascual — fué ese *dimonio* de Chaleco.

— Si fué él, que la ha traido y la tenia escondida, señora Pascuala — esclamó Tres Pesetas, con uno de sus frecuentes rasgos de malicia.

— ¡Señorita! — dijo Pascuala abrazando á Clara con mas suavidad que su marido y llevándola adentro.

Al encontrarse en el dormitorio de los Pascuales, la huérfana, que habia agotado todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu en aquella noche, se dejó caer en una silla y perdió el conocimiento.

CAPITULO XXXIX.

UN MOMENTO DE CALMA.

Bozmediano y Lázaro hablaron poco por el camino. Al llegar á la casa de Pascual, serian las diez de la mañana; lo primero que vieron fué á Pascuala que fregaba unos vasos. Preguntáronle si habia venido Clara á su casa, y ella contestó:

— Anoche sí, señor: despues de media noche vino. Pero ya reconozco al caballerito sobrino de mi amo, que estuvo allá á preguntarme por su tio.

— ¡Gracias á Dios! — dijo este. — ¡Qué suerte hemos tenido!

— La pobre llegó esta mañana y se desmayó — dijo Pascuala. — Está muy malita; todavía no ha hablado palabra, sino es *pa* delirar. Vino que no se podia tener, toda mojada, temblando de frio; y las lágrimas le corrian por la cara abajo.

— ¿Dónde está? — dijo Lázaro.

— Allí, en mi alcoba y en mi cama. Pascual se quedó en el desvan, y yo en el suelo al lado de ella. Está muy malita; empezó á dar unas manotadas y á decir que venian volando unas... ¿cómo dijo? «Las tres, las tres volando», decia, y así estuvo hasta hace una hora, que calló y se quedó tranquila. Esto es que el amo la ha tratado muy mal. Como no le *haygan* hecho alguna perrería aquellas tres señoras... Ya me lo figuraba yo.

Los dos jóvenes pasaron adentro, y cuando la tabernera abrió un poco la ventana para que entrara alguna luz, pudieron ver acostada en el lecho aquella figura, en cuyo sem-

blante estenuado y pálido se pintaban los síntomas de una postracion y un malestar muy grandes. Dormia, y la violenta posicion de su cabeza indicaba que ántes del sueño la habia atormentado uno de esos letargos dolorosos en que el cuerpo obedece con bruscos movimientos á todos los delirios de la mente enferma. Pascuala cogió entre sus manos la cabeza de la jóven, y la colocó con ménos molestia; le entró uno de los brazos, que colgaba fuera de las sábanas; arregló estas y las almohadas, y cerró un poco mas la ventana, porque no entrara mas claridad que la necesaria para no estar á oscuras.

— Vd. ya no sale de aquí, — dijo Bozmediano á Lázaro.

— No, — dijo este preocupado y contemplando á la enferma tan de cerca, que sentia su respiracion agitada y difícil como si un pequeño volcan existiera entre las sábanas.

— Creo que al despertar, despertará con el delirio. Usted debe quedarse aquí hasta ver en qué para esto, — dijo Bozmediano: — yo me marcho. Si me ve, creo que mi presencia no será lo que mas la tranquilice. Mañana le espero á Vd. en mi casa sin falta; tenemos que hablar.

Lázaro no contestó. Si su susceptible desconfianza no se habia estirpado completamente, en aquellos momentos en que tenia delante á la infeliz huérfana, cuya persona era el remedo de un cadáver, no podia pensar en tan delicado asunto. Su ánimo esperimentaba una emocion muy grande para detenerse en dudas crueles y rencores poco generosos, que un alma elevada deja siempre á un lado al contemplar los grandes infortunios.

Cuando Claudio se marchó, Lázaro se sentó junto al lecho, y allí permaneció mucho tiempo inmóvil mirando á la enferma, estatua que contemplaba otra estatua, casi tan pálido como ella, esperando á cada espansion del aliento que despertara; observando con la atencion preocupada de un amante la oscilacion de aquella vida comprometida en una crísis. Por fin, ella se movió, pronunciando algunas voces mal articuladas. El jóven pudo distinguir claramente: «Señora, por Dios!...» Despues agitó una de sus manos como quien quiere retirar algo, y por fin abrió los ojos. Se apartó los cabellos que en desórden le cubrian la cara, tuvo un gran rato la mano ante los ojos, y la apartó despues. Sus ojos se clavaron

en la persona que tenia delante, y por mucho tiempo permaneció mirándole, como si no tuviera claro conocimiento de lo que veia, ó como si su sorpresa fuera tal que no pudiera creer lo que estaba viendo. Despues estendió el brazo lentamente hácia él, y le nombró con voz muy débil.

— ¿No sabes por qué estoy aquí? — dijo Lázaro conmovido. Me parece que no nos hemos visto desde mi pueblo. Aun no creo que hayas podido estar en aquella maldita casa.

— ¿En qué casa? — dijo Clara, como afectada de una profunda confusion.

— Allí, en casa de esas mujeres, — contestó él con tristeza recordando los dolores de aquella vivienda.

— ¡Ay! esclamó Clara. — Yo no quiero volver: quiero morirme aquí ántes que volver. Estoy en casa de Pascuala, ¿no?

Al decir esto reconocia el sitio con ansiosa mirada.

— Sí: ya no estás, ya no estamos allí — dijo él acercándose mas.

— No volveré; no me llevarán. No es verdad. Tú no volverás tampoco.

— ¿Qué he de volver? — dijo el jóven. — Si aquella casa ha sido mas terrible para mí que el infierno mismo. La detesto, y detesto á los que la habitan. Allí he padecido en una sola noche mas que en toda mi vida. Ya no vuelvo, no.

Clara pareció escuchar esto con mucha atencion: despues le estuvo mirando fijamente por un largo rato, y le miraba con cierto asombro y con indicios de estar preocupada en aquellos instantes por sérias reflexiones.

— ¿Por qué me miras así? — preguntó Lázaro.

La muchacha tardó en responder; pero al fin con voz lenta y cariñosa dijo:

— Hace mucho tiempo que no te he visto, ¿no?

— No hace tanto. Me viste una tarde, el domingo.

— Sí... ya me acuerdo. ¡Qué dia! ¿Sabes que me echaron porque decian que habia entrado un hombre en la casa? ¿Sabes?... ¡Qué malas son!

— ¿Y no entró? — dijo él con mucha ansiedad.

— Sí entró, sí... pero yo ¿qué culpa tenia? Ellas dicen que entró por mí. ¡Qué malas son!

— ¿Y no entró por tí?

— ¿Por mí? — contestó Clara con la voz entrecortada y muy débil. — ¿Por mí?

Despues se detuvo como recordando, y dijo:

— Sí, por mí. Él me dijo que iba á sacarme de allí: que queria hacerme feliz. Me dió mucho miedo.

Decia todo esto con una vaguedad que indicaba cuán débiles estaban sus facultades mentales.

— Me dió mucho miedo, — continuó — aun me parece que lo estoy viendo. Al principio pensé que me iba á matar, pero... no me mató. Dijo que me queria llevar consigo; que él me queria ver feliz... Me habia escrito una carta.

— ¿Una carta? — dijo Lázaro vivamente.

— Sí: me la dió aquel viejo feo, feo, feo...

— ¿Dónde está la carta?

— ¿La carta, la carta?... No sé. Yo la tenia en la faltriquera.

— ¿Dónde está tu ropa?

— No sé... La carta... ¡Ah! ya me acuerdo... la rompí toda, y la hice unos pedacitos muy chicos, muy chicos.

— ¿Por qué la has roto? — dijo Lázaro, deplorando no tener aquel documento. — ¿Y no recuerdas haberme visto á mí aquella tarde?

— Sí, sí, sí lo recuerdo — contestó mostrando que nunca habia olvidado tal cosa. — Entraste muy enfadado. Yo estuve llorando toda la noche. Despues me dió un mareo en la cabeza... yo creí que me iba á morir y me alegré.

La melancólica serenidad que habia en estas declaraciones conmovió á Lázaro de tal modo, que no se atrevia á preguntar mas; porque herir la delicadeza de aquel ángel le parecia una crueldad sin ejemplo. Aun quiso hacer la última pregunta de este modo.

— ¿Y qué te dije aquella tarde?

— ¿Qué me dijiste?... Eso sí que se me ha olvidado... No: ya lo recuerdo. Me dijiste...

Aquí se detuvo: sin duda le faltó el habla ó el entendimiento. Tenia húmedos los ojos, y se apartaba otra vez el cabello que le cubria parte de la frente. Lázaro se sintió humillado. Casi le avergonzaba la cruel y brusca acusacion que su conducta en aquella tarde memorable habia hecho á

la inocencia. No habia prescindido aun enteramente de la ley social que exige pruebas positivas para la aclaracion de ciertos hechos; pero aun poseyendo aquella susceptibilidad irreflexiva no podia resistir á la fuerza de persuasion que en las respuestas de la huérfana habia. En su corazon no cabia, no era posible que cupiera la duda, despues de oirla; y si la voz de un demonio atormentador resonaba internamente para recordarle el deber social de no darse por satisfecho, él parecia como que aplazaba para mas tarde la investigacion de la evidencia en aquel asunto, abandonándose por entónces á la efusion consoladora del afecto, que sentia tan vivo como ántes, apremiante como una necesidad.

— No me espliques mas — dijo Lázaro, viéndola llorar. — Veo que aquellos demonios tienen la culpa de todo. ¡Maldito sea el que te llevó allá! Ellas te han calumniado, estoy seguro de ello. Siempre estaban hablando de faltas cometidas, de pecados... y qué sé yo. Lo mismo decian de mí. Las dos aseguraban que yo era un malvado, y que habia cometido no sé qué crímen. Esto me admiraba porque yo no habia cometido falta grave alguna. Lo mismo júzgo de tí. Tú eras la víctima de su rigor, de su suspicacia, de su disciplina, como ellas decian.

— Yo no las quiero ver mas — dijo Clara — anoche las estuve viendo toda la noche en sueños: me parecia que doña Salomé estaba revoloteando encima de mí, mostrándome sus ojos rencorosos y sus uñas terribles: me parecia que doña Paz estaba detras de la cama, y que de tiempo en tiempo sacaba el brazo para abofetearme. Estuve temblando y envuelta en mis sábanas para no verlas; pero siempre las veia. ¡Qué feas son!

— Tranquilízate — dijo Lázaro, viendo en el tono de su amiga los síntomas de un nuevo delirio. — Ya no volverás á casa de esas fieras. Yo estoy aquí; tu te has creido abandonada, miéntras yo existia. No sé si yo tengo la culpa de esto: si la tengo, descuida, que yo sabré remediarlo. ¡Yo que no he vivido sino por tí, que te he tenido por guia y por inspiracion de todos mis actos! Bien te dije, cuando nos conocimos, que Dios nos habia puesto en camino de encontrarnos para que no nos separáramos nunca. Para mí has sido tú lo mismo que yo. A donde quiera que he ido te he

llevado siempre en mi corazon y en mi cabeza, creyendo por tí y esperando por tí. Desde que nos conocimos, no hemos cesado de estar juntos, de caminar juntos por la senda de la vida, á lo ménos en lo que á mí corresponde. Cuando vine á Madrid, aunque no nos vimos inmediatamente, no di un paso por estas calles que no fuera dado hácia tí. Me prendieron por una lijereza mia, que no fué ningun crímen, como decian aquellas mujeres: y si soporté aquel contratiempo, si no me suicidé, estrellándome la cabeza contra los muros de la cárcel, fué porque en la oscuridad me parecia siempre que te estaba mirando en un rincon, en pié, con el rostro sereno, como es costumbre en tí. Yo no he podido, despues que te conozco, pensar en nada futuro, sin que á mi pensamiento acompañara la idea de tu persona, parte de mí mismo. No he podido pensar en la adquisicion de alguna cosa, de algun objeto, de alguna felicidad, sin que pensara en que tú disfrutarias de todo eso ántes que yo. No he tenido desgracia alguna, pérdida alguna, sin figurarme que estabas al lado mio, llorando conmigo. Si he aspirado á alguna hora feliz, siempre he tenido presente que nuestras dos vidas llegarian juntas á esa hora. No he podido concebir que uno de los dos existiera solo en el mundo: esto me ha parecido siempre imposible. ¿Sabes que ahora me parece que fué ayer cuando saliste de mi casa para volver aquí? Y esto que ha pasado despues, yo quiero borrarlo de mis recuerdos: aborrezco estos dias como se aborrece una pesadilla. ¿Tú no me has dicho tambien que aborreces aquella casa y aquella gente? Yo te lo creo. No puedo acostumbrarme á la idea de que pensemos de distinta manera. Si yo llegara á creer de una manera evidente que no me amabas, no sé cómo podria vivir; y si aun vivo despues de aquella tarde, es porque la duda me ha dado vida, duda en que ya no quiero pensar: la he tenido como un deber, me la impuse yo mismo, pero ya rechazo esta tiranía. Cuando te he visto, me parece que ha retrocedido el tiempo. Dudar de tí se me figura un crímen, y si lo he cometido, no te pido perdon porque sé que ya me lo has perdonado.

Durante esta espansiva manifestacion, le escuchaba la enferma con una especie de trastorno. Al fin lloraba con tan deshecho llanto, como si en aquel momento y con aquellas

lágrimas se desahogaran los dolores de toda su vida, desde el incidente del pajarito en casa de la madre Angustias hasta la escena de la espulsion en casa de las Porreñas. El jóven no quiso menoscabar con una palabra mas la elocuencia de aquellas lágrimas. El calor y la pulsacion precipitada de la mano de Clara que tenia entre las suyas, le indicó que la fiebre aumentaba tal vez por la agitacion de aquel diálogo, en que él habia puesto toda su elocuencia, y ella toda su sinceridad.

— Es preciso cuidarte mucho — dijo Lázaro.

— Sí — contestó ella — quiero vivir.

CAPITULO XL.

EL GRAN ATENTADO.

Por la tarde llegó un médico enviado por Bozmediano. Vió á la enferma, y despues de prescribirle mucho reposo, la dejó, dando muy poca importancia á aquella crísis, originada de una fuerte agitacion moral. Durmióse Clara, entrando en un período de calma, de que hasta entónces no habia disfrutado. En tanto el jóven que ardia en deseos de tomar una determinacion decisiva en su vida, pensaba hablar con su tio aquella misma noche, romper con él, separarse de un hombre, que era autor de todas sus desventuras: deseaba ver á las dos Porreñas, echarles en cara su crueldad y su hipocresía. Si la dignidad de varon no se lo impidiera, seguramente su primer acto aquella noche hubiera sido coger por el moño á doña Paz y hacerle inclinar la cabeza hasta el suelo.

Lo urgente y decoroso era suspender relaciones con aquel hombre fanático, que le parecia mas repugnante, despues que se reunia descaradamente con los jóvenes exaltados y hasta llegaba á darse el título de liberal. Despues solo y sin

apoyo, pobre, mas pobre que ántes. Pero él se encontraba con fuerzas para trabajar; trabajaria en una profesion, en un oficio cualquiera. Y si en Madrid no podia conseguirlo, se volveria á su pueblo, donde por lo ménos tenia seguro el pan.

Salió, pues, ya entrada la noche, dejando á Pascuala el encargo de no apartarse de Clara; y recordando que su tio habia hablado de no volver á casa de las Porreñas hasta despues de tres dias, pensó dirigirse á la *Fontana* ó á casa del abate. Fué á la *Fontana*, entró en el cuarto interior, donde se reunian confidencialmente los principales políticos del club, y no le encontró. No habia allí otra persona que el Sr. Pinilla, que se paseaba muy agitado con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero enterrado hasta los ojos.

— ¿Ola, amiguito? — dijo al ver á Lázaro. — ¿Cómo Vd. por aquí á estas horas?

— Busco á mi tio.

— ¡Ah! No le hallará Vd. Está en una parte... Ya sé yo dónde está. Está donde entran pocos.

— ¿No vendrá esta noche?

— ¿Esta noche? ¡Quiá! ¿Cómo ha de venir esta noche?

— ¿Pues qué hay esta noche?

— Lo gordo — dijo Pinilla con misterio. Pero bah, Vd. lo sabe mejor que yo. Si es su sobrino...

— No, no sé nada — dijo Lázaro sorprendido.

— ¿Pero no le han designado á Vd. su puesto? No le han dicho lo que ha de hacer? ¿No trabaja Vd. como todos en esta gran obra?

— ¿Qué obra?

— ¡Esta noche, amigo, esta noche es ella!

— ¿Qué? ¿Hay algo? Efectivamente he notado al venir cierta agitacion en la ciudad.

— Pues ya verá Vd. á eso de las diez...

— ¿Y no hay sesion esta noche?

— ¡Sesion! ¡Brrr! — esclamó Pinilla haciendo con la boca un estrambótico sonido. — Esta no es noche de palabras; es noche de hechos. Mucho se ha hablado ya.

— Pues no estoy enterado de nada. Ello es que desde anoche no vengo por aquí.

— Pues busque Vd. al doctrino que debe estar allá por

las Peñuelas, y le dirá lo que tiene que hacer; porque supongo, amigo, que Vd. no querrá quedarse atras. ¡Fuera miedo! yo sé que la primera vez esto es algo imponente, sobre todo para el que nunca ha oido tiros. Pero, en fin, teniendo ánimo...

— Pero esplíqueme Vd. lo que hay — dijo Lázaro fingiendo cierta complacencia para que el otro no vacilara en contarle todo.

— Hay — dijo Pinilla — que esta noche es el gran golpe, el golpe decisivo, el último esfuerzo del liberalismo vergonzante. Es preciso arrollar á los *discretos* que nos cierran el paso. Sí, amigo mio; al fin tendremos libertad.

— Vaya — dijo Lázaro afectando incredulidad para saber mas — algun motincillo insignificante...

— ¿Motincillo? Algo mas — dijo el otro sentándose y avivando con una badila el escaso fuego que en un brasero habia.

Robespierre subió sobre sus rodillas de un salto, y se acurrucó allí con admirable franqueza republicana.

— Pues yo tambien voy allá — dijo Lázaro deseando que Pinilla desembuchara.

— Vaya Vd. en busca del doctrino y le designará su puesto. Yo creo que hasta estará mal visto que Vd. no figure en este asunto despues de haber pronunciado el discurso que oímos anoche. ¡Qué discurso, amigo! Es Vd. un gran orador. Si viera Vd. cuánto gustó: está la gente entusiasmada. Hoy he oido á un zapatero de la calle de la Comadre repetir de memoria un trozo largo de lo que Vd. dijo anoche.

— Pero cuénteme Vd. ¿Qué habrá? — dijo impaciente Lázaro.

— Es muy sencillo. Es preciso pasar por encima de los falsos liberales que están hoy en el poder. Es preciso pasar; pues bien esta noche se pasará.

— ¿Y de qué manera?

— Estas cosas no se hacen sino de una sola manera. Usted bien lo sabe. La revolucion necesita estas medidas prontas y decisivas. Se pasa por encima de ellos, esterminándolos.

— ¡Esterminándolos! — dijo Lázaro horrorizado.

— Pues ya. Solo así se puede arrancar de raíz una mala

semilla. Es el único medio: convengo en que es terrible; pero es eficaz.

— ¿De modo que va á haber aquí una matanza?

— El pueblo está irritado y con razon. Se derribó la tiranía; se creyó que íbamos á tener libertad, y nos han engañado. Cuatro tiranuelos nos mandan constitucionalmente, y constitucionalmente nos persiguen como ántes. Esto no nos satisface: queremos mas. Adelante, pues.

— Pero el medio es espantoso. Yo no quiero para mi patria los horrores de la revolucion francesa. Despues de un terror, no puede venir sino una dictadura. Yo no quiero que pase aquí lo que en Francia, donde á causa de los escesos de la revolucion, la libertad ha muerto para siempre.

— Eso es música, amigo, música.

— Esa es la verdad. — ¿Pero es posible que mis amigos, los individuos de este club, que han predicado el uso de los derechos adquiridos como único medio de llegar á la libertad?... No lo puedo creer.

— Amigo, — dijo Pinilla, — mirándole con mucha sorna. — Usted lo dijo: no se acuerda Vd. ya de aquella parte de su discurso en que decia: «¿Nos detendremos con timidez asustados de nuestra propia obra? No. Estamos en un intermedio horrible. La mitad de este camino de abrojos es el mayor de los peligros. Detenerse en esta mitad es caer, es peor que no haber empezado?»

— Sí, — dijo Lázaro confundido; — pero yo no quise decir que se llegara á ese fin quitando puñal en mano todo obstáculo; yo quiero que se llegue á ese fin por los medios llegales.

— Sí; Vd. quiso decir eso, pero la gente lo entendió de otra manera, y esta noche va Vd. á ver cómo se entienden esas cosas. Desengáñese Vd., amigo; no hay otro camino mas que ese: los medios legales son pamplinas, créame Vd. Esta noche se verá: hay la ocasion mas propicia... Figúrese usted que se reunen todos en un sitio. Sí: se reunen fatalmente, y no es preciso ir marcando con sangre las casas de cada uno.

— ¿Quién se reune? — preguntó Lázaro con agitacion.

— ¡Ellos! Los *prudentes*. Tienen ahora unas reuniones secretas sin duda con objeto de fraguar algun complot para

quitarnos la poca libertad que tenemos. Por una casualidad se ha descubierto que algunos ministros y diputados de los mas influyentes de la mayoría se reunen en una casa de la Plaza de Afligidos.

— ¿Pero es cierto? — dijo Lázaro procurando disimular su turbacion.

— Sí: no sé quién lo ha descubierto. Lo que sé es que se lo dijeron al doctrino, y él fué allá y les vió salir. Despues no sé por qué medio se ha enterado de quiénes son todos ellos. Allí van Quintana, Martinez de la Rosa, Calatrava, Alava, y hasta Alcalá Galiano se ha metido con esa gente.

Lázaro quedó mudo de temor.

— Lo que mas me complace, — continuó Pinilla, — es que cae tambien el jóven Bozmediano, que tambien se ha metido á político, educado por su padre.

— ¡Bozmediano!

— Sí: es hombre tan odioso para mí, que me parece que si no le veo ensartado me muero de un berrinche.

— ¿Y qué le ha hecho á Vd.?

— Ahí tuvimos una pendencia en *Lorencini*. — Reñímos. Fué por un discurso mio: es cuento largo. Ese no escapa, ni el padre tampoco, que es el orgullo mismo, y fué el que pidió en el Congreso que se cerraran las sociedades secretas. ¡Buenos están los dos! Pero no escapan, eso no. Para eso estoy yo allí. A las doce no hay quien me arranque de la Plazuela de Afligidos.

— ¿De modo que van á asesinar á esos hombres, cogiéndoles á todos desprevenidos?

— En buen castellano eso es. El pueblo de Madrid lo hará bien; les detesta, y allá irán unas turbas que ya, ya... ¿Con que al fin no va Vd. á que le designen un puesto?

— Sí, — dijo Lázaro para disimular su propósito. — Voy.

— Yo espero aquí un recadillo del amo del café.

— Adios, — dijo Lázaro saliendo con precipitacion.

Su resolucion era irrevocable. No podia permitir que se llevara á efecto aquel complot infame. Por él, solo por él, habian tenido noticia de la reunion que en aquel sitio celebraban las víctimas indicadas, y á él correspondia evitarlo.

Corrió hácia la Plazuela de Afligidos con objeto de llamar en aquella casa misteriosa, y prevenirles contra el atentado que se preparaba.

Por el camino encontró muchos grupos de gente sospechosa. Iban algunos armados de trabucos, ceñida la cabeza con el pañuelo aragones, cómodo tocado de las revoluciones. Su actitud y sus rumores anunciaban la agitacion que en el pueblo reinaba. Iba á cometerse un gran crímen. ¿Sabia el pueblo lo que iba á hacer y á qué principio obedecia haciéndolo? Lázaro meditaba todas estas cosas por el camino, y decia: «No, no es esto lo que yo prediqué», y al mismo tiempo la idea de que el violento discurso pronunciado por él la noche anterior hubiera tenido una parte de complicidad en la actitud del pueblo, le desesperaba.

Encontraba cada vez mas grupos sospechosos, y aun oyó proferir algunos *mueras* lejanos. Al llegar á la calle Ancha vió un grupo mas numeroso. Pasó cerca sin intencion de detenerse, cuando uno se adelantó hácia él y le detuvo. ¿Quién podia ser sino el pomposo Calleja, el barbero insigne de la *Fontana*? Haciendo grandes aspavientos y dando al viento su atiplada voz, puso sus pesadas manos sobre los hombros del jóven, y dijo:

— ¡Eh! muchachos, aquí está el grande hombre, nuestro hombre. Bien decia yo que no habia de faltar. ¡Eh! muchachos: aquí lo teneis.

Todo el grupo rodeó en un momento á Lázaro.

— Es el que habló anoche. ¡Bien por el pico de oro! — dijo uno, agitando su gorra.

— Que venga con nosotros: nombrémosle capitan; — dijo Tres Pesetas, que se habia erigido en alférez y llevaba una cinta amarilla en la manga.

— No: que se ponga ahí, encima de ese barril y nos hable — esclamó otro que por las señas debia ser el Matutero, que atropelló á Coletilla, segun referimos al principio.

— Que hable, que hable, — gritó una mujer alta, huesosa, descarnada y siniestra, que parecia la imágen misma de la anarquía, — ¡que hable, que hable!

— Señores — dijo Calleja, alzando el dedo como si quisiera horadar el firmamento. — Ya no es tiempo de hablar, es tiempo de obrar. Bien lo dijo este señor anoche. «Ade-

lante en el camino: retroceder es la muerte, pararse es la infamia.» Yo lo hubiera dicho lo mismo; solo que yo no me he decidido á hablar todavía; pero si me enfado...

— Bien, bien, — dijeron muchas voces.

Lázaro sudaba con impaciencia y angustia. No sabia cómo romper aquel círculo de atletas, que le rodeaba. Dió algunas escusas, empujó por un lado, abrió brecha por otro; pero aun así no consiguió verse completamente libre, porque el barbero, echándole el brazo por encima y hablando en voz baja con la actitud y tono confidencialmente misterioso que cuadra á dos grandes hombres al comunicarse una idea que ha de salvar el mundo, dijo:

— Yo, Sr. D. Lázaro, tengo todo este barrio por mio. A usted le han dado órdenes para que mande aquí? Yo... francamente, le admiro á Vd. mucho como orador; porque anoche dijo Vd. cosas que nos pusieron los pelos de punta; pero...

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— Que yo, Sr. D. Lázaro, soy un hombre que ha salvado la patria muchas veces y derramado mucha sangre en defensa de la libertad; y por lo mismo yo... estoy encargado de este barrio, y me parece que el barrio está en buenas manos. Por lo tanto, yo quiero saber si Vd. trae aquí la comision de encargarse del barrio; porque como Vd. habló anoche y dijo... pudieran haberle designado un puesto de honor... y yo, francamente aunque no hablo, soy hombre que sabe hacer las cosas, y si Vd. se encargase del barrio, y protestaria... porque ya ve Vd.

— No, — dijo el jóven tranquilizándole, — no le quitaré á usted el mando de este barrio ni de otro ninguno; yo no mando barrios.

— Bien decia yo — repuso el barbero con la mayor satisfaccion — que Vd. no me quitaria el mando de mi barrio; pero creia que le habian mandado por no tener confianza en mí. Pero ha de saber Vd. que donde está Calleja, la libertad está asegurada.

— ¡Oh! sí: ya lo supongo, — dijo Lázaro, procurando quitarse de encima el peso de aquel brazo, que le hundia de la manera mas despótica. — Quédese Vd. tranquilo.

— ¿Va Vd. á alguna comision del doctrino ó de Lobo?

— No: voy á un asunto.

— Esta no es noche de asuntos.

— Buenas noches, — dijo Lázaro apartándose.

La venganza que de él tomarian los exaltados, autores del complot, si sabian que por él habia fracasado su crímen, seria espantosa; pero á él, ¿qué le importaba la venganza? Era preciso evitar el crímen. Importábale poco por el momento que estallara el motin con un simple fin político. Lo que no podia soportar era que se asesinara á una docena de hombres indefensos é inocentes. ¿Cuál era la causa de este atentado? La iniciativa de este hecho no podia ser liberal: imposible. Era una horrible invencion del absolutismo, que se habia valido del partido exaltado para llevarla á cabo; que habia escitado las pasiones del pueblo para hacerle instrumento de su execrable objeto. Nada de esto se escondió entónces á la natural perspicacia del jóven, y pudo muy bien confirmarse en su sospecha al recordar la actitud de su tio, su conducta misteriosa é incomprensible.

Llegó á la plazuela de Afligidos cerca de las once. Si aquella noche habia reunion, ya todos debian estar dentro. La plaza estaba desierta: acercóse á las calles inmediatas por ver si habia gente en acecho, y no vió nada. Solo en la calle de las Negras divisó algunas sombras lejanas, un peloton de gente, como de diez personas. Tambien hácia el portillo de San Bernardino se movian algunos bultos. Creyó que no habia que perder tiempo; llegóse á la puerta, y asiendo el aldabon, dió algunos golpes con mucha fuerza.

Claudio Bozmediano, que es la persona á quien debemos las noticias y datos de que se ha formado este libro, nos ha contado que cuando los personajes de la reunion sintieron aquellos aldabazos tan fuertes, se quedaron todos mudos y petrificados de sorpresa y temor. Todos sabian que aquella noche era noche de motin; pero creian que solo seria uno de tantos, y que con las precauciones tomadas por la autoridad militar, na pasaria de ser una manifestacion de algunos tiros, dos ó tres heridos y un gran número de presos. Estaban seguros de que nadie conocia el secreto de sus reuniones , y aquellos golpazos, dados sin duda por un enemigo, les llenaron de terror. Aguardaron un momento á ver si se repetian, y efectivamente, se repitieron con mas fuerza.

— No hay mas remedio que bajar á ver quién es.

— Yo bajaré — dijo Bozmediano, hijo. — Pero díganme ustedes qué hago si es... ¿Quién podrá ser?

— Esa es la confusion — dijo otro. — Es que el motin de esta noche tiene alguna alta mision que cumplir cerca de nosotros. No lo duden, señores, este motin viene de palacio, como todos. Nuestra reunion se ha descubierto. Esto viene contra nosotros: ya lo indiqué al principio de la conferencia, y nadie me hizo caso.

— Hay que bajar — dijo Bozmediano al oir que los golpes se repetian con mas fuerza. — Bajaremos tres, los que parezcamos ménos comprometidos. ¿Hay dos que, como yo, no sean ministros ni diputados?

Otro jóven y un viejo se levantaron.

— Nosotros bajaremos. Los demas pueden salir todos á la huerta del Príncipe Pio, á la cual se entra por el patio. No hay tiempo que perder. Recoger esas notas, y á la huerta.

— Mejor seria quemarlas — dijo otro, arrojando al brasero unos papeles, que se consumieron muy pronto.

Todos bajaron por una escalera interior, dirigiéndose á la huerta, escepto Bozmediano y los otros dos, que bajando por la escalera principal, llegaron á la puerta. Claudio gritó:

— ¿Quién va?

— Abra Vd. — dijo Lázaro.

— ¿Quién es? ¿Qué busca Vd.?

— Busco á D. Claudio Bozmediano.

— Este creyó reconocer la voz del sobrino de Coletilla, y se figuró que, despues de tanta alarma, se reduciria todo á un simple asunto personal entre los dos. Abrió la puerta y repitió: «¿Quién es?»

— D. Claudio Bozmediano, ¿está aquí? — dijo Lázaro sin reconocerle. Tengo que hablarle de un asunto urgentísimo que no admite demora alguna.

— Pase Vd., amigo, — dijo Bozmediano.

El criado que allí tenian trajo una luz, Lázaro entró, y sin mas preámbulo, conociendo la gravedad de las circunstancias, esclamó muy agitado:

— Márchense Vds. de aquí, aun es tiempo.

— ¿Qué hay? — dijo Bozmediano.

— Un complot horrible, el mas espantoso atropello. Yo lo sé... estoy seguro. Márchense Vds. inmediatamente; ahora mismo.

— ¿Pero quién? ¿Pero quién? — dijeron los otros con mucha cólera.

— Esos — contestó el jóven — los exaltados. Hay una maquinacion infernal en el movimiento de esta noche. Yo lo sé... he venido á prevenirles á Vds. y á impedir este atentado.

Se internaron los tres, dirigiéndose á la huerta donde los demas esperaban.

— Señores, ¿qué hacemos? — dijo Bozmediano. — El motin de esta noche se dirige á nosotros. Han amotinado al pueblo para perpetrar en nombre de la libertad un horrendo crímen. El motin se hace en nombre del partido exaltado; pero, ¿no presumís quién es el verdadero autor de este movimiento?

— ¡El rey! ¡El rey! — dijeron con terribles voces todos los que estaban allí reunidos.

— Pues es preciso recibir á esos miserables como merecen.

— Lo mejor es huir; no nos hallarán aquí y punto concluido, — dijo otro.

— No; es preciso enseñar al rey cómo deben ser tratados sus viles instrumentos. Basta de contemplaciones. Ya era de esperar esto. Lleno está Madrid de agentes del rey que se ingieren en las sociedades secretas, pagan á algunos de los oradores mas exaltados para que aticen los rencores del pueblo contra la autoridad constitucional. Ya ha llegado el instante supremo de su empresa infernal. Muchos imprudentes les ayudan sin saber lo que hacen. Pero hoy es imposible distinguir. Demos un escarmiento.

— ¿Qué hacemos?

— Ahí á dos pasos está el cuartel — dijo uno de ellos, que era militar de alta graduacion. — Voy á traer dos compañías. Las saco por la Ronda y con gran sigilo las meto aquí en la huerta. Ni un hombre en la calle, ni un centinela, nada. Que cuando lleguen esas turbas crean que estamos desprevenidos; que intenten allanar la casa; que derriben la puerta.

— ¿Y nos marchamos?

— Opino que no. Aquí todo el mundo.

— Pues aquí todo el mundo.

A la media noche, una turba tumultuosa, animada con todas las voces de un motin y todos los alaridos de una bacanal, invadia la calle de San Bernardino, del Duque de Osuna y del Conde-Duque. Llegó á la Plazuela de Afligidos y la ocupó casi toda, uniéndose á los que, entrando por el Portillo, habian llegado un poco ántes. La puerta de la casa de que hemos hablado resonó con tremendos hachazos; todo el largo de la tapia del Príncipe Pio estaba ocupado por el pueblo, y algunos pelotones de gente armada estaban en la Montaña en la parte contigua á dicha huerta. El callejon de la Cara de Dios contenia mas de trescientas personas; y la algarabía era tan grande que no se podian distinguir claramente las voces pronunciadas por los mas exaltados, los *mueras*, los *vivas* que exhalaba la multitud para infundirse ella misma animacion y brios. Imposible es referir los vaivenes, las convulsiones, los bramidos que determinaban la pasion colectiva del inmenso pólipo, difundido allí, comprimido con estrechez en aquel recinto, y que á ser posible, hubiera ensanchado sus multiplicados miembros en una terrible fuerza espansiva. El monstruo oprimió con su mas fuerte músculo la puerta de la casa. Vino por fin al suelo, y diez, quince, veinte personas se precipitaron en el portal dando gritos aterradores; pero al llegar al patio hubo un instante de vacilacion, de terrible sorpresa. Una doble fila de soldados apuntaba á la multitud, que confiada en su fuerza, no pudo resistir un movimiento de terror, retrocediendo al ver que se la recibia de aquella manera. «Atras» dijo la voz del jefe. «Adelante: mueran los traidores» esclamó otra voz en el portal. En el mismo instante sonó un tiro, y cayó un soldado. Hizo fuego sin esperarse la tropa y una descarga nutrida envió mas de veinte proyectiles sobre la muchedumbre. La confusion fué entónces espantosa; avanzó la tropa, retrocedieron los paisanos no sin disparar bastantes tiros y agitar las navajas, arma para ellos mas segura que el trabuco. La gente de la calle sintió el retroceso de los del portal, y se replegó abriéndole paso. Al mismo tiempo un escuadron de caballería bajaba por la calle del Conde-Duque y un batallon de nacio-

nales avanzaba por el Portillo, impidiendo la salida de los amotinados. Hubo luchas parciales, pero puede decirse que la dispersion del pueblo fué completa desde que los del portal, recibidos por una descarga, retrocedieron hácia la plaza. La corrida que cruzó por la calle de San Bernardino y la plaza de San Marcial, arrastró en su rapidez á la mayor parte de las personas acumuladas allí por la curiosidad ó el convenio del motin. En vano algunos de los llamados jefes, trataron de impedir aquella desorganizacion, con improvisadas filípicas. La dispersion creció hasta el punto de que solo quedaron en la plazuela Lobo, Perico Ganzúa, Pinilla y el cadáver del doctrino, que herido mortalmente en el cráneo al entrar en el portal, habia podido retroceder hasta la plaza donde cayó. Quince ó veinte les rodeaban, dudando si escapar con los demas ó defenderse. Las tropas de la casa no habian salido; la caballería avanzaba y los nacionales llegaban ya al palacio de Liria.

— Es una locura; huyamos — dijo Pinilla.

— ¿Y qué hacemos con este? — dijo uno señalando el cadáver del doctrino.

— ¿Qué hemos de hacer? ¡Bonita reliquia para cargar con ella!

— ¿Tiene algun papel en el bolsillo? A ver; quitárselo pronto.

Pinilla le registró cuidadosamente.

— No tiene papeles — dijo — pero sí un bolsillo.

— A ver, venga — dijo Lobo.

Pinilla se lo guardó en su cinto; todos corrieron, y poco despues la plaza quedó desierta, hasta que la ocupó la tropa.

CAPITULO XLI.

FERNANDO EL DESEADO.

Grandes deseos ha tenido el autor de este libro, durante el trascurso de los hechos que refiere, de penetrar seguido del lector, en el recinto del Palacio Real, llamado vulgar-

mente entónces como ahora la *Casa grande*. Causaban estos deseos la creencia de que en aquel sitio habíamos de encontrar curiosas escenas que referir; y como la pública voz afirmaba que aquel era el foco y oculto teatro de grandes intrigas políticas, algunas de las cuales han mostrado sus efectos en esta historia, natural era que fuésemos allá tambien, como iba la atencion del pueblo entónces, como ha ido despues, como irá siempre, miéntras haya reyes en España.

No hemos examinado aquella agitada sociedad mas que en una sola faz. Las altas regiones del poder han permanecido impenetrables para nosotros; pero ahora nos toca hacer una escursion hácia aquellos lugares, para conocer, aunque no con la profundidad que el caso exige, la fuente del abominable complot anteriormente descrito.

En una sala del pabellon que forma un martillo en la fachada oriental del palacio, estaba Fernando VII en la misma noche del motin. En aquel pequeño despacho no recibia á los ministros: aquella no era la cámara, era la camarilla. Allí habian privado grandemente en épocas anteriores el duque de Alagon, Lozano de Torres, Chamorro, Tattischief y otros memorables personajes de los seis años que siguieron á la vuelta de Valencey. Alguna vez los ministros eran favorecidos con la admision en aquel recinto de perfidias y adulacion, y allí las sonrisas de Fernando para sus secretarios eran siempre siniestras. Cuando sonreia á un liberal, malo. Ese axioma cortesano tuvo gran boga del 20 al 23.

Aquella noche estaba con Coletilla, su perro favorito. Sentados junto á una mesa el uno frente al otro, tenian delante unos papeles, que sin duda eran cosa importante por la atencion con que los leian y anotaban y por la actitud satisfecha con que el rey celebraba lo que allí estaba escrito. Fernando se permitia algunas agudezas de vez en cuando, porque era hombre, como todos saben, que poseia en grado eminente la propension á la burla, que ha sido siempre constante adorno del carácter borbónico. Coletilla, que no acostumbraba á reirse, reia tambien, por parecerle un desacato no reproducir en su fisonomía complaciente y esclava todas las alteraciones de la régia faz de su amo y señor.

— Señor: esta noche, — dijo — es la noche de la redencion. ¡Dios quiera en su altísima justicia que nuestra empresa

llegue á feliz termino! Yo así lo espero; confío mucho en el valor de los que están encargados del negocio. Señor: V. M. recobrará sus divinos atributos, usurpados por una turba de habladores sin honor ni nobleza. España va á despertar. ¡Ay de aquellos que sean sorprendidos en el error; cuando la patria sacuda su letargo, abra los ojos y vea!

Fernando no contestó: habia inclinado la cabeza y parecia muy meditabundo. La luz de una lujosa lámpara le iluminaba completamente el rostro, aquel rostro execrable que, para mayor desventura nuestra, reprodujeron infinidad de artistas desde Goya hasta Madrazo. Es terrible la infinita abundancia de retratos de aquella cara repulsiva que nos legó su reinado. España está infestada con la efigie de Fernando VII. ya en estampa, ya en lienzo. Esa cara no se parece á la de tirano alguno, como Fernando no se parece á tirano alguno. Es la suya la mas antipática de las fisonomías, así como es su carácter el mas vil que ha podido caber en un ser humano. Una estupenda nariz que sin ser deforme como la del conde-duque de Olivares, ni larga como la de Ciceron, ni gruesa como la de Quevedo, ni tosca como la de Luis XI., era mas fea que todas estas, formaba el mas importante rasgo de su rostro, bastante lleno, abultado en la parte inferior; y colocado en un cuerpo de buenas proporciones. La vanidad austriaca no hubiera puesto su boca prominente debajo de la nariz borbónica, símbolo de doblez, con mas acierto y simetría que como estaba en la cara de Fernando VII. Dos patillas muy negras y pequeñas le adornaban los carrillos, y sus pelos erizados á un lado y otro parecian puestos allí para darle la apariencia de un tigre en caso de que su carácter cobarde le permitiera dejar de ser chacal. Eran sus ojos grandes y muy negros, adornados con una pobladísima ceja que los sombreaba dándoles una apariencia por demas siniestra y hosca.

Respecto á su caracter, ¿qué diremos? Este hombre nos hirió demasiado, nos abofeteó demasiado para que podamos olvidarle. Fernando VII. fué el monstruo mas execrable que ha abortado el derecho divino. Como hombre reunia todo lo malo que cabe en nuestra naturaleza; como rey, resumió en sí cuanto de flaco é infame puede caber en la potestad real. La revolucion de 1812, aquella primera convulsion de esta

lucha de cincuenta años, que aun dura y tal vez durará algo mas, trató de abatir la tiranía de aquel demonio, y en sus dos tentativas no lo consiguió. La revolucion hubiera abatido á Neron, á Felipe II., y no abatió á Fernando VII. Es porque este hombre no luchó nunca frente á frente con sus enemigos, ni les dió campo. No fué nuestro tirano descarado y descubiertamente abominable; fué un histrion que hubiera sido ridículo á no tratarse del engaño de una nacion. Nos engañó desde niño, cuando, fraguando una conspiracion contra un favorito aborrecido muy superior á Fernando por sus prendas de corazon, adquirió una popularidad, que pronto pagó España con la sangre de sus mejores hijos. Fernando fué mal hijo, conspiró contra su padre Cárlos IV., cuya imbecilidad no disminuia el valor de su benevolencia; conspiró contra el trono que debia heredar mas tarde, y aun amenazó la vida del que le dió el ser. Despues se arrastró á los piés de Napoleon como un pordiosero, miéntras España entera sostenia por él una lucha que asombró al mundo. Volvió y pagó los esfuerzos de los que él llamaba sus vasallos, con la mas fria ingratitud, con la mas necia arrogancia, con la anulacion de todos los derechos proclamados por las Constituyentes de Cádiz, con la proscripcion ó la muerte de los españoles mas esclarecidos; encendió de nuevo las hogueras de la Inquisicion; se rodeó de hombres soeces, despreciables é ignorantes que influian en los destinos públicos, como hubiera podido influir Aranda en las decisiones de Cárlos III.; persiguió la virtud, el saber, el valor; dió abrigo á la necedad, á la doblez, á la cobardía, las tres faces de su carácter. Restablecido á pesar suyo el sistema constitucional, tascó el freno, disimuló como él sabia disimular, guardando el veneno de su rabia, devorando su propio despecho, encubriendo sus intentos con palabras, que nunca pronunció ántes sin risa ó encono. Lo que es capaz de tramar un ser de estos, tan hipócritas como cobardes, se comprende por lo que tramó Fernando en aquellos tres años desde las mil facciones y complots realistas, alimentados por él, hasta el complot final de los cien mil hijos de San Luis que Francia mandó al Trocadero. Así recobró lo que en su jerga real llámaba él sus derechos, inaugurando los diez años de fusilamientos y persecuciones, diez años en que la figura de Tadeo Calomarde

apareció al lado de Fernando, como Caifas al lado de Pilátos. El pacto sangriento de estos dos monstruos terminó en 1833, en que Dios arrancó de la tierra el alma del rey, y entregó su cuerpo á los sótanos del Escorial, donde aun creemos que no ha acabado de pudrirse.

Pero con este fin no acabaron nuestras desdichas. Fernando VII. nos dejó una herencia peor que él mismo, si es posible; nos dejó á su hermano y á su hija, que encendieron una espantosa guerra. Aquel rey que habia engañado á su padre, á sus maestros, á sus amigos, á sus ministros, á sus partidarios, á sus enemigos, á sus cuatro esposas, á sus hermanos, á su pueblo, á sus aliados, á todo el mundo, engañó tambien á la misma muerte, que creyó hacernos felices, librándonos de aquel diablo. El rastro de miseria y escándalo no han terminado aun entre nosotros.

Pero no hagamos historia y sigamos nuestro cuento.

— ¿Y olvidareis, señor, lo que me habeis prometido para mi sobrinillo? — dijo Elías. — ¡Ah! yo quisiera que V. M. le conociera: es el botarate mayor que ha nacido. Anoche habló en la *Fontana* y les volvió locos. Le aplaudian con unas ganas... yo tambien aplaudí. Con tres oradores así, nos hubiéramos ahorrado mucho dinero. El pobre ha hecho bastante. Sí señor; mi sobrino lo merece, lo merece...

— Basta que sea tu sobrino — dijo Fernando — y que tú tengas empeño en darle ese destinillo... Sí: te lo nombro consejero de la intendencia de Filipinas. Hará carrera. A mí me gustan los chicos así... exaltados...

— Señor — dijo Elías humillando su cabeza hasta tocar con la nariz el tapete de la mesa — yo no sé cómo V. M. no se cansa de protegerme. Yo, que jamas oculto la verdad á V. M. me atrevo á decirle respetuosamente, que mi sobrinillo no merece semejante favor. Es un loco; tiene la cabeza llena de desatinos y jamas creo que será un hombre formal. Si me atreví á pedirle á V. M. ese favor, fué por los servicios que ha prestado á nuestra santa causa, uniéndose á esos admirables aunque indirectos instrumentos de justicia que esta noche van á salvar la patria.

— Tu sobrino merece el destino, y punto concluido. Aquí tengo el decreto — dijo el rey mostrando uno de los papeles.

Despues añadió sonriendo:

— Al fin llegará un dia en que promulgue una ley por mi cuenta y riesgo. Si viniera Feliú y viera estos decretos hechos y firmados por mí sin consultarle...

— Me parece que no los verán Feliú, ni otros muchos: de eso respondo — dijo Coletilla siniestramente. — Dios permitirá que las sábias leyes de un rey justo salgan á luz pública y lleven el órden, la obediencia y el respeto al ánimo de todos los españoles. Mañana, señor, mañana. Lo primero, señor — prosiguió despues de haber mirado al cielo un buen rato — es nombrar los capitanes generales y los regentes de todas las audiencias; gente de confianza que vaya al momento á cumplir las leyes perentorias de seguridad pública que les dareis. Ellos se encargarán de llevar la justicia á todos los reinos de España...

El rey hizo con la mano ese gesto frecuentísimo que indica la actitud de castigar. Una contraccion de boca dió la última espresion á aquel gesto admirable.

— Señor — continuó el consejero áulico — yo me atreveria á recomendar á V. M. una cosa; y es que nada seria mas funesto que una clemencia, que podríamos llamar criminal. Recuerde V. M. lo del año 14. Si ahora como entónces, se contenta V. M. con mandar al Fijo de Ceuta á ciertas personas...

Coletilla, aunque observaba siempre en la conversacion las fórmulas de la etiqueta absolutista, hizo con la mano, fijando el pulgar bajo la barba y agitando los demas dedos, un gesto que el rey entendió perfectamente.

— Ya veremos lo que se hace — dijo Fernando significando con una oscilacion de su labio que no seria tan blando como en 1814. — Ya son las doce — añadió mirando un reló. — ¿Sabes que no se siente por ahí todo el ruido que fuera de desear?

— Por aquí no vendrán, señor. — Ya saben que está aquí la guardia real, que no admite bromas.

— Ya la guardia sabe lo que tiene que hacer: acercarse aquí y no hacer manifestaciones en favor de nadie. Despues...

— Me parece que siento ruido de voces... allá... hácia la Encarnacion — dijo Coletilla acercándose al balcon y aplicando el oido con la insidiosa cautela de un ladron.

— Sí; pero es hácia San Marcial, hácia allá abajo. Creo que en la Plaza de Afligidos pasa algo ya — dijo el rey.

— Sí: allí deben estar ya. Allí es la cosa... ¿No se horroriza V. M. al considerar qué planes inicuos podria fraguar allí esa gente? Tal vez algun atentado contra el trono, ó contra la vida de V. M. ¿quién sabe? Todo se puede esperar de liberales.

— Alguna coalicion parlamentaria, como dicen. Pensarian presentar alguna ley, y se ponian de acuerdo con la mayoría para votarla.

— Pero para eso, señor, no se reunen tantas personas de noche, con tantas precauciones y con el mayor secreto.

— Es que me tienen miedo — dijo el rey. — Saben muy bien que yo puedo destruir sus planes acá con mi gramática parda, sin andarme en constitucionalidades. ¡Oh! Bien me conocen ellos. Tambien me figuro que han tenido noticia por algun conducto de mis relaciones con la Santa Alianza, ó habrán sabido mi correspondencia secreta con Luis XVIII. Pero con tal que lo de esta noche salga bien, poco importa lo demas.

En palacio cundió la alarma con las noticias que llegaron del tumulto de la capital. El rey, cuando recibió á sus gentiles-hombres y al jefe de la guardia, se mostró muy sorprendido, y hasta juró que tendrian los amotinados pronto y ejemplar castigo. Volvió á su camarilla, y al lado de su consejero áulico, que estaba alborozado por haber sentido una algazara mas fuerte que la anterior.

— Señor — dijo — ya, ya... Por el ruido parece como que vuelven.

— ¿Vuelven? — dijo el rey con ansiedad. — ¿De dónde?

— De allí. ¡Vuelven! Tal vez trayendo por trofeo...

Mucho tiempo estuvieron los dos escuchando con grande atencion y ansiedad. Pasaron media hora en silencio, solo interrumpido por algunas frases de Coletilla y algunos monosílabos del Deseado. Al fin sintieron el ruido de un coche que paraba á las puertas de palacio.

— ¿Quién será? — dijo el rey con una gran alteracion de semblante, y pasando á la cámara.

Anunciaron al ministro de la Gobernacion. El rey volvió

á la camarilla y miró á Elías con una cara, en que el consejero áulico leyó el despecho y el desaliento.

— ¡El ministro de la Gobernacion! ¿No me dijiste que iba tambien allí?

— Señor — dijo Coletilla en la actitud de una zorra apaleada — preciso es que haya acontecido algo extraordinario. Feliú iba tambien allá.

— ¡Está aquí — dijo Fernando, hiriendo fuertemente el suelo con el pié. — Todo se ha perdido. Feliú viene: escóndete por ahí cerca. Le recibiré aquí mismo. Quiero que oigas lo que dice.

Escondióse Coletilla. El rey hizo pasar al ministro á la camarilla. Venia Feliú muy agitado; pero Fernando estaba sereno, al ménos en apariencia. Indicó que acababa en aquel momento de tener noticia de que habia estallado un motin, y que lo juzgaba de poca importancia.

— Señor — dijo el secretario — mas que un motin producido por el descontento del pueblo, parece esto un complot ideado por personas que hacen de ese mismo pueblo un instrumento de disolucion y anarquía.

— ¿Pero quién? ¿Pero quién? — dijo Fernando, fingiéndose incomodado, y lo estaba en realidad, aunque por causa distinta.

— Esos exaltados, enemigos constantes del gobierno de V. M. porque no les permite llevar el uso de los derechos hasta el desenfreno.

— Pero ¿qué piden esta noche?

— Han pretendido allanar la casa de Álava, han intentado asesinarle, á juzgar por la actitud de las turbas que allí se reunieron. Pero avisado oportunamente por un jóven que estaba en el secreto de la conspiracion, dió parte y se colocaron algunas fuerzas dentro de la casa, pudiendo evitar un horrible crímen.

— ¿Y dónde ha sido eso?

— En la plazuela de Afligidos.

— ¿No vivia Álava en la calle de Amaniel? — preguntó el rey con una mirada que estuvo á punto de turbar al ministro.

— Sí, señor, allí vivia; pero desde algun tiempo se ha mudado á esta otra casa, que es suya tambien. Pero las

turbas no han podido realizar su infame designio. Al yo separarme de mis compañeros, el ministro de la Guerra habia dado las órdenes necesarias, y el órden estaba restablecido completamente.

— Pero no puedo comprender que se amotinara todo un pueblo para atropellar á un solo hombre. ¿No seria que en esa casa se reunian muchos de los que el pueblo odia? De cualquier modo que sea, es preciso un pronto castigo. Espero que no os dejareis burlar por esa canalla. Caiga el peso de la ley sobre ella, y á ver si de una vez se acaban estos motines, Feliú, que bien puede asegurarse que desde que tienen libertad los españoles no nos acostamos un dia tranquilos.

— Señor: los esfuerzos del gobierno son inútiles para conseguir ese fin. Es cosa que desespera y aturde ver cómo nos es imposible tranquilizar á ciertas gentes. Por todas partes aparecen partidas de facciosos movidas por una parte del clero. Hay todavía muchos espíritus apocados que no quieren creer que el interes de V. M. y de la nacion consiste en el sistema que todos amamos y defendemos. Hay personas tan ciegas que aun no han llegado á comprender que es V. M. el que mas ama la Constitucion y el que mas desea su cumplimiento. Todas las leyes liberales que V. M. sanciona y promulga con gran sabiduría no bastan á convencerles. ¿Qué hacemos contra tales gentes?

Fernando estaba ciego de furor, al comprender á dónde iban dirigidas las embozadas alusiones del ministro. Era tan rastrero y cobarde, que á pesar de su ira, habló para fulminar anatemas contra los que aun soñaban con la restauracion del absolutismo.

— El atentado de esta noche se ha reprimido — dijo el ministro. — Quiera Dios que podamos impedir los que traten de perpetrar mañana. Es preciso buscar en su orígen el remedio de este mal. Yo creo que el partido exaltado no es el único autor de estos desórdenes.

— ¿Pues quién? — preguntó el rey, que á pesar de su cobardía sintió en aquel momento herida su dignidad y se puso muy encendido. — ¿Quién, Feliú?

— Señor; yo me encargaré de averiguarlo y propondré á V. M. los medios de darles un ejemplar castigo. Se sabe que entre la juventud mas acalorada se ingieren ciertas per-

sonas que jamas tuvieron nota de liberales ni mucho ménos. Dicen que esas personas trabajan contínuamente para llevar al pueblo á los escesos que lamentamos. Esas gentes, señor, son á mi modo de ver los mayores enemigos de V. M. Sobre ellos debemos dirigir los ojos de la vigilancia y la mano de la justicia.

— Sí — contestó el rey con su acostumbrada hipocresía. — Sí: hay insensatos que juzgan que para mí hay gloria, hay dignidad fuera de la Constitucion, y estoy dispuesto á castigar á esos con mas rigor que á los frenéticos demagogos. Energía, energía es lo que quiero.

— Señor: no tengo palabras con que abominar bastante la conducta de un hombre muy conocido en Madrid; uno que ha tenido la osadía de usar, profanándolo, el nombre de Vuestra Majestad para disculpar sus horribles maquinaciones. Ese hombre es mas criminal que los mayores asesinos, que los mas rabiosos anarquistas; ese hombre corrompe al pueblo, corrompe á la juventud exaltada; frecuenta los clubs. Pero nada de esto seria grave, si no se atreviera á tomar en boca un nombre que aman todos los españoles como símbolo de paz y libertad. Este hombre se llama Elías y es conocido por Coletilla en los clubs.

— Pues á ese y á otros como ese es preciso esterminarlos — dijo el rey usando su palabra favorita. — Esa canalla es la que mas daño hace á mis intenciones, estraviando la opinion del pueblo.

— Yo os respondo, señor, que de esta vez haré todo lo posible para que ese hombre no se escape. Ya otras veces se ha procurado prenderle; pero no sé cómo consigue evadirse de la justicia, y pasea despues su cinismo por todas las calles de Madrid, por todos los clubs. Esta vez no creo que se nos escape. Ya daremos con él. Precisamente esta noche Bozmediano, que se hallaba en casa de Alava, me ha dicho que tuvo noticia del complot, pocas horas ántes de haber sido intentado, por un sobrino de ese mismo Coletilla, jóven que el infame quiso poner al servicio de sus viles propósitos.

— Pues es preciso premiar á ese jóven — dijo Fernando, empeñado cada vez mas en disimular la agitacion que le dominaba.

— Sí señor: es un jóven de mérito, segun me ha dicho

Bozmediano, y muy buen liberal. Antes de ocurrir este lance, me lo habia propuesto para una plaza de oficial en el Consejo de Estado, y lo he concedido.

— Bien: me gusta que se premie esa clase de servicios.

— Mañana podré traer á V. M. un parte detallado de lo ocurrido esta noche. Ademas creo que el ministro de la Guerra no tardará y él enterará á V. M. de las precauciones que hemos tomado.

— ¿Esta noche? — dijo el rey con hastío.

— Veo que V. M. quiere descansar. Por esta noche no hay nada que temer. Puede V. M. reposar tranquilo.

— Bien: puedes retirarte.

Fuése el ministro, y es de creer que se fué satisfecho por haber dicho cosas que solo en aquellos momentos de irritacion y sobresalto se hubiera atrevido á decir al rey. Feliú era hombre tímido, y es la verdad que á su indecision se debieron muchos de los lamentables sucesos ocurridos en aquel trastornado período.

Cuando Fernando se encontró solo abrió una mampara, y Elías que estaba oculto, se presentó. La imágen del consejero áulico daba pavor. Estaba lívido: le temblaban los labios, secos por el calor de un aliento que sacaba de su pecho el fuego de todos sus rencores. Crispaba los puños, y aun se heria con ellos en la frente, produciendo el sonido desapacible que resulta de la seca vibracion de dos huesos que se chocan.

— ¿Ves? — le dijo el rey encendido de furor, y dando en el suelo una real patada que estremeció la sala. — ¿Ves lo que ha pasado? ¿Oiste? Vuelve á decirme que todo era cosa segura, que confiara en tí; que tú lo harias todo. ¡Ah, qué desdichado soy! — añadió con desaliento — ¡que no encuentre yo un hombre! ¡Un hombre es lo que yo necesito, un hombre!

— Señor — dijo Elías alejado del rey, como el perro que ha recibido un palo de su amo. — Señor: ¡nos han vendido!... ¡ese sobrino mio, ese infame nos ha vendido!

— No: — dijo el rey con un repentino acceso de ira, — tú con tu imprudente conducta me has comprometido. Ya ves: todo el mundo sabe que eres agente mio. ¿No viste cómo con buenas palabras me lo dijo Feliú? ¡Oh, le hubiera arrancado la lengua! ¡Tú me has vendido!

— Señor — dijo Coletilla con voz en que habia algo de llanto. — Señor: traspasadme el corazon; pero no digais que os he vendido. Yo no puedo venderos. Abofeteadme: escupidme, Señor, ántes que decirme tal cosa... Vuestra causa ha sido siempre mi único pensamiento: á ella me he dedicado con toda mi actividad de que soy capaz. Es que Dios, Señor, permite ciertas cosas; Dios pone á prueba nuestro temple y nuestro valor. No me culpeis á mí, señor; yo os he servido como un perro.

En aquel momento, podemos asegurarlo, Coletilla hubiera quedado muy satisfecho, si Fernando hubiera cogido en su cobarde mano la espada augusta de sus mayores, atravesándole con ella. Pero Fernando no hizo tal cosa. Coletilla sintió todo el menosprecio de su amo, y aquel puntapié moral le lastimó mas que una puñalada. El fanático realista hubiera visto con asombro, pero no con vergüenza que el Deseado le mandara colgar de una almena ó le hiciera apoyar la cabeza sobre el tajo feudal para recibir el hachazo del verdugo. Acercóse al rey, se le arrodilló delante y dijo con gran energía:

— Señor: yo os juro en nombre de vuestros mayores, que esta derrota aparente que hemos sufrido no es mas que el preludio de la gran victoria que ha de poner remate á nuestra empresa. ¡Yo os lo juro! Despreciad las alusiones de Feliú, despreciadlo todo. Seguid; sigamos. Los leales existen; solo falta el primer paso. ¿Tropezamos esta noche? Mañana no tropezaremos: os respondo de ello, os lo juro.

Levantóse lentamente, hizo una profunda reverencia, inclinándose lo mas que pudo, y se dirigió á la puerta, volviendo el rostro varias veces, á ver si el rey le miraba. El rey no le miró. Estaba muy ensimismado; de vez en cuando heria el suelo con el pié ocultando la cabeza entre las manos sin decir palabra. Coletilla desde la puerta esperó una mirada del Deseado: no la consiguió, y fuése sintiendo, al par de su concentrada rabia, una dolorosa impresion de agravio y desconsuelo que le ponia en el corazon un dolor inaudito.

CAPITULO XLII.

VIRGO POTENS.

Lázaro quedó dentro de la casa de Álava cuando la turba intentó penetrar en ella. Con los demas permaneció en la huerta durante los breves y angustiosos momentos que duró la tentativa de lucha entre el pueblo y la tropa. Sentian desde allí el rumor popular, y por instantes creyeron que habia llegado la última hora de todos ellos. El objeto que allí reunia á aquellos personajes era tratar de los medios que podian emplearse para impedir las frecuentes conspiraciones del rey. Pueden burlarse las conspiraciones de un partido, de dos; pero contra las conspiraciones del soberano, símbolo de la legalidad, ¿qué fuerza puede tener un ministerio? Si hay algo mas terrible que la anarquía es las camarillas. Contra esto no hay arma eficaz á no ser el arma de un regicida. No podemos asegurar si en aquellas reuniones se trató de poner en práctica el artículo de la Constitucion, que despues, con gran escándalo de Europa, se llevó á cabo en las Cortes de Sevilla del año 23. Pero sí podemos asegurar que aquellos hombres se ocuparon, con la afliccion y desaliento que era natural, de los rumores de intervencion francesa, de las relaciones secretas de Fernando con Luis XVIII.; y por último, del ejército de observacion puesto por el gobierno frances en la frontera con el pretesto de cordon sanitario.

Volvamos á nuestro cuento. Cuando terminó el peligro, y se alejó la multitud, la mayor parte de las personas permanecieron en la huerta, subiendo á la casa tan solo los tres que habian de figurar en el reconocimiento ordenado por la autoridad. Todo se arregló de modo que en el parte del capitan general, que habia de publicarse al dia siguiente, no figurara la existencia de reunion secreta ni cosa parecida.

Al amanecer se fueron todos custodiados por la tropa y con mucho sigilo. Lázaro, sin que nadie le custodiara, se fué á la calle del Humilladero. Clara, que habia tenido noticia del alboroto de aquella noche, estaba en la mayor inquietud

Por un esfuerzo de solicitud y de zozobra determinado en su espíritu, parece que la naturaleza dió tregua á la perturbacion que padecia, y la fiebre se calmó á medida que aumentaba el sobresalto. A cada ruido que sonaba en la calle se incorporaba con grande agitacion. Decíale Pascuala mil cosas para distraerla, y á cada momento contaba las estratagemas que tuvo que poner en juego para que su Pascual no se echara á la calle, teniendo que encerrarle en la casa y esconderle la escopeta en lo mas recóndito del sótano. El tabernero, que en realidad era hombre pacífico, viendo que le cerraban la puerta y le impedian ir á cubrirse de gloria en las calles, se bebió lo mejor de su comercio, y sin hacer alborotos, porque tambien eran pacíficas las monas que cogia, se tendió en un banco y empezó á roncar de tal modo, que parecia su voz una burla durmiente del ronquido popular que sonaba en las calles.

Esperó Clara toda la noche con mortal inquietud, pasó una hora y otra hora, y rezó todas las oraciones que sabia, sin olvidar las que le habia enseñado doña Paulita. El jóven no volvió hasta la mañana. Cuando ella vió que no estaba herido, que no le faltaba ningun brazo, ni media cabeza, ni tenia en el pecho ningun tremendo, sangriento agujero, como ella habia soñado con horror, se quedó tranquila y en estremo contenta.

— ¡Si vieras lo que he hecho esta noche! — dijo Lázaro, sentándose fatigado y sin aliento junto al lecho. — He salvado la vida á mas de veinte personas, los hombres mas esclarecidos de España. Iban á ser asesinados esta noche.

— ¡Jesus! — esclamó Pascuala llevándose las manos á la cabeza. — ¡Qué me alegro de que mi Pascual no hubiera salido! Si sale, me lo asesinan.

— Una infernal maquinacion estaba preparada para matarles en un sitio en que estaban reunidos. Todo por ese hombre malvado... ¡Si vieras qué tumulto!

— ¡Ah! no salgas: por Dios! — dijo Clara.

— Es preciso salir. Sé que tratan de prender á mi tio; que tratan de hacerle justicia. Lo merece, es cierto; pero yo que hice cuanto pude para impedir la realizacion de sus inicuos planes, trataré tambien de salvarle á él. Es hermano de mi madre: si avisándole que tratan de prenderle, se salva,

y no le aviso, mi conducta es criminal. Es un infame; con vergüenza lo confieso; pero si no impido su persecucion y su muerte, tendré remordimientos toda mi vida.

La huérfana no pudo resistir un sentimiento de lástima hácia aquel hombre escéntrico, que sin dejar de ser su tirano, habia sido su protector y el amparo de su niñez.

— Sí, sí; vé — dijo. — ¡Pobre hombre! ¿Qué ha hecho? Pero no vayas tú, ¿no podrias mandarle un recado?

— Yo mismo debo ir. Volveré pronto: no temas nada. ¿Qué me puede suceder?

— ¡Ay Dios mio! Todavía me parece que siento aquellos gritos de anoche... ¿Y si se enfada contigo y te riñe?

— ¿Quién?

— ¡Él! ese hombre, que debe estar mas rabioso que nunca.

— No me importa. Hoy será la última vez que le vea.

— ¿Y si vas á la casa y encuentras á las dos señoras y doña Salomé te dice algo que te ofenda, y te habla de mí diciendo que soy incorregible?

— Si me dice algo que me ofenda, me importará poco; pero si me habla de tí, pienso que será la última vez que se atreva á pronunciar tu nombre.

— ¿Y si descubren que estoy aquí y vienen las tres á atormentarme diciéndome que soy muy mal educada? ¡Oh! si las veo entrar, me muero.

— No vendrán — dijo Lázaro sonriendo. — Y si vienen, estaré yo aquí.

— Lo que es aquí — dijo Pascuala — no *paece* que nada tienen que hacer; y si vienen, ahí tengo yo una tranca... A Pascual no le gustan bromas. Es un hombre que cuando se *enfáa*...

— Vé entónces — dijo Clara con una melancolía que detuvo al aragones un momento y quebrantó un poco su resolucion irrevocable.

— Adios — esclamó al fin — es preciso. Volveré pronto.

No quiso esperar mas tiempo, salió y dirigióse á la inquisicion de la calle de Belen. Las ocho serian cuando entró en casa de las nobilísimas damas. Paz y Salomé no estaban allí, porque habian salido á buscar casa. Cuando la devota abrió la puerta y vió á Lázaro, su sorpresa y su tur-

bacion fueron tales, que permaneció un buen rato sin decirle palabra, mirándole bien, como si creyera que aquella imágen era el efecto de una vision.

— ¡Ah! — esclamó cerrando la puerta una vez que Lázaro estaba dentro. — Yo creí que no le veria á Vd. mas.

Sintió el jóven un alivio cuando supo que las dos harpías estaban fuera. Doña Paulita le inspiraba respeto y gratitud, pues no habia oido jamas la menor reminiscencia en su boca, ni Clara le habia dicho que tuviera queja ninguna de ella. El recuerdo de la escena y diálogo misteriosos ocurridos algunas noches ántes, le puso muy pensativo. Sin saber por qué, cuando se vió solo en aquella casa sombría, en compañía de aquella mujer pálida, con la vista estraviada y el rostro enflaquecido por tres dias de delirio y calentura; cuando notó sus lijeras convulsiones, su agitada respiracion, su mirada viva, sin saber por qué, lo repetimos, tuvo miedo.

— ¿Está mi tio? — preguntó. — Tengo que verle.

— No está; desde ayer no parece.

— ¡Qué contrariedad! Tengo que verle hoy mismo.

— Tal vez venga á la hora de comer.

— No es eso lo que quiero: he de verle ántes. Ademas, yo no como aquí, yo no vuelvo acá, señora... Ahora me despido de Vd. para no volver mas.

Doña Paulita se quedó mirando al jóven como si oyera de sus labios la cosa mas inverosímil y mas absurda del mundo.

— ¡Para no volver! — dijo cerrando los ojos. — No, no lo puedo creer; no es cierto.

— Sí, señora, es cierto. Y no puedo estar en esta casa ni un dia mas. Adios, señora.

— Lázaro — dijo la devota, asiéndose al brazo derecho del jóven, como un náufrago que encuentra una tabla en momentos desesperados. ¡Vd. se va... se va!... Y yo me quedo aquí para siempre! ¡Oh! yo quiero morir mil veces primero.

El jóven estaba confundido. Aterrábale la actitud dolorida de la mujer mística, sus labios trémulos y secos, la espresion de su rostro, que anunciaba la mas grande desesperacion.

— Yo soy una muerta, yo no vivo — dijo ella. — Yo no puedo vivir de esta manera. Ya le dije á Vd. que no era

santa, y ¡cuán cierto es! Hace tiempo que me he trasformado. Puedo nacer á la verdadera vida, puedo salvarme, puedo salvar mi alma, que va á sucumbir si permanezco de este modo. Yo espero vivir; al ver que Vd. tardaba, la esperanza comenzó á faltarme; pero Vd. ha venido. ¿No puedo creer que Dios me lo ha enviado? Hay cosas que nosotras no podemos decir; pero yo las digo, porque me siento destrozada interiormente. Ha llegado para mí el momento de dejar una ficcion que me mata: yo no sé fingir. Creyeron Dios me reservaba para una vida ejemplar, de continuada devocion y tranquilidad; pero Dios se ha burlado de mí; me ha engañado, me ha hecho ver que la virtud con que yo estaba tan orgullosa, no era otra cosa que una farsa, y aquella aparente perfeccion un estravío. Yo no habia vivido aun, ni me habia conocido. No puedo estar mas aquí, porque eso seria prolongar este engaño, que ántes fué mi mayor placer y ahora mi mayor martirio.

— Señora — dijo Lázaro que comprendió al fin toda la profundidad del nuevo carácter de la devota, y vió claro en lo que ántes era para él un misterio. — No se agite Vd. sin razon. Sea Vd. libre, y no sacrifique su felicidad á exigencias de familia. Las dos señoras que viven con Vd. son muy intransigentes.

Queria el jóven evadirse con esta salida de la contestacion enojosa que las palabras y la actitud de la santa parecian exigir.

— No me importa su carácter — dijo esta. — Yo las amo; son mis parientas y compañeras de toda mi vida. Despues que yo tome una resolucion irrevocable, poco me importa lo que ellas puedan decir ó hacer. Yo estoy decidida, Lázaro.

Y en vano buscaban sus ojos en el semblante del jóven indicios de los sentimientos que con tanta ansiedad le pedia. Él hacia esfuerzos por permanecer inmutable ante aquella santa mujer, agitada por las alternativas de un arrebato místico; y no sabiendo qué decir, dió un paso hácia la puerta.

— No — dijo la devota deteniéndole con mas fuerza. — ¿Marcharse Vd.? ¿Qué idea! ¡Qué va á ser de mí? ¡Sola para siempre! La muerte lenta que me espera es peor que

si ahora mismo me matara Vd... ¡Y decia que era agradecido! Usted es la misma ingratitud. Siempre lo he creido. Hay personas que no merecen recibir la mas lijera prueba de afecto. Usted es uno de esos. Y sin embargo, por una fatalidad que nos cuesta tantas lágrimas, siempre van dirigidos los mas grandes tesoros de amor á las personas que ménos los merecen.

— No por Dios; no me llame Vd. ingrato — dijo Lázaro, viendo que era ya imposible evadirse á las declaraciones que la teólogo dirigia de un modo tan apremiante. — Yo no soy ingrato, y ménos con Vd., que tan bondadosa ha sido conmigo.

— Si Vd. olvidara eso, seria el mas infame de los hombres. A pesar de todo, yo siempre creí que no era Vd. tan malo como decian. Vd. será bueno; la felicidad hace buenas á las personas. Yo tambien espero serlo... ¡Ah! ¿No sabe Vd. en qué he pensado? He tenido estos dias llena la cabeza con unas ideas... Antes jamas me habian ocurrido tales cosas... No lo puedo contar. ¿Sabe Vd.? Pienso que estoy destinada á largos dias de paz y felicidad, de que disfrutará alguien conmigo.

— ¿Qué es eso? — preguntó Lázaro algo tranquilizado por la esperanza de que aquella nueva idea apartaria la conversacion del fastidioso tema por que habia empezado.

— Es — continuó la santa con una amabilidad forzada que la hacia mas lúgubre — es que yo he pensado que no puede existir perfeccion mayor que la que ofrece la vida doméstica con todos los deberes, todos los goces, todos los dolores que lleva en sí la familia. ¡Ay! meditando sobre esto he comprendido la esterilidad de mis rosarios, de mis rezos. ¿Qué estado puede igualarse por su dignidad y nobleza al estado de la esposa, de cuya solicitud penden tantas felicidades, la vida de tantos seres?...

— Efectivamente, señora — dijo Lázaro muy confuso — eso es cierto. Pero las personas que como Vd. se elevan tanto por la meditacion y la abstraccion; que se libran de las flaquezas humanas por su fortaleza, son mucho mas perfectas.

— ¿Perfectas? ¡Qué loco es Vd.! ¿Y qué ha dicho Vd.

de flaquezas? ¿Llama Vd. flaquezas á la verdad de nuestra naturaleza, que se manifiesta como Dios la ha criado?

El aturdimiento del jóven no tuvo límites.

— Aspirar á hacer la felicidad — continuó ella — de muchos seres por el amor y los lazos de familia, ¿es eso lo que usted llama flaquezas?

— No, señora; eso no.

— ¡Oh! Vd. se va á asustar de lo que voy á decir. ¡No lo creerá Vd.! Es inconcebible.

Lázaro, que creia que ya doña Paulita Porreño no podia decir nada mas inconcebible, tembló ante la promesa de nuevas y mas estrañas confidencias.

— Para realizar la felicidad y la paz con que yo he soñado, no basta el amor, es decir; el amor basta; pero para evitar mil irregularidades y disgustos, es necesaria otra cosa. Cuando en la vida ocurren dificultades, el mutuo amor se ve diariamente acibarado. Tiembla el uno por el otro; tiemblan los dos por los hijos; la felicidad se ve comprometida á cada instante. Asusta el dia de mañana; se tienen remordimientos de haberse unido. Yo he comprendido esto á fuerza de meditacion, y tambien me parece que lo he leido en no sé qué libro.

— Es verdad, señora; yo comprendo lo que Vd. quiere decir, — dijo Lázaro, admirado de tanta sabiduría.

— Pues yo voy á decir á Vd. una cosa que le sorprenderá mucho, Lázaro — dijo Paulita dirigiendo hácia el jóven toda la melancolía y el suave interes de su mirada. — Voy á decirle á Vd. una cosa que le sorprenderá sobremanera: yo soy rica.

Efectivamente, Lázaro se quedó absorto.

— Sí — continuó ella — yo soy rica. Vd. se maravilla. Conociendo la vida que llevamos... Este es un secreto que solo confío á quien debo confiarlo, á Vd., única persona que... El uso que yo pienso hacer de esa riqueza, ya Vd. lo ha comprendido. Yo no debo hacer declaraciones innecesarias. Nosotros nos hemos comprendido, hemos confundido nuestros propósitos en uno solo. ¿No es verdad?

— Sí señora — dijo Lázaro, por contestar de algun modo á aquella profundísima y grave pregunta.

— Yo soy rica. Hace poco hubiera dejado perder mi

fortuna sin cuidado ninguno. Siempre he despreciado todo eso. Pero hoy no: hoy pienso en ese tesoro como un medio de vida. Para mí nada quiero; pero los hombres que tienen ambicion, necesitan eso. Lo necesitamos, ¿no es cierto?

Lázaro, despues de un momento de angustiosa vacilacion, dijo otra vez: — Sí, señora.

— Era yo muy niña — continuó la dama — habia muerto mi tio: reinaba en mi casa la mayor desolacion; nos preparábamos á mudarnos; ya éramos pobres. Mi tia y mi prima estaban llorando, pero al mismo tiempo muy ocupadas en la mudanza, y en recoger los pocos muebles que nos quedaron despues del embargo. En un viejo reclinatorio de nogal habia hecho yo un altar, donde rezaba mucho. Teníalo cerrado por las noches, y al abrirlo por las mañanas, al ver mis santos y mis imágenes, me parecia tener allí un pedazo del cielo. Aquel dia fué muy triste para mí, porque tuve que desclavar mi altar del sitio donde estaba, y muchos santos se me rompieron, dejando en el mueble el pedazo por donde estaban pegados. En esta operacion, sentí que cedia bajo mi mano la tabla del fondo, y quedaba descubierto un hueco. En este hueco habia una cajita muy bella de madera labrada. Traté de abrirla y la abrí sin esfuerzo: estaba llena de dinero, casi todo en onzas muy antiguas. Cerré la caja, ajusté la tabla que cubria el hueco, dejándola cuidadosamente como estaba, y me callé. Trajeron el mueble á esta casa y en mi cuarto ha estado hasta hoy. Al principio miré aquello como un juguete, como una reliquia. De noche, en el silencio de esta casa, lo abria, contemplando con estupor las hermosas monedas que dentro habia. Varias veces traté de revelarlo; pero me detenia un recelo supersticioso. A veces soñaba con fundar algun dia una obra piadosa. No he tocado nunca aquel dinero, y á pesar de la estrechez con que vivíamos, jamas me atreví á gastar ni un solo doblon. Me parecia que debia guardar aquello para otros dias, que yo esperaba sin saber por qué. Por instinto lo conservaba intacto, aunque pensaba que jamas cambiaria de estado. El tesoro existe en el mismo sitio en que lo encontré. Ha llegado el momento de usarlo para las necesidades de nuestra vida. Es mio; ¿puedo dudarlo? Pertenecia á alguno de mis parientes, que lo depositó allí para tenerlo seguro. A mí me pertenece ahora;

á mí que lo encontré. Daré, sin embargo, la mitad á mi prima y á mi tia, y si me acusan de no haberlo mostrado ántes, les diré, que á no haberlo conservado me seria hoy imposible labrar las felicidades que pienso labrar, y dar á mi vida y á la vida de otros la espansion que necesitan.

Lázaro no quiso agravar la situacion y volvió á decir: — Sí, señora.

La devota entró en su cuarto y volvió al poco rato con una cajita que mostró al jóven, diciendo cariñosamente:

— Aquí esta. Es mia; es nuestra.

Y al decir esto, se acercó á él con la caja cogida en las dos manos y apoyada en el pecho. La caja tocaba al pecho de Lázaro, y este sentia el empuje con tanta fuerza, que por no caer, tuvo que dar un paso atras y estender los brazos hasta tocar los hombros de la santa.

— Hace Vd. bien — dijo el aragones. — ¿De qué sirve guardar ese dinero, que puede ser útil á Vd. y... á otros?

— Sí — contestó Paulita con efusion. — Es nuestro.

Ya no sabia Lázaro qué partido tomar. Se decidió á concluir de una vez aquella penosa situacion.

— Señora — dijo — yo me retiro. Es preciso que me retire.

— Sí — contestó ella — y yo tambien. Vamos. Nos iremos.

— ¡Vd., señora, Vd.! — esclamó Lázaro descompuesto.

— Sí, los dos. Vamos.

— Señora; Vd. delira. Eso es imposible.

— ¡Imposible, imposible! No podemos quedarnos aquí.

— Es preciso que nos separemos, señora. Otra cosa seria una inconveniencia y una desgracia tal vez.

— ¿Qué dices? — esclamó la santa con estravío.

Su aspecto en aquellos momentos infundia temor. Asemejábase á los enfermos atacados de epilepsia cuando están á punto de caer en su angustioso paroxismo. Una contraccion, producida al parecer por el hábito de la sonrisa, una tension violenta de los párpados como quien espresa el último grado del asombro, una palidez mortal, interrumpida por súbitas inflamaciones de rubor, una voz semejante á un quejido fatigoso y animada de repente con vibracion desentonada, eran

los caracteres de su dolencia, próxima á llegar al período de mayor exacerbacion.

— ¿Qué dices? — repitió despues de una pausa.

— Vd. está enferma, muy enferma, señora, — dijo Lázaro que empezó á creer que doña Paulita deliraba ó estaba loca.

La mujer mística sonrió de un modo inefable, mirando al cielo y estrechando contra su pecho la caja del tesoro, como si fuera la persona del mismo Lázaro. Despues tomó al jóven por el brazo, y atrayéndole suavemente dijo:

— Vamos, no entraremos mas en este sepulcro.

— Vd. no debe salir, no puede salir. ¿Qué dirán esas señoras? Cálmese Vd. por Dios, y reflexione...

— Vamos.

— ¿A dónde hemos de ir? ¡Los dos! ¿No ve Vd. que eso es imposible? ¿Para qué? ¿Para qué nos vamos juntos?

Al oir esto, la devota se conmovió toda. Como si toda la pasion acumulada y oculta en tantos años brotara en ella de una vez con violenta sacudida, esclamó con fuerza:

— ¡Necio, no ves que te adoro!

Lázaro quedó petrificado. La dama habia hablado con toda la espresion de la verdad humana; se habia revelado en un solo esfuerzo y del modo mas categórico. Aquella violenta confesion la dejó postrada y sin aliento, como si con sus palabras exhalara la mitad del ama. Lázaro le dijo con mucha vehemencia:

— No lo merezco, señora. Yo soy muy inferior á Vd.; yo soy un miserable indigno de esa pasion... Pero no puedo estar aquí mas. Ahora mas que nunca es mi deber declarar que soy el mas malvado de todos los hombres, si no me aparto de aquí al instante. Obstáculos terribles, que yo no puedo, ni podré nunca vencer, se oponen á que yo manifieste nunca otra cosa. Separémonos para siempre: otra cosa es imposible, imposible, imposible.

Dijo esto con mucha energía, y se disponia á marcharse. La devota hizo un gesto angustioso como si quisiera hablar. Parecia que despues de lo que dijo habia quedado muda. Al fin pudo proferir estas palabras:

— Ven... Oye... Vamos...

— ¡Jamás, señora, jamás! — esclamó el jóven dirigiéndose á la puerta.

La devota inclinó la cabeza, agitó los brazos, soltando la caja, se doblegó despues de vacilar un momento, retrocediendo y avanzando, dió un grito y cayó al suelo. Su cuerpo hizo retemblar el piso; las monedas se esparcieron en derredor suyo; movió repetidas veces la cabeza, afectada al parecer de un profundo dolor interno; llevóse ambas manos al pecho, crispando los dedos; y al fin quedó quieta, sin mas movimiento que las espansiones violentas de su pecho, sacudido por una respiracion fuerte y ruidosa. Acudió Lázaro á levantarla con presteza, y en el mismo momento se oyó el ruido de una llave y entraron muy tranquilas Salomé y María de la Paz.

Júzguese lo extraño de aquella aparicion y de aquella escena: Paulita tendida con los síntomas de un grave accidente, Lázaro demudado y confuso, una gran cantidad de monedas de oro, cosa desconocida en aquella casa, esparcidas con abandono por el suelo, y las dos harpías en la puerta mirándose como dos espectros.

El primer objeto que atrajo las miradas de Salomé fué el oro esparcido: su primer movimiento fué lanzarse sobre él y empezar á recoger las piezas, arrodillada en el suelo. Paz miró á Lázaro, se puso lívida de miedo, miró á la devota, se llenó de ira, dió algunos pasos, y recobrando al fin la majestad de su carácter, dijo:

— ¿Qué es esto?

— Señora — dijo Lázaro, procurando dominar la situacion, — un triste suceso... Doña Paulita está muy enferma... Le ha dado un accidente. Estábamos hablando... ¡qué conflicto! Ahora mismo, ahora mismo ha caido.

— ¿Pero ese dinero? — dijo Paz.

— Es suyo — contestó el jóven.

— ¡Suyo! esclamó la vieja con codicia. — Y volviéndose á Salomé, que recogia el oro, añadió: — Dámelo, dámelo. Yo he de guardar eso.

— Yo lo guardaré.

— ¿Pero de dónde ha sacado ella ese dinero? — dijo la otra.

— Lo tenia... hace mucho tiempo — dijo Lázaro, pro-

curando, miéntras las Porreñas se ocupaban del oro, prestar algun alivio á la pobre enferma.

Paz, de rodillas, recogia monedas; Salomé, de rodillas, recogia tambien; pero la gruesa, con su pesada mano, no igualaba en presteza á la nerviosa, que iba mas lijera, y cogia dos piezas en lo que su tia atrapaba una. Salomé parecia una loca. La mano izquierda de Paz, cuando recibia de la derecha una nueva onza ó doblon, se cerraba, apretando los robustos dedos y aferrándose sobre el oro con la firmeza y el ajuste de una máquina. Al fin iban desapareciendo del suelo las monedas. Quedaban cuatro, tres, dos, quedaba una. Las manos de entrambas Porreñas se lanzaron con presteza brutal sobre la última, y cayeron una sobre otra aplastándose allí mutuamente en repetidos golpes. Las dos viejas se miraron; parece que se querian tragar mutuamente. ¿Cuál de los dos caracteres venceria al otro? Paz estaba hinchada de cólera, de orgullo; estaba amoratada, apoplética. Salomé estaba amarilla y jadeante de rencor, envidia y ansiedad: sus labios entreabiertos mostraban los blancos y finísimos dientes, como si quisiera infundir miedo á su rival con aquella arma. Las dos estaban de rodillas y apoyadas en las manos, y en aquella actitud, semejante en algo á la de las esfinges, las dos harpías, revelando con intempestivo vigor sus concentradas pasiones, eran dos bestias feroces. Despues de un rato de silencio en que todas las fuerzas de la envidia humana se midieron de una mirada con todas las fuerzas del orgullo humano, la pantera dijo á la foca:

— ¡Esto es mio!

— ¡Tuyo! ¿qué dices, imbécil? Esto es mio, era de mi padre... yo sé que él lo habia guardado en alguna parte; pero no sabia dónde estaba.

— ¡Vanidosa! — dijo Salomé adelantando un brazo y una pierna. — Tú nos has sumergido en la pobreza; tú tenias escondido este dinero. ¡Qué infamia!

— Hipócrita, — dijo Paz retrocediendo, — quítate de mi presencia. Dáme ese dinero: no nos robes otra vez. Esto es mio.

— Era de mi padre, yo lo heredo. ¿Qué tienes tú que ver con esto? Dáme ese dinero.

Paz vió á Salomé cerca de sí. Alzó su brazo derecho y

asestó con poderoso empuje la mano contra la cara de su sobrina, dándole un bofeton tan fuerte, que esta cayó al suelo como herida por una maza. Pero se irguió sobre sus piernas, vació en el bolsillo las monedas que en la mano tenia, se retiró un poco como los carnívoros cuando van á dar el salto, y se abalanzó hácia su tia. Antes que esta pudiera defenderse, los diez dedos puntiagudos y como acerados de su contraria estaban sobre su cara pegados como si tuvieran un gancho en cada falanje. Clavó las uñas con frenesí en las carnosas mejillas de la otra vieja, y tiró despues dejando ocho surcos sangrientos en la faz augusta de la vanidosa. Lanzó esta un grito de dolor. Lázaro tuvo que intervenir, y miéntras levantaba del suelo á Paz, recogió la nerviosa todas las monedas que la su rival dejó caer en el combate, se envolvió en un manto con presteza convulsa, y apretándose el bolsillo, salió corriendo de la sala, tomó la escalera, descendió por ella y huyó.

Lázaro no quiso presenciar mas tiempo aquella escena. Vomitaba la vieja su ira contra él, le decia las mayores injurias, le llamaba cobarde, mandándole perseguir á su sobrina. El jóven no podia resistir mas el horror que le inspiraba aquella maldita casa. Miró á la devota, que permanecia aun sin movimiento, y afligido por la sin igual desventura de aquella infeliz, salió de la casa.

CAPITULO XLIII.

CONCLUSION.

Deseoso Lázaro de encontrar á su tio aquella mañana, fué á casa del abate Carrascosa, y allí encontró otra escena de desolacion. Carrascosa estaba en su cuarto, sentado en una silla, con los piés sobre la traviesa, en tal actitud, que parecia un pájaro posado sobre una rama. Apoyaba los codos

en las rodillas, sustentando la cabeza con las manos como si quisiera apuntalarla. Su espresion de tristeza era tal, y le hacia tan raro, que el jóven no pudo ménos de preguntarle:

— ¿Qué tiene Vd., D. Gil?

— ¡Ay, D. Lázaro, qué iniquidad! Se ha marchado. ¿Ve usted qué iniquidad? ¡Yo, que la queria tanto!...

Lázaro comprendió que doña Leoncia, el ave vizcaína, habia volado.

— ¿Pero cómo ha sido eso? ¿Qué motivo?

— Es la mas horrible conspiracion. — Ese chisgaravis, ese tunante, el poeta ese que vivia en este cuarto, se la ha llevado. ¡Qué horror! ¡Siempre he aborrecido de muerte á los poetas!

— Consuélese Vd., D. Gil. — Vamos á otra cosa. ¿Sabe usted dónde está mi tio?

— Si le digo á Vd. que no he visto iniquidad semejante — esclamó el abate sin hacer caso de la pregunta. — Y tenia una herencia, un legadillo... ¡Maldito zascandil!

— Esa es la vida, D. Gil... hay que conformarse.

— Tenia un legadillo... yo lo descubrí en la covachuela.

— Con que diga Vd., ¿dónde podré encontrar á mi tio?

— Yo... si le he de decir á Vd. la verdad — prosiguió el abate abstraido por su desgracia — no lo siento por ella; porque al fin y al cabo... pero tenia un legadillo...

— ¿No me responde Vd.?

— Tenia un legadillo...

— Es imposible sacarle una respuesta.

— Tenia un legadillo...

Comprendió Lázaro que era inútil toda indagacion. Salió de la casa dejando al abate en la misma actitud de mochuelo posado, y se fué á la calle del Humilladero, donde encontró á Bozmediano que le esperaba con inquietud, y al verle llegar, dijo:

— Amigo: le persiguen á Vd. Es preciso tomar precauciones.

— ¿Quién me persigue?

— Fácil es comprender que habrá personas disgustadas por lo que hizo Vd. anoche. Esas personas le persiguen á Vd., yo estoy seguro de ello.

— Ya comprendo, — repuso Lázaro. — ¿Pero qué me importa?

— Hay que tomar precauciones; porque, si se vengan, será de un modo terrible. Mucho cuidado. Ahora han estado en la taberna cuatro personas, que creo han traido el encargo de ver cuando entraba y salia Vd. Me parece que lo mejor es que se marchen Vds. esta noche misma de Madrid. Una vez fuera y léjos...

— ¡Qué contrariedad! Pero yo deseo salir. Nos marcharemos.

— Pues entre tanto no salga Vd. á la calle. Yo arreglaré el viaje, y lo haré de modo que nadie lo sepa. Yo sé que le buscan á Vd. y los que le buscan, saben hacer las cosas.

— ¿Y cómo han averiguado que estoy aquí?

— Dejemos eso. Hay que partir esta noche ó mañana mismo. Aquí no está Vd. seguro. Mucho cuidado. Yo volveré, y veremos el modo de salir sin peligro. Creo que se conseguirá. Hasta luego.

Retiróse Bozmediano, y Lázaro entró á ver á Clara.

— ¿Las encontraste? — le preguntó la jóven con curiosidad y cierto temor.

— Sí — contestó él sonriendo al recordar la escena de las monedas, que refirió despues sin omitir el estraño incidente de doña Paulita.

Oyó Clara con mucho interes este último punto, y despues dijo con tristeza:

— Ya lo sabia.

— ¿Cómo? ¿Ella te ha dicho algo?

— No; pero lo he conocido: me lo habia figurado. Tenia una sospecha... Aquella mujer es muy rara. ¡Si vieras qué miedo me daba cuando se ponia á orar, quedándose mucho tiempo quieta é insensible como si estuviera muerta! Se ponia de rodillas, miraba al techo, y así se estaba dos ó tres horas sin moverse, y hasta parecia que no respiraba. La tocaba yo, y nada; la llamaba y no respondia. Por fin, despues de mucho tiempo daba un suspiro y volvia en sí.

— ¿Y eso le pasaba con frecuencia?

— Sí; muchas veces.

— Hay una enfermedad — dijo Lázaro — que llaman la catalepsia, y consiste en un parasismo, en que la persona

pierde el movimiento y el habla, quedándose como muerta. Dicen que una de las causas que motivan esta enfermedad, es el misticismo religioso y la predisposicion á los éxtasis y visiones.

— Eso será lo que tiene. ¡Pobre Paulita!

Aquella noche estaban los dos en el mismo cuarto sentados junto á una escasa lumbre. Clara se habia levantado completamente restablecida. Lázaro revolvia en su imaginacion los estraños incidentes de los dias anteriores. Los dos estaban muy tristes, se comunicaban, mirándose, su tristeza y callaban. Tal vez pensaban en planes para lo futuro: quizá ella estaba inquieta por la situacion difícil en que uno y otro se encontraban. Entónces entró Pascuala y dijo:

— ¡Qué miedo! Desde el anochecer están paseándose por delante de la puerta unos hombres... Esta tarde vinieron tambien. ¡Qué fachas! A veces se paran á mirar *pa* dentro, y me temo que si viene Pascual y los ve, se va á armar una... ¡porque tiene un genio!... se creerá que vienen por mí... porque como es una así... tan guapetona...

— Cierre Vd. la puerta.

— Ya he *cerrao*.

Clara se quedó pálida como un difunto. Ya le parecia que por ventanas y puertas entraban una horda de facinerosos, armados de puñales, pistolas, cuerdas y otros instrumentos horribles.

— Cierra bien. Apaga esa luz. Si se irán á entrar por esa ventana — dijo señalando un tragaluz por donde el gato que tanto respeto inspiraba al señor de Batilo, entraba con dificultad. Aquel tragaluz daba á un patio perteneciente á la misma casa.

Batilo, que sin duda entendió lo del peligro en que los jóvenes se hallaban, y queria probar que aunque misántropo, era un perro resuelto á todo, ladró de un modo que queria decir: «Nada hay que temer miéntras esté yo aquí.»

Un poco mas tarde Clara, que miraba con recelo aquel tragaluz maldecido, se estremeció con terrible sacudimiento, dió un grito muy agudo, y sus ojos espresaron el pavor mas grande.

— ¿Qué tienes, qué hay? — dijo Lázaro con sobresalto.

La jóven, tal vez dominada por el miedo, habia creido ver

instantáneamente en el tragaluz los ojos vivos, la nariz puntiaguda de Elías Orejon, su tirano y protector.

— ¿Eres tonta? — le dijo Lázaro. — ¿No vez que eso es efecto del miedo?

Lázaro miró y examinó atentamente: no habia nadie. Salieron al patio, que estaba lleno de escombros y de leña, y tampoco vieron nada. Indudablemente habia sido efecto del miedo.

Al llegar á este punto de nuestra historia, el autor se ve en el caso de interrumpirla para hacer una advertencia importante. Habia escrito la conclusion y desenlace del modo mas natural y lógico, creyendo que era buen fin de jornada para aquellos amantes, el casarse despues de tantas amarguras y vivir en paz, y mucha felicidad y muchos hijos. Esto, en su entender, se avenia mejor que nada á las condiciones artísticas que quiso dar á su libro. Pero desgraciadamente la colaboracion de un testigo presencial de los hechos que vamos refiriendo, le obligó á desviarse de este buen propósito, dando á la historia el fin que realmente tuvo. Mucho tiempo estuvo dudando si terminar el libro con un desenlace hecho á su antojo, ó hacerse esclavo de la verdad histórica hasta el punto de dar cima á su trabajo con la narracion de un hecho en estremo desagradable. La colaboracion á que aludo es la de Bozmediano, á quien se deben todos los datos de *La Fontana*; el cual, habiéndose enterado del desenlace que ya estaba escrito, manifestó gran empeño en que no se alterase la verdad, ofreciéndose de paso á dar un apunte algo detallado del inesperado fin que tuvieron aquellos infelices amantes; que amantes habian de ser, para no tener dicha en este mundo.

Gran repugnancia me costó aceptar el plan de Bozmediano, aunque era el hecho tal como sucedió; pero al fin, por complacerle, me decidí á incluirle en el libro, rasgando el que ántes habia yo compuesto, imaginado á mi antojo, y conforme á lo que parecia mas lógico y artístico. Él, para facilitarme el trabajo, me dió un apunte, con sus narraciones y diálogos, de tal modo hecho, que lo trascribo aquí integro. En este apunte verá el lector el fin de la historia que hemos referido tal como realmente aconteció.

Dice así:

«En esto llegó Bozmediano. Lázaro, desde que le vió entrar, conoció que no estaba tranquilo.

— ¿Qué hay?

— Mucho peligro. Le acechan á Vd. Yo he venido acompañado por temor de tener algun mal encuentro. Pero no tema Vd. He traido bastante gente y estamos seguros. Ahora mismo se van á marchar Vds.

— ¿Y saldremos ahora mismo? — dijo Clara con alegría, esperando no ver mas aquel tragaluz y dejar para siempre á Madrid.

— Sí, ahora mismo. Ya les he preparado un coche para que vayan de aquí á Torrejon, donde tengo yo una casa. Allí pueden descansar hasta pasado mañana, que pasa por allí la diligencia para Alcalá, y de Alcalá pueden dirigirse á Aragon cuando quieran.

— ¿Y cuándo llegaremos á Torrejon?

— Antes de que amanezca. Van Vds. en un coche de mi casa y con gente de mi confianza. No tienen nada que temer; buenas mulas y buena compañía. En Torrejon están Vds. seguros. Aquí... no lo creo. Es preciso salir de esta casa, y de Madrid inmediatamente.

— Pues vamos, — dijo Lázaro con resolucion. — No perdamos tiempo.

Rápidamente se prepararon uno y otro.

— ¿No hay una puerta que dé á otra calle? — preguntó Bozmediano á Pascuala.

— Sí señor, — dijo esta, pero hay que pasar por la casa del carbonero, que tiene salida á la otra calle.

— Bien, por ahí saldremos. El coche espera en las afueras del portillo de Gilimon. Los hombres que yo he traido están en la tienda. Que entren, y saldremos todos por esa otra calle.

Pocos momentos despues salian todos, incluso el perro de las Porreñas, á quien Clara no quiso abandonar; despidiéronse los viajeros de Pascuala, y se dirigieron, acompañados de Bozmediano y su gente, al portillo de Gilimon. Muy aprisa, por no dar lugar á que algun curioso les descubriera, subieron al coche. El cochero y su zagal iban en el pescante; un criado, hombre fuerte, armado de un fusil, iba dentro con

Lázaro y Clara. Despidiólos Bozmediano muy cordialmente y un tanto conmovido, y partió el coche por la ronda á tomar la carretera de Aragon.

Lázaro miraba por la portezuela con la mayor inquietud, porque le pareció sentir la carrera de un caballo. Efectivamente venia un jinete detras aunque á bastante distancia como en seguimiento del coche. Iba este muy aprisa y el jinete tambien. — Tal vez será un caminante cualquiera que va detras del coche, porque el coche va delante de él — pensó Lázaro, acomodándose de nuevo. Entónces observó con sorpresa que se habia unido otro jinete al anterior. Aumentóse la inquietud del jóven y comunicó su sospecha al criado, que ya estaba tambien algo cuidadoso. — Clara temblaba, fuertemente asida al brazo de su amigo.

El coche atravesó el Prado, subió la calle del Pósito, salió por la puerta de Alcalá, y siempre los caballos detras; pero ya eran cuatro, habiéndose unido á los primeros otros dos, despues de pasada la puerta. Despues notaron los viajeros, que dos de los jinetes apresurando la carrera, se adelantaron pasando junto al coche. A Clara le pareció que veia pasar una cabalgada de demonios. El coche seguia, y los de á caballo que iban delante, al hallarse á alguna distancia, se paraban como esperando á los viajeros. Poco distaban de las ventas del Espíritu Santo cuando una voz gritó «alto». El criado de Bozmediano preparó su fusil y asomó por la portezuela. Rabiaba Lázaro al verse sin un arma, y Clara se abrazó á él, no dejándole libre ningun movimiento. En el instante en que sonó la voz de *alto*, una de las mulas herida mortalmente por una mano desconocida cayó al suelo, con lo cual paró el vehículo repentina y violentamente. Disparó el zagal su trabuco, y entónces vieron en derredor del coche á un hombre á caballo y otro á pié que tenia en una mano las bridas de su cabalgadura y en otra la navaja con que habia herido á la mula.

Lázaro se vió ya perdido; comprendió que le habian cogido en un lazo los infames, deseosos de realizar una venganza terrible por ser él quién frustró el plan del complot contra los individuos amigos de Bozmediano. Pero era preciso defenderse. Bajó el criado; mas apénas puso el pié en tierra manos vigorosas se apoderaron de él desarmándole

despues de una breve lucha. Los jinetes que venian detras, habian llegado bajándose rápidamente de sus caballos. El cochero y el zagal dispararon dos tiros y esgrimieron sus terribles navajas. Abrió Lázaro la portezuela para salir tambien; pero cuando aun no tenia mas que la mitad del cuerpo fuera, una figura, uno de los que habian venido á caballo detras, un hombre pequeño y flexible, se abalanzó hácia él con un salto de tigre y exclamó:

— ¡Delator!

A este grito hirió al jóven en el pecho con tan horrible acierto y seguridad, que este pudo exhalar un grito, pero no articular palabra alguna. Coletilla tenia un puño admirable. Cuando Lázaro cayó hácia adentro, arrojando sobre el hombro de la pobre Clara su cabeza ya sin pensamiento y sin vida, aquella horrible comitiva montó otra vez con presteza sus infernales caballos, y picando espuela corrieron hácia las Ventas como exhalaciones. Uno de ellos, no el que habia herido á Lázaro, cayó á los pocos pasos muerto ó muy mal herido por un tiro que le disparó el cochero. Los demas no hicieron caso, y corrian como demonios llevados por la tempestad.»

Esta es la relacion que suministró Bozmediano, asegurando que era la verdad pura. No hemos querido privar de ella á nuestros lectores, á pesar de que no renunciamos por completo el desenlace primitivamente imaginado. Puede el lector aceptar el que mejor cuadre á su gusto y sentimientos, y dando crédito al trágico fin revelado por Bozmediano, ya suponiendo que los dos amantes descansaron al fin de sus tenaces desventuras en una larga vida de amor y tranquilidad.

El discreto militar, revelador y aclarador de esta historia, me contó que en toda su vida ha podido librarse de los remordimientos que aquel desastroso fin le causara. Por él se determinó la partida de Lázaro. El le obligó á marcharse aquella noche. Si no hubieran partido, tal vez el jóven no hubiera muerto. Pero consolábase un tanto al considerar que no por haber diferido la marcha, hubiera Coletilla dejado de realizar su criminal propósito. Era aquel un hombre que poseia en alto grado la astucia y la constancia. Propúsose castigar la delacion de su sobrino; y si se lo propuso, solo fuerzas sobrehumanas se lo hubieran impedido. Estaba en

acecho: Bozmediano quiso burlarle, y esta fué su falta. No contó con los cien ojos de aquel Argos, ni con su admirable prevision. Coletilla era faccioso, guerrillero, absolutista. Habíase educado con frailes, y perfeccionaba su buen instinto en el ejercicio laborioso de las camarillas reales. Hay sin embargo, que tener en cuenta, segun indicó Bozmediano, que no era completamente cierto que fuera Coletilla quien personalmente hirió á su sobrino. La relacion del cochero, que sirvió de base al apunte que hemos trasladado, no estaba en este punto de acuerdo con la del criado, que describia al asesino dando unas señas que no convenian con la persona del furibundo realista. Respecto á que suya fué la iniciativa y la realizacion del proyecto, no hay duda alguna.

Decia tambien D. Claudio (y al contar esto se ponia siempre muy triste) que jamas habia padecido tanto como presenciando la agonía de Clara, que sobrevivió solo cuatro dias á su desdichado amigo. Cayó en un profundo marasmo interrumpido por espantosos delirios. Reproducia la fatal escena, lloraba con un lastimoso quejido, como los niños abandonados, cuando buscan por las calles á cualquiera que puede parecerse á un padre ó á una madre. El dia ántes de morir estuvo completamente privada de sentido. Al parecer el alma se habia marchado impaciente, y ella, la vida, continuó latiendo con creciente lentitud hasta que al fin se sorprendió de encontrarse sola y se paró.

— No sé, — decia Bozmediano (y de esto no hace mucho, pues el tal personaje vivia hasta hace poco, y siempre con tan buen humor como en 1821), — no sé de qué manera considerar la vida de aquella infeliz, que parecia haber venido al mundo para ser una prueba viva del estremo á que puedan llegar las desdichas humanas. Apénas conoció padres: no tuvo hermanos. Creció en poder de un loco, ajena á las espansiones y regocijos de la vida. Despues ya sabemos lo que sufrió la infeliz en casa de las tres Porreñas. En fin, estas grandes desventuras aturden y le hacen á uno pesimista y hasta filósofo. Cuando uno piensa en estas cosas se va al cielo; y en verdad, amigo, si no hubiera cielo, seria preciso crearlo para ella.

Tambien me habló Bozmediano de Coletilla. Parece que este hombre escéntrico recibió el mas horrible castigo, que,

dado su carácter, podia recibir. El rey le despreció despues del triunfo de 1824. Un dia se empeñaba Elías en ver al Rey: venia de la faccion; habia luchado por el absolutismo, como semejante hombre podia luchar por semejante causa. Fernando, entre cuyos vicios descollaba la ingratitud, mandó salir espresamente al lacayo del último de sus ayudas de Cámara con órden espresa de apalear á Coletilla donde quiera que le encontrase. Bajó el lacayo y apaleó al realista. Así pagan los tiranuelos. Despues de este lance el fanático se puso malo. Dijeron algunos que se habia dejado morir de hambre; otros que se habia vuelto loco; otros, y esto parece lo mas cierto, que lo mató una profunda hipocondría.

— Y las tres señoras de Porreño, ¿qué fué de ellas? — le pregunté.

— Nada he podido averiguar de doña Salomé — contestó. Creo que ha desaparecido de Madrid; doña María de la Paz Jesus estaba en Segovia, donde tenia una casa de huéspedes. Respecto á doña Paulita sí, he tenido muchas noticias.

— ¡Qué singular pasion la suya!

— Sí: despues empezó á padecer ataques muy frecuentes de catalepsia. En cuanto á su pasion, el recogimiento de su vida, la circunstancia de haberse formado un carácter ficticio, influyeron en aquella esplosion repentina. Habíase educado en la vida devota, y la condicion mundana de nuestra naturaleza no se reveló en ella en edad oportuna á causa de las anomalías de su juventud. Fué niña hasta los treinta años, y creo que hubiera sido una excelente mujer, adornada de todas las prendas de lealtad y delicadeza que deben adornar á una esposa, si aquella perfeccion engañosa hija de una falsa educacion, no torciera en ella su verdadero carácter. Repitiendo lo que ella decia, aunque modificándolo para no proferir una blasfemia, podemos asegurar que la naturaleza, no Dios, se burló de ella.

Poco despues de las últimas escenas de esta historia se retiró á un convento, y allí tenia opinion de santa, á lo cual contribuyó mucho la catalepsia. Creyéronla muerta varias veces, y hasta trataron de enterrarla en una ocasion; mas durante las exequias volvió en sí, pronunciando un nombre, que interpretaron todas las monjas como una señal de santidad, pues entendian que repetia las palabras de Jesus:

«*Lázaro, despierta.*» Indudablemente era una santa. Ocho teólogos lo probaron con ochocientos silogismos. Su vida era ejemplar, su trato tristísimo; oraba mucho, y se dormia, se quedaba en éxtasis casi todos los dias. Uno de estos éxtasis fué tan largo, que las monjas sospecharon que no saldria de él. Así fué en efecto: no volvió en sí. Pero las monjas, por no esponerse á un nuevo chasco, esperaron lo mas posible y al fin se decidieron á enterrarla, seguras de que estaba bien muerta.

FIN.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.